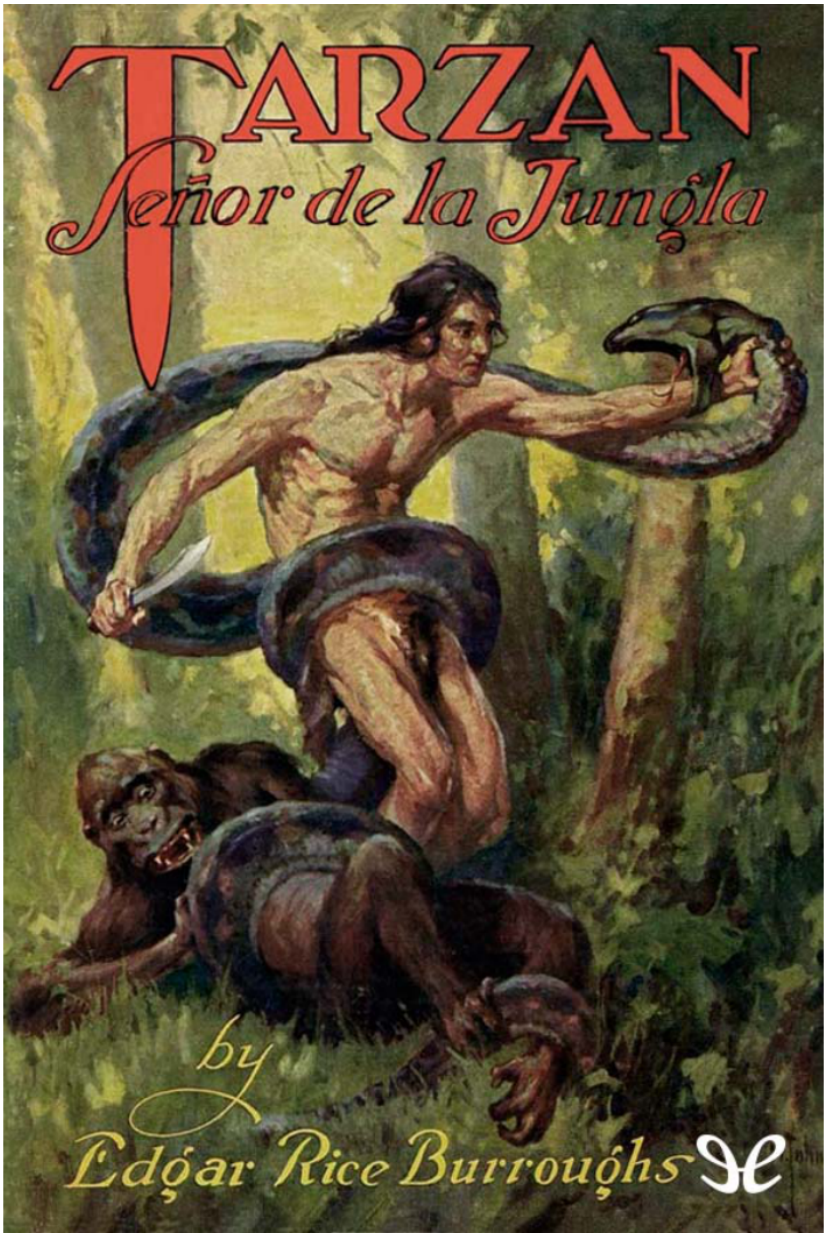

TARZAN
Señor de la Jungla
by
Edgar Rice Burroughs

Un grupo de comerciantes, en busca de un imperio perdido lleno de riquezas que nadie ha visto, invade la selva de Tarzán de los Monos a la vez que James Blake, un estadounidense que Tarzán se había comprometido a rescatar, persigue el mismo destino. Siguiendo su rastro, Tarzán llegará al desconocido Valle del Sepulcro, donde los caballeros templarios siguen luchando en su Santa Cruzada para liberar Jerusalén. Tarzán, verdadero Señor de su vieja madre patria, tendrá que luchar, armado con lanza y escudo, al modo de las antiguas justas. Será entonces cuando los esclavistas lo golpeen. Tarzán, señor de la jungla, marca un cambio importante en las tramas habituales hasta entonces en la serie de Tarzán y que ya se presagiaba en la novela anterior Tarzán el idómito. Si en las novelas anteriores, las aventuras estaban relacionadas, principalmente, con asuntos propios del hombre-mono y su familia, a partir de esta, Tarzán se convierte en un aventurero, aparentemente sin raíces, que actúa como el salvador y solucionador de problemas de un elenco de personajes secundarios que cambiarán en cada libro. Aunque continúan apareciendo los personajes habituales de novelas anteriores como Jad-bal-ja, Nkima el mono, y Muviro, su segundo en la tribu Waziri, éstos pasarán a tener una presencia ocasional perdiendo su anterior protagonismo. La novela también sigue la tendencia, ya vista por primera vez en El retorno de Tarzán y que se estableció definitivamente en Tarzán el indómito, de llevar a Tarzán a una nueva civilización perdida o tribu en cada nueva historia

Edgar Rice Burroughs

Tarzán, Señor de la jungla

Tarzán - 11

ePub r1.3
Titivillus 14.10.2020

Título original: *Tarzan, Lord of The Jungle*
Edgar Rice Burroughs, 1928
Traducción: Emilio Martínez Amador

Editor digital: Titivillus
Primer editor digital: Zaucio Olmian (r1.0 a r1.2)
Corrección de erratas: ronstad
ePub base r2.1

Pasaba por debajo de una rama baja, que golpeó al hombre mono en la cabeza y le hizo caer al suelo,

I

TANTOR EL ELEFANTE

LA GRAN mole avanzaba lanzando su peso primero a un lado y después al otro. Tantor el elefante se recostaba a la sombra del padre de los bosques. En el reino de su pueblo era casi omnipotente. Dango, Sheeta e incluso el poderoso Numa no eran nada para el paquidermo. Durante un centenar de años había recorrido la tierra que había temblado con las idas y venidas de sus antepasados a lo largo de incontables eras.

Había vivido en paz con Dango la hiena, Sheeta la pantera y Numa el león. Sólo el hombre le había hecho la guerra. El hombre, que posee la peculiaridad, única entre todas las especies creadas, de hacer la guerra contra todos los seres vivos, incluso los de su propia especie. El hombre, que es cruel; el hombre, que es inmisericorde; el hombre, el más odiado organismo vivo que la naturaleza ha ayudado a evolucionar.

En su largo centenar de años de vida, Tantor siempre había conocido al hombre. Siempre habían existido hombres negros; grandes guerreros corpulentos armados de lanzas y flechas, guerreros menudos negros, morenos árabes con toscos mosquetes y hombres blancos con poderosos rifles y armas para matar elefantes. Los hombres blancos habían sido los últimos en llegar y eran los peores. Sin embargo, Tantor no odiaba a los hombres, ni siquiera a los blancos. Odio, venganza, envidia, avaricia y lujuria son algunas de las deliciosas emociones reservadas exclusivamente a la obra más noble de la Naturaleza; los animales inferiores no las conocen. Tampoco conocen el miedo como lo conoce el hombre, sino como cierta precaución valiente que hace que el antílope y la cebra compartan precavidos abrevadero con el león.

Tantor tenía en común esta precaución con sus compañeros y evitaba a los hombres, en especial a los hombres blancos; y así, si aquel día hubiera habido allí otros ojos, su poseedor habría podido cuestionarse la veracidad de lo que veían, o atribuir su error a la penumbra del bosque, cuando escudriñaran la figura que yacía despatarrada sobre el rugoso lomo del elefante, medio adormilada por el calor y el balanceo del gran cuerpo; pues, a pesar del pellejo bronceado por el sol, la figura correspondía a la de un hombre blanco. Pero no había otros ojos para ver. Tantor dormitaba al calor del mediodía y Tarzán, señor de la jungla, permanecía soñoliento en el lomo de su poderoso amigo. Sopló una corriente de aire del norte, que no trajo al aguzado olfato del hombre mono ninguna percepción inquietante. La jungla estaba en paz y las dos bestias se hallaban satisfechas.

En la selva, Fahd y Motlog, de la tribu al-Harb, cazaban en el norte del *manzil* del jeque Ibn Jad del *fandí* al-Guad. Los acompañaban dos esclavos negros. Avanzaban con cautela y en silencio, siguiendo el rastro fresco de *al-fil* el elefante, pensando los dos árabes en el marfil y en carne fresca los esclavos negros. El *abd* Fejjuan, el esclavo negro de Galla, delgado guerrero que comía carne cruda y era un hambriento cazador, dirigía a los demás.

Fejjuan, al igual que sus camaradas, pensaba en la carne fresca, pero también en al-Habash, la tierra de la que le habían secuestrado cuando era niño. Pensaba volver a la solitaria cabaña de sus padres en Galla. Quizás al-Habash no estaba muy lejos. Durante meses, Ibn Jad había viajado hacia el sur y ahora llevaban mucho tiempo marchando hacia el este, por lo que al-Habash debía de estar cerca. Cuando estuviera seguro de ello, sus días de esclavitud habrían terminado, e Ibn Jad perdería a su mejor esclavo.

A dos días de marcha, en el extremo sur de Abisinia, se encontraba la redonda morada del padre de Fejjuan, prácticamente en la ruta apenas trazada que Ibn Jad había planeado no hacía ni un año, cuando había emprendido esa descabellada aventura siguiendo el consejo de un *sahar* erudito, mago reputado. Pero Fejjuan ignoraba la ubicación exacta de la casa de su padre y los planes exactos de Ibn Jad. No hacía sino soñar, y sus sueños estaban jalonados de carne cruda.

Las hojas de la selva dormitaban bajo el calor, por encima de las

cabezas de los cazadores. Bajo las hojas de otros árboles, más adelante, a un tiro de piedra, Tarzán y Tantor sesteaban momentáneamente, amodorradas sus facultades perceptivas por el efecto calmante de la seguridad imaginaria, y por la somnolencia, corolario del mediodía ecuatorial.

Fejjuan, el esclavo de Galla, se paró en seco, deteniendo a los que iban detrás de él con el silencioso mandato de una mano levantada. Ante él, vislumbrado entre los troncos a través del follaje, oscilaba el bulto gigantesco de *al-fil*. Fejjuan hizo señas a Fahd, quien con cautela se colocó junto al negro. El esclavo de Galla señaló entre el follaje hacia un pellejo gris y Fahd se llevó al hombro *al-Lazzarí*, su antiguo arcabuz. Hubo un destello, un estallido de humo, un rugido, y *al-fil*, ileso, se precipitó selva adentro.

Cuando Tantor echó a andar al oír el disparo, Tarzán se incorporó y se sentó en el mismo instante en que el paquidermo pasaba por debajo de una rama baja, que golpeó al hombre mono en la cabeza y le hizo caer al suelo, donde quedó inconsciente.

Aterrado, Tantor sólo pensaba en escapar mientras corría hacia el norte, dejando a su paso árboles caídos y arbustos pisoteados. Quizá no sabía que su amigo yacía indefenso y herido, a merced del enemigo común, el hombre. Tantor no consideraba a Tarzán un tarmangani, pues el hombre blanco era sinónimo de incomodidad, dolor, irritación, mientras que para él, Tarzán de los Monos era sinónimo de compañía, paz, felicidad. De todas las bestias de la jungla, excepto las de su propia especie, sólo confraternizaba con Tarzán.

—¡*Billah*! Habéis fallado —exclamó Fejjuan.

—¡*Gluck*! —exclamó Fahd—. Sheytan ha guiado la bala. Pero veamos, quizás *al-fil* está herido.

—No, habéis fallado.

Los dos hombres avanzaron seguidos por sus compañeros, buscando el tan esperado rastro de sangre. Fahd se paró de pronto.

—¡*Wallah*! ¿Qué tenemos aquí? —preguntó en voz alta—. He disparado al *al-fil* y he matado a un nasraní.

Los demás se acercaron a él.

—En verdad es un perro cristiano, y está desnudo —dijo Motlog.

—O un hombre salvaje de la jungla —sugirió otro—. ¿Por qué tu

bala le ha dado a él, Fahd?

Se agacharon y dieron la vuelta a Tarzán.

—No tiene ninguna señal de bala.

—¿Está muerto? A lo mejor también él cazaba al *al-fil* y la gran bestia le mató.

—No está muerto —anunció Fejjuan, arrodillado y con una oreja sobre el corazón del hombre mono—. Vive. A juzgar por la señal que tiene en la cabeza, creo que está inconsciente porque ha recibido un golpe. Mirad, está en el camino por el que se ha ido corriendo *al-fil*; le ha derribado al huir.

—Le remataré —dijo Fahd, sacando su *juxa*.

—¡No, por Alá! Guarda ese cuchillo, Fahd —ordenó Motlog—. Deja que el jeque diga si hay que matarle. Tú siempre tan sediento de sangre.

—No es más que un nasraní —insistió Fahd—. ¿Piensas llevarlo de nuevo al *manzil*?

—Se mueve —dijo Fejjuan—. Será capaz de andar sin ayuda. Pero quizá no venga con nosotros. ¡Mirad! Tiene el tamaño y los músculos de un gigante. ¡*Wallah*, qué hombre!

—Átale —ordenó Fahd.

Así pues, ataron con tiras de pellejo de camello las dos muñecas del hombre mono sobre su vientre, lo que les llevó un rato. Se dieron un gran susto cuando Tarzán abrió los ojos y los examinó lentamente de la cabeza a los pies. Meneó la cabeza, como un gran león, y entonces sus sentidos se despejaron. Reconoció a los árabes enseguida.

—¿Por qué me habéis atado las muñecas? —les preguntó en su lengua—. ¡Desatadme!

Fahd se echó a reír.

—¿Piensas, nasraní, que eres algún gran jeque y puedes darnos órdenes como si fuéramos perros?

—Soy Tarzán —replicó el hombre mono, como si dijera: «Soy el jeque de todos los jeques».

—¡Tarzán! —exclamó Motlog. Y, después de llevarse a Fahd a un lado le dijo, bajando la voz—: De todos los hombres, teníamos que ofender precisamente a éste. En todas las aldeas por las que hemos pasado en las últimas dos semanas, hemos oído su nombre. «Esperad —decían— hasta que regrese Tarzán, el señor de la jungla.

Él os matará cuando se entere de que habéis cogido esclavos en su región»

—Cuando saqué mi *juxa* no debiste impedirme que lo usara, Motlog —se quejó Fahd—. Pero aún no es demasiado tarde. —Llevó la mano al mango de su cuchillo.

—¡*Billah*, no! —gritó Motlog—. Hemos cogido esclavos en esta región. Están con nosotros y algunos escaparán. Supón que llevan al *fandí* la noticia de que nuestro gran jeque le ha matado. Ninguno de nosotros viviría para regresar a *beled* al-Guad.

—Entonces, llevémosle ante Ibn Jad enseguida, para que cargue con toda la responsabilidad —sugirió Fahd.

—*Wallah*, hablas con sensatez —dijo Motlog—. Lo que haga el jeque con este hombre es asunto suyo. ¡Vamos!

Cuando regresaron donde se encontraba Tarzán, éste los miró con aire inquisidor.

—¿Qué habéis decidido hacer conmigo? —preguntó—. Si sois sensatos me cortaréis las ataduras y me llevaréis ante vuestro jefe. Deseo hablar con él.

—Nosotros somos unos pobres hombres —dijo Motlog—. No nos corresponde decir lo que hay que hacer, y por tanto te llevaremos ante nuestro jeque y él decidirá.

El jeque Ibn Jad, del *fandí* al-Guad, estaba sentado en cuclillas en el compartimiento abierto de hombres de su *bait as-sh'ar*, y a su lado, en el *mukab* de su casa de pelo, estaba sentado Trollog, su hermano, y un joven beduino, Said, quien, sin duda alguna, encontraba menos atracción en la compañía del jeque que en la proximidad de su harén, cuyos alojamientos estaban separados del *mukab* únicamente por una cortina que llegaba hasta la altura del pecho, suspendida entre los palos del *bait*, lo que permitía vislumbrar ocasionalmente a Ateja, la hija de Ibn Jad. En ocasiones, también a Hirfa, su esposa, cosa que no aumentaba en absoluto la temperatura de Said.

Mientras los hombres conversaban, las dos mujeres se ocupaban de las tareas propias de un ama de casa. Hirfa metía cordero en un gran *jidda* de hierro para hervirlo durante la próxima comida, mientras Ateja confeccionaba sandalias con una vieja bolsa de piel de camello impregnada con el jugo de los dátiles que había

contenido durante muchos *rahlak*. Entretanto, no se perdían ni una palabra de la conversación que tenía lugar en el *mukab*.

—Hemos recorrido mucho camino sin extraviarnos —observó Ibn Jad—, y el camino ha sido más largo porque no deseaba pasar por al-Habash; de lo contrario, los habitantes de esa región nos habrían atacado o seguido. Ahora podemos volver hacia el norte y entrar en al-Habash cerca del lugar donde el mago predijo que encontraríamos la ciudad del tesoro de Nimmr.

—¿Y crees que encontraremos fácilmente esta ciudad de fábula, una vez nos hallemos en los límites de al-Habash? —preguntó Tollog, su hermano.

—Sí, *Wallah*. La gente de tan al sur de al-Habash lo conocen; el propio Fejjuan es un habashí, y aunque nunca ha estado allí, oyó hablar de ello cuando era niño. Haremos prisioneros y, por la gracia de Alá, encontraremos la manera de tirarles de la lengua y arrancarles la verdad.

—Por Alá, espero que no sea como el tesoro que hay en la gran roca *al-Hawwar*, de la llanura de *Medain Salih* —observó Said—. Lo guarda un *efrit* en una torre de piedra, y dicen que si el tesoro saliera de allí, el desastre se abatiría sobre la humanidad; los hombres se volverían contra sus amigos e incluso contra sus hermanos, los hijos de sus padres y madres, y los reyes del mundo librarían batalla unos contra otros.

—Sí —reafirmó Tollog—, oí decir a uno de los Hazim del *fandí* que un sabio magrebí llegó allí en uno de sus viajes, y consultando los signos cabalísticos de su libro de magia descubrió que en verdad el tesoro se encontraba allí.

—Pero no osó tocarlo —dijo Said.

—¡*Billah*! —exclamó Ibn Jad—. Pero no hay ningún *efrit* que proteja los tesoros de Nimmr. Nada más que carne y sangre Habush, a la que podemos vencer. Podremos llevarnos el tesoro.

»Alá quiera que sea tan fácil de encontrar como el tesoro de Geryeh —observó Said—, que está a una jornada al norte de Tabuk en las antiguas ruinas de una ciudad amurallada. Allí, cada viernes, las piezas de dinero salen de la tierra y corren por el desierto hasta la puesta de sol.

—En cuanto lleguemos a Nimmr, no habrá ninguna dificultad en hallar el tesoro —los tranquilizó Ibn Jad—. Lo difícil será salir de

al-Habash con el tesoro y la mujer. Si es tan hermosa como dijo el *sahar*, los hombres de Nimmr la protegerán con mayor encono que al tesoro.

—A menudo los magos mienten —advirtió Tollog.

—¿Quién viene? —preguntó Ibn Jad, mirando hacia la jungla que rodeaba el *manzil*.

—¡*Billah*! Son Fahd y Motlog que regresan de su cacería —dijo Tollog—. Quiera Alá que traigan carne y marfil.

—Regresan demasiado pronto —dijo Said.

—Pero no vienen con las manos vacías. —Ibn Jad señaló al gigante desnudo que acompañaba a los cazadores.

El grupo que rodeaba a Tarzán se aproximó al *bait* del jeque y se detuvo. Envuelto en su sucio *zob* de calicó, y con la cabeza y la parte inferior de la cara cubierta por un pañuelo, Ibn Jad sólo exponía dos ojos malvados al atento escrutinio del hombre mono, que incluía a la vez el rostro marcado por la viruela y de mirada furtiva de Tollog, el hermano del jeque, y el semblante no mal parecido del joven Said.

—¿Quién es aquí el jeque? —preguntó Tarzán en tono autoritario, algo que no casaba con las ataduras de sus muñecas.

Ibn Jad permitió que el *thorrib* cayera de su rostro.

—*Wallah*, yo soy el jeque —dijo—, y ¿por qué nombre se te conoce a ti, nasraní?

—Me llaman Tarzán de los Monos, musulmán. —Tarzán de los Monos —musitó Ibn Jad—. He oído ese nombre.

—Sin duda. No es desconocido para los cazadores de esclavos árabes. ¿Por qué razón, entonces, habéis venido a mi región, sabiendo que no permito que mi gente sea esclavizada?

—No hemos venido por esclavos —le aseguró Ibn Jad—. Comerciamos con marfil de forma pacífica.

—Mientes con descaro, musulmán —replicó Tarzán con calma —. Reconozco a los esclavos de Manyema y Galla que están en tu *manzil*, y sé que no están aquí por voluntad propia. Además, ¿no estaba yo presente cuando tus secuaces abrieron fuego contra el *al-fil*? ¿Llamas a eso comerciar con marfil de forma pacífica? ¡No! Eso es cazar, algo que Tarzán de los Monos no permite en su región. Sois invasores y cazadores.

—¡Por Alá! Somos hombres honrados —exclamó Ibn Jad—. Fahd y Motlog sólo cazaban para comer. Si han disparado al *al-fil* debe de ser porque lo confundieron con otra bestia.

—¡Basta! —gritó Tarzán—. Quítame las correas que me atan y prepárate para regresar al norte del que has venido. Tendrás una escolta y portadores hasta el Sudán. Allí yo me ocuparé de todo.

—Hemos recorrido un largo camino y sólo deseamos comerciar en paz —insistió Ibn Jad—. Pagaremos a nuestros porteadores por su trabajo y no cogeremos esclavos; tampoco volveremos a disparar al *al-fil*. Déjanos seguir nuestro camino y cuando regresemos te pagaremos bien por darnos permiso para atravesar tu región.

Tarzán negó con la cabeza.

—¡No! Os marcharéis enseguida. ¡Vamos, desatadme!

Ibn Jad entrecerró los ojos.

—Te hemos ofrecido paz y beneficios, nasraní —dijo—; pero si prefieres que haya guerra, habrá guerra. Estás en nuestro poder; y recuerda que los enemigos muertos son inofensivos. Piénsalo. —Y añadió dirigiéndose a Fahd—: Llévatelo y átale los pies.

—Ten cuidado, musulmán —advirtió Tarzán—. Los brazos del hombre mono son largos; pueden llegar lejos, incluso desde la muerte, y sus dedos pueden cerrarse en torno a tu garganta.

—Hasta el anochecer tendrás tiempo para tomar una decisión, nasraní, y quizás entiendas que Ibn Jad no se irá hasta que haya conseguido aquello que ha venido a buscar.

Entonces se llevaron a Tarzán. A cierta distancia del *bait* de Ibn Jad le empujaron para que entrara en una pequeña *hayra*; pero, una vez dentro de la tienda, fueron precisos tres hombres para arrojarle al suelo y atarle los tobillos, aunque ya tenía las muñecas atadas.

En el *bait* del jeque los beduinos tomaban café aromatizado con clavo, canela y otras especias, mientras discutían la mala fortuna que les había sobrevenido; porque, a pesar de su bravata, Ibn Jad sabía muy bien que sólo la rapidez y las circunstancias más propicias podían estampar su aventura con el sello del éxito.

—De no ser por Motlog —dijo Fahd—, ahora no tendríamos motivos para preocuparnos por el nasraní, pues yo tenía mi cuchillo listo para cortarle el cuello cuando Motlog se interpuso.

—Y si el rumor de que le habían matado llegara hasta su región

antes de otra puesta de sol, toda su gente se dispondría a pisarnos los talones.

—*Wallah* —dijo Tollog, el hermano del jeque—, ojalá Fahd hubiera hecho lo que deseaba. Al fin y al cabo, ¿estaremos mejor si permitimos que el nasraní siga vivo? Si le liberáramos, sabemos que reunirá a su gente y nos echará del país. Si le hacemos prisionero y cualquier esclavo, después de escaparse, llevara la noticia a su gente, ¿no caerían sobre nosotros con la misma ferocidad que si le hubiésemos matado?

—Tollog, dices palabras sabias —dijo Ibn Jad, mientras asentía con la cabeza para mostrarse de acuerdo.

—Pero aguarda —dijo Tollog—; anidan en mi interior palabras de mayor valor aún. —Se inclinó hacia delante haciendo señas a los otros para que se acercaran, y bajó la voz antes de proseguir—. Si éste al que llaman Tarzán escapa durante la noche, o lo liberamos, no habrá rumor que ningún esclavo huido pudiera llevar a su gente.

—¡*Billah*! —exclamó Fahd con disgusto—. No habría necesidad de que un esclavo huido llevara la noticia a su gente; el propio nasraní lo haría y nos la echaría encima. ¡Bah! El cerebro de Tollog es como el excremento de un camello.

—No has oído todo lo que tengo que decir, hermano —prosiguió Tollog, que hizo caso omiso de Fahd—. Tan sólo los esclavos creerían que este hombre ha escapado, pues por la mañana ya no estaría entre nosotros y nosotros nos lamentaríamos mucho por ello, o diríamos: «*Wallah*, en verdad Ibn Jad hizo las paces con el extranjero, que partió hacia la jungla después de bendecirle».

—No te sigo, hermano —dijo Ibn Jad.

—El nasraní está atado en su *hayra*. La noche será oscura. Bastaría con hundir un delgado cuchillo entre sus costillas. Hay Habush leales entre nosotros que nos seguirían el juego, y que mantendrían la boca cerrada. Pueden cavar un foso desde cuyo fondo Tarzán, muerto, no podrá hacernos ningún daño.

—Por Alá, es evidente que llevas sangre de jeque, Tollog. Tú te ocuparás de todo el asunto. Así todo se hará bien y en secreto. ¡Que Alá te bendiga! —e Ibn Jad se levantó y entró en su harén.

II

CAMARADAS DE LA SELVA

CAYÓ la oscuridad en el *manzil* del jeque Ibn Jad. Bajo la pequeña tienda adonde sus captores lo habían llevado, Tarzán seguía forcejeando con las ataduras que le sujetaban las muñecas, pero el duro cuero de camello resistía incluso la fuerza de sus gigantescos músculos. A veces, yacía escuchando los ruidos nocturnos de la jungla; muchos de ellos no podría haberlos captado ningún otro oído humano, pero él jamás se confundía al interpretarlos. Sabía cuándo pasaba Numa, y Sheeta, la pantera; y a lo lejos, tan débil que no era más que la sombra de un susurro, llegaba con el viento el bramido de un elefante macho.

Fuera del *bait* de Ibn Jad, Ateja, la hija del jeque, paseaba con Said. Iban muy juntos y el hombre le cogía las manos.

—Dime, Ateja —dijo—, que no amas a nadie más que a Said.

—¿Cuántas veces tengo que decírtelo? —musitó la muchacha.

—¿Y no amas a Fahd? —insistió el hombre.

—¡*Billah*, no! —exclamó ella.

—Sin embargo, a juzgar por tu padre da la impresión de que un día serás de Fahd.

—Mi padre desea que yo forme parte del harén de Fahd, pero yo desconfío de ese hombre, y no podría pertenecer a alguien que no gozara de mi amor y de mi confianza.

—Yo también desconfío de Fahd —dijo Said—. Escucha, Ateja. Dudo de su lealtad hacia tu padre, y no sólo de la suya, sino de la de otro cuyo nombre no me atrevo ni a susurrar. En ocasiones los he visto cuchichear cuando creían que no había nadie cerca.

La muchacha meneó la cabeza.

—Lo sé. Ni siquiera es necesario que me digas su nombre; yo le odio tanto como a Fahd.

—Pero es uno de tus parientes —le recordó el joven.

—¿Y qué? ¿No es también el hermano de mi padre? Si este vínculo no le obliga a guardar lealtad a Ibn Jad, que tan bien le ha tratado, ¿por qué debería yo fingir lealtad por él? No, creo que es un traidor, pero Ibn Jad parece ciego a este hecho. Estamos muy lejos de nuestro país y si algo le sucediera al jeque, Tollog, que es el siguiente en la línea de sucesión, ocuparía su puesto con todos los deberes y honores. Creo que se ganó el favor de Fahd con la promesa de favorecerle ante mi padre, pues he observado que Tollog se esfuerza por alabar a Fahd cuando está al alcance del oído de mi padre.

—Y quizá le prometió también una parte del botín que obtengan en la ciudad del tesoro —sugirió Said.

—Es probable —coincidió la muchacha—, y… ¡Alá! ¿Qué ha sido eso?

Los beduinos, sentados en torno a la fogata, se pusieron en pie de un salto. Los esclavos negros, sobresaltados, atisbaron en la oscuridad desde sus toscos refugios. Después, cogieron los mosquetes. El silencio se adueñó de nuevo del *manzil*, pero el extraño y horripilante grito que los había puesto en alerta no volvió a repetirse.

—¡*Billah*!—exclamó Ibn Jad—. Venía del centro del *manzil*, y era la voz de una bestia donde sólo hay hombres y unos cuantos animales domésticos.

—¿Pudo ser…? —El que hablaba se interrumpió como si temiera que lo que estaba a punto de sugerir pudiera ser cierto.

—Pero él es un hombre, y ésta ha sido la voz de una bestia —insistió Ibn Jad—. No puede haber sido él.

—Pero es un nasraní —recordó Fahd—. Quizás esté aliado con Sheytan.

—El sonido provenía de la *hayra* donde está atado —observó otro.

—¡Vamos a investigar! —indicó Ibn Jad.

Mosquetes en alto, los árabes, alumbrando el camino con linternas de papel, se aproximaron a la *hayra* donde yacía Tarzán. Muy asustado, el primero miró dentro.

—Aquí está —informó.

Tarzán, que estaba sentado en el centro de la tienda, miró al árabe con cierto desprecio. Ibn Jad entró.

—¿Has oído un grito? —preguntó al hombre mono.

—Sí, lo he oído. ¿Has venido, jeque Ibn Jad, a perturbar mi descanso por un asunto tan insignificante? ¿O has venido a liberarme?

—¿Qué clase de grito era? ¿Qué significaba? —preguntó Ibn Jad.

Tarzán de los Monos sonrió.

—Era el grito de una bestia a otra de su especie —respondió—. ¿Siempre tiembla de este modo un beduino tan noble, cuando oye las voces de los habitantes de la jungla?

—¡*Gluck*! —gruñó Ibn Jad—. Un beduino no teme a nada. Creíamos que el grito provenía de esta *hayra* y nos hemos apresurado creyendo que alguna bestia de la jungla se había introducido en el *manzil* con intención de atacarte. Ibn Jad tiene intención de liberarte por la mañana.

—¿Y por qué no esta noche?

—Mi gente te teme. Querrán que cuando te libere te marches de aquí inmediatamente.

—Lo haré. No tengo ninguna intención de permanecer en este *manzil* infestado de pulgas.

—No podemos dejarte a merced de los peligros de la jungla por la noche, donde caza al-adre —protestó el jeque.

Tarzán de los Monos volvió a sonreír con una de sus raras sonrisas.

—Tarzán está más a salvo en su frondosa selva que los beduinos en su desierto —replicó—. La jungla de noche no basta para aterrorizar a Tarzán.

—Mañana —espetó el jeque. Hizo una seña a sus seguidores y se marchó.

Tarzán observó cómo se alejaban las linternas de papel por el campamento hacia el *bait* del jeque, se tumbó en el suelo y pegó una oreja.

Cuando los habitantes del *manzil* árabe oyeron el grito de la bestia que quebró el silencio de la noche, cierta inquietud se apoderó de ellos, una inquietud que no tuvo mayores

consecuencias. Sin embargo, había alguien lejos, en la jungla, que había captado débilmente la llamada y la comprendió: una bestia enorme, el gran acorazado gris de la jungla, Tantor el elefante. De nuevo alzó la trompa y lanzó su fuerte bramido. Sus ojitos relucieron con maldad cuando, unos instantes después, se puso en movimiento a un rápido trote.

Poco a poco el silencio se extendió por el *manzil* del jeque Ibn Jad, a medida que el árabe y sus esclavos colocaban sus esteras para dormir. Sólo el jeque y su hermano siguieron sentados en el *bait* de aquél, fumando y hablando en voz baja.

—No dejes que los esclavos te vean matar al nasraní, Tollog —advirtió Ibn Jad—. Ocúpate de ello tú mismo, en secreto y en silencio, y después despierta sin hacer mucho ruido a dos esclavos. Fejjuan sería muy adecuado, ya que ha estado con nosotros desde que era niño y es leal.

—Abbas también es leal, y fuerte —sugirió Tollog.

—Sí, que sea el segundo —coincidió Ibn Jad—. Pero es mejor que no sepan cómo ha muerto el nasraní. Diles que has oído un ruido cerca de su *hayra* y que cuando te has dado cuenta de lo que era le has encontrado muerto.

—Puedes confiar en mi discreción, hermano —aseguró Tollog.

—Y adviérteles de que lo mantengan en secreto —prosiguió el jeque—. Nadie más que nosotros cuatro debe conocer la muerte del nasraní ni el lugar donde esté enterrado. Por la mañana explicaremos a los demás que escapó durante la noche. Deja sus ligaduras cortadas en la herja como prueba. ¿Entiendes?

—Por Alá, claro que sí.

—¡Bien! Ahora vete. Todos duermen.

El jeque se puso en pie y Tollog también. El primero entró en el aposento de su harén y el último avanzó con sigilo en la oscuridad de la noche, en dirección a la *hayra* donde se encontraba su víctima.

Tantor el elefante avanzaba por la jungla y las bestias, mansas y fieras, se apartaban a su paso. Incluso Numa el león se dejó caer a un lado, gruñendo, cuando pasó el poderoso paquidermo.

Tollog, el hermano del jeque, entró con cautela en la oscuridad de la *hayra*; pero Tarzán, que estaba con una oreja pegada al suelo, le había oído aproximarse nada más salir del *bait* de Ibn Jad. Oyó

también otros sonidos; intuyó la precavida aproximación de Tollog y comprendió, cuando los pasos entraron en la tienda donde él se encontraba, el propósito de su visitante. ¿Con qué fin, si no el de quitarle la vida, visitaría un beduino a Tarzán a aquellas horas de la noche?

Cuando Tollog, palpando en la oscuridad, entró en la tienda, Tarzán se irguió y lanzó el horrible grito que antes había perturbado el *manzil*, aunque aquella vez Tollog no dudó de que salía de la *hayra* en la que se encontraba él.

El beduino se detuvo, pasmado.

—¡Alá! —exclamó, dando un paso atrás—. ¿Qué bestia hay aquí? ¡Nasraní! ¿Te están atacando?

Otros habitantes del campamento despertaron, aunque ninguno se atrevió a ir a investigar. Tarzán sonrió y se quedó callado.

—¡Nasraní! —volvió a llamar Tollog, pero no hubo respuesta.

Con cautela, cuchillo en mano, el beduino salió de la *hayra*. Aguzó el oído pero no percibió ningún sonido procedente del interior. Corrió a su *bait*, encendió una linterna de papel y se apresuró a volver a la *hayra*; aquella vez llevaba consigo el mosquete preparado. Al atisbar dentro, sosteniendo la linterna por encima de la cabeza, Tollog vio al hombre mono sentado en el suelo, mirándole. ¡No había ninguna bestia salvaje! Entonces el beduino comprendió.

—¡*Billah*! Has sido tú el que ha lanzado esos gritos terribles.

—Beduino, has venido a matar al nasraní, ¿verdad? —preguntó Tarzán.

Desde la jungla se oyó el rugido de un león y el bramido de un elefante macho, pero la cerca era alta, estaba cubierta de pinchos y había guardias y una fogata para proteger el campamento de las fieras, así que Tollog no prestó atención a aquellos ruidos nocturnos que le eran familiares. No respondió a la pregunta de Tarzán, sino que dejó el mosquete a un lado y sacó su *juxa*, lo cual, al fin y al cabo, constituía una respuesta bastante elocuente.

A la escasa luz de la linterna de papel, Tarzán observó estos preparativos. Vio la expresión cruel dibujarse en el rostro malévolo de su enemigo. Vio que el hombre se aproximaba muy despacio, con el cuchillo preparado en la mano.

El hombre se encontraba muy cerca y los ojos le brillaban en la

escasa luz. A oídos del hombre mono llegó el ruido de un alboroto procedente del extremo del *manzil*, seguido por un juramento en árabe. Entonces Tollog dirigió un tajo al pecho de Tarzán. El prisionero alzó las muñecas atadas antes de apartar el brazo del beduino que sostenía el cuchillo, al mismo tiempo que se ponía de rodillas.

Tollog profirió un juramento y volvió a arremeter contra Tarzán, que esquivó el ataque y con un rápido movimiento de los brazos golpeó al beduino en el costado de la cabeza y le arrojó al otro lado de la *hayra*. Tollog se puso en pie al instante y atacó de nuevo a Tarzán. Esta vez lo hacía con la ferocidad de un toro enloquecido, aunque al mismo tiempo empleaba mucha más astucia. Así, en lugar de intentar asestarle un golpe frontal directo, rodeó de un salto a Tarzán para atizarle por la espalda.

En su esfuerzo por darse la vuelta sobre las rodillas y ponerse de cara a su contrincante, el hombre mono, que tenía los pies atados, perdió el equilibrio y cayó de bruces a merced de Tollog. Una sonrisa maligna dejó al descubierto los dientes amarillos del beduino.

—¡Muere, nasraní! —gritó, y añadió—: ¡*Billah*! ¿Qué ha sido eso? —De pronto algo arrancó toda la tienda, para después arrojarla a la oscuridad de la noche. Tollog se volvió y un grito de terror brotó de sus labios cuando vio, con los ojos enrojecidos por la furia, la forma gigantesca del *al-fil*. En aquel mismo instante una flexible trompa le rodeó el cuerpo, levantó en vilo al hermano del jeque, y lo envió a hacer compañía a la tienda.

Por un instante, Tantor miró alrededor, furioso, desafiante; luego bajó la cabeza, cogió a Tarzán del suelo, lo levantó por encima de su cabeza, giró en redondo y cruzó al trote el *manzil* hacia la jungla. Un centinela aterrorizado disparó una vez y huyó. El otro centinela yacía aplastado y muerto donde Tantor le había arrojado al entrar en el campamento.

Un instante después, Tarzán y Tantor se fundían en la jungla y en su oscuridad.

Se armó un gran revuelo en el *manzil* del jeque Ibn Jad. Hombres armados corrían apresuradamente de un lado a otro, buscando la causa del alboroto, buscando un enemigo al que atacar. Algunos llegaron al lugar donde había estado la *hayra* en la que se

había confinado al nasraní, pero tanto la *hayra* como el nasraní habían desaparecido. Cerca, el *bait* de uno de los compinches de Ibn Jad había quedado aplastado. Debajo, las mujeres gritaban y un hombre maldecía. Encima estaba Tollog, el hermano del jeque, cuya boca parecía llena de imprecaciones, aunque tendría que haber alabado a Alá y haberlo colmado de palabras de agradecimiento, pues Tollog era en verdad un hombre muy afortunado. Si hubiera ido a parar a otro lugar, y no sobre un *bait* fuertemente anclado, sin duda habría acabado muerto o gravemente herido cuando Tantor lo arrojó por los aires.

Ibn Jad, que buscaba información, llegó en el momento en que Tollog se liberaba de los pliegues de la tienda.

—¡*Billah*!—exclamó el jeque—. ¿Qué ha ocurrido? ¿Qué haces, hermano, encima del *bait* de Abd al-Aziz?

Un esclavo se acercó corriendo al jeque.

—El nasraní ha huido y se ha llevado la *hayra* consigo —gritó. Ibn Jad se volvió a Tollog.

—¿Puedes explicar esto, hermano? —preguntó—. ¿De veras ha huido el nasraní?

—Es cierto que el nasraní ha huido —respondió Tollo, Está confabulado con Sheytan, que ha venido disfrazado de *al-fil* y se ha llevado al nasraní a la jungla, después de arrojarme sobre el *bait* de Abd al-Aziz, a quien aún oigo gritar y maldecir debajo, como si le hubiera atacado a él, y no a mí.

Ibn Jad meneó la cabeza. Sabía perfectamente que Tollog era un mentiroso, siempre lo había sabido; sin embargo, no entendía cómo había llegado su hermano hasta allí.

—¿Qué han visto los centinelas? —preguntó el jeque—. ¿Dónde estaban?

—Estaban en sus puestos —dijo Motlog—. Yo me encontraba allí. Uno ha muerto; el otro ha disparado al intruso cuando escapaba.

—¿Y qué ha dicho? —pidió Ibn Jad.

—*Wallah*, ha dicho que *al-fil* ha entrado en el *manzil*, ha matado a Yemeny y se ha precipitado a la *hayra* donde el nasraní estaba atado, la ha arrancado y ha lanzado a Tollog por los aires. Luego ha cogido al prisionero y se lo ha llevado a la jungla, y

cuando ha pasado por su lado Hasán ha disparado.

—Y ha fallado —adivinó Ibn Jad.

Por espacio de varios segundos el jeque permaneció pensativo; luego, se volvió lentamente hacia su *bait* y dijo:

—Mañana por la mañana, *rahla*.

Y rápidamente se propagó la noticia de que al día siguiente levantarían el campamento.

En el interior de la jungla, Tantor llevó a lomos a Tarzán hasta que llegaron a un pequeño claro alfombrado de hierba, donde el elefante depositó suavemente su carga en el suelo.

—Por la mañana —dijo Tarzán—, cuando Kudu el sol vuelva a cazar por los cielos y haya luz con la que ver, descubriremos qué se puede hacer para librarme de estas ataduras, Tantor; pero de momento vamos a dormir.

Numa el león, Dango la hiena y Sheeta la pantera pasaron cerca aquella noche, y el olor del indefenso hombre-cosa atrajo su olfato. Al ver quién lo protegía y oír los murmullos del gran macho, pasaron de largo junto al lugar donde dormía Tarzán de los Monos.

Al amanecer, el *manzil* de Ibn Jad se convirtió en un hervidero de actividad. Después de un frugal desayuno, las mujeres derribaron el *bait* del jeque, y ante esa señal el resto de casas de pelo también cayeron, y al cabo de una hora los árabes se dirigían hacia el norte, hacia al-Habash.

Los beduinos y sus mujeres montaban los ponis del desierto, que habían sobrevivido al largo viaje desde el norte, mientras los esclavos que habían traído con ellos de su propia región marchaban a pie delante y en la retaguardia de la columna, en calidad de askari, armados con mosquetes. Sus porteadores eran los nativos que habían cogido a su servicio a lo largo del camino. Éstos llevaban el equipaje del campamento y cuidaban de las cabras y las ovejas que llevaban.

Said montaba al lado de Ateja, la hija del jeque, y sus ojos acariciaban con más frecuencia el perfil de la muchacha que el sendero. Fahd, que iba cerca de Ibn Jad, lanzaba de vez en cuando una mirada de enojo en dirección a los dos. Tollog, el hermano del jeque, lo veía y sonreía.

—Said es un pretendiente más atrevido que tú, Fahd —susurró al joven.

—Le ha contado mentiras al oído; yo no le contaré ninguna —se quejó Fahd.

—Si el jeque se mostrara de acuerdo en que tú la cortejaras —sugirió Tollog.

—Pero no lo hace —espetó Fahd—. Una palabra tuya podría ayudarme. Me lo prometiste.

—*Wallah*, sí, pero mi hermano es demasiado indulgente —explicó Tollog—. No le desagradas, Fahd, pero prefiere contentar a su hija, y por esa razón permite que sea ella quien elija.

—¿Qué puedo hacer entonces? —preguntó Fahd.

—Si yo fuera jeque… —sugirió Tollog—. Pero no lo soy.

—Si tú fueras jeque, ¿qué ocurriría?

—Mi sobrina sería para el hombre que yo eligiera.

—Pero no eres jeque —le recordó Fahd.

Tollog se inclinó hacia Fahd y le susurró al oído:

—Un pretendiente tan atrevido como Said encontraría la manera de convertirme en jeque.

Fahd no respondió y siguió cabalgando en silencio, con la cabeza gacha y el entrecejo fruncido, pensativo.

III

LOS SIMIOS DE TOYAT

TRES lentos días nacieron perezosamente por el este y se sucedieron a través de la jungla hasta culminar en el confín del mundo que había más allá. Durante tres días, los árabes avanzaron despacio hacia el norte, hacia el Habash. Durante tres días, Tarzán de los Monos permaneció en el pequeño claro, atado e indefenso, mientras Tantor el elefante hacía guardia. Una vez al día, el gran macho llevaba comida y agua al hombre mono.

Las correas de piel de camello le sujetaban firmemente y no había llegado ninguna ayuda externa que liberara a Tarzán de la creciente incomodidad, ni del peligro que corría en su situación. Había llamado a Manu el mono para que fuera a roerle las ataduras, pero Manu, tan irresponsable como siempre, había prometido y olvidado. Y por ello el hombre mono yacía sin quejarse, a la manera de las bestias, esperando pacientemente a ser liberado, lo que sabía que podría llegar en forma de muerte.

En la mañana del cuarto día Tantor dio muestras de inquietud. Sus breves incursiones en las proximidades habían agotado la provisión de comida para él y su carga. Quería avanzar y llevarse a Tarzán; pero el hombre mono estaba convencido de que penetrar más en la región de los elefantes reduciría sus posibilidades de recibir ayuda, pues tenía la sensación de que el único habitante de la jungla que podría liberarle era mangani el gran simio. Tarzán sabía que ya se encontraba prácticamente fuera de los límites de la región de mangani, aunque existía una remota posibilidad de que pasara por allí un grupo de los grandes antropoides y le descubrieran, mientras que si Tantor le llevaba más al norte, perdería para siempre la posibilidad de ser liberado.

Tantor quería irse. Dio unos golpecitos a Tarzán con su trompa para que se diese la vuelta. Después lo levantó del suelo.

—Déjame, Tantor dijo el hombre mono, y el paquidermo obedeció, pero se volvió y se alejó. Tarzán le observó cruzar el claro para ir hasta los árboles del otro lado. Allí Tantor vaciló, se paró, se volvió. Miró a Tarzán y lanzó un bramido. Escarbó en la tierra con uno de sus grandes colmillos, parecía enojado.

—Ve a comer —dijo Tarzán— y vuelve. Tal vez mañana venga el mangani.

Tantor volvió a bramar, giró en redondo y desapareció en la jungla. Durante largo rato el hombre mono escuchó cómo se alejaban las pisadas de su buen amigo.

—Se ha ido musitó—. No se lo reprocho. Quizá sea mejor así. ¿Qué importa lo que haya para comer hoy, mañana o pasado?

El día fue transcurriendo. El silencio del mediodía reinaba en la jungla, donde tan sólo los insectos se movían. Molestaban a Tarzán igual que a las otras bestias de la jungla, pero él era inmune al veneno de sus aguijones, gracias a haber sido inoculado con él durante toda su vida.

De repente oyó un gran revuelo entre los árboles. El pequeño Manu y sus hermanos, hermanas y primos se acercaban al claro como una manada enloquecida, gritando, charlando y riñendo entre las ramas.

¡Manu! —llamó Tarzán—. ¿Qué ocurre?

—¡Los mangani! ¡Los mangani! —gritaron los monos.

—¡Ve a buscarlos, Manu! —ordenó el hombre mono.

—Tenemos miedo.

—Subid a las ramas más altas y llamadlos —instó Tarzán—. Allí no pueden alcanzaros. Decidles que uno de los suyos está indefenso. Decidles que vengan a liberarme.

—Tenemos miedo.

—No pueden alcanzaros en las ramas de arriba. ¡Id! Serán vuestros amigos.

—No pueden trepar a las ramas superiores —declaró un viejo mono—. Iré yo.

Los demás, que se habían detenido, se volvieron y observaron al viejo de barba gris mientras se alejaba rápidamente trepando por entre las ramas de los grandes árboles. Tarzán esperó.

Entonces oyó los profundos sonidos guturales de los de su especie, los grandes simios, los mangani. Quizás entre ellos habría alguno que le conociera. Quizá, también, la manada viniera de lejos y no tuviera conocimiento de él, aunque lo dudaba. Sin embargo, ellos eran su única esperanza. Se quedó donde estaba, escuchando, esperando. Oyó que Manu gritaba y charlaba mientras ascendía muy por encima de los mangani y entonces, de pronto, se hizo el silencio. Sólo se oían los zumbidos de los insectos.

El hombre mono se quedó mirando en la dirección de la que procedía el ruido de los antropoides. Sabía qué transpiraba tras aquel denso muro de follaje. Sabía que un par de fieros ojos estarían examinándole, escrutando el claro, buscando un enemigo, sondeando con cautela por si había alguna trampa. Sabía que cuando le vieran despertaría desconfianza, miedo, rabia; porque ¿con qué motivo tenían que confiar en el cruel e inmisericorde tarmangani?

Existía el peligro de que, al verle, se retiraran en silencio sin mostrarse. Eso sería el fin, pues nadie más que los mangani podía rescatarle. Al considerar esa posibilidad, dijo en voz alta.

—Soy amigo. Los tarmangani me cogieron y me ataron las muñecas y los tobillos. No puedo moverme ni defenderme. No puedo ir por comida ni agua. Venid a librarme de las ataduras.

Una voz tras el denso follaje replicó:

—Eres un tarmangani.

—Soy Tarzán de los Monos —respondió el hombre mono.

—Sí —gritó Manu—, es Tarzán de los Monos. Los tarmangani y los gomangani le ataron y Tantor le trajo aquí. Cuatro veces ha cazado Kudu en el cielo, mientras Tarzán de los Monos seguía atado.

—Conozco a Tarzán —dijo otra voz detrás del follaje, y entonces las hojas se separaron y apareció un voluminoso simio que entró en el claro. El animal se acercó a Tarzán, balanceándose y con los nudillos rozando el suelo.

—¡M'walat! —exclamó el hombre mono.

—Es Tarzán de los Monos —dijo el gran simio, pero los otros no lo entendieron.

—¿Qué? —preguntaron.

—¿Qué manada es ésta? —preguntó Tarzán.

—Toyat es el rey —respondió M'walat.

—Entonces no les digas quién soy realmente —susurró Tarzán— hasta que me hayas cortado estas ligaduras. Toyat me odia. Me matará si me encuentra indefenso.

—Sí —accedió M'walat.

—Ten —dijo Tarzán tendiéndole sus muñecas—. Muerde y rompe estas ataduras.

—Eres Tarzán de los Monos, el amigo de M'walat. M'walat hará lo que le pides —respondió el simio.

Desde luego, en el magro lenguaje de los simios, su conversación no se parecía en nada a una conversación entre humanos, sino que más bien era una mezcla de gruñidos y gestos. Sin embargo, cumplía la misma función que la más formal y correcta habla civilizada, ya que transmitía sus mensajes claramente a las mentes del mangani y del tarmangani, el gran simio y el gran simio blanco.

M'walat, mientras el resto de miembros de la manada entraban en el claro después de asegurarse de que el orangután no había recibido ningún daño, se inclinó y con sus fuertes dientes cortó las correas de piel de camello que ataban las muñecas del hombre mono, y de forma similar le liberó los tobillos.

Cuando Tarzán se puso en pie, los últimos integrantes de la manada penetraron en el claro. Al frente iba Toyat, el rey simio, y pisándole los talones iban otros ocho machos adultos y unas seis o siete hembras y varios jóvenes. Los jóvenes y las hembras se quedaron detrás, pero los machos se agolparon delante, donde Tarzán se encontraba con M'walat.

El simio rey gruñó amenazador.

—¡Tarmangani! —exclamó.

Giró sobre sus talones, dio un salto y cayó sobre cuatro patas; golpeó el suelo salvajemente con los puños apretados. Entonces se puso a gruñir echando espuma por la boca y saltar de nuevo. Toyat se estaba preparando para atacar al tarmangani, y con estas maniobras también esperaba despertar el salvaje espíritu de lucha de sus compañeros.

—Es Tarzán de los Monos, amigo de los mangani —dijo M'walat.

—Es un tarmangani, enemigo de los mangani —exclamó Toyat —. Vienen con bastones de trueno y nos matan. Matan a nuestras hembras y a nuestros cachorros con un fuerte estruendo. Matad al

tarmangani.

—Es Tarzán de los Monos —gruñó Gayat—. Cuando yo era un cachorrito, me salvó de Numa. Tarzán de los Monos es amigo de los mangani.

—¡Matad al tarmangani! —aulló Toyat, dando saltos en el aire.

Varios machos daban vueltas y brincos en el aire, cuando Gayat se colocó junto a Tarzán. El hombre mono los conocía bien. Sabía que tarde o temprano uno de ellos se excitaría tanto que saltaría sin previo aviso sobre él. M'walat y Gayat atacarían en su defensa; otros machos se lanzarían a la batalla y seguiría una pelea de la que no todos saldrían vivos, y ninguno sin heridas de mayor o menor gravedad. Pero Tarzán de los Monos no deseaba pelear con sus amigos.

—¡Alto! —ordenó alzando una mano abierta para llamar su atención—. Soy Tarzán de los Monos, poderoso cazador, poderoso luchador; hace mucho tiempo me alineé con la tribu de Kerchak; cuando Kerchak murió me convertí en rey simio. Muchos de vosotros me conocéis; todos sabéis que primero soy un mangani, que soy amigo de todos los mangani. Toyat quiere que me matéis porque odia a Tarzán de los Monos. Le odia no porque sea un tarmangani, sino porque Tarzán en una ocasión impidió que fuera rey. Esto fue hace muchas lluvias, cuando algunos de vosotros aún erais cachorros. Si Toyat ha sido un buen rey, Tarzán se alegra, pero ahora no está actuando como un buen rey, pues está tratando de volveros contra vuestro mejor amigo.

»¡Tú, Zutho! —exclamó de pronto, señalando con un dedo a un gran macho—. ¿Por qué saltas y gruñes con la boca llena de espuma? No hundas tus colmillos en la carne de Tarzán. ¿Has olvidado, Zutho, el tiempo en que estabas enfermo y los otros miembros de la tribu te abandonaron para que murieras? ¿Has olvidado quién te trajo comida y agua? ¿Has olvidado quién mantuvo apartados de ti, durante aquellas largas noches, a Sabor la leona, a Sheeta la pantera y a Dango la hiena?

Mientras Tarzán hablaba en tono de serena autoridad, los simios poco a poco se iban deteniendo a escuchar sus palabras. Fue un discurso largo para los habitantes de la jungla. Ni los grandes simios ni los pequeños monos se concentraban mucho rato en una sola idea. Antes de que terminara, uno de los machos dio la vuelta a un

tronco podrido en busca de suculentos insectos. Zutho fruncía las cejas en gesto de desacostumbrada evocación. Entonces, dijo:

—Zutho recuerda —dijo—. Él es amigo de Tarzán —y se situó junto a M'walat. Al ver esto, los otros machos, excepto Toyat, parecieron perder interés en lo que sucedía y, o bien se alejaron en busca de comida, o se sentaron en la hierba.

Toyat aún despedía fuego por la mirada, pero al ver su causa perdida, prosiguió su danza de guerra a una distancia más prudente de Tarzán y sus defensores, y no tardó mucho en verse atraído también por la tarea más provechosa de cazar insectos.

Y así Tarzán volvió a reunirse con los grandes simios. Y mientras haraganeaba en la selva con los peludos brutos, pensaba en su madre adoptiva, Kala, la gran simia, la única madre que había conocido; recordó con un escalofrío de orgullo la manera salvaje con que le defendía de todos sus enemigos naturales de la jungla, y del odio y los celos del viejo Tublat, su macho, y de la enemistad de Kerchak, el terrible y viejo simio rey.

Como si le hubiera visto el día anterior, la memoria de Tarzán proyectó de nuevo en la pantalla del recuerdo el gran bulto y las feroces facciones del viejo Kerchak. ¡Qué bestia tan magnífica era! Para la mente infantil del niño simio, Kerchak era la personificación de la ferocidad y autoridad salvajes, y aún hoy lo recordaba casi con sobrecogimiento. El haber derribado y matado a aquel gigantesco gobernante no había dejado de parecerle algo casi increíble.

Revivió sus batallas con Terkoz y con Bolgani el gorila. Pensó en Teeka, a quien había amado, y en Thaka y Tana, y en el muchachito negro, Tibo, a quien había querido adoptar; y soñó, en aquellas ociosas horas diurnas, mientras Ibn Jad avanzaba lentamente rumbo al norte, hacia la ciudad del leopardo de Nimmr y en otra parte de la jungla se estaban preparando acontecimientos que atraparían a Tarzán en las redes de una gran aventura.

IV

BOLGANI EL GORILA

UN PORTEADOR negro se cayó al trabarse el pie en una enredadera y arrojó su carga al suelo. Es por hechos tan insignificantes como éste por lo que surgen las crisis. En concreto, éste alteró toda la vida de James Hunter Blake, un norteamericano joven y rico, que estaba de caza mayor en África por primera vez con su amigo Wilbur Stimbol, quien había pasado tres semanas en la jungla dos años atrás y era, naturalmente, el que guiaba la expedición y una autoridad infalible en todo lo referente a la caza mayor, jungla africana, safari, comida, tiempo y negros. El que Stimbol tuviera veinticinco años más que Blake también aumentaba sus pretensiones de omnisciencia.

Estos factores, en sí mismos, no constituían la base de las crecientes diferencias entre ambos hombres, pues Blake era un joven de veinticinco años, de tendencia flemática, al que el egoísmo de Stimbol le divertía más que otra cosa. La primera riña se había producido en la estación terminal cuando, debido a la actitud dominante y el mal genio de Stimbol, todo el objeto de la expedición se había abandonado por necesidad y lo que tenía que haber sido un estudio medio científico de la vida salvaje de África con cámaras de cinematógrafo se había convertido en una cacería vulgar y corriente.

En la terminal, mientras estaba en marcha la operación de asegurar el equipo y un safari, Stimbol había ofendido e insultado de tal manera al operador de la cámara que éste los había abandonado para regresar a la costa. Blake se sintió decepcionado, pero decidió seguir adelante y conseguir cuantas imágenes pudiera con una cámara fotográfica. No era hombre que gustara de matar

por el simple hecho de quitar una vida, y, según señalaban los planes originales, no había que matar animales salvo para comer, además de la media docena de trofeos que Stimbol deseaba añadir a su colección.

Desde entonces habían tenido uno o dos altercados por la forma que Stimbol tenía de tratar a los porteadores negros, aunque Blake esperaba que estos asuntos estuvieran zanjados y Stimbol había prometido ceder el gobierno del safari a Blake, y contenerse antes de maltratar de nuevo a los hombres.

Se habían adentrado más de lo que tenían previsto, habían tenido la peor de las suertes en cuestión de caza y estaban a punto de dar media vuelta y regresar a la estación terminal. Ahora le parecía a Blake que, después de todo, proseguirían sin mayores dificultades y que él y Stimbol regresarían juntos a América, amigos contra viento y marea; pero entonces a un porteador negro se le trabó el pie en una enredadera y tropezó, y la carga se le cayó al suelo.

Stimbol y Blake caminaban juntos justo delante del porteador y, como guiada por un poder maléfico, la carga se estrelló contra Stimbol y le hizo caer al suelo. Stimbol y el porteador se pusieron en pie entre las risas de los negros que habían presenciado el accidente. Éste sonreía, pero aquél tenía el rostro enrojecido por la ira.

—¡Maldito canalla incapaz! —exclamó, y, antes de que Blake pudiera intervenir o el porteador protegerse de la ira del hombre blanco, saltó por encima de la carga caída y propinó un golpe tan fuerte a la cara del negro que le derribó, y cuando estuvo en el suelo le dio una patada en el costado. Sólo una; antes de que pudiera repetir la ofensa, Blake le agarró por el hombro, le hizo girar en redondo y le dio un puñetazo exactamente igual al que él había propinado al negro.

Stimbol cayó, rodó de costado y se llevó la mano a la automática que colgaba de su cadera, pero Blake fue más rápido aún.

—¡Ni se te ocurra! —espetó Blake con sequedad, apuntando a Stimbol con una pistola del calibre 45. Éste apartó la mano de la empuñadura de su pistola—. ¡Levántate! —ordenó Blake, y cuando el otro estuvo levantado, dijo—: Escúchame, Stimbol: se acabó. Tú y yo hemos terminado. Mañana por la mañana dividiremos safari y

equipo, y, cojas la dirección que cojas, yo me iré en dirección contraria.

Blake había devuelto su pistola a la pistolera mientras hablaba; el negro se había levantado e intentaba cortar la sangre de su nariz, mientras los demás negros observaban ceñudos. Blake hizo una seña al porteador para que recogiera su carga y el safari se puso de nuevo en marcha; aquél fue un safari taciturno, sin risas ni canciones.

Blake montó el campamento en el primer terreno apropiado que encontraron, poco antes de mediodía para que la división del equipo, la comida y los hombres se hiciera durante la tarde y así ambos grupos pudieran partir temprano a la mañana siguiente.

Stimbol, hosco, no prestó ayuda alguna, pero cogió a un par de los askari, los nativos armados que actúan como soldados para los safaris, y salió a cazar. Había recorrido apenas un kilómetro y medio por un sendero de caza cubierto de un musgo que no había producido ruido alguno como respuesta a sus pasos, cuando uno de los nativos que iban delante levantó la mano en gesto de advertencia y se paró en seco.

Stimbol avanzó con cautela y el negro señaló hacia la jungla. Aquél vislumbró una masa negra que se alejaba lentamente de ellos.

—¿Qué es? —preguntó en un susurro.

—Gorila —respondió el negro.

Stimbol levantó el rifle y disparó a la figura que se retiraba. Al negro no le sorprendió que fallara.

—¡Diablos! —exclamó el blanco—. ¡Vamos, ve tras él! Tenemos que cogerlo. ¡Menudo trofeo!

La jungla era más despejada de lo usual y de cuando en cuando divisaban al gorila que se alejaba. Cada vez que disparaba, Stimbol fallaba. En su fuero interno, esto divertía y satisfacía a los negros, a quienes no les gustaba Stimbol.

A cierta distancia, Tarzán de los Monos, que cazaba con la tribu de Toyat, oyó el primer disparo y de inmediato subió a los árboles y corrió en la dirección de donde provenía el ruido. Estaba seguro de que el arma no había sido disparada por los beduinos, pues los conocía bien y sabía diferenciar entre los disparos de sus mosquetes y los de las armas modernas.

Pensó que quizás entre ellos hubiera un rifle, pues no era

imposible, pero lo más probable era que el disparo anunciara la presencia de hombres blancos, y en el país de Tarzán era tarea suya saber qué extranjeros había y por qué. Por aquel tiempo no venían con frecuencia. Tarzán lamentaba estas ocasiones, pues cuando llegaba el hombre blanco la paz y la felicidad se convertían en cosa del pasado.

El hombre mono siguió corriendo sin errar a través de los árboles, hacia la dirección de la que provenían los disparos, y al acercarse a la escena de la persecución de Bolgani el gorila oyó ruido de arbustos que eran aplastados y voces de hombres.

Bolgani huía con más prisa que precaución, concentrada su mente y su atención en huir del odiado tarmangani y del temible bastón de trueno que rugía cada vez que aquél lo divisaba. Había abandonado su cautela acostumbrada y se apresuraba a escapar por la jungla ajeno a cualquier otro enemigo que pudiera acechar su camino. Por eso no vio a Histah la serpiente enroscada en una rama que colgaba en un árbol próximo.

A la enorme pitón, que por naturaleza tiene mal genio y es irritable, la perturbaron y molestaron los ruidos de la persecución y de la huida, y el rugido del rifle. En cualquier otro momento habría permitido que un gorila macho adulto pasara sin molestarle, pero en su estado actual hubiese atacado al propio Tantor.

Sus ojos pequeños y brillantes miraban con fijeza, observando la aproximación del peludo Bolgani, y al pasar el gorila por debajo de la rama de la que colgaba, Histah se lanzó sobre su presa.

Cuando los grandes anillos, fuertes, implacables, silenciosos, envolvieron a Bolgani, éste intentó desgarrarlos. Grande es la fuerza de Bolgani, pero más grande aún es la de Histah la serpiente. Un único grito espantoso, casi humano, brotó de los labios de Bolgani al darse cuenta de la desgracia que le había sobrevenido, y entonces cayó al suelo arañando inútilmente los anillos de acero vivo que se apretaban cada vez con más fuerza para aplastarlo y quitarle la vida; aplastarlo hasta que sus huesos cedieran ante tan tremenda presión, hasta que sólo quedara pulpa triturada dentro de una salchicha que entraría en las fauces distendidas de la serpiente.

Fue esta imagen la que avistaron a un tiempo Stimbol y Tarzán; Stimbol avanzaba torpemente a trompicones por la maleza, y Tarzán de los Monos, semidiós de la jungla, saltaba ágilmente entre

el follaje de las ramas que se interponían en su camino.

Llegaron simultáneamente, aunque Tarzán era el único del grupo cuya presencia no sospechaban los demás, pues, como siempre, se había movido en silencio y con la mayor cautela, al desconocer la naturaleza de lo que iba a descubrir.

Cuando contempló la escena que se desarrollaba abajo, sus rápidos ojos y su conocimiento de la jungla le revelaron de un vistazo la historia completa de la tragedia de la que Bolgani era protagonista, y entonces vio a Stimbol que levantaba el rifle con intención de matar dos ejemplares de un solo tiro.

El corazón de Tarzán no albergaba un gran amor por Bolgani el gorila. Desde la infancia, el peludo y gigantesco hombre bestia había sido el enemigo natural del hombre mono. Su primer combate mortal había sido con Bolgani. Durante años le había temido, o más bien lo había evitado con gran precaución, pues el temor de Tarzán era ignorante y, como había surgido en la infancia, había seguido evitando a Bolgani por la sencilla razón de que su propia gente, los grandes simios, lo hacían.

Pero en aquel momento, al ver al enorme bruto asediado por dos de los enemigos naturales tanto de los mangani como de Bolgani, una repentina lealtad brotó en su pecho, hasta tal punto que hizo desaparecer los prejuicios personales de toda una vida.

Se encontraba directamente encima de Stimbol, y con tal celeridad se coordinan la mente y los músculos del hombre mono, que cuando el norteamericano se llevaba el arma al hombro, Tarzán ya había saltado sobre su espalda y le había derribado; y antes de que Stimbol descubriera lo que le había sucedido, mucho antes de que pudiera ponerse en pie, tambaleante y soltando maldiciones, Tarzán, que le había desarmado arrebatándole el cuchillo de caza, había saltado sobre la masa formada por la pitón que se retorcía y el gorila que forcejeaba. Stimbol se puso en pie dispuesto a matar, pero la escena que se desarrollaba ante su mirada le hizo olvidar temporalmente el deseo de venganza.

Desnudo salvo por un taparrabo, bronceado, con el pelo negro, un gigantesco hombre blanco peleaba con la temible pitón; y, al contemplarlo, Stimbol no pudo evitar temblar, pues era consciente de que los gruñidos graves característicos de una bestia que había oído procedían no sólo de los salvajes labios del gorila, sino de la

garganta de aquel hombre-cosa casi divino que peleaba por él.

Unos dedos de acero rodearon a la pitón por detrás de la cabeza mientras los de la mano libre hundían el cuchillo de caza de Stimbol una y otra vez en el cuerpo de la serpiente, que se retorcía. Con la aparición en la batalla de un enemigo nuevo que representaba una mayor amenaza, Histah se vio obligada a liberar parcialmente a Bolgani. Al principio lo hizo con la intención de incluir a Tarzán en el mismo abrazo y aplastar a ambos al mismo tiempo; pero pronto descubrió que el hombre-cosa peleón constituía una clara amenaza para su vida, tanto que precisaría de toda su atención. Por eso no tardó en desenroscarse de Bolgani, y en un frenesí de rabia y dolor estiró toda su longitud en un latigazo de furiosa destrucción con intención de rodear al hombre mono; pero al aproximarse sus anillos, la afilada punta del cuchillo se hundió en su carne.

Bolgani, con la chispa de la vida casi agotada, yacía jadeante en el suelo, incapaz de acudir en ayuda de su salvador, mientras Stimbol, que miraba con ojos como platos, presa del sobrecogimiento y del terror, mantenía una distancia prudente, olvidando momentáneamente su afán de trofeos y su sed de venganza.

Así se enfrentó Tarzán, con una sola mano, a una de las más poderosas creaciones de la Naturaleza en un duelo a muerte, cuyo resultado parecía previsible para el norteamericano, pues ¿qué hombre nacido de mujer podía esperar escapar, sin ayuda, del abrazo de los mortales anillos de una pitón?

Histah ya había rodeado el torso y una pierna del hombre mono, pero sus poderes de constricción, mermados por las terribles heridas que había recibido, aún no habían sido capaces de aplastar a su adversario y reducirlo a la indefensión. Éste, por su parte, concentraba toda su atención y la pesada hoja del cuchillo de caza en una sola porción del cuerpo debilitado, en un intento de partir en dos a Histah.

Hombre y serpiente estaban ensangrentados; y de sangre estaba salpicada la hierba bajo sus pies, rojos los arbustos a varios metros en todas direcciones, ya que, en un último esfuerzo, Histah había cerrado sus grandes anillos espasmódicamente en torno a su víctima, en el preciso instante en que Tarzán, con un poderoso

golpe de gancho, atravesaba las vértebras de la gran serpiente.

La parte inferior, que se retorcía sin cabeza, cayó a un lado. El hombre mono, sin dejar de pelear con lo que quedaba recurriendo a todas las reservas de fuerza sobrehumana, fue separando los anillos de su cuerpo lentamente y con gran esfuerzo, y arrojó a la moribunda Histah lejos de sí. Luego, sin mirar a Stimbol, se volvió a Bolgani.

—¿Estás herido de muerte? —preguntó en el lenguaje de los grandes simios.

—No —respondió el gorila—. ¡Soy Bolgani! ¡Yo mato tarmangani!

—Yo soy Tarzán de los Monos —dijo el hombre mono—. Yo te he salvado de Histah.

—¿No has venido a matar a Bolgani? —preguntó el gorila.

—No. Seamos amigos.

Bolgani frunció las cejas en un esfuerzo por concentrarse en tan notable problema. Después habló:

—Seremos amigos —dijo—. El tarmangani que tienes a tu espalda nos matará a los dos con su bastón de trueno. Matémosle antes.

Se puso en pie penosamente.

—No —replicó Tarzán—. Enviaré lejos al tarmangani.

—¿Tú? No se irá.

—Soy Tarzán, señor de la jungla —declaró el hombre mono—. Lo que dice Tarzán es ley en ésta.

Stimbol, que había estado observando, tenía la impresión de que el hombre y la bestia se estaban gruñendo uno a otro y que iban a entablar un nuevo duelo. Si hubiera adivinado la verdad y sospechado que le consideraban un enemigo común, se habría sentido menos tranquilo. Una vez que había recuperado el rifle, echó a andar hacia Tarzán justo cuando éste se volvía para dirigirse a él.

—Hazte a un lado, amigo —dijo Stimbol—, mientras acabo con ese gorila. Después de la experiencia que acabas de tener con la serpiente, dudo que quieras que también esa bestia salte sobre ti.

El norteamericano no estaba demasiado seguro de qué actitud adoptaría aquel gigante, pues tenía muy claro en su mente la manera desconcertante en que se había presentado el salvaje. Sin

embargo, se sentía a salvo porque tenía un rifle, mientras que el otro iba desarmado, y suponía que el gigante se alegraría de que le salvara de las atenciones del gorila, el cual, por el conocimiento que Stimbol creía tener de estas bestias, le parecía a todas luces amenazador.

Tarzán se situó directamente entre Bolgani y el cazador y observó a este último con expresión pensativa.

—Baja el rifle dijo—. No vas a matar al gorila.

—¿Cómo que no? —exclamó Stimbol—. ¿Para qué supones que he estado persiguiéndolo por toda la jungla?

—Por una equivocación —respondió Tarzán.

—¿Qué equivocación? —preguntó Stimbol.

—La de que ibas a dispararle. No lo harás.

—Veamos, joven, ¿sabes quién soy?

—No me interesa saberlo —declaró Tarzán con frialdad.

—Bueno, será mejor que lo sepas. Soy Wilbur Stimbol, de *Stimbol Company*, corredores de bolsa, Nueva York.

Era un nombre prestigioso… en Nueva York. Incluso en París y en Londres había abierto muchas puertas, doblado muchas rodillas. Raras eran las ocasiones en que ese hombre arrogante no se había salido con la suya.

—¿Qué haces en mi país? —preguntó el hombre mono, haciendo caso omiso de la información que había dado Stimbol acerca de su identidad.

—¿Tu país? ¿Quién diablos eres tú?

Tarzán se volvió hacia los dos negros que se habían quedado de pie a espaldas de Stimbol, a un lado.

—Soy Tarzán de los Monos —les dijo en su dialecto—. ¿Qué hace este hombre en mi país? ¿Cuántos hay en su grupo?, ¿cuántos hombres blancos?

—Gran *bwana* —dijo uno de los hombres con sincera deferencia —, hemos sabido que eras Tarzán de los Monos en cuanto te hemos visto saltar por los árboles y matar a la gran serpiente. No hay otro en toda la jungla que sea capaz de algo parecido. Este hombre blanco es un mal amo. Hay otro hombre blanco con él. El otro es bueno. Han venido a cazar a Simba el león y otras fieras. No tienen suerte. Mañana regresan.

—¿Dónde está su campamento? —preguntó Tarzán.

El negro que había hablado señaló.

—No está lejos —dijo.

El hombre mono se volvió a Stimbol.

—Regresa a tu campamento elijo—. Yo iré más tarde, esta noche, y hablaré contigo y tu compañero. Entre tanto, no caces más que para comer mientras estés en el país de Tarzán.

Había algo en el tono de voz y en la actitud del extraño que logró por fin penetrar la espesa sensibilidad de Stimbol y le causó una especie de sobrecogimiento, algo que apenas había experimentado en el pasado, excepto en presencia de una riqueza superior a la suya. No respondió. Se quedó quieto y observó al bronceado gigante volverse hacia el gorila. Durante un momento, oyó cómo se gruñían uno al otro y después, para su sorpresa, los vio alejarse juntos por la jungla. Cuando el follaje se cerró tras ellos, se quitó el salacot y se secó el sudor de la frente con un pañuelo de seda mientras permanecía con la mirada clavada en las verdes ramas que se habían separado para recibir a tan extraña pareja.

Por fin, se volvió a sus hombres tras proferir una maldición.

—¡Un día entero perdido! —se quejó—. ¿Quién es ese tipo? Al parecer le conocéis.

—Es Tarzán —respondió uno de los negros.

—¿Tarzán? Nunca he oído hablar de él —espetó Stimbol.

—Todos los que conocen la jungla conocen a Tarzán.

—¡Bah! —exclamó Stimbol—. Ningún miserable salvaje dirá a Wilbur Stimbol dónde puede cazar y dónde no.

—Amo —dijo el negro que había hablado en primer lugar—, la palabra de Tarzán es ley en la jungla. No le ofendas.

—No os pago, hatajo de necios, para que me deis consejos —espetó Stimbol—. Si yo digo a cazar, cazamos, y no lo olvidéis.

Pero en el camino de regreso al campamento no vieron ninguna fiera para cazar, o al menos Stimbol no vio ninguna, porque lo que veían los negros era cosa suya.

V

EL TARMANGANI

DURANTE el tiempo que Stimbol se ausentó del campamento, Blake se había ocupado de repartir la comida y el equipo en dos partes iguales, que dispuso de forma que, más tarde, Stimbol pudiera inspeccionarlas y dar su aprobación; no obstante, pospuso el reparto de porteadores y askari para cuando volviera Stimbol. Cuando los cazadores regresaron al campamento, lo hallaron escribiendo en su diario.

De un solo vistazo supo que Stimbol estaba de mal humor, cosa no muy extraña viniendo del veterano y que, por tanto, no era motivo de preocupación para Blake, aunque sí le empujaba a sentirse más aliviado al pensar que al día siguiente se libraría por fin de su malicioso acompañante.

Sin embargo, Blake se sintió más preocupado al constatar el hosco comportamiento de los askari que habían acompañado a Stimbol, muestra, para el joven, de que su compañero había aprovechado la menor excusa para intimidarlos, maltratarlos o insultarlos, lo cual no hacía sino aumentar la dificultad de dividir el safari. Desde el preciso instante en que decidió separarse definitivamente de Stimbol, Blake consideró que uno de los mayores obstáculos a los que habría de enfrentarse para salirse con la suya sería el de encontrar hombres suficientes, dispuestos a someterse a las particulares ideas de Stimbol acerca de la disciplina, así como a transportar su equipaje y provisiones, y protegerse a ellos mismos y a él.

Al llegar Stimbol y ver las dos montañas de equipaje, frunció aún más el ceño.

—Al parecer lo has preparado todo —comentó al detenerse a la

altura de Blake.

—Sí, quería que vieras que todo estaba en orden antes de guardarlo.

—Prefiero no perder el tiempo con estas cosas —replicó el otro —. Estoy seguro de que no me engañarías.

—Gracias —respondió Blake.

—¿Y qué me dices de los porteadores?

—No va a ser fácil. No los has tratado precisamente bien, y no encontraremos muchos que estén dispuestos a regresar contigo.

—En eso te equivocas, Blake. Tu problema es que no sabes nada de los nativos. Eres demasiado suave con ellos. No sienten el menor respeto por ti, y no gustan de nadie a quien no puedan respetar. Saben que alguien dispuesto a golpearlos es su amo, y saben que un amo cuidará de ellos. No estarían dispuestos a afrontar una larga caminata contigo. Tú te has encargado del equipo, pero los hombres corren de mi cuenta, que para eso tengo más mano con ellos. Yo me encargaré de que el reparto sea justo y que dispongas de un buen grupo de nativos. Les meteré de tal forma el miedo en el cuerpo, que no se atreverán a sentir nada que no sea lealtad hacia ti.

—¿Y cómo piensas repartir a los hombres? —preguntó Blake.

—Vamos a ver, en primer lugar me gustaría que te quedaras con los hombres que estén dispuestos a acompañarte, aunque te aseguro que serán pocos, de modo que lo mejor será que los reunamos a todos, les expliquemos que vamos a separarnos y pidamos a quienes quieran regresar en tu safari que den un paso al frente, para que después podamos escoger a unos cuantos hombres útiles de entre los demás, los suficientes para asegurarnos de que dispongas de la mitad. ¿Qué te parece? Es justo, ¿no?

—Es bastante justo —admitió Blake. Quería con toda el alma que aquel plan resultara tan sencillo como parecía, a juzgar por las palabras de Stimbol, pero como no estaba muy convencido de ello se apresuró a sugerir una alternativa, a la que probablemente tuvieran que recurrir—. En caso de que cualquiera de nosotros encuentre dificultades a la hora de conseguir el número necesario de hombres —dijo—, creo que podremos convencerlos si ofrecemos una prima que pagaremos cuando lleguemos sanos y salvos a la estación terminal. Si soy yo el que se queda sin hombres, estoy dispuesto a hacerlo.

—No me parece mala idea si de veras temes quedarte sin hombres cuando yo me vaya —dijo Stimbol—. También será un factor añadido que garantizará tu seguridad; pero, en cuanto a mis hombres, será mejor que respeten el acuerdo original, o empezarán a proliferar en la región un montón de porteadores contusionados. ¿Qué te parece si los reunimos a todos y descubrimos a qué debemos enfrentarnos? —Miró a su alrededor hasta encontrar con la mirada al cabecilla—. ¡Eh! ¡Tú! —llamó—. Ven aquí, y que sea rápido.

El negro se acercó a los hombres blancos.

—¿Me ha llamado, *bwana*? —preguntó.

—Reúne a todos los hombres del campamento —ordenó Stimbol —. Quiero que se presenten aquí mismo dentro de cinco minutos para hablar con ellos. Que no falte nadie.

—Sí, *bwana*.

Cuando el cabecilla se retiró, Stimbol se volvió hacia Blake.

—¿Has visto hoy a algún extraño en el campamento? —preguntó.

—No, ¿por qué?

—Encontré a un salvaje cuando estaba cazando —respondió Stimbol—. Me ordenó salir de la jungla. ¿Qué te parece? —preguntó al tiempo que se echaba a reír.

—¿Un salvaje?

—Sí, supongo que era algún chiflado. El askari parecía conocerle.

—¿De quién se trata?

—Se hace llamar Tarzán.

Blake enarcó ambas cejas.

—¡Ajá! —exclamó—. ¿Has visto a Tarzán de los Monos, y te ha ordenado salir de la jungla?

—¿Has oído hablar de él?

—Así es, y si me ordenara salir de su jungla, obedecería.

—Tú obedecerías, pero no Wilbur Stimbol.

—¿Por qué te lo ordenó? —preguntó Blake.

—Se limitó a decir que saliera de la jungla, eso es todo. No me permitió disparar a un gorila al que iba siguiendo. Ese tipo salvó al gorila del ataque de una pitón, mató a la pitón, me ordenó salir de la jungla, dijo que más tarde nos visitaría en el campamento y se

largó caminando con el gorila como si fueran amigos de toda la vida. Nunca he visto nada parecido, pero no me importa nada quién o qué se crea ese tipo. Yo sé quién y qué soy, y un simple mentecato jamás me obligará a salir de este país con el rabo entre las piernas hasta que esté preparado y dispuesto a irme.

—¿Consideras a Tarzán de los Monos un mentecato?

—Cualquiera que recorra esta jungla semidesnudo y desarmado me parecería un mentecato.

—Ya verás como no lo es, Stimbol; y, a menos que quieras meterte en más líos de los habidos y por haber, será mejor que obedezcas a Tarzán de los Monos.

—¿Qué sabes de él? ¿Te lo has encontrado alguna vez?

—No —respondió Blake—. Pero nuestros hombres me han hablado mucho de él. Forma parte de la jungla, tanto como la vegetación que habita en ella o los leones. Muy pocos, o quizá ninguno, de nuestros hombres lo han visto, pero ostenta el mismo poder en su imaginación y en sus supersticiones que cualquiera de los demonios en que creen, e incluso yo diría que temen más enojarle a él que a los demonios. Estaremos vendidos si se enteran de que Tarzán la ha tomado con nosotros.

—Yo sólo digo que si ese hombre mono sabe lo que le conviene, mejor será que no se entrometa en los asuntos de Wilbur Stimbol.

—Quiere visitarnos, ¿verdad? —preguntó Blake—. En fin, tengo muchas ganas de conocerlo. No he oído hablar de otra cosa desde que llegamos a este país.

—Es curioso que yo no haya oído hablar de él —reflexionó Stimbol.

—Nunca hablas con los hombres —apuntó Blake.

—¡Cáspita! Cualquiera diría que no he hecho otra cosa —gruñó Stimbol.

—Me refiero a conversar con ellos.

—Yo no me relaciono con porteadores —se burló. Blake hizo una mueca.

—Ya llegan los hombres —dijo Stimbol antes de volverse a los porteadores y askari que esperaban a oír sus palabras. Antes de hablar, se aclaró la garganta—. El señor Blake y yo vamos a separarnos —anunció—. Lo hemos dividido todo. Yo tengo intención de seguir cazando un poco más hacia el oeste, dar un

rodeo hacia el sur y volver a la costa por una nueva ruta. No sé cuáles son los planes del señor Blake, pero se llevará a la mitad de porteadores, y también a la mitad de askari quiero deciros ahora mismo que no vamos a llegar a ningún acuerdo acerca de este particular. La mitad de vosotros acompañaréis al señor Blake, os guste o no.

Hizo una pausa y esperó a que los hombres reflexionaran el significado de sus palabras.

—Como siempre —prosiguió—, me interesa satisfacer a todo el mundo, de modo que voy a dar a todo aquel que quiera acompañar al señor Blake la oportunidad de hacerlo. ¡Escuchad! Los bultos de ahí corresponden al señor Blake, mientras que los de este lado son los míos. ¡Quiénes deseen acompañar al señor Blake, que se acerquen a su equipaje!

Los hombres dudaron por espacio de unos segundos, y entonces algunos de ellos se acercaron en silencio a los fardos de Blake. Los demás hombres no tardaron en seguirlos cuando comprendieron cuál era el significado de las palabras de Stimbol, hasta que todos los hombres se distribuyeron alrededor del equipaje de Blake. Stimbol, que reía y agitaba la cabeza, se volvió hacia Blake.

—¡Cáspita! —exclamó—. ¿Habías visto alguna vez semejante pandilla de idiotas? ¡Nadie podía haberse explicado con tanta simpleza como yo, y míralos! ¡Ninguno parece haberme entendido!

—¿Estás seguro, Stimbol? —preguntó Blake.

El interpelado tardó en percibir la insinuación que había en aquella pregunta. Al hacerlo, frunció el ceño.

—No seas idiota —espetó—. Seguro que no me han entendido. —Se volvió hacia los hombres enfadado, y les gritó—: ¡Estúpidos negros idiotas! ¿Acaso no entendéis nada? —preguntó—. No os he ordenado a todos que acompañéis al señor Blake, sólo quienes quieran ir. Ahora el resto de vosotros, los que quieran acompañarme a mí, volved aquí junto a mis cosas, ¡y rápido!

Nadie movió un solo dedo para acercarse a las mochilas de Stimbol, que no tardó en sonrojarse como un tomate.

—¡Esto es un motín! —exclamó—. Sea quien sea el que haya organizado todo esto, que sepa que va a sufrir de lo lindo. ¡Tú, ven aquí! —Se acercó a uno de los cabecillas, a quien preguntó—: ¿Quién diablos ha engañado a tu gente? ¿Ha sido el señor Blake el

que te ha ordenado hacerlo?

—No seas estúpido, Stimbol —protestó Blake—. Nadie ha tratado de convencer a los hombres de nada, y aquí no hay motín que valga. Este plan era tuyo, y los hombres se han limitado a hacer lo que tú has ordenado. De no ser por tu insufrible egocentrismo, habrías supuesto cuál sería el desenlace de lo que planeabas hacer. Estos negros son seres humanos; en ciertos aspectos son seres humanos dotados de una increíble sensibilidad, y en otros, en cambio, son como niños. Si los golpeas, los maldices, los insultas, te temerán y te odiarán. Tú les has hecho todas esas cosas, por tanto te temen y te odian. En este momento no haces más que recoger los frutos de todo lo que has cosechado. Quiera Dios que aprendas la lección. Sólo hay una forma de conseguirte algunos hombres, pero tendrás que ofrecerles un buen pellizco. ¿Estás dispuesto a hacerlo?

A Stimbol, a quien por fin le flaqueaba la confianza en sí mismo, le cambió la cara al darse cuenta de que Blake tenía razón. Durante un momento se limitó a mirar a su alrededor como un niño asustado. Los negros, cuyos rostros delataban su malhumor, se irguieron como bestias heridas contemplándole fijamente. En ninguno de aquellos ojos, oscuros como la noche, encontró el menor atisbo de simpatía. Finalmente se volvió hacia Blake.

—Mira a ver si puedes convencerlos —se limitó a decir.

Blake se dirigió a los hombres:

—Es necesario que la mitad de vosotros acompañéis al señor Stimbol de regreso a la costa —dijo—. Pagará el doble de la paga a quienes le acompañen, siempre y cuando le *Sir* váis con lealtad. Habladlo entre vosotros y que vuestro cabecilla nos informe del resultado. Eso es todo; podéis iros.

Los dos hombres blancos pasaron el resto de la tarde en el interior de sus respectivas tiendas. Los negros se reunieron en grupos y susurraron. Blake y Stimbol no volvieron a verse hasta que, después de cenar, ambos salieron de las tiendas, pipa en mano, para escuchar las palabras de los cabecillas. Al cabo de media hora Blake envió a su sirviente a buscarlos y, cuando se presentó ante el joven, le preguntó:

—Y bien, ¿han decidido los hombres quién acompañará al señor Stimbol?

—Nadie acompañará al viejo *bwana* —contestó el portavoz—.

Todos acompañarán al joven *bwana*.

—Pero el señor Stimbol pagará bien —insistió Blake—, y la mitad de vosotros debe acompañarlo.

El negro negó con la cabeza.

—No podría ofrecernos lo suficiente —dijo—. Ningún muchacho le acompañará.

—Aceptasteis acompañarnos en este viaje, ida y vuelta —dijo Blake—. Debéis cumplir con lo acordado.

—Aceptamos acompañaros a ambos y volver con ambos. Nadie habló de volver por separado. Cumpliremos con lo acordado y el viejo *bwana* podrá volver junto al joven *bwana* —dijo el cabecilla en un tono de voz que parecía zanjar la cuestión.

Blake meditó un instante antes de responder:

—Podéis iros —dijo—. Por la mañana volveré a entrevistarme con vosotros.

No hacía ni un instante que los negros se habían retirado, cuando la figura de un hombre surgió de pronto de la oscuridad, iluminada por la luz del fuego.

—¿Quién dia…? ¡Oh! ¡Eres tú! —exclamó Stimbol—. Aquí tienes al salvaje, Blake.

El joven americano se volvió para observar de arriba abajo la broncínea figura del gigante, que seguía de pie junto al fuego. Observó sus rasgos claramente definidos, la sosegada dignidad, la majestuosidad de su porte, y sonrió para sus adentros al recordar la descripción que hizo Stimbol de aquel ser tan parecido a un dios, al que había tachado de mentecato.

—De modo que tú eres Tarzán de los Monos —dijo.

Tarzán inclinó la cabeza.

—¿Y tú? —preguntó.

—Soy Jim Blake, de Nueva York —respondió el americano.

—Cazando, por supuesto.

—Con una cámara.

—Tu compañero utilizaba un rifle —apuntó Tarzán.

—Yo no soy responsable de sus actos. No puedo controlarle —replicó Blake.

—Nadie puede —intervino Stimbol.

Tarzán miró durante un instante a Stimbol, pero ignoró lo que acababa de oír.

—He oído por encima la conversación que habéis tenido con los cabecillas —dijo dirigiéndose a Blake—. Algunos de vuestros negros ya me han hablado de tu compañero, y dos veces hoy he podido formarme una opinión por mis propios medios, de modo que doy por sentado que os separáis porque no os entendéis. ¿Estoy en lo cierto?

—Sí —reconoció Blake.

—¿Y qué planes tienes cuando os hayáis separado?

—Tengo intención de penetrar más hacia el oeste, y después dar un… —comenzó a decir Stimbol.

—Estaba hablando con Blake —interrumpió Tarzán—; en lo que a ti concierne, ya he tomado una decisión.

—¡Pero bueno, quién diablos te has cre…!

—¡Silencio! —advirtió el hombre mono—. ¡Adelante, Blake!

—No hemos tenido mucha suerte hasta ahora —obedeció Blake —; sobre todo porque nunca nos ponemos de acuerdo respecto a los métodos. A resultas de ello, apenas he podido hacer un solo reportaje decente de ningún animal salvaje. Tenía planeado ir al norte con la intención de fotografiar a los leones. Me disgusta la idea de volver con las manos vacías, después de todo el tiempo y el dinero que he dedicado a esta expedición, pero ahora que los hombres se han negado a acompañarnos por separado, no hay más remedio que volver a la costa por la ruta más corta.

—Parece que vosotros dos habéis decidido ignorarme por completo —gruñó Stimbol—. He invertido en este viaje tanto dinero y tanto tiempo como Blake. Olvidáis que vine aquí a cazar, y es más, pienso hacerlo, y no tengo ninguna intención de volver a la costa porque me lo ordene una aparición, aunque sea la del mismísimo hombre mico.

Tarzán volvió a ignorar a Stimbol.

—Prepárate para emprender el camino una hora después de salir el sol —dijo a Blake—. No habrá ningún problema en dividir el safari. Yo me quedaré para ocuparme de ello, y os daré mis instrucciones finales. —Y al terminar se volvió y desapareció, tragado por la oscuridad.

VI

ARA EL RAYO

ANTES del amanecer ya había actividad en el campamento, y a la hora señalada las mochilas estaban preparadas y todo estaba dispuesto. Los porteadores gandulearon mientras esperaban a que diera comienzo el safari que se dirigiría al este, en dirección a la costa. El follaje de un árbol cercano se agitó ante el rumor de una rama de laque saltó en pleno campamento, ligero como una pluma, Tarzán de los Monos. Exclamaciones de sorpresa corrieron de boca en boca de los negros, una especie de sorpresa matizada por el terror. El hombre mono se volvió hacia ellos y les habló en su propio dialecto.

—Soy Tarzán de los Monos —dijo—, señor de la jungla. Habéis traído al hombre blanco a mis dominios para que mate a mis gentes. Eso no me complace. Aquellos de vosotros que queráis seguir vivos para volver a vuestras casas, junto a vuestras familias, haréis bien en escucharme y hacer todo cuanto Tarzán ordene.

»Tú —dijo señalando al portavoz de los cabecillas— acompañarás al joven hombre blanco, al que permitiré fotografiar mis tierras donde quiera y cuando quiera. Escoge a la mitad de hombres del safari para que acompañen al joven *bwana*. Y tú —dijo a otro de los cabecillas—, coge a los hombres que queden y escolta al viejo *bwana* hacia la estación, a través de la ruta más directa y sin pausa. No se le permitirá cazar y nadie matará excepto en caso de necesidad o de ataque. No me falléis. Recordad siempre que Tarzán os observa, y que Tarzán nunca olvida.

Entonces se volvió hacia el hombre blanco.

—Blake —dijo—, ya lo he dispuesto todo. Puedes marcharte

cuando quieras con tu propio safari e ir adonde quieras. La cuestión de si puedes o no cazar depende de ti. Eres el invitado de Tarzán.

—Y a ti —dijo dirigiéndose a Stimbol— te guiarán por el camino más corto, lejos de este lugar. Te permito llevar armas y emplearlas en defensa propia. Si abusas de dicho permiso, te las quitaré. No caces, ni siquiera por comida; el cabecilla se encargará de eso.

—¡Eh, un momento, un momento! —fanfarroneó Stimbol—. Si de veras creéis que voy a permitir semejante violación de mis derechos como ciudadano americano, estáis muy equivocados. Yo podría comprar y vender esta maldita jungla contigo dentro unas cuarenta veces, sin que mi cuenta bancaria llegara a acusarlo. Por el amor de Dios, Blake, dile a este pobre imbécil quién soy antes de que meta la pata hasta el fondo.

Tarzán se volvió hacia el cabecilla que había elegido para guiar a Stimbol.

—Podéis cargar los bultos y partir —dijo—. Si este hombre blanco no os sigue, dejadlo atrás. Cuidad bien de él si me obedece, y acompañadlo a salvo hasta la estación. Obedeced sus órdenes si no entran en conflicto con las que yo os he dado. ¡Marchad!

Un momento después el safari de Stimbol se dispuso a partir y, a petición de Tarzán, el de Blake también empezó a levantar el campamento. Stimbol juró y perjuró, pero sus hombres, que le ignoraban malhumorados, atravesaron la jungla en dirección este. Tarzán se había marchado después de colgarse de los árboles y desaparecer entre el espeso follaje, y finalmente Stimbol se quedó solo en el campamento abandonado.

Frustrado, humillado, casi al borde de un estallido de rabia, corrió detrás de sus hombres, gritando órdenes y amenazas que nadie pareció escuchar. Ese mismo día, más tarde, hosco y silencioso, caminó a la cabeza de la larga fila de porteadores y askari, convencido al final de que el poder del hombre mono superaba al suyo; pero en su corazón anidaba el resentimiento, mientras que en su mente hervían planes de venganza, planes que él mismo daba por fútiles.

Tarzán, queriendo asegurarse de que se obedecían sus instrucciones, se había adelantado un buen trecho colgado de los árboles, y aguardaba en la horcajadura de un árbol plantado junto a un sendero por el que Stimbol debía pasar. En la distancia pudo oír

el rumor de un safari. En el mismo sendero, pero proveniente del extremo opuesto, algo se acercaba. El hombre mono no podía verlo, pero sabía qué era. Por encima de las oscuras copas de los árboles las nubes se formaban a baja altura, aunque en la jungla no soplaba ni una pizca de aire.

Por el sendero apareció un enorme, peludo y negro homínido. Tarzán de los Monos lo saludó cuando se acercó a la percha vegetal de la que colgaba.

—¡Bolgani! —llamó en un tono de voz muy grave. El gorila se detuvo, se irguió sobre los cuartos traseros y miró alrededor.

—Soy Tarzán —dijo el hombre mono. Bolgani gruñó.

—Soy Bolgani —respondió.

—Viene un tarmangani —advirtió Tarzán—. ¡Mataré! —gruñó Bolgani.

—Deja pasar al tarmangani —dijo Tarzán—. Él y los suyos tienen muchos bastones de fuego. He ordenado a este tarmangani salir de la jungla. Déjale pasar. Apártate un poco del sendero, que los estúpidos gomangani, y el tarmangani, que es más estúpido todavía, pasarán por aquí sin saber que Tarzán y Bolgani acechan.

En el oscuro cielo que se cernía sobre la jungla retumbó un trueno lejano. Ambas bestias levantaron la mirada para observar uno de los múltiples recursos, más salvaje y poderoso de lo que ellos eran capaces, de que disponía la Naturaleza.

—Pand el trueno caza en el cielo —comentó el hombre mono.

—Caza para Usha el cielo —dijo Bolgani.

—No tardaremos en oír a Usha corriendo a través de los árboles para escapar. —Tarzán observó las oscuras y bajas nubes—. Incluso Kudu el sol teme a Pand y oculta su rostro cuando Pand sale a cazar.

Ara el rayo iluminó el cielo. Para ambas bestias el relámpago surgió del arco de Pand, y grandes gotas de lluvia comenzaron a caer poco después; era Meeta, la sangre de Usha; el viento, que brotaba de sus muchas heridas.

La jungla pareció doblegarse ante semejante presión, aunque a esas alturas aún no hubiera más ruido que el que partía del trueno. Los árboles aguantaron el embate del viento, y Usha atravesó la espesura de la jungla. La oscuridad aumentó. Una densa cortina de lluvia cayó del cielo. Hojas y ramas salieron despedidas por la

fuerza del viento, mientras los árboles invadían el espacio de otros árboles. Con ensordecedores rugidos, los elementos desataron la rabia acumulada. Las bestias se pusieron a cobijo del único poder al que tenían por supremo.

Tarzán se agazapó en la horcajadura de un enorme árbol, mientras con los brazos se protegía de la lluvia. Justo al otro lado del sendero, Bolgani se había sentado en cuclillas; parecía la personificación de la desdicha. Esperaron, a falta de otra cosa mejor que hacer.

Por encima de sus cabezas la tormenta rugió con renovado brío. El trueno cayó, y su eco reverberó con estruendo. Se produjo una cegadora descarga de luz, y la rama sobre la que descansaba Tarzán se partió y rodó en dirección al sendero.

Paralizado, el hombre mono permaneció inmóvil donde había caído bajo la rama, que le cubría parcialmente el cuerpo.

La tormenta decidió partir tan rápidamente como había llegado. Kudu el sol impuso su luz por encima de las nubes. Bolgani, abatido y algo aterrorizado, siguió donde estaba, inmóvil y silencioso. No tenía ningún interés en llamar la atención de Pand el trueno.

Calado hasta los huesos, aterido de frío, furioso, Stimbol recorría el sendero embarrado. Ignoraba que su safari se encontraba ligeramente retrasado, ya que él no había dejado de avanzar, mientras que los porteadores se habían refugiado al amparo de los árboles.

Al doblar un recodo del sendero, tropezó de pronto con la rama que bloqueaba el camino. Al principio no vio el cuerpo del hombre que yacía inmóvil bajo su peso, pero al reconocerlo sintió que la esperanza volvía a cobrar forma en su corazón. Muerto Tarzán, sería libre para hacer lo que le viniera en gana; pero ¿de veras habría muerto el hombre mono?

Stimbol corrió hacia él, se agachó sobre una rodilla, y acercó el oído al pecho del hombre tumbado. Una expresión de decepción empañó la alegría de su rostro, y es que Tarzán no estaba muerto. De nuevo volvió a mudar la expresión de su rostro. Sus ojos brillaron con una chispa de inteligencia cuando se levantó para mirar hacia el sendero. ¡No veía a sus hombres por ninguna parte! Echó un rápido vistazo a su alrededor. ¡Estaba a solas con el inconsciente responsable de su humillación!

Más bien creyó estar solo. No vio la peluda forma que había asomado en silencio desde su posición, al percibir con oído sensible el sonido de los pasos de Stimbol, y que en ese momento atisbaba por entre el follaje sin quitar ojo al hombre que estaba en pie y al hombre mono, que yacía tumbado.

Stimbol desenfundó un cuchillo de caza. Podía hundir la punta de acero en el corazón del salvaje y desandar a la carrera el sendero. Sus hombres le encontrarían esperándolos. Más tarde hallarían el cadáver de Tarzán, aunque nadie sabría cómo había muerto.

El hombre mono se movió; al parecer estaba recobrando la conciencia. Stimbol se dio cuenta de que debía actuar rápidamente, y en ese momento un enorme brazo peludo surgió del follaje y una mano fuerte se cerró sobre su hombro. Soltó una maldición y se volvió hacia el horrible rostro de Bolgani. Intentó hundir el cuchillo de caza en el peludo hombro de su antagonista, pero el arma cayó al suelo de un manotazo y se perdió entre los arbustos.

Bolgani abrió la boca. Sus enormes colmillos amarillos se dirigían hacia la garganta de Stimbol cuando Tarzán abrió los ojos.

—¡*Kreeg-ah*! —gritó el hombre mono a modo de advertencia.

Bolgani se detuvo y observó a la bestia que había proferido el grito.

—Suéltale —dijo Tarzán.

—El tarmangani iba a matar a Tarzán —explicó el gorila—. Bolgani se lo impidió. ¡Bolgani matar! —gruñó con ferocidad.

—¡No! —respondió Tarzán—. ¡Suelta al tarmangani!

El gorila soltó su presa en cuanto el primero de los hombres del cazador surgió por el recodo del sendero, y al ver a los negros, y lo numerosos que eran, se puso más nervioso y aumentó su irritación.

—Vuelve a la jungla, Bolgani —sugirió Tarzán—. Tarzán se encargará de este tarmangani y de los gomangani.

El gorila se fundió en el follaje y las sombras propias de la jungla con un gruñido de despedida, mientras Tarzán de los Monos se volvía hacia Stimbol y sus muchachos.

—Considéralo un aviso, Stimbol —dijo el hombre mono—. Has tenido suerte de no haberte salido con la tuya, de no haberme matado. Vine por dos razones: una para comprobar que obedecías mis instrucciones, y la otra para protegerte de tus hombres. No me

gustó cómo te miraban esta mañana en el campamento. No sería extraño que te perdieran en la jungla, lo cual pondría punto final a tu vida con tanta seguridad como un veneno o un cuchillo. Me sentía responsable de tu destino porque eres un hombre blanco, aunque ahora me has librado de cualquier obligación que pudiera sentir por cuestiones raciales.

»No voy a matarte, Stimbol, aunque lo merezcas; pero ahora tendrás que llegar a la costa por tus propios medios. Descubrirás sin duda que nunca se tienen suficientes amigos en la jungla, y que es mejor no hacer más enemigos de los imprescindibles. —Se volvió para dirigirse hacia los muchachos negros de Stimbol—. Tarzán de los Monos se irá por aquí, y quizá no volváis a verle. Cumplid con vuestro deber para con este hombre blanco, siempre y cuando obedezca las órdenes de Tarzán, ¡pero vigilad que no cace!

Con aquella advertencia final, el hombre mono saltó a las ramas inferiores de un árbol y desapareció.

Cuando Stimbol, después de preguntar repetidamente a sus hombres, descubrió que Tarzán había asegurado que no volverían a verlo, recuperó buena parte de su anterior seguridad en sí mismo, por no mencionar el egoísmo. De nuevo volvía a erigirse como líder de hombres, gritaba a los negros a voz en cuello, los maldecía y los ridiculizaba. Pensó que de esa manera los impresionaba con su grandeza. Creía que eran unos simplones a los que engañaría haciéndoles creer que no temía a Tarzán, al que, pensaba, sólo respetaban por cómo se pavoneaba cuando les daba órdenes. Ahora que Tarzán había prometido no volver, Stimbol se sentía a salvo para desobedecer sus deseos, y así lo demostró al disponer el primer campamento, donde avistó un antilope y, sin dudarlo un instante, abrió fuego y lo mató.

En el campamento de Stimbol reinaba el descontento. Los hombres se reunían en grupos y susurraban.

—Ha matado a un antílope y Tarzán se enfadará con nosotros —decían.

—Nos castigará —dijo uno de los cabecillas.

—El *bwana* es malo —dijo otro—. Ojalá estuviera muerto.

—No podemos matarle, eso ordenó Tarzán.

—Si lo abandonamos en la jungla, morirá.

Tarzán nos ordenó cumplir con nuestro deber.

—Así es, al menos siempre y cuando el hombre blanco respetara las órdenes de Tarzán.

—Le ha desobedecido.

—Entonces podemos abandonarlo.

Stimbol, exhausto por tan larga caminata, durmió como un tronco. Al despertar el sol brillaba en lo alto. Llamó a gritos al muchacho que hacía las veces de ayudante de cámara, pero nadie respondió. De nuevo volvió a gritar más alto, y además lanzó una maldición. Pero nadie se acercó. No había un solo rumor en todo el campamento.

—¿Será puerco ese granuja? —gruñó—. Cuando salga de aquí lamentará haber nacido.

Se levantó y se vistió. Mientras lo hacía, el profundo silencio del campamento llegó a impresionarle tanto que se sintió amenazado, de modo que se apresuró a salir de la tienda cuanto antes. Ya en el exterior, le bastó con echar un vistazo para comprobar la verdad al desnudo. No había un solo ser humano a la vista, y todos los bultos de las provisiones, a excepción de uno, habían desaparecido. ¡Le habían abandonado en mitad de África!

Tuvo un primer impulso de coger el rifle y echar a correr tras el rastro de los negros, pero después consideró el peligro que derivaría de semejante proceder. Se convenció de que la última cosa que debía hacer era volver a ponerse en manos de esos hombres, que habían demostrado no tener compasión al abandonarle ante la perspectiva de una muerte segura. Si lo que querían era librarse de él, encontrarían perfectamente un método más rápido y sencillo si Stimbol les imponía su presencia. Sólo tenía una alternativa, que consistía en encontrar a Blake y seguir con él. Sabía que Blake jamás le abandonaría en plena jungla.

Los negros no le habían dejado sin provisiones, ni tampoco se habían llevado el rifle ni la munición, pero la dificultad que afrontaba Stimbol en ese momento era más cuestión de transporte que de alimentación. Tenía comida suficiente para algunos días, aunque también era consciente de que no podía cargar con ella por la jungla sin dejar atrás el rifle y la munición. Quedarse junto a la comida resultaría igual de estúpido. Blake regresaba a la costa por otra ruta; el hombre mono había asegurado que no seguiría al safari de Stimbol. Por tanto, pasarían años antes que otro ser humano

transitara por aquel sendero de caza.

Sabía que le separaban de Blake dos jornadas de marcha, y que si viajaba ligero, siempre y cuando aquél no apretara el paso, tenía oportunidad de alcanzarle en cuestión de una semana. Con un poco de suerte, Blake no tardaría en descubrir buen material para sus fotografías y establecería un campamento permanente. En ese caso, Stimbol tendría ocasión de encontrarle mucho antes.

Se sintió mejor tras decidirse a diseñar su plan de acción. Después de un buen desayuno reunió algunas provisiones para hacer la mochila, suficientes para una semana, llenó el cinturón y los bolsillos de munición y emprendió el camino a lo largo del mismo sendero, pero en sentido contrario.

Le pareció fácil desandar el camino que había recorrido el día anterior; además, era la tercera vez que pasaba por allí, y no tuvo ninguna dificultad en alcanzar el campamento donde él y Blake se habían separado.

Al penetrar en el pequeño claro al atardecer, decidió seguir adelante y cubrir tanto terreno tras la pista de Blake como pudiera antes del anochecer; pese a todo, decidió descansar durante algunos minutos. Al sentarse de espaldas al tronco de un árbol no percibió el movimiento que agitaba la hierba de la jungla a escasos metros de donde se encontraba, aunque, de haberlo hecho, qué duda cabe de que no le hubiera prestado ninguna importancia.

Se levantó al terminar el cigarrillo, ordenó de nuevo la mochila y emprendió el camino en la misma dirección que los hombres de Blake habían tomado la mañana anterior; sin embargo, apenas había caminado un par de metros cuando un terrible gruñido le obligó a detenerse, un gruñido que partió de una mata de hierba que había a poca distancia de donde se encontraba. Casi de forma simultánea el margen de la hierba se separó, y en su lugar apareció la cabeza de un león, con su oscura y enorme melena.

Al verlo, Stimbol profirió un grito de horror. Se desprendió de la mochila, arrojó a un lado el rifle y echó a correr en dirección al árbol bajo el que había estado sentado. El león, que al parecer también estaba algo sorprendido, permaneció inmóvil por un instante sin quitarle ojo, y después emprendió la persecución con paso tranquilo.

Stimbol, después de echar un vistazo por encima del hombro, se

sintió horrorizado al ver al león tan cerca de él y saberse tan lejos del árbol. Si la distancia puede confundir al ojo humano, la cercanía también puede tener, en según qué ocasiones, cierta ventaja. En ese caso, sirvió al hombre para aumentar la velocidad hasta tal punto que a él mismo le sorprendió y, pese a no ser joven, trepó con celeridad, por no decir con elegancia, a las ramas más bajas del árbol, algo que no hubiera sorprendido viniendo de un atleta formado.

Pero el león no se quedó atrás. Las férreas garras de Numa rozaron la bota del americano y le obligaron a trepar a las ramas más altas, donde se colgó inseguro mientras se esforzaba por recuperar el aliento y miraba hacia abajo, a las terribles fauces del carnívoro. Por un momento, Numa se limitó a gruñirle. Entonces, con un rugido terrible, se volvió y caminó majestuosamente hacia la mata de hierba de la que había surgido. Se detuvo para olisquear la mochila de provisiones de la que Stimbol se había desprendido y, con evidente disgusto al notar el olor del hombre en ella, la zarandeó con violencia. La mochila rodó a un lado y Numa se apartó sin dejar de mirarla con cierto desdén, pero entonces saltó con un gruñido sobre la mochila y la emprendió a zarpazos hasta destriparla completamente y esparcir su contenido por el suelo. Mordió latas y cajas hasta que apenas quedó un solo artículo intacto, mientras Stimbol seguía agazapado en el árbol, observando la destrucción de sus provisiones, completamente incapaz de actuar.

Una docena de veces se maldijo a sí mismo por haberse desprendido del rifle, y más de una docena clamó venganza a los cuatro vientos. Se consoló, sin embargo, al darse cuenta de que Blake no andaría muy lejos, y que con él encontraría provisiones de sobra, las cuales podría aumentar mediante el intercambio o la caza. Cuando se fuera el león, bajaría del árbol para seguir el rastro de Blake.

Numa, cansado del contenido de la mochila, volvió al lugar del que había surgido y se dirigió hacia la espesura, aunque de nuevo algo atrajo su atención. En esa ocasión se trataba del bastón de trueno del tarmangani. El león olisqueó el rifle abandonado, lo arañó con las zarpas y finalmente decidió cogerlo entre las fauces. Stimbol, que estaba horrorizado, no perdió detalle. ¿Qué pasaría si esa bestia rompía el arma? ¡Se vería privado de su única defensa, de

su única forma de conseguir comida!

—¡Suéltala! —gritó Stimbol—. ¡Suéltala!

Numa hizo caso omiso de los gritos que profería el hombre-cosa, y siguió de camino a su guarida con el rifle a cuestas.

A Wilbur Stimbol, aquella tarde y aquella noche le parecieron durar una terrorífica eternidad. A lo largo del día, mientras la luz del sol iluminaba el claro, el león permaneció en la cercana mata de hierba alta, con lo que consiguió impedir al desdichado cazador reemprender la caminata en busca del campamento de Blake. Llegada la noche, el hombre no encontró ninguna razón para adentrarse en los inenarrables horrores que ofrecía la oscura jungla, aunque hubiera tenido la seguridad de que el león se había marchado y que ningún sonido le hubiera advertido de la cercana presencia del peligro; pero los sonidos le alertaban de dicha presencia. Desde poco después del anochecer hasta llegado el amanecer, oyó una auténtica miríada de aullidos, crujidos, toses, gruñidos y ladridos provenientes de la superficie, como si en el claro se congregara una verdadera cohorte de horribles bestias salvajes, justo al pie del árbol que parecía, cuando menos, un refugio bastante inseguro.

Al amanecer la jungla estaba silenciosa y tranquila a su alrededor, y al ver la mochila destrozada y las latas vacías, pudo imaginarse el auténtico festín del que habrían disfrutado las hienas, festín que sin duda constituiría un hito en la historia de la jungla. Numa había desaparecido dejando los restos de una presa a la que había matado, plato principal del banquete de las hienas al que sin duda Stimbol había proporcionado la guarnición.

Un tembloroso Stimbol bajó del árbol. Por la jungla, con la mirada inyectada en sangre y asustado ante el menor sonido, se deslizó un hombre andrajoso y hambriento, pero sobre todo aterrorizado. Pocos hubieran reconocido en él a Wilbur Stimbol, de Stimbol Company, agentes de bolsa de Nueva York.

VII

LA CRUZ

LA TORMENTA que descargó sobre el safari de Stimbol resultó aún más perjudicial para los planes de Jim Blake; un rayo cegador bastó para alterar el curso de toda su vida.

Acompañado por un solo negro, que llevaba su cámara y un rifle de más, Blake se había separado de la ruta directa que emprendió su safari con la intención de encontrar leones a los que fotografiar, puesto que todo parecía señalar que en las cercanías encontraría en abundancia a los grandes carnívoros.

Tenía intención de seguir una ruta paralela a la del grupo principal, y reunirse con ellos para acampar de noche. El muchacho que le acompañaba era inteligente y espabilado; habían acordado de antemano la dirección y velocidad de marcha del safari, y aquel muchacho cargaba con la responsabilidad de reunir a Blake con el resto del grupo. Éste había depositado toda su confianza en el muchacho, de modo que no prestó atención ni al tiempo ni a la dirección, y dedicó todas sus energías a la fascinante ocupación de buscar algo interesante que incluir en su estudio fotográfico.

Poco después de separarse del safari, Blake y su compañero encontraron una manada de siete u ocho leones, que incluía un excelente ejemplar de macho anciano, una vieja leona y cinco o seis leones jóvenes, algunos más crecidos que otros. Al ver a Blake y a su compañero, los leones abandonaron el lugar en el que estaban y se dirigieron hacia un bosque poco frondoso, seguidos por los hombres, que aguardaron armados de paciencia a que se dieran las condiciones ideales de tiempo, luz y movimiento que facilitaran al hombre blanco la labor que tenía entre manos.

En la mente del hombre negro figuraba la ruta del safari y su

posición respecto al vagabundeo de la manada. Sabía a qué distancia y en qué dirección se encontraban él y su compañero respecto a su destino. Haber regresado al sendero transitado por el safari habría resultado sencillo para él, pero Blake, que dependía completamente del negro, no prestó atención ni al tiempo ni a la dirección.

Durante dos horas siguieron el rastro de la manada, animados cuando descubrían, de vez en cuando, a uno o varios miembros de ella, pese a que no llegaron a disfrutar de una sola oportunidad para hacer las instantáneas. Entonces el cielo se cubrió rápidamente de oscuras nubes, y al cabo de unos momentos estalló la tormenta con la furia terrible que sólo alcanzan las tormentas ecuatoriales. Un instante después, entre el ensordecedor rugido del trueno, un cegador relámpago precipitó a Jim Hunter Blake al desastre.

¿Cuánto tiempo había yacido inmóvil, conmocionado por la impresión del relámpago que había caído apenas a unos pasos de donde se encontraba? Lo cierto es que no lo sabía. Cuando abrió los ojos, la tormenta había cesado y el sol brillaba rabiosamente en lo alto, a través de la densa vegetación del bosque. Seguía atontado y era incapaz de comprender la causa o la magnitud de la tragedia. Levantó la mirada lentamente, apoyado sobre un hombro, antes de mirar alrededor.

Una de las primeras cosas que vio fue vital para que recuperara rápidamente los sentidos. A menos de treinta metros de donde se encontraba, había un grupo de siete leones que le observaban con mucha atención. Las características de estos animales difieren tanto como difieren unos seres humanos de otros y, al igual que éstos, un león puede tener tanto un proceder particular como una idiosincrasia propia.

Los leones que inspeccionaban con seriedad al hombre-cosa apenas conocían a la especie humana; no habían visto más que a un puñado de hombres; nunca habían sido objeto de persecución; estaban bien alimentados y, finalmente, Blake no había hecho nada grave para molestar a sus sistemas nerviosos, que se irritaban con facilidad. Afortunadamente para él, tan sólo sentían curiosidad.

Pero Blake lo ignoraba por completo. Sólo sabía que siete leones se encontraban a unos treinta metros de distancia, que no estaban en el interior de una jaula y, aunque los había perseguido para

fotografiarlos, la cosa que más deseaba tener en ese momento no era su cámara, sino su rifle.

Con mucho sigilo, de modo que no pudiera importunarlos, miró alrededor en busca del rifle. Para su consternación no lo vio por ninguna parte. Tampoco vio al guía, que llevaba otro rifle. ¿Por dónde andaría? Sin duda, atemorizado por los leones, habría huido. A unos ocho metros había un árbol de lo más acogedor. Blake se preguntó si los leones atacarían en cuanto se incorporara. Intentó recordar todo lo que había oído acerca de dichos felinos, y recordó un hecho que puede aplicarse a la mayoría de animales peligrosos: si se huye de ellos, emprenden la persecución. Para llegar al árbol era imprescindible caminar casi directamente hacia los leones.

Blake estaba sumido en la duda cuando uno de los leones más jóvenes dio unos pasos hacia él. Aquello zanjaba la cuestión, al menos en lo que a Blake concernía, ya que cuanto más se acercaran los leones, menos posibilidades tendría de cubrir la distancia que le separaba del árbol, siempre y cuando intentaran impedírselo.

En aquel gigantesco bosque, completamente rodeado de árboles, la naturaleza había tenido que escogerle precisamente a él, que se encontraba en mitad de un claro. Había un estupendo árbol a unos treinta metros, en dirección opuesta al claro donde se encontraban los leones. Blake lo miró durante un buen rato, antes de llevar a cabo un rápido cálculo mental. Si corría hacia el árbol más alejado, los leones tendrían que cubrir sesenta metros, mientras él recorría la mitad; si se inclinaba por el árbol más cercano, tendrían que recorrer veinticuatro metros, mientras él sólo debía cubrir unos seis. Qué duda cabía, por tanto, de que el árbol más cercano parecía el más adecuado para sus planes; las apuestas estaban en un dos a uno a su favor. Sin embargo, debía considerar el problema que supondría para su cordura correr directamente hacia las fauces de los siete leones en cuestión.

Jim Blake se sentía genuina y sinceramente atemorizado; pero, a menos que los leones fueran psicoanalistas, jamás lo habrían sospechado cuando se incorporó y empezó a caminar lentamente hacia ellos, y hacia el árbol. Lo más difícil sin duda fue conseguir que sus piernas respondieran a sus órdenes, porque la verdad es que al parecer preferían, echar a correr. Igual que sus pies, su corazón y su cerebro. Sólo su voluntad mantenía las riendas de la situación.

Para Blake, aquéllos fueron momentos de tensión. Aquellos eran los primeros seis pasos que daba bajo la atenta mirada de siete leones. Vio que se ponían nerviosos. La leona se movió inquieta. El viejo macho gruñó. Un macho joven, el que se había aproximado, agitó los cuartos traseros al mover la cola, levantó la cabeza, descubrió sus colmillos y prosiguió sigilosamente con su acercamiento.

Blake estaba a punto de llegar al árbol cuando sucedió algo. Jamás supo de qué se trataba, pero, inexplicablemente, la leona le dio la espalda y se alejó mientras gemía en tono grave, y tras ella desaparecieron los demás.

El hombre recostó la espalda en el tronco y se abanicó con el salacot.

—¡Vaya! —exclamó antes de respirar hondo—. Espero no volver a ver un león hasta que visite el zoo de Central Park.

Pero olvidó incluso a los leones cuando, más tarde, descubrió algo después de gritar repetidas veces al muchacho negro. Nadie respondió a sus llamadas. Blake había decidido buscarle, aunque no tuvo que caminar mucho. Atrás, en el interior del claro, encontró restos de carne chamuscada y el cañón de un rifle ligeramente derretido y negro como el carbón. De la cámara no encontró ni un solo muelle. El rayo que dejó inconsciente a Blake debió de caer sobre el muchacho, al que mató instantáneamente, y había hecho explotar la munición, que destruyó la cámara y echó a perder el rifle que llevaba a la espalda.

Pero ¿qué habría sucedido con el rifle que Blake llevaba en las manos? Buscó por todas partes, pero al no encontrarlo llegó a la conclusión de que sólo podía atribuir su desaparición a uno de esos sucesos extraños de los que son culpables las potentes descargas eléctricas cuando azotan con toda su furia a la pobre e indefensa especie humana.

Por fin, consciente de lo que había perdido, no tenía ni la menor idea de hacia qué dirección encontraría el supuesto campamento de su safari. Blake echó a andar hacia donde esperaba encontrarlo, con la esperanza de acertar. Pero se equivocaba. El safari se movía en dirección nordeste, mientras él se dirigía hacia el norte.

Atravesó con dificultad la densa jungla durante dos días, aprovechando las ramas de los árboles para descansar. En una

ocasión, su intranquilo sueño se vio perturbado cuando se movieron las ramas donde descansaba. Al despertar, sintió que un animal grande añadía su peso a la rama y vio dos ojos fieros que brillaban en la oscuridad. Blake sabía que debía de tratarse de un leopardo cuando empuñó la automática y disparó a quemarropa. El animal profirió un horrible alarido antes dar un brinco y caer al suelo. Blake no supo jamás si le había alcanzado. El animal no volvió a molestarle, pero a la mañana siguiente no encontró ni rastro de él.

Encontró, eso sí, agua y comida en abundancia, y a la mañana del tercer día salió del bosque al pie de unas montañas elevadas. Por primera vez desde hacía semanas tuvo ocasión de ver un pedazo de cielo azul abierto, de volver a ver el horizonte y todo lo que le separaba de él. No había reparado en lo deprimido que se había sentido a causa de la oscuridad y de la espesura de la vegetación, de modo que, en aquel momento, experimentaba toda la riqueza espiritual de un convicto largamente privado de libertad y de la luz del día. El que le rescataran ya no suponía ningún problema; sólo era cuestión de tiempo. Quería cantar y gritar, pero optó por ahorrar energías y empezó a caminar hacia las montañas. No había encontrado ninguna población nativa en el bosque, por lo que pensó que, si no había topado con ninguna en una tierra bañada por el agua y repleta de caza, por fuerza tendría que encontrarla encumbrada en la montaña.

Al alcanzar una elevación del terreno descubrió a sus pies la boca de un cañón por cuyo lecho corría un arroyuelo. Los pueblos se edifican junto al agua.

Si seguía el arroyo acabaría encontrando un pueblo. ¡Qué fácil! Descendió al arroyo, donde se sintió muy gratificado al descubrir un sendero que corría paralelo. Animado por la convicción de que no tardaría en encontrar algún que otro nativo, y con la seguridad de que no tendría ninguna dificultad en reclutarlo para buscar el paradero de su safari, Blake siguió sendero arriba, al interior del cañón.

Había cubierto más o menos cinco kilómetros sin descubrir rastro alguno de que aquel lugar estuviera habitado, cuando, al doblar el sendero, se encontró al pie de una cruz blanca de enormes proporciones. Hecha de piedra caliza, se erguía en mitad del sendero y se alzaba sobre él hasta alcanzar los veinte metros.

Erosionada por el paso del tiempo y la acción de los elementos, daba la impresión de poseer una gran antigüedad, impresión que parecían confirmar los restos de una inscripción casi completamente borrada que tenía en la grandiosa base.

Blake examinó la letra esculpida, pero no pudo descifrar su significado. Los caracteres parecían de origen anglosajón, aunque no tenía más remedio que desechar la idea por ridícula. Sabía que no podía estar muy lejos de la frontera sur de Abisinia, y que los abisinios eran cristianos, lo que explicaba la existencia de la cruz. Sin embargo, no pudo explicarse la sensación de siniestra amenaza que aquel crucifijo solitario y antiguo le infundía. ¿Por qué? ¿A qué se debía? Allí de pie, muda y envejecida, parecía exigirle que desistiera, que no se aventurara más allá, que no osara entrar en el terreno de lo desconocido. Daba la impresión de estar advirtiéndole, pero no en virtud de la amabilidad y la protección, sino, más bien, con arrogancia, con odio.

Blake se echó a reír, sorprendido ante el curso que tomaban sus pensamientos y siguió adelante; pero al pasar junto al gran monolito blanco se santiguó, pese a no ser católico. Se preguntó qué le habría empujado a hacer algo tan extraño, pero no halló otra explicación que achacar su comportamiento al poder ignoto y a la fuerza de sugestión de que parecía impregnada aquella cruz.

El sendero se volvía más amplio al doblar otro recodo, custodiado por dos enormes pedazos de roca que parecían caídos de la cima de un precipicio que se elevaba por encima de su cabeza. Cada vez se acercaba más a los riscos: los tenía enfrente y a ambos lados. Debía de encontrarse cerca de la punta del cañón, y pese a ello aún no había visto ni rastro del pueblo. ¿Y adónde conduciría el sendero? Sin duda, tenía un final y un propósito. Descubriría lo primero y, posiblemente, también lo último.

No había logrado quitarse la cruz de la cabeza cuando pasó entre ambos bloques de piedra; en cuanto lo hizo, un hombre se situó a su espalda y otro se colocó ante él. Eran negros, robustos, tipos de imponentes rasgos que, en sí mismos, no tenían nada que pudiera sorprender a nadie. Blake esperaba encontrar negros en África, pero no negros que lucieran elaborados justillos de cuero con una cruz roja bordada en el pecho, prendas ajustadas y sandalias cuyas correas de piel de ante habían entrecruzado hasta

anudar por debajo de la rodilla; ni negros que llevaran yelmos cerrados de piel de leopardo, que encajaban en sus cabezas a la perfección, hasta por detrás de sus orejas; ni tampoco negros armados con espadones y picas de puntas de acero primorosamente forjadas.

Blake era muy consciente de la calidad de dichas picas, puesto que tenía una apoyada en la barriga, mientras le amenazaban con la otra en la parte más estrecha de la espalda.

—¿Quién sois vos? —exigió saber el negro que tenía enfrente.

De haberse dirigido a él en griego, Blake no se habría sentido tan sorprendido de lo que se sintió al oír lo incongruente de aquel lenguaje tan arcaico, salido de los labios de un negro africano del siglo veinte. Estaba tan pasmado que no supo qué responder.

—Me parece dudoso que este tipo sea un sarraceno, Paul dijo el negro que seguía a espaldas de Blake—, y no comprende cuanto le estás diciendo… Quizá sea un espía.

—No hay tal, Peter Wiggs; como me llamo Paul Bodkin que este hombre no es un infiel. Me basta con una sola mirada.

—Sea quien sea, Paul Bodkin, será mejor que lo lleves en presencia del capitán de la puerta, que le hará las preguntas pertinentes.

—Sin embargo, ningún mal nos sobrevendría de preguntarle antes. Seguro que responderá.

—Detén esa lengua y llévalo en presencia del capitán —ordenó Peter—. Yo permaneceré aquí, y guardaré el camino hasta tu vuelta.

Paul dio un paso al lado y empujó a Blake para obligarle a caminar por delante. Se colocó a su espalda, y el americano no tuvo que mirar atrás para saber que la ornamentada punta de la pica seguía en el mismo lugar.

El camino se extendía llano ante su mirada, y Blake siguió el sendero en dirección a la falda de la montaña, donde, en su lugar, encontró la oscura entrada de un túnel que conducía directamente al interior de la roca. Apoyadas contra los costados del nicho, nada más entrar, había varias antorchas hechas de junco o ramitas atadas con fuerza y empapadas de brea. Paul Bodkin cogió una de ellas, sacó una yesca de una caja de metal que llevaba en el interior de una bolsita, y arrancó una chispa mediante la yesca y el pedernal. Después de encender la antorcha, volvió a empujar a Blake con la

punta de la pica, y ambos entraron en el túnel, que el americano encontró amplio y fresco, una buena posición defensiva. Al parecer habían barrido el suelo; al menos eso fue lo que pensó hasta que la luz de la antorcha iluminó la pulida piedra de que estaba hecho. Las paredes y el techo estaban negros de un hollín que cubría innumerables, quizá miles de pasadizos iluminados por antorchas, que surgían a lo largo de aquel camino que conducía… ¿adónde?

VIII

LA SERPIENTE ATACA

POCO versado en cuestiones relacionadas con la jungla, sobrecogido por la enormidad de la catástrofe que le había engullido, su facultad de raciocinio se vio mermada por el terror, y Wilbur Stimbol no tuvo otro remedio que vagar por la jungla, huyendo de cualquier horror que su imaginación llegara a conjurar. La suciedad había impregnado de arriba abajo los restos de ropa andrajosa que a duras penas cubrían su demacrado cuerpo. Su pelo gris se había vuelto blanco, a juego con la barba que poblaba su mandíbula.

Siguió el amplio sendero bien señalado por el que habían pasado, hacía menos de una semana, hombres y caballos, cabras y ovejas, y con la ignorancia característica del hombre de ciudad, creyó seguir la pista del safari de Blake. De ese modo, exhausto, se adentró pesadamente en el *manzil* de Ibn Jad, que avanzaba con lentitud.

Fejjuan, el esclavo de Galla, le descubrió y le condujo al *bait* donde Ibn Jad, junto a su hermano, Tollog, y algunos otros, permanecían sentados en el *mukab* sorbiendo café.

—¡Por Alá! ¿Qué extraña criatura has capturado ahora, Fejjuan? —preguntó el jeque.

—Quizá sea un hombre santo —replicó el negro—; puesto que es muy pobre, no tiene armas y está muy sucio. Sí, sin duda debe de ser un hombre santo, muy santo.

—¿Quién eres? —preguntó Ibn Jad.

—Me he perdido y me muero de hambre. Dame comida —rogó Stimbol. Claro que no podían entenderse al hablar en sus

respectivos idiomas.

—Otro nasraní —dijo Fahd con desdén—. Quizá sea un faransí.

—Parece más bien uno de los *al-inkliz* —apuntó Tollog.

—Quizá venga de Fransa —sugirió Ibn Jad—. Fahd, háblale en esa lengua vil que aprendiste entre los soldados de Argelia.

—¿Quién eres, extranjero? —preguntó Fahd en francés.

—Soy americano —respondió Stimbol, aliviado y encantado de haber descubierto un medio de comunicarse con los árabes—. He vagado perdido por la jungla y me muero de hambre.

—Viene del Nuevo Mundo —tradujo Fahd—, se ha perdido y tiene hambre.

Ibn Jad ordenó que trajeran comida, y mientras el extranjero comía pudieron conversar con la ayuda de Fahd. Stimbol les contó que sus hombres le habían abandonado y que pagaría muy bien si le llevaban a la costa. El beduino no tenía ningún deseo de permitir que la presencia de un hombre maduro y débil le importunara lo más mínimo, y se inclinaba por la idea de rajarle la garganta como solución más simple a su problema. Pero Fahd, impresionado por el relato que hacía ese hombre sobre su riqueza, intuyó las posibilidades de una gran recompensa o rescate, e insistió en que el jeque permitiera a Stimbol acompañarlos, al menos durante un tiempo, prometiéndole acogerlo en su propio *bait* y responsabilizarse de él.

—Ibn Jad te habría matado, nasraní —confesaría Fahd a Stimbol más tarde—, pero Fahd te salvó. Recuérdalo cuando llegue el momento de distribuir la recompensa, y recuerda también que Ibn Jad no tendrá ningún problema en matarte mañana, al igual que no lo tenía hoy, y que tu vida siempre está en manos de Fahd. ¿Qué vale tu vida?

—Te haré rico —respondió Stimbol.

Durante los días siguientes, Fahd y Stimbol llegaron a conocerse mejor, y, al recuperar fuerzas y sentirse más seguro, Stimbol recobró su acostumbrada jactancia. Consiguió impresionar al joven beduino con su enorme riqueza e importancia, y tan profusas fueron sus promesas, que Fahd no tardó en verse inmerso en una vida de opulencia, ocio y poder; no obstante, junto a su creciente codicia y ambición, desarrolló un miedo cada vez mayor a que alguien pudiera arrebatarle su buena fortuna. De los posibles competidores

por los favores del nasraní, Ibn Jad era el más poderoso. Fahd, en consecuencia, no perdió oportunidad de dejar bien claro a Stimbol que el jeque seguía hambriento de su sangre; aunque, de hecho, a Ibn Jad le preocupaban tan poco los asuntos de Wilbur Stimbol que habría olvidado su presencia completamente de no verlo de vez en cuando por el campamento o cuando caminaban.

Sin embargo, una cosa que Fahd consiguió fue familiarizar a Stimbol con el hecho de que existía cierta tirantez y ánimo de traición en las filas de los beduinos, y que estaba dispuesto a aprovecharse de ello, en beneficio propio, en cuanto surgiera la menor oportunidad.

Y, lentos pero seguros, los arab se acercaron a la fabulosa ciudad leopardo de Nimmr, y entre tanto Said encontró oportunidad de declarar su interés por la mano de Ateja, hija del jeque Ibn Jad. Mientras, Tollog, mediante insinuaciones, se las apañaba para presentar a ojos del jeque la solicitud de Fahd, cosa que hacía siempre que Fahd podía oírle ya que, en realidad, sólo le interesaba dar a entender al joven traidor cuánto le debía. Cuando Tollog fuera jeque, no le importaría lo más mínimo quién ganaba la mano de Ateja.

Pero Fahd no estaba satisfecho con los progresos que hacía a ese respecto. Los celos distraían su atención, hasta que no podía mirar a Said sin pensar en nada que no estuviera relacionado con el asesinato; al final, tales pensamientos le obsesionaron. Intrigaba constantemente para liberar al mundo y a sí mismo de su rival más poderoso. Espió a Ateja, y también espió a su rival, hasta que dio con una oportunidad para llevar a cabo su plan.

Fahd se había percatado de que por la noche Said se ausentaba de los corrillos de hombres en el *mukab* de la tienda del jeque, y que cuando se llevaban a cabo las tareas del hogar, Ateja abandonaba su tienda por la noche. Fahd la siguió y confirmó algo demasiado aparente como para verse dignificado con la palabra sospecha. Said y Ateja se veían a escondidas.

Entonces, una noche, Fahd no asistió a la reunión en la tienda del jeque. En lugar de ello se ocultó cerca de la tienda de Said y, cuando éste salió para reunirse con su amada, Fahd se introdujo en ella y cogió el mosquete de mecha de su rival. Estaba cargado; sólo tenía que apretar el gatillo. Con mucha discreción atravesó el

campamento por la parte exterior, hasta llegar adonde Said esperaba la llegada de su amada, y se colocó a su espalda.

A poca distancia, sentado en su *mukab* en compañía de sus amigos, a la luz de las lámparas de papel, el jeque Ibn Jad estaba a la vista de los dos jóvenes que permanecían ocultos por una total oscuridad. Ateja seguía en la tienda de las mujeres.

Fahd, de pie a espaldas de Said, levantó el cañón del arcaico mosquete de mecha hasta apoyar la culata en el hombro y apuntó cuidadosamente, pero no apuntó a Said. No, ya que la de Fahd era como la inteligencia del zorro. Si Said resultaba asesinado, nadie podría convencer a Ateja de que Fahd no le había matado. Fahd no ignoraba este hecho, y estaba igualmente seguro de que Ateja jamás se habría entregado al asesino de su amante.

Más allá de Said se encontraba Ibn Jad, pero Fahd tampoco le apuntaba a él. ¿A quién apuntaba entonces? A nadie. Aún no había llegado el momento de acabar con el jeque. Primero debían tener en sus manos el tesoro, cuyo paradero secreto, al parecer, tan sólo conocía él.

Fahd apuntó a una de las *am'dan* de la tienda del jeque. Apuntó con mucho cuidado y entonces apretó el gatillo. El puntal se rompió unos treinta centímetros por encima de la cabeza de Ibn Jad. Simultáneamente, Fahd arrojó el mosquete al suelo y saltó sobre el sorprendido Said, sin dejar de gritar en voz alta pidiendo ayuda.

Alarmados por el disparo y los gritos, los hombres acudieron de todas direcciones acompañados del jeque. Encontraron a Said, al que Fahd sostenía con fuerza de las manos, cogidas a la espalda.

—¿Qué significa todo esto? —exigió Ibn Jad.

—¡Por Alá, Ibn Jad, ha estado a punto de asesinarte! —gritó Fahd—. Salté sobre él justo a tiempo, porque antes de que disparase arremetí contra su espalda. De otra forma te habría matado.

—¡Miente! —gritó Said—. Alguien disparó detrás de mí. Si alguien ha disparado sobre Ibn Jad, ése ha sido, precisamente, Fahd.

Ateja, con los ojos abiertos como platos, corrió hacia su amante.

—Tú no lo hiciste, Said. Dime que tú no lo hiciste.

—Como que Alá es mi dios, y Mahoma su profeta, que yo no lo hice —juró Said.

—Jamás hubiera esperado tal cosa de él —dijo Ibn Jad.

El inteligente Fahd no mencionó el mosquete. Era hombre perspicaz, y pensaba que semejante pista resultaría mucho más eficaz si otro la descubría; además, estaba seguro de que alguien acabaría por encontrarlo. No se equivocaba, lo hizo Tollog.

—Aquí —exclamó— hemos encontrado el arma.

—Examinémosla bajo la luz —dijo Ibn Jad—. Despejará nuestras dudas con mayor prontitud de lo que lo haría una lengua mentirosa.

Al desplazarse el grupo hacia la tienda del jeque, Said experimentó el alivio de alguien que se libra de la muerte, ya que sabía que la prueba del mosquete lo exoneraría de toda culpa. No podía pertenecerle. Apretó la mano de Ateja mientras caminaba a su lado.

Bajo la luz de las linternas de papel, en el *mukab*, Ibn Jad examinó el mosquete con la mirada, mientras los demás, que estiraban el cuello para ver por encima de su hombro, se apretujaban detrás. Bastó con echar un vistazo. Con el ceño fruncido, el jeque levantó la mirada.

—Es de Said —dijo.

Ateja ahogó un grito y se apartó de su amado.

—¡Yo no lo hice! Es una trampa —gritó Said.

—¡Lleváoslo! —ordenó Ibn Jad—. Aseguraos de atarlo bien.

Ateja se arrojó de rodillas ante su padre.

—¡No lo matéis! —gritó—. Puede que no fuera él. Sé que no fue él.

—¡Silencio, muchacha! —ordenó el ceñudo jeque—. ¡Ve a tus aposentos y no salgas de allí!

Llevaron a Said a su propio *bait*, donde se aseguraron de atarlo bien. Mientras, en el *mukab* del jeque, los ancianos se sentaron a deliberar sin contar que, tras las cortinas de la tienda de las mujeres, Ateja escuchaba atentamente.

—¡Entonces que sea fusilado al amanecer! —Esta fue la sentencia que Ateja escuchó con respecto a su amante.

Oculto por su grasiento *thorrib*, Fahd esbozó media sonrisa. En su negro hogar de pelo, Said forcejeaba con los nudos que lo mantenían prisionero, ya que, aunque no había oído la sentencia, era consciente de cuál sería su destino. En la tienda del harén de Ibn Jad, la hija del jeque yacía incapaz de dormir, consumida por el sufrimiento. Tenía húmedas las largas pestañas de tanto llorar, pero

su pena era silenciosa. Aguardaba con los ojos muy abiertos, escuchando hasta que su paciencia se vio recompensada por los sonidos correspondientes a la profunda respiración de Ibn Jad y su esposa, Hirfa. Ambos dormían.

Ateja se desperezó. De forma discreta levantó el extremo inferior de la tienda junto al que había colocado su jergón, y se escurrió en silencio por debajo hasta llegar al desierto *mukab*. A tientas encontró el mosquete de Said, justo donde lo había dejado Ibn Jad. También llevaba un bulto envuelto en un viejo *thorrib*, cuyo contenido había reunido aquella noche temprano, cuando Hirfa, ocupada en sus cosas, se ausentó un rato de la tienda de las mujeres.

Ateja salió de la tienda de su padre y caminó de cuclillas y con mucho cuidado a lo largo de la solitaria calle formada por las tiendas levantadas de los arab, hasta llegar a la de Said. Durante un momento se detuvo en la entrada para escuchar, y entonces penetró en el interior. Su caminar quedaba amortiguado por las sandalias que calzaba.

Dentro, Said, que no dormía, seguía forcejeando con las cuerdas, y la escuchó.

—¿Quién viene? —preguntó.

—¡Chsss! —advirtió la muchacha—. Soy yo, Ateja —dijo acercándose a él.

—¡Amada mía! —murmuró.

Diestramente, la muchacha cortó los nudos que le ataban las muñecas y los tobillos.

—He traído tu mosquete y comida —dijo—. Te concedo esto y la libertad; del resto tendrás que encargarte tú mismo. Tu yegua está atada junto a las demás. Lejos queda la *beled* al-Guad, repleto está el camino de peligros, mas noche y día rogará Ateja a Alá para que te mantenga a salvo de ellos. ¡Aprisa, amor mío!

Said la abrazó fuerte y la besó, antes de desaparecer en la oscuridad de la noche.

IX

SIR RICHARD

EL SUELO del túnel por el que Paul Bodkin conducía a Blake parecía hacer una pendiente hacia arriba, y constantemente se veía interrumpido por tramos de escalones que siempre conducían a un nivel más elevado. A Blake el camino le pareció interminable. Ni siquiera el intrigante misterio de aquel largo túnel bastaba para superar la monotonía de las paredes, que se extendían iguales unas a las otras hacia el infinito, bajo la pálida luz de las antorchas que iluminaban por un breve instante antes de fundirse en un olvido cimerio, tras el que siempre volvían a iluminar otro tramo de pared idéntica a la anterior.

Pero, como siempre sucede con todas las cosas, aquel túnel tenía un final. Blake lo vio por primera vez al atisbar un pequeño y distante foco de luz natural, y de hecho al llegar apareció bañado por la luz del sol, ante un amplio valle lleno de árboles y belleza. Se encontraba de pie sobre una amplia repisa, una plataforma situada a unas decenas de metros de altura sobre la base de la montaña que había atravesado por el túnel. Había ante él un precipicio impresionante, y a su derecha la repisa terminaba de forma abrupta a una distancia inferior al medio centenar de metros. Entonces miró a su izquierda y abrió unos ojos como platos por la sorpresa.

Al otro lado de la repisa había un sólido muro de albañilería, flanqueado a cada lado por enormes torres redondas, atravesadas por largas y amplias aspilleras. En mitad de la muralla había una sublime entrada, cerrada por una enorme e impresionante puerta de rastrillo forjado en hierro, ante la cual Blake vio a dos negros de guardia. Vestían igual que su guardián, pero sostenían grandes hachas de batalla cuyos mangos apoyaban en el suelo.

—¡Ah de la puerta! —gritó Paul Bodkin—. ¡Abrid al guardián exterior y a su prisionero!

La puerta de rastrillo se levantó lentamente, y Blake y su guardián pasaron bajo ella. Justo al pasar la puerta, a su izquierda, construida en la colina, había lo que obviamente era una caseta de guardia. Ante ella pululaban más o menos una veintena de soldados, vestidos con el uniforme de Paul Bodkin, con la cruz roja en el pecho. En una gruesa barandilla de madera había atados varios caballos que lucían gualdrapas con alegres motivos. Los arreos le recordaban a Blake los cuadros que había visto de caballeros y de la Inglaterra medieval.

Reinaba tal sensación de irrealidad en aquellos negros tan extrañamente vestidos, en la masiva barbacana que custodiaba el acceso y en las gualdrapas de los caballos, que Blake había perdido la capacidad de sorprenderse más cuando una de las puertas de la caseta se abrió y de ella salió un atractivo joven embutido en una cota de malla, sobre la cual lucía una camiseta de suave tela pintada de color púrpura. Sobre la cabeza, el joven llevaba un bacinete de piel de leopardo, de cuyo extremo inferior partía una redecilla de cota de malla o cuello, que rodeaba y protegía completamente su cuello y garganta. Sólo iba armado con una espada de hoja ancha y una daga, pero, apoyada a un lado de la caseta, cerca de la puerta donde se había detenido para mirar a Blake, había una lanza y a su lado, un escudo con una cruz roja pintada en la superficie.

—¡Alto ahí! —exclamó el joven—. ¿Qué nos traes, muchacho?

—Me complace presentaros a un prisionero, noble señor —respondió Paul Bodkin con cierta deferencia.

—Sarraceno, seguro —aseguró el joven.

—Diría que no, si me permitís expresar mi opinión, *sir* Richard —replicó Paul—. No creo que sea sarraceno.

—¿Y por qué?

—Con mis propios ojos vi cómo se persignaba ante la cruz.

—¡Tráelo aquí ahora mismo!

Bodkin pinchó a Blake en la espalda con la pica, pero el americano apenas era capaz de percatarse de tal ofensa, tan ocupada estaba su mente en arrojar luz sobre los hechos que, de pronto, habían iluminado la naturaleza de su situación. Bastó con

apenas un instante para descubrir la verdad. Se echó a reír en su interior a causa de lo mucho que había tardado en darse cuenta de lo que sucedía. Ahora lo entendía todo: ¿de veras creían esos tipos que le tomarían el pelo de esa forma? En fin, después de todo habían estado a punto. Se dirigió hacia el joven y se detuvo ante él con una sonrisa algo sardónica en los labios. El otro le miró con evidente arrogancia.

—¿De dónde venís? —preguntó—. ¿Y que hacéis en el Valle del Sepulcro, mancebo?

La sonrisa de Blake se esfumó. Se estaba pasando de la raya.

—Basta de burlas, jovencito —dijo lentamente—. ¿Dónde está el director?

—¿Director? Por Dios que ignoro a qué os referís.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Blake con fino sarcasmo—. ¡Pero déjeme decirle que ni siquiera por siete con diez extra al día me obligarían a hacer algo parecido!

—¡Pardiez, caballero! No comprendo el significado de todas sus palabras, pero el tono no me confunde. Es demasiado insultante para agradar a los oídos de Richard de Montmorency.

—Tú mismo —advirtió Blake—. Si el director no está por aquí, vaya a buscar a su ayudante, o al cámara; incluso el guionista tendrá más seso que usted.

—¿Yo mismo? ¿Y qué otra persona quiere que sea, aparte de Richard de Montmorency, noble caballero de Nimmr?

Blake agitó la cabeza desesperado, y después se volvió hacia los soldados que escuchaban la conversación. Creyó que descubriría a alguno de ellos riendo por aquella farsa con que pretendían engañarle, pero sólo vio rostros graves, coronados por la solemnidad.

—¡Eh, usted! —dijo dirigiéndose a Paul Bodkin—. ¿Ninguno de ustedes sabe dónde puedo encontrar al director?

—¿Director? —repitió Bodkin negando con la cabeza—. Que yo sepa no hay ninguno en Nimmr, ni tampoco en el Valle del Sepulcro, voto a bríos.

—Lo siento —dijo Blake—, entonces el error es mío; pero si no hay director, entonces habrá un guardián. ¿Puedo verle?

—¡Ah, guardián! —gritó Bodkin, cuyo rostro se iluminó al comprender algo de lo que decía el extranjero—. *Sir* Richard es el

guardián.

—¡Córcholis! —exclamó Blake mientras se volvía de nuevo hacia el joven—. Le ruego que me perdone, creí que era uno de los extras.

—¿Extras? Resulta evidente que habláis una lengua extraña, pero tiene cierto parentesco con la propia de Inglaterra —replicó el joven con expresión seria—. Sin embargo, el mancebo tiene razón, yo soy, efectivamente, el guardián de la Puerta.

Blake comenzaba a dudar de su propia cordura, o al menos de su buen juicio. Ni el joven blanco ni los negros tenían las características faciales propias de los locos. De pronto levantó la mirada para mirar al joven guardián de la puerta.

—Lo siento elijo haciendo gala de una de sus sonrisas francas que tan famosas eran entre sus amistades—. Me he comportado como un memo, pero es que he estado sometido a un considerable estrés de un tiempo a esta parte y, además, para remate de fiesta, llevo perdido cuatro días en la jungla sin comida. Creí que intentaba reírse de mí y, en fin, no estaba de humor para bromas cuando esperaba encontrar amistad y hospitalidad. Dígame, ¿dónde estoy? ¿Qué país es éste?

—Os encontráis en la ciudad de Nimmr —respondió el joven.

—Supongo que he llegado en mitad de una fiesta local, o algo parecido —sugirió Blake.

—No os comprendo.

—¿Cómo? Supongo que están en pleno espectáculo. ¿Me equivoco?

—¡Por todos los diablos que habláis una lengua extraña! ¿Espectáculo?

—Sí, por los trajes.

—¿Qué problema hay en nuestros atavíos? Cierto que no corresponden a la última moda, pero presumo que son más apropiados que los vuestros. Al menos sirven al propósito diario del caballero.

—¿No querrá decir con eso que se visten así todos los días? —preguntó Blake.

—¿Y por qué no? Pero basta. No quiero perder más tiempo hablando con vos. Que uno o dos de vosotros le acompañen. ¡Y tú, Bodkin, vuelve a la puerta exterior! —El joven se volvió para adentrarse en el interior del edificio, mientras dos de los soldados

cogían a Blake sin muchos miramientos y lo acompañaban al interior.

Se encontró dentro de una estancia dotada de un alto techo, con las paredes de piedra, las vigas y el techo ennegrecidos por el paso del tiempo. Sobre el suelo de piedra había una mesa, tras la cual, en un taburete, tomó asiento el joven mientras a Blake lo obligaban a sentarse enfrente, custodiado por sendos guardias.

—Vuestro nombre —exigió saber el joven.

—Blake.

—¿Eso es todo? ¿Blake?

—James Hunter Blake.

—¿Qué título poseéis en vuestra patria?

—No tengo títulos.

—Ah, entonces no sois gentilhombre.

—Al menos me consideran uno.

—¿Cuál es vuestra patria?

—América.

—¡América! No existe tal, amigo.

—¿Y por qué no?

—Jamás oí hablar de América. ¿Qué hacéis cerca del valle del Sepulcro? ¿Acaso ignoráis que está prohibido entrar?

—Ya le he dicho que me perdí. No sabía dónde estaba. Lo único que quiero es reunirme con mi safari o llegar a la costa.

—Imposible. Estamos rodeados por los sarracenos. Durante setecientos treinta y cinco años nos han hostigado sus huestes. ¿Cómo habéis logrado atravesar las líneas enemigas? ¿Cómo burlasteis a tan increíble ejército?

—No hay ningún ejército.

—¿Mentís a Richard de Montmorency, mancebo? De pertenecer a la nobleza os pediría cuentas ahora mismo en el campo del honor. Tengo la impresión de que sois algún campesino que espía para el sultán de los sarracenos. Sería conveniente que hablarais sin reparos, ya que cuando os lleve en presencia del príncipe os arrancará la verdad con métodos mucho menos placenteros. ¿Qué me decís?

—No tengo nada que confesar. Lléveme ante el príncipe, o ante su jefe, sea quien sea; quizás él me dé algo de comer.

—No os faltará de comer aquí. Que no se diga que Richard de

Montmorency negó el pan a un hombre hambriento. ¡Eh! ¡Michel! ¡Michel! ¿Dónde estará ese vago redomado? ¡Michel!

Acto seguido se abrió una puerta que conducía a una habitación de la que salió un muchacho legañoso que se hurgaba el ojo con la yema del dedo. Vestía una túnica corta y enfundaba las piernas en unas medias verdes. En la gorra lucía una pluma.

—¿Conque durmiendo, eh? —preguntó *sir* Richard—. ¡Maldito bellaco! ¡Sirve carne y pan a este pobre viajero, y no te demores!

El muchacho contempló a Blake con los ojos abiertos como platos y una expresión de estupidez.

—Señor, ¿es un sarraceno? —preguntó.

—¿Y qué si lo es? —espetó *sir* Richard—. ¿Acaso Jesús, nuestro Señor, no daba de comer a la muchedumbre sin preguntar si eran creyentes o infieles? ¡Aprisa, gusano! El extranjero trae un hambre de lobo.

El muchacho se volvió y abandonó la estancia, secándose la nariz con la manga. *Sir* Richard volvió a volcar toda su atención en Blake.

—No tenéis mal aspecto, caballero dijo—. Lástima que no seáis de noble cuna, pues vuestra estampa revela que no pertenecéis al vulgo.

—Nunca me he considerado vulgo —dijo Blake con una sonrisa.

—Entonces, vuestro padre… ¿no sería al menos caballero?

Blake consideró la pregunta rápidamente. Estaba muy lejos de poder, al menos, encontrar una respuesta que pudiera explicar la arcaica vestimenta y lenguaje de su anfitrión, pero de lo que sí estaba convencido era de que aquel hombre estaba en apuros, por muy loco o sano que pudiera sentirse, y de creerse cuerdo no parecía buena idea reírse de él.

—Sí, por supuesto —respondió—; mi padre es masón de trigésimo segundo grado, y caballero del Temple.

—¡Voto a bríos! Lo sabía —gritó *sir* Richard.

—Igual que yo —remató Blake al darse cuenta de las consecuencias que derivaban de su revelación.

—¡Ah, lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó *sir* Richard—. Vuestro porte proclama a los cuatro vientos que sois de sangre azul. Pero ¿a qué se debe, entonces, vuestra intención de engañarme? De modo que sois uno de los humildes caballeros de Cristo y del templo de

Salomón que custodian a los peregrinos en el camino a Tierra Santa. Lo cual justifica vuestros harapos y enaltece vuestra condición.

Blake estaba perplejo ante la naturaleza de aquel comentario, ya que la imagen de los templarios que acudía a su mente siempre incluía blancas plumas, bellos faldones y espadas de hoja reluciente. No sabía que, en sus tiempos, vestían cualquier harapo que la caridad ajena les proporcionase.

En ese momento, Michel volvió con una bandeja de madera que contenía cordero frío y varios pedazos de pan de centeno, además de una jarra de vino. Lo colocó todo sobre la mesa ante Blake, y después de acercarse a un armarito llevó dos copas metálicas de vino, en las que vertió parte del contenido de la jarra. Después, *sir* Richard se levantó alzando una de las copas a la altura de la cabeza de su invitado.

—¡Salud, *sir* James! —gritó—. ¡Bienvenido a Nimmr y al valle del Sepulcro!

—¡A su salud! —respondió Blake.

—Curiosa respuesta, vive Dios —comentó *sir* Richard—. Reparo en que mucho han cambiado los modales ingleses desde los días de Ricardo Corazón de León, cuando mi noble ancestro emprendió esta gran cruzada en compañía de su soberano. ¡A su salud! —repitió—. ¡Menudo brindis! Espero que mi memoria no lo olvide con facilidad. ¡A su salud! Ya veréis cuando algún buen caballero brinde conmigo. ¡Quedará patitieso con tal respuesta! ¡Pero sentaos! Eh, Michel, trae tu taburete para *sir* James, y comed, buen caballero. Debéis de tener mucha hambre.

—Ya lo creo —respondió Blake con vehemencia al sentarse en el taburete que le trajo Michel. No había cuchillos ni tenedores, pero tenía dedos, y con ellos Blake pudo apañárselas mientras su anfitrión permanecía sentado con una sonrisa feliz al otro lado de tan tosca mesa.

—Sois más divertido que un juglar —gritó *sir* Richard—. «¡Ya lo creo!» —repitió—. ¡Ja, ja! Llegáis caído del cielo y el príncipe estará encantado de conoceros. ¡Ya lo creo!

Cuando Blake hubo satisfecho su hambre, *sir* Richard ordenó a Michel preparar los caballos.

—Ya no sois mi prisionero, sino mi amigo y mi invitado. El que os recibiera con semejante descortesía no es sino una mácula que

perdurará en mi honra hasta el fin de mis días.

Montados en sendos caballos de batalla, y seguidos a una respetuosa distancia por Michel, ambos cabalgaron a través de la carretera de la montaña. *Sir* Richard llevaba lanza y escudo; el pendón que colgaba de la punta de la lanza ondeaba a merced del viento. El sol reverberaba en el metal del escudo, y una sonrisa cruzaba la valiente expresión de su rostro mientras conversaba con el que fuera su prisionero. A Blake le parecía la imagen de un bello cuadro, arrancada de las páginas de un libro de historia. Y pese a todo, pese a su aspecto marcial, había una simplicidad infantil en aquel hombre que se había ganado el aprecio de Blake desde el primer momento, puesto que resultaba imposible creerle capaz de hacer nada deshonroso.

Su sincera acogida a las afirmaciones de Blake acerca de su identidad eran prueba de una credulidad que parecía incompatible con la inteligencia que revelaba la nobleza de su comportamiento; los americanos preferían atribuirlo a una mezcla de escasa sofisticación y a una innata integridad por la cual resulta imposible concebir la perfidia de los demás.

Al doblar la carretera por el lomo de la colina, Blake vio otra barbacana que guardaba el paso y, más allá, las torres y almenas de un viejo castillo. A una orden de *sir* Richard, los guardianes de la puerta la abrieron, y los tres cabalgaron a través del *vallum*. Este espacio mediaba entre el muro interior y el exterior, y parecía descuidado y olvidado. Varios árboles viejos crecían en su interior. A la sombra de uno de ellos, cerca de la puerta exterior, holgazaneaban varios soldados, dos de los cuales parecían enzarzados en una partida de un juego parecido a las damas.

Al pie de la muralla interior había un amplio foso cuyas aguas reflejaban las grises piedras de la muralla y las viejas parras que crecían en la parte interna y que ascendían para enraizarse y florecer hasta asomar al exterior por la parte alta del foso.

Enfrente de la barbacana había una enorme puerta en la muralla interior, con un puente levadizo que atravesaba el foso y una puerta de rastrillo que impedía el paso a la gran corte del castillo; pero ante una palabra de *sir* Richard, el puente levadizo descendió. Después de atravesarlo, él y sus acompañantes cabalgaron hasta el interior.

Ante la mirada atónita de Blake se alzaba un poderoso castillo de piedra apenas tallada, mientras a izquierda y derecha, en el interior de la corte, se extendían amplios jardines cuidados en los cuales se reunía un grupo de hombres y mujeres que podrían haber salido directamente de la corte de Arturo. Al ver a *sir* Richard y a su invitado, los integrantes más próximos de dicho grupo saludaron a Blake con interés y evidente sorpresa. Varios dirigieron saludos y preguntas a *sir* Richard, mientras ambos desmontaban y entregaban las riendas de los corceles a Michel.

—¡Eh, Richard! —gritó uno—. ¿Qué nos habéis traído? ¿Un sarraceno?

—No es un infiel —respondió Richard—, sino un bello caballero que hará las delicias del príncipe. ¿Dónde está?

—Por allí —respondieron señalando hacia el extremo opuesto del patio, donde se reunía un numeroso grupo de personas.

—¡Venid, *sir* James! —ordenó Richard. Atravesaron el patio, seguidos de cerca por damas y caballeros que no paraban de hacer preguntas, y que hacían unos comentarios que no dejaban de sonrojar a Blake. Las mujeres alababan abiertamente las facciones de su rostro y su cuerpo, mientras los hombres, quizás empujados por los celos, comentaban su apariencia extravagante y su, para ellos, ridículo corte de pelo. Por supuesto, el contraste entre sus jubones de ante, sus medias ajustadas, sus gorritos de vivos colores y la camisa gris de Blake, sus calzones de cuero y las botas de caza, que en aquel momento estaban sucias, rotas y llenas de rasguños, era abismal.

Las mujeres vestían tan elegantemente como los hombres; lucían mantos de rica seda y se cubrían el pelo y los hombros con delicados griñones de diversos colores, que a menudo mostraban la delicadeza de los tejidos.

Ninguno de los hombres que habían encontrado en el jardín, ni siquiera los que formaban el grupo que disfrutaba de la compañía del príncipe, iban ataviados con armadura; pero Blake había visto a un caballero armado en la puerta exterior y a otro en la interior, por lo que intuyó que sólo vestían de esa forma cuando estaban de servicio.

Cuando se reunieron con el grupo que había al final del patio, *sir* Richard se abrió paso entre los cortesanos hasta llegar al centro

del grupo, donde había un hombre de aspecto imponente, conversando con quienes se agrupaban a su alrededor. Al presentarse *sir* Richard y Blake ante él, se hizo el silencio.

—Milord príncipe —dijo *sir* Richard antes de inclinarse—, os traigo a *sir* James, valiente caballero del Temple que ha venido aquí con la protección de Dios, atravesando las líneas enemigas hasta llegar a las puertas de Nimmr.

El hombre alto observó a Blake sin creer, a juzgar por la expresión de su rostro, una sola palabra.

—¿Decís que habéis venido del templo de Salomón, en el reino de Jerusalén? —preguntó.

—*Sir* Richard debe de haberme malinterpretado —contestó Blake.

—¿No sois, pues, un templario?

—Sí, pero no soy de Jerusalén.

—Quizá sea uno de esos esforzados caballeros que custodian el paso de los peregrinos a Tierra Santa —sugirió una joven que se hallaba situada junto al príncipe.

Blake se volvió rápidamente para observar a la muchacha y al hacerlo cruzaron la mirada. Ella bajó los ojos, pero no antes de que Blake apreciara la belleza de su mirada, encuadrada en un rostro redondo e igual de bello.

—Lo más probable es que sea un espía sarraceno enviado por el sultán —sugirió un hombre moreno que estaba de pie junto a la joven.

Ésta, precisamente, levantó la mirada para dirigirse al príncipe.

—No tiene aspecto de ser un sarraceno, padre mío —dijo.

—¿Qué sabrás tú sobre la apariencia de los sarracenos, pequeña? —preguntó retóricamente el príncipe—. ¿Conoces a muchos? — Todos rieron y al verlo la muchacha hizo pucheros.

—Lo cierto es que no he visto tantos sarracenos como *sir* Malud o vos mismo, milord —respondió altanera—. Dejemos que *sir* Malud describa a un sarraceno.

El hombre moreno se sonrojó enfadado.

—Al menos —dijo—, milord príncipe, reconozco a un caballero inglés cuando veo a uno, y si éste es un caballero inglés, ¡entonces *sir* Malud es un sarraceno!

—¡Basta! —exclamó el príncipe, y entonces, volviéndose a

Blake, dijo—: Si no sois de Jerusalén, ¿de dónde sois?

—Nueva York —respondió el americano.

—¡Ja! —susurró *sir* Malud a la chica—. ¿No os lo dije?

—Decirme qué… ¿Que sois de Nueva York? ¿Dónde está eso? —preguntó ella.

—Alguna fortaleza del infiel —interrumpió Malud.

—¿Nueva York? —repitió el príncipe—. ¿Se encuentra ese lugar en Tierra Santa?

—Se la conoce también como Nueva Jerusalén —explicó Blake.

—¿Y habéis venido a Nimmr atravesando las líneas enemigas? Decidme, caballero, ¿cuentan sus huestes con muchos soldados? ¿Y cómo estaban dispuestas sus fuerzas? ¿Se encuentran cerca del valle del Sepulcro? ¿Creéis que planean atacar en breve? Vamos, decídmelo todo; callado no sois de mucha ayuda.

—He vagado varios días a través del bosque y no he visto un alma —dijo Blake—. Ningún enemigo os rodea.

—¿Qué? —gritó el príncipe.

—¿No os lo dije? —preguntó Malud—. Es un espía enemigo. Quiere inculcarnos la creencia de que nos encontramos a salvo, para que las fuerzas del sultán nos cojan desprevenidos y conquisten Nimmr y el valle.

—¡Pardiez! Creo que estáis en lo cierto, *sir* Malud —exclamó el príncipe—. ¡Que no hay enemigos!

Entonces ¿por qué razón los caballeros de Nimmr han morado en este lugar durante siete siglos y medio, si no hay una horda de infieles que rodean la fortaleza?

—A mí que me registren —dijo Blake.

—¿El qué? —preguntó el príncipe.

—Tiene una extraña manera de hablar, milord príncipe —explicó Richard—, mas no creo que sea un enemigo de Inglaterra. Yo mismo doy fe de él como caballero, y os ruego que le acojáis en vuestro servicio, milord príncipe.

—¿Desearíais servirme, caballero? —preguntó el príncipe.

Blake miró de reojo a *sir* Malud y pareció titubear, pero entonces se fijó en los ojos de la muchacha.

—¡Ya lo creo! —exclamó.

X

EL REGRESO DE ULALA

NUMA estaba hambriento. Durante tres días y tres noches había cazado, pero las presas siempre lograron escapar. Quizá Numa se hacía viejo. Su olfato y su vista ya no eran tan agudos ni sus carreras tan rápidas. Ya no era raudo y veloz como antes. Tan rápidas eran las presas de Numa, que un pestañeo, la fracción de un segundo, marcaban la diferencia entre un estómago lleno y la hambruna.

Quizá Numa se hacía viejo, aunque no había dejado de ser un ingenio destructivo, y en ese momento las punzadas de hambre en su estómago hacían de él alguien mucho más fiero, estimulaban su ingenio y lo envalentonaban para asumir grandes riesgos si era necesario para llenar el estómago. Era un Numa nervioso, irascible y feroz el que se agazapaba junto al sendero. Sus orejas puntiagudas, su intensa y relampagueante mirada, las palpitantes aletas de la nariz, el suave ir y venir de la cola evidenciaban su estado de alerta ante la presencia ajena.

A sotavento de su nariz, Numa el león percibía la presencia de un hombre. Cuatro días atrás, con el estómago lleno, Numa habría evitado el camino ante el menor indicio de presencia humana, pero aquel día era otro día, y Numa era otro Numa.

Said, tras tres días de camino desde su huida del *manzil* del jeque Ibn Jad, pensaba en Ateja y en la lejana Guad, mientras se congratulaba a sí mismo por la buena suerte que le había sonreído desde su fuga y posterior huida. Su yegua se desplazaba lentamente a lo largo del sendero de la jungla, sin prisas puesto que el camino era largo. Justo enfrente una bestia carnívora aguardaba emboscada.

Pero los oídos de Numa no eran los únicos que permanecían a la escucha, ni su olfato el único que olisqueó la inminente aparición del hombre-cosa; otra bestia, cuya presencia incluso Numa ignoraba, permanecía oculta en los alrededores.

Ansioso y temeroso de que alguna otra bestia pudiera privarle de la carne, Numa dio un paso en falso. Por el sendero se acercaba la yegua que debía pasar a unos metros de Numa, pero éste no pudo esperar. Antes de que el animal se encontrara al alcance de sus garras, Numa cargó con un tremendo rugido. Aterrorizada, la yegua retrocedió e intentó huir. Al perder el equilibrio, se tambaleó hacia atrás y cayó sobre sus cuartos traseros, y al caer desmontó a Zayd; pero en cuanto pudo se incorporó y retrocedió por el sendero, dejando a su amo a merced del león.

Horrorizado, el hombre vio las fauces abiertas del león y sus colmillos desnudos a punto de atraparle. Entonces vio algo más, algo que le inspiró terror: un gigante desnudo que saltó de una liana para colgarse del lomo del enorme felino. Vio un brazo broncíneo rodear el cuello del depredador mientras el león caía al suelo por el peso y el impacto del cuerpo del hombre. Vio el centelleo del acero de un cuchillo rasgar el aire, y hundirse una y otra vez en el león, mientras éste se zarandeaba en un inútil intento por librarse de la cosa que se había colgado a su espalda. Escuchó los rugidos y gruñidos del al-adra y, junto a ellos, otros que le pusieron la piel de gallina al descubrir que salían de la garganta del hombre bestia.

Entonces Numa se quedó sin fuerzas, el gigante se levantó y apoyó un pie en el cadáver del animal. Alzó la mirada hacia el cielo y profirió un grito horripilante que erizó el vello de la nuca del beduino; era un grito que pocos hombres habían oído: era el grito de victoria del mono macho.

Entonces Zayd reconoció a su salvador y volvió a estremecerse cuando vio que se trataba de Tarzán de los Monos. El hombre mono le observó a su vez.

—Vienes del *manzil* de Ibn Jad —dijo.

—Sólo soy un pobre hombre —respondió Said—. Me limitaba a seguir los pasos de mi jeque. No castigues a Said, jeque de la jungla, quiera el Señor bendecirte. Ruego perdones a éste tu mísero siervo, y que Alá te bendiga.

—No tengo ninguna intención de hacerte daño, beduino —

replicó Tarzán—. El mal causado en mis dominios es culpa de Ibn Jad, y sólo de él. ¿Está cerca?

—No, *Wallah*, está a algunas jornadas de aquí.

—¿Dónde están tus compañeros? —quiso saber el hombre mono.

—No tengo.

—¿Estás solo?

—Sí, *Billah*.

Tarzán frunció el ceño.

—Piénsalo bien, beduino, antes de mentir a Tarzán —advirtió.

—¡Por Alá que digo la verdad! Estoy solo. —¿Y por qué?

—Fahd intrigó en mi contra para que pareciera que había intentado matar a Ibn Jad, lo cual, lo juro ante Alá, es mentira. Debían fusilarme; pero Ateja, la hija del jeque, cortó de noche mis ataduras y pude escapar.

—¿Cómo te llamas?

—Said.

—¿Adónde ibas? ¿A tu país?

—Sí, a *beled* al-Guad, en Beni Salam *fandí* de al-Harb.

—Solo no podrás sobrevivir a los peligros que depara el camino —advirtió Tarzán.

—Eso temía, pero la muerte era segura de no escapar de la ira de Ibn Jad.

Tarzán permaneció en silencio durante un momento.

—Mucho debe de amarte Ateja, la hija del jeque, y mucho debía de creer en ti —dijo.

—Sí, *wallah*, mucho nos queremos y, además, ella sabía que no habría matado a su padre, a quien ama.

—Te creo —dijo Tarzán—, y te ayudaré. No debes ir solo. Te acompañaré al poblado más cercano, y allí el jefe te proporcionará guerreros que te acompañarán a la siguiente aldea, y así caminarás de aldea en aldea, a través del Sudán.

—¡Qué Alá cuide de ti y te proteja de todos los peligros! —exclamó Said.

—Dime —dijo Tarzán mientras ambos se movían por el sendero en dirección al poblado más cercano, que se encontraba a dos jornadas de distancia al sur—, explícame qué hace Ibn Jad en este lugar. ¿Me equivoco al decir que sólo ha venido por el marfil?

—Sí, *wallah*, jeque Tarzán —admitió Said—. Ibn Jad ha venido

por el tesoro, pero no por marfil.

—¿Cómo?

—En al-Habash se encuentra la ciudad tesoro de Nimmr —explicó Said—. Esto se lo dijo a Ibn Jad un sabio *sahar*. Tan enormes son las riquezas de Nimmr que un millar de camellos no podrían cargar ni con una décima parte. Oro, joyas y… una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí, una mujer de tan deslumbrante belleza, que en el norte acarrearía a Ibn Jad una riqueza tal que le haría más rico de lo que jamás ha soñado. Seguro que has oído hablar de Nimmr.

—A veces los galla hablan de ella —dijo Tarzán—, pero siempre creí que no era más real que otros lugares de leyenda. ¿Ha emprendido Ibn Jad tan largo y peligroso viaje para buscar un lugar de cuya existencia supo por un mago?

—¿Qué podría ser más fiable que la palabra de un sabio *sahar*? —preguntó Said.

Tarzán de los Monos se encogió de hombros.

Durante los dos días que tardaron en alcanzar el poblado, Tarzán supo del hombre blanco que había llegado al campamento de Ibn Jad; pero por la descripción que Said hizo de él, poco podía imaginar si se trataba de Blake o Stimbol.

Mientras Tarzán viajaba hacia el sur en compañía de Said, Ibn Jad proseguía con su recorrido hacia al-Habash por el norte; Fahd intrigaba con Tollog, y Stimbol, con Fahd, mientras Fejjuan, el esclavo de Galla, aguardaba armado de paciencia a que llegara el momento de su liberación, y Ateja lloraba por Said.

—Desde niño te has criado en este país, Fejjuan —le dijo Ateja un buen día al esclavo de Galla—. Dime, ¿crees que Said podrá llegar solo hasta al-Guad?

—No, *billah* —respondió el negro—. Dudo mucho que a estas alturas siga vivo.

La muchacha ahogó un sollozo.

—Fejjuan une su pena a la tuya, Ateja —dijo el negro—, porque Said era un buen hombre. Ojalá Alá hubiera intercedido por vuestro amado, y hubiera señalado a quien era culpable.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Ateja—. ¿Conoces tú, Fejjuan, a quien en verdad disparó a Ibn Jad, mi padre? ¡No fue Said! ¡Dime que no fue Said! Aunque tus palabras no hacen más que

confirmarme algo que ya sabía de antemano. ¡Said no pudo atentar contra la vida de mi padre!

—Así es —respondió Said.

—Dime qué más sabes sobre este asunto.

—¿Y no le diréis a nadie lo que os he dicho? —preguntó—. No tendrían piedad conmigo si alguien que yo sé supiera que vi lo que vi.

Juro por Alá que no te traicionaré, Fejjuan —dijo la chica con voz entrecortada—. Dime, ¿qué fue lo que vieron tus ojos?

—No vi quién disparó a vuestro padre, Ateja —respondió el negro—, pero vi otra cosa antes de producirse el disparo.

—¿Sí? ¿Qué?

—Vi a Fahd introducirse en la tienda de Said y salir con el mosquete de Said. Eso es lo que vi.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó la chica.

—Pero Ibn Jad no os creerá si se lo decís.

—Lo sé; pero ahora que estoy convencida quizá deba buscar una forma de que Fahd pague con su sangre por lo que ha hecho a Said —dijo con amargura la muchacha entre sollozos.

Días enteros pasó Ibn Jad rodeando las montañas tras las cuales creía que estaba la fabulosa ciudad de Nimmr, mientras buscaba una entrada que deseaba encontrar sin tener que recurrir a los nativos, cuya presencia había evitado por miedo a que se opusieran a su aventura. El lugar estaba escasamente poblado, por lo que al árabe no le fue dificil rehuir a los nativos. Sin embargo, era imposible que los galla no se hubieran percatado de su presencia. Si era porque los nativos querían dejarlo en paz, Ibn Jad no tenía ninguna intención de molestarlos, a menos que su proyecto resultara inviable sin su ayuda. En tal caso estaba dispuesto a acercarse a ellos con falsas promesas o haciendo uso de la crueldad, lo que resultara más apropiado para servir a sus propósitos.

A medida que transcurrían los días, Ibn Jad se volvió muy impaciente, ya que, por mucho que buscara, no podía encontrar paso alguno a través de las montañas, ni una entrada que condujera al fabuloso valle donde se encontraba la ciudad tesoro de Nimmr.

—¡*Billah*! —exclamó un buen día—. ¡La ciudad de Nimmr existe, por tanto tiene que existir una entrada, y por Alá que la encontraré! ¡Reúne a los Habush, Tollog! De ellos, o a través de

ellos, obtendremos una pista, de una u otra forma.

Después que Tollog reuniera a los esclavos de galla en el *bait* de Ibn Jad, el anciano jeque los interrogó hasta descubrir que ninguno de ellos sabía con certeza dónde debía de encontrarse el sendero que conducía a Nimmr.

—Entonces, por Alá —exclamó Ibn Jad— que lo averiguaremos mediante los nativos Habush.

—Oh, hermano, son poderosos guerreros —exclamó Tollog—, y muchas jornadas nos separan de la frontera. De provocar su ira, podríamos pagarlo muy caro.

—Somos beduinos —dijo Ibn Jad, orgulloso—, y estamos armados con mosquetes. ¿Qué podrían hacer con simples lanzas y flechas contra nosotros?

—Mas ellos son muchos, y nosotros un puñado —insistió Tollog.

—No lucharemos a menos que nos obliguen a ello —dijo Ibn Jad —. Primero buscaremos, amistosamente, ganar su confianza y sacarles el secreto.

—¡Fejjuan! —exclamó volviéndose al enorme negro—. Tú eres Habashy. Te he oído decir que recuerdas bien los días de tu infancia en la cabaña de tu padre, y la historia de Nimmr no era nueva para ti. Ve, pues y busca a los tuyos. Hazte amigo de ellos. Diles que el gran jeque Ibn Jad ha venido en son de paz a ofrecer regalos a sus jefes. Diles también que visitará la ciudad de Nimmr, y que si le conducen allí, él los recompensará con creces.

—Estoy a vuestra disposición —dijo Fejjuan, que tanto había esperado una oportunidad para hacer lo que había soñado tantas veces—. ¿Cuándo debo partir?

—Haz los preparativos esta noche, pues partirás al amanecer — respondió el jeque.

Y de esa forma Fejjuan, el esclavo de Galla, partió de buena mañana del *manzil* de Ibn Jad, jeque del *fandí* de al-Guad, en busca de un poblado de su propia gente.

Al atardecer llegó a un sendero bien trazado que conducía al oeste. Lo siguió armado de valor suponiendo que sería una buena forma de acercarse al poblado galla, en lugar de hacerlo de noche y a campo a través como si quisiera ocultar algo. Además, sabía perfectamente que no sería capaz de conseguirlo de otra forma. Fejjuan no era estúpido. Sabía que podría resultar difícil convencer

a los galla de que era de su propia sangre, puesto que en su contra no tenía sólo su ropa y armas árabes, sino el hecho de que apenas hablaba la lengua galla después de tantos años como esclavo.

Pero su valentía estaba más allá de toda duda, puesto que conocía perfectamente que los suyos eran desconfiados y guerreros, y que odiaban desde siempre a los árabes, y pese a todo eso había emprendido esa aventura para disfrutar de la oportunidad de reunirse con ellos.

Fejjuan ignoraba si se había acercado mucho al poblado. No percibía sonidos ni olores que pudieran guiarlo, cuando de pronto aparecieron ante él, en el sendero, tres guerreros galla. Otros se les unieron a su espalda, aunque él no se volvió para mirar. Instantáneamente levantó la palma de la mano en señal de paz, al mismo tiempo que sus labios dibujaban una sonrisa.

—¿Qué haces en territorio de los Galla? —preguntó uno de los guerreros.

—Ando buscando la casa de mi padre —respondió Fejjuan.

—La casa de tu padre no está en territorio de los galla —gruñó el guerrero—. Tú eres uno de esos que vienen a robarnos a nuestros hijos e hijas.

—No —replicó Fejjuan—. Soy un galla.

—Si fueras un galla hablarías mejor la lengua de los galla. Te comprendemos, pero no hablas como lo hace un galla.

—Porque me secuestraron cuando era niño, y he vivido entre los beduinos desde entonces, y por tanto hablo su lengua.

—¿Cómo te llamas?

—Los beduinos me llaman Fejjuan, pero mi nombre galla era Ulala.

—¿Creéis que dice la verdad? —preguntó uno de los negros del grupo—. De niño tuve un hermano cuyo nombre era Ulala.

—¿Y dónde está? —preguntó el otro guerrero.

—No lo sabemos. Quizá lo devoró Simba el león; quizá los hombres del desierto se lo llevaron. ¿Quién sabe?

—Puede que diga la verdad —intervino un segundo guerrero—. Quizá sea tu hermano. Pregúntale el nombre de su padre.

—¿Cómo se llamaba tu padre? —preguntó el primer guerrero.

—Naliny —respondió Fejjuan.

Ante esa respuesta los guerreros galla se pusieron muy nerviosos

y susurraron entre ellos durante varios segundos. Entonces el primer guerrero se volvió de nuevo a Fejjuan.

—¿Tenías algún hermano? —preguntó.

—Sí —respondió.

—¿Cómo se llamaba?

—Tabo —dijo sin titubear.

El guerrero que le había preguntado dio un brinco en el aire al tiempo que profería un grito salvaje.

—¡Es Ulala! —gritó—. ¡Es mi hermano! Yo soy Tabo, Ulala. ¿No me recuerdas?

—¡Tabo! —gritó Fejjuan—. No, jamás te hubiera reconocido; eras pequeño cuando me secuestraron y ahora te has convertido en un gran guerrero. ¿Dónde están padre y madre? ¿Siguen vivos? ¿Están bien?

—Están vivos y se encuentran bien, Ulala —respondió Tabo—. Hoy se encuentran en el poblado del jefe, ya que allí se celebra un importante consejo que tratará la presencia de algunos hombres del desierto en nuestro territorio. ¿Has venido con ellos?

—Sí, soy esclavo de la gente del desierto —respondió Fejjuan—. ¿Estamos muy lejos del poblado del jefe? Querría ver a mi madre y a mi padre y, también, quisiera hablar con el jefe acerca de la gente del desierto que ha venido al territorio de los galla.

—¡Ven, hermano! —gritó Tabo—. No estamos muy lejos del poblado del jefe. ¡Ah, hermano mío, qué alegría volver a verte, después de tantos años de creerte muerto! Mucho se alegrarán padre y madre. Pero, dime, ¿te han obligado los hombres del desierto a actuar contra tu propia gente? Has vivido con ellos durante muchos años. Quizá te hayas casado con una mujer de su pueblo. ¿Estás seguro de que no los quieres más a ellos que a quienes no has visto desde hace años?

—No quiero a los beduinos —respondió Fejjuan— ni me he casado con nadie de su pueblo. En mi corazón siempre ha anidado la esperanza de volver a las montañas de mi propio país, a la casa de mi padre. Amo a los míos, Tabo, y jamás los abandonaré.

—La gente del desierto no se ha portado bien contigo. ¿Han sido crueles? —preguntó Tabo.

—No, al contrario, me han tratado bien —respondió Fejjuan—. No los odio, pero tampoco los amo. No son de mi propia sangre.

Para ellos soy un esclavo.

A medida que conversaban, el grupo caminó por el sendero hacia el poblado, mientras dos de los guerreros se adelantaban para comunicar la buena nueva al padre y la madre del largamente añorado Ulala. Y de esa forma, cuando alcanzaron el lindero del poblado fueron recibidos por una sonriente multitud galla que no paraba de vitorear su llegada. Al frente de ellos estaban los padres de Fejjuan, con los ojos anegados en lágrimas de amor y alegría, al contemplar al hijo que hacía tanto que no veían.

Una vez terminado el recibimiento, y después que todos y todas se hubieron acercado a tocar al recién llegado, Tabo condujo a Fejjuan al poblado para presentarle al jefe.

Batando era un anciano. Era el jefe cuando se llevaron a Ulala. Tendía al escepticismo, y temía una jugarreta de los hombres del desierto, por lo que hizo muchas preguntas a Fejjuan concernientes a su infancia. Preguntó sobre la casa de su padre y los nombres de sus compañeros de juego, además de otros detalles íntimos que un impostor no podría saber, y una vez hecho eso se levantó, abrazó a Fejjuan y frotó sus mejillas para saludar al hijo pródigo.

—Eres Ulala —dijo—. Bienvenido a la tierra de los tuyos. Ahora explícame qué hacen aquí los hombres del desierto. ¿Han venido por esclavos?

—La gente del desierto toma esclavos allá donde va, pero para Ibn Jad no es algo prioritario, sino que pretende hacerse con el tesoro.

—¡Ah! ¿Qué tesoro? —preguntó Batando.

—Ha oído hablar de la increíble ciudad de Nimmr —contestó Fejjuan—. Lo que busca es un modo de atravesar el valle que conduce a Nimmr, y por esa razón me ha enviado, para encontrar gallas que lo lleven allí. Hará regalos y promete grandes riquezas en caso de que consiga el tesoro.

—¿Es sincero? —preguntó Batando.

—La verdad no anida en las barbas de quienes moran en el desierto —respondió Fejjuan.

—Y si no encuentra el tesoro de Nimmr, quizás intente encontrar un tesoro en el territorio gana para compensar el gasto que semejante viaje haya podido ocasionarle —dijo Batando.

—Batando habla con la sabiduría que da la experiencia —dijo

Fejjuan.

—¿Qué sabe acerca de Nimmr? —preguntó el anciano jefe.

—No más de lo que un anciano curandero de los arab le explicó —respondió Fejjuan—. Aseguró a Ibn Jad que un enorme tesoro yacía oculto en la ciudad de Nimmr, y que había una mujer bellísima que valdría mucho en los mercados del lejano norte.

—¿Nada más? —preguntó Batando—. ¿No le explicó las dificultades de penetrar en el valle prohibido?

—No.

—Entonces podemos guiarlo a la entrada del valle —dijo Batando con una tímida sonrisa en los labios.

XI

SIR JAMES

MIENTRAS Tarzán y Said viajaban hacia el poblado, donde el hombre mono propuso conseguir una escolta que guiara al árabe en la primera etapa de su viaje de regreso al desierto, el beduino tuvo tiempo para meditar mucho acerca de diversas cosas, y después de haber llegado a confiar en su guía salvaje y respetarlo, finalmente decidió abrir su corazón a Tarzán.

—Gran jeque de la jungla —dijo un día—, por tu amabilidad has ganado la eterna gratitud de Said, que te ruega le concedas un último favor.

—¿Y de qué se trata? —preguntó el hombre mono.

—Ateja, a quien amo, seguirá en peligro aquí en este salvaje territorio mientras Fahd esté cerca. No me atrevo a volver al *manzil* de Ibn Jad aunque pudiera encontrarlo, pero más tarde, cuando el temperamento de Ibn Jad haya tenido un tiempo para enfriarse, podré reunirme con él y convencerlo de mi inocencia, así como estar de nuevo cerca de Ateja para protegerla de Fahd.

—Entonces, ¿qué harás? —preguntó Tarzán.

—Me gustaría permanecer en el poblado al que me llevas hasta que Ibn Jad vuelva por aquí de camino a al-Guad. Es la única oportunidad que tengo de volver a ver a Ateja en esta vida, ya que no podría atravesar el Sudán solo y a pie si me obligas a abandonar ahora mismo este país.

—Tienes razón —dijo el hombre mono—. Permanecerás aquí durante seis meses. Si para entonces Ibn Jad no ha vuelto dejaré dicho que te escolten hasta mi morada. Desde allí encontraré una forma de devolverte a salvo a tu propia patria.

—¡Que todas las bendiciones de Alá caigan sobre ti! —gritó

Said.

Y cuando finalmente llegaron al poblado, Tarzán recibió del jefe la promesa de que retendría a Said hasta el regreso de Ibn Jad.

Después de abandonar el poblado, el hombre mono se dirigió al norte, ya que estaba preocupado por la presencia del prisionero europeo entre los 'arab. El que Stimbol, a quien había enviado hacia el este en dirección a la costa, pudiera encontrarse tan al noroeste, tal y como le había informado Said, parecía inconcebible, y por ello parecía más probable que el prisionero fuera el joven Blake, por quien Tarzán sentía cierto afecto. Por supuesto que podía ser cualquiera de los dos, Blake o Stimbol, pero no por ello dejaba de preguntarse Tarzán por qué razón los beduinos permitirían a un hombre blanco estar entre ellos en calidad de prisionero.

Tarzán no tenía prisa, ya que Said le había dicho que al prisionero iban a retenerlo para cobrar un rescate. Primero iría a echar un vistazo en el campamento de Blake, y después seguiría el rastro de los árabes. Su avance resultó, por tanto, algo ocioso. Al segundo día se encontró con los monos de Toyat y pasó dos días cazando con ellos mientras renovaba su amistad con Gayat y Zutho escuchaba los cotilleos de la tribu y jugaba a menudo con los balus.

Al despedirse de ellos vagabundeó por la jungla, e incluso se detuvo durante buena parte de un día para enfrentarse a Numa, cuando lo encontró en pleno festín de carne fresca, hasta que la tierra tembló ante el atronador rugido del enloquecido rey de las bestias, martirizado e incordiado por el hombre mono.

Lord Greystoke había mudado su piel civilizada; había vuelto a la naturaleza primitiva, a ser la bestia salvaje a la que el hombre mono revertía con toda naturalidad, con tanta sencillez como cualquier persona cambiaría de ropa. Sólo en su amada jungla, rodeado de sus salvajes ciudadanos, Tarzán de los Monos era de veras Tarzán, ya que la presencia de hombres civilizados siempre suponía para él una limitación, que obedecía a esa desconfianza natural que los seres salvajes siempre han sentido por el hombre.

Cansado de arrojar fruta madura a Numa, Tarzán se desplazó a través de las copas de los árboles que había en el bosque, durmió lejos de noche, y a la mañana siguiente, al olisquear a Bara el ciervo, lo mató y se alimentó. Volvió a dormir, perezoso, hasta que el crujido de las ramas y el rumor de la hierba baja al ser aplastada

le despertaron. Husmeó el aire con su sensible olfato y prestó atención con unos oídos capaces de percibir el caminar de las hormigas, y entonces sonrió. Tantor se acercaba.

Pasó la mitad de un día repanchingado en la enorme espalda del paquidermo, escuchando a Manu el mono charlar y regañar entre los árboles. Después volvió a ponerse en marcha.

Uno o dos días después topó con una enorme manada de monos. Parecían muy excitados, y al verle comenzaron a farfullar y cotorrear.

—¡Saludos, Manu! —gritó el hombre mono—. Soy Tarzán, Tarzán de los Monos. ¿Qué sucede en la jungla?

—¡Gomangani! ¡Gomangani! —gritó uno.

—¡Gomangani extraños! —gritó otro—. ¡Gomangani con bastones de fuego! —comentó un tercero.

—¿Dónde? —preguntó el hombre mono.

—¡Allí! ¡Allí! —corearon al tiempo que señalaban hacia el nordeste.

—¿A cuántos sueños de distancia? —preguntó Tarzán.

—¡Cerca! ¡Cerca! —respondieron los monos.

—¿Los acompaña algún tarmangani?

—No, sólo gomangani. Con sus bastones de fuego matan al pequeño Manu y se lo comen. ¡Malvados gomangani!

—Tarzán hablará con ellos —prometió el hombre mono.

—Matarán a Tarzán con los bastones de fuego y después se lo comerán —profetizó un barba gris.

El hombre mono soltó una risotada y se colgó de liana en liana a través de la jungla, hacia la dirección señalada por Manu. No muy lejos, percibió claramente, gracias a su olfato, el rastro de unos negros, y lo siguió hasta oír sus voces en la distancia.

Silenciosamente, Tarzán se desplazó a través de los árboles sin hacer ruido, como las sombras que le hacían compañía, hasta colgarse de una rama que había sobre el campamento de los negros.

Tarzán reconoció, instantáneamente, el safari de Blake, el joven americano, y un segundo después saltó al suelo ante los estupefactos ojos de los negros. Algunos de ellos hubieran querido huir, pero otros le reconocieron.

—¡Es el gran *bwana*! —gritaron—. ¡Es Tarzán de los Monos!

—¿Dónde está vuestro cabecilla? —preguntó Tarzán.

Un robusto negro se acercó hacia él.

—Yo soy el cabecilla —dijo.

—¿Dónde está tu amo?

—Se ha ido, hace muchos días —respondió el negro.

—¿Adónde?

—No sabemos. Cazaba con un solo *askar*. Hubo una gran tormenta y ninguno de ellos regresó. Los buscamos por la jungla, pero no pudimos encontrarlos. Aguardamos en el campamento donde debían reunirse con nosotros, pero no volvieron. No sabíamos qué hacer. No queríamos abandonar al joven *bwana*, que era amable con nosotros, pero temíamos que hubiera muerto. No tenemos provisiones para marchar más de otra luna. Decidimos volver a casa y contar nuestra historia a los amigos del joven *bwana*.

—Hicisteis bien —dijo Tarzán—. ¿Habéis visto una compañía de gente del desierto en la jungla?

—No —respondió el cabecilla—, pero mientras buscábamos al joven *bwana* vimos un lugar donde había acampado la gente del desierto. Hacía poco que habían pasado por allí.

—¿Dónde está?

El negro señaló con el dedo.

—Estaba en el sendero que hay al norte del territorio galla, en Abisinia, y cuando abandonaron el lugar se dirigieron al norte.

—Podéis volver a vuestro poblado —dijo Tarzán—, pero antes llevad las cosas que pertenecen al joven *bwana* a sus amigos, para que ellos las guarden, y después enviad este mensaje al hogar de Tarzán: «Enviad cien waziri a Tarzán, al norte del territorio galla. Desde el abrevadero de la tranquilidad, al dar la vuelta a las rocas, seguid el rastro de la gente del desierto».

—Sí, gran *bwana*. Así lo haremos —dijo el cabecilla.

—Repite el mensaje.

El muchacho negro obedeció.

—¡Bien! —exclamó Tarzán—. Me voy. No matéis a Manu el mono si podéis encontrar otra comida, ya que Manu es primo de Tarzán y vuestro.

—Entendido, gran *bwana*.

En el castillo del príncipe Gobred, en la ciudad de Nimmr, James Hunter Blake aprendía los deberes de un caballero de Nimmr. *Sir*

Richard le había tomado bajo su protección y se había hecho responsable de su educación y conducta.

El príncipe Gobred no tardó en darse cuenta de que la ignorancia de Blake en las cuestiones más básicas de la vida de un caballero era total, y por tanto era francamente escéptico, mientras que *sir* Malud se mostraba abiertamente hostil. Sin embargo, el leal *sir* Richard era un caballero bien amado, y por tanto nadie le contradijo. También, quizá, la influencia que la princesa Guinalda ejercía sobre su padre no caía en saco roto, ya que entre los muchos tesoros que poseía el príncipe de Nimmr, su hija Guinalda era el más preciado. La curiosidad y el interés de Guinalda se veían animados por la romántica aparición de tan bello extranjero en la enterrada y olvidada ciudad de Nimmr.

Sir Richard había ataviado a Blake con vestiduras de su propio guardarropa, hasta que un sastre, una cortadora de tela, una costurera y un armero confeccionaron ropa para él. Lo cierto es que no tardaron demasiado. Al cabo de una semana, *sir* James estaba ataviado como convenía, con la armadura y el caballo correspondiente a cualquier caballero de Nimmr, y cuando mencionó a *sir* Richard la devolución del coste de todo aquello, descubrió que el dinero era algo prácticamente desconocido entre ellos. Existían, según le explicó *sir* Richard, algunas monedas que sus ancestros habían llevado allí, hacía setecientos treinta y cinco años, pero el pago de cualquier cosa se llevaba a cabo con servicios. Los caballeros servían al príncipe y éste los mantenía. Protegían a los campesinos, a los artesanos, y a cambio recibían todo aquello que pudieran necesitar. Los esclavos recibían comida y ropa del príncipe, o del caballero al que sirvieran. Joyas y metales preciosos cambiaban a menudo de manos, como pago por bienes o servicios, pero cada transacción era una cuestión de regateo; no había una tarifa para cada cosa.

La riqueza les importaba muy poco. Los caballeros valoraban por encima de todo el honor y el coraje, bienes que no tenían precio. El artesano se sentía recompensado al alcanzar un alto grado de perfección en su trabajo, y en el prestigio que esto reportaba. El valle proporcionaba abundante comida para todos; los esclavos araban la tierra; cuando se les liberaba, se hacían artesanos; los soldados conducían el ganado. Los caballeros defendían Nimmr

contra sus enemigos, competían en torneos y se dedicaban a la caza, tanto en el valle como en las montañas colindantes.

A medida que pasaban los días Blake descubrió que adquiría cierta destreza en cuestiones caballerescas, bajo la sabia tutela de *sir* Richard. El uso de la espada y el escudo era lo más difícil para él, pese a haber sido bastante bueno con el florete en su época de estudiante, ya que los caballeros de Nimmr nada sabían del uso defensivo de las espadas de doble filo, y tan sólo empleaban la punta de la espada para propinar el golpe de gracia. Para ellos, la espada era un arma de corte, y el escudo era la única defensa; pero a medida que Blake practicaba con este arma, se le ocurría que sus conocimientos de esgrima podrían resultar ventajosos si se presentaba la ocasión. La torpeza que demostraba con el escudo debía compensarla con un manejo más defensivo del acero, mientras que al ataque lo complementaría con un aprovechamiento más juicioso de la punta, contra la que cabía poca, sino ninguna, defensa.

Encontró la lanza menos difícil de manejar, pues su utilización dependía mucho de la destreza del jinete al montar a caballo, y el que Blake fuera un espléndido jinete quedaba demostrado por su puntuación en el polo, con ocho goles de media.

El *vallum*, o patio exterior que mediaba entre la muralla interna y externa de un castillo, completamente rodeado por ambas, estaba, en el norte o en la falda del valle, enteramente dedicado a la práctica y entrenamiento de las disciplinas militares. Él de Nimmr era muy amplio, y contra la muralla interna habían construido una enorme caseta de madera que podía desmontarse rápidamente en caso de ataque.

Allí celebraban justas y torneos semanales, mientras que los torneos importantes, menos acostumbrados, se celebraban en un campo frente a la muralla externa del castillo, en pleno valle.

A diario muchos caballeros y sus damas se acercaban a presenciar las prácticas y entrenamientos que dotaban al *vallum* de vida, acción y colorido durante la mañana. Chanzas y comentarios jocosos, pero no malintencionados, corrían de un lado a otro; se hacían apuestas y pobre el contendiente que cayera derribado del caballo durante las prácticas, porque lo que más temía un caballero, después de la muerte, era el ridículo.

En las justas formales que se celebraban semanalmente, se observaba un gran decoro por parte de la audiencia, pero durante las prácticas diarias la rivalidad estaba a flor de piel, tanto que devenía brutalidad. Blake recibía su entrenamiento ante semejante audiencia. Dado que era una novedad, había más espectadores de lo acostumbrado y, puesto que tanto los partidarios de *sir* Malud como los de *sir* Richard le habían convertido de forma tácita en estandarte de su rivalidad, los aplausos y los silbidos eran continuos y desenfrenados.

Incluso el príncipe acudía a menudo, mientras que Guinalda no se perdía ni una sesión. No tardó en evidenciarse que el príncipe Gobred se inclinaba del lado de *sir* Malud, con la consecuencia natural de que el bando de Malud adquirió, inmediatamente, numerosos simpatizantes.

El adiestramiento de los escuderos, aspirantes a caballero que algún día entrarían a formar parte de la mágica corte de la caballería, ocupaba las horas más tempranas de la mañana. A esto seguían las prácticas de justa entre caballeros, durante las cuales *sir* Richard, o uno de sus amigos, se encargaba de adiestrar a Blake en la parte más lejana del *vallum*. Fue durante estas prácticas cuando se hizo evidente la destreza de Blake en la equitación, e incluso Gobred llegó a aplaudir.

—¡Voto a bríos! —exclamó—. ¡Ese hombre forma parte del caballo!

—No ha sido más que la fortuna la responsable de que no cayera desmontado del caballo —apuntó Malud.

—Es posible —replicó Gobred—, pero de momento me complace verle montar a caballo.

—No se las apaña mal con la lanza —admitió Malud—. Pero ¡pardiez! ¿Habíais visto alguna vez a alguien más torpe con el escudo? Creo que se las arreglaría mejor con un rastrillo. —Tal comentario arrancó las risas de la concurrencia, risas de las que la princesa Guinalda no participó. Malud, cuyos ojos siempre estaban pendientes de ella, lo notó rápidamente—. ¿Aún creéis que ese patán es un caballero, princesa Guinalda? —preguntó.

—¿Acaso he dicho yo eso? —preguntó a su vez.

—No os habéis reído —recordó él.

—Es un caballero extranjero, proviene de lejanos parajes, y no

me pareció ni caballeroso, ni educado, ponerle en ridículo —replicó —. No me reí porque no me pareció divertido.

Aquel mismo día, más tarde, Blake se unió a los demás en el gran patio, y al llegar se dirigió directamente hacia el grupo de Malud, lo cual no obedecía a ningún error por su parte, ya que jamás había hecho esfuerzo alguno por evitar a Malud o a sus amigos y era, al parecer, indiferente a sus veladas burlas e insinuaciones. Malud mismo atribuía este hecho a la torpeza e ignorancia de un palurdo, defecto que insistía en atribuir a Blake, aunque los demás solían admirar a Blake por su actitud, pues creían ver en ella una sutil afrenta a Malud que éste era demasiado torpe para percibir.

Muchos de los habitantes del gris castillo de Nimmr se inclinaban por el recién llegado. Había traído con él un aire de frescura y novedad que suponía más bien un alivio a la caduca atmósfera que había reinado en Nimmr durante setecientos treinta y cinco años. Les había llevado palabras nuevas, nuevas expresiones y nuevos puntos de vista, que muchos de ellos adoptaban de manera desenfadada, y, de no haber sido por el irracional antagonismo del influyente *sir* Malud, a Blake lo hubieran recibido con los brazos abiertos.

Sir Richard era mucho más popular que *sir* Malud, pero carecía de los recursos, en materia de caballos, armas y mesnada, de que disponía el otro, y en consecuencia tenía menos influencia sobre el príncipe Gobred. Sin embargo, muchas voces independientes seguían a *sir* Richard porque le amaban de todo corazón, o tomaban sus propias decisiones sin dejarse influir por las circunstancias; muchos de estos últimos se consideraban amigos hasta la médula de Blake.

No todos los que rodeaban a *sir* Malud aquella tarde eran antagonistas del americano, pero la mayoría de ellos reían cuando Malud reía, y fruncían el ceño cuando Malud fruncía el ceño, ya que en toda corte de reyes y princesas florecen adeptos a la fórmula del «sí, señor». Blake fue recibido por muchos con una sonrisa, y obtuvo una leve inclinación de cabeza al hacer una reverencia ante la princesa Guinalda, que formaba parte del grupo y, al ser de sangre azul, merecía sus primeras atenciones.

—Os manejasteis bien esta mañana, *sir* James —dijo la princesa

con amabilidad—. Me complace mucho ver cómo cabalgáis.

—Me preguntaba si resultaría extraño verle servir un muslo de venado —lijo burlonamente Malud.

Aquel comentario provocó tantas risas que Malud se vio animado a seguir buscando el aplauso.

—¡Pardiez! —gritó—. ¡Armémosle con un tenedor y un trinchante y estará como en casa!

—Hablando de servir —dijo Blake—, y ya que, al parecer, la mente de *sir* Malud está más preocupada por eso que por asuntos más propios de caballeros, ¿alguno de ustedes sabe qué se necesita para servir rápidamente cerdo fresco?

—No, buen caballero —respondió Guinalda—, no lo sabemos y os rogamos que nos lo digáis.

—Sí, hacedlo —rugió Malud—, vos seguro que lo sabéis mejor que nosotros.

—¡Qué boca tan rápida la vuestra, amigo! ¡Claro que lo sé!

—¿Y qué es necesario para que podáis servir cerdo fresco? —preguntó Malud mirando alrededor y guiñando un ojo.

—Un tenedor, un trinchante y vos, *sir* Malud —respondió Blake.

Pasaron varios segundos hasta que el sentido de las palabras atravesó las mentes sencillas que le rodeaban. La princesa Guinalda fue la primera en echarse a reír alegremente; pronto el resto rugió de risa, mientras algunos explicaban el desenlace de la burla a quienes no lo habían entendido. Aunque no todos reían. No reía, por ejemplo, *sir* Malud. Cuando comprendió el sentido de la chanza de Blake, primero se puso rojo como un tomate, después se volvió blanco, puesto que al gran Malud no le gustaba ser objeto de burlas, lo cual suele suceder a quienes son tan proclives a reírse de los demás.

—Señor —gritó—, ¿os atrevéis a afrentar a Malud? ¡Por los clavos de Cristo, pillo! ¡Palurdo mal nacido! ¡Sólo vuestra sangre resolverá está afrenta!

—¡Chínchate, colega! —respondió Blake—. ¡Con el veneno que quieras!

—No comprendo el significado de vuestras estúpidas palabras —gritó Malud—, pero sé que si no os reunís conmigo para celebrar justa antes del amanecer, os correré a latigazos por todo el valle del Santo Sepulcro con el guantelete de mi catafracta.

—¡Sea! —respondió Blake—. Mañana por la mañana en el *vallum* del sur con…

—Podéis escoger armas, señor —dijo Malud.

—No me llaméis señor; no me gusta —dijo Blake con mucha tranquilidad y sin la acostumbrada sonrisa—. Quiero decirle algo, Malud, que puede resultarle provechoso. Es el único hombre en Nimmr que no quiere tratarme bien y darme una oportunidad, una oportunidad justa para probar que estoy en lo cierto. Usted cree ser un gran caballero, pero no lo es. No tiene inteligencia, ni corazón, ni caballerosidad. No es usted, como lo llamamos en mi patria, un buen deportista. Tiene algunos caballos y algunos soldados. Eso es todo lo que tiene, porque sin ellos no dispondría de la consideración del príncipe, y sin dicho favor no tendría amigos.

»Usted no es tan bueno ni tan hombre como *sir* Richard, que combina todas las cualidades que durante siglos han glorificado a la orden de caballería. ¡No es usted tan buena persona como yo, que, con sus propias armas, le venceré por la mañana cuando, en el *vallum* norte, aparezca a caballo, armado de espada y escudo!

Los cortesanos, al ver la ira de Malud, se habían apartado gradualmente de Blake mientras terminaba su discurso, hasta dejarle solo de pie, a unos pasos de Malud y de aquellos que le rodeaban. Entonces una persona abandonó el grupo de Malud y se acercó hacia Blake. Era Guinalda.

—*Sir* James —dijo con una dulce sonrisa en los labios—, ¡habéis hablado con la boca llena! —exclamó antes de echarse a reír—. Pasead conmigo por el jardín, caballero —y, cogiéndole del brazo, lo guió hacia el extremo sur del patio oriental.

—¡Eres maravillosa! —Fue todo cuanto Blake pudo decir.

—¿De veras creéis que soy maravillosa? —preguntó—. Es dificil saber si los hombres son sinceros con personas como yo. La verdad, tal y como la conciben las personas, es más habitual oírla entre esclavos que entre príncipes.

—Espero probártelo con mi conducta.

Se habían apartado a poca distancia de los demás, cosa que la chica aprovechó para apoyar una mano en la suya.

—Os he llevado aparte, *sir* James, para poder hablar a solas con vos —dijo.

—No me importa las razones que te hayan impulsado, ya que…

lo has hecho —respondió con una sonrisa.

—Sois extranjero entre nosotros. No estáis acostumbrado a nuestros asuntos; hasta tal punto es escasa vuestra experiencia en asuntos de armas que muchos ponen en duda vuestra condición de caballero. Pese a todo, sois un hombre valiente, aunque quizá seáis muy tonto, porque de otra manera no hubierais escogido enfrentaros a *sir* Malud con espada y escudo, ya que él tiene destreza con ambas, mientras que vos sois torpe con ellas. Y porque me parecía que quizá mañana moriréis, he decidido llevaros aparte para hablar con vos.

—¿Y qué se puede hacer a estas alturas? —preguntó Blake.

—No os manejáis mal con la lanza elijo—, y aún no es demasiado tarde para cambiar la elección de armas. Así que os ruego que lo hagáis.

—¿Te preocupa? —preguntó. Aquellas dos palabras tenían una miríada de significados.

La muchacha bajó la mirada por un instante y después le miró a los ojos al tiempo que los suyos refulgían con la fuerza que da la buena posición.

—Soy la hija del príncipe de Nimmr —respondió—. Me preocupo por el más humilde de los súbditos de mi padre.

«Supongo que eso bastará para mantenerte alejado durante un tiempo, *sir* James», pensó Blake, aunque nada dijo a la chica, sino que se limitó a sonreír.

En ese momento ella golpeó el suelo con la planta del pie.

—¡Tenéis una sonrisa impúdica, señor! —exclamó enojada—. No me gusta. Os tomáis demasiadas libertades con la hija de un príncipe.

—Me he limitado a preguntar si te preocupaba que me mataran. Incluso un don nadie podría preguntar algo así.

—Y yo os he contestado. ¿Por qué razón sonreís entonces?

—Porque tus ojos han respondido antes de que tus labios pudieran hablar, y sé que ellos no me han mentido.

La chica volvió a dar un golpe en el suelo.

—¡Sois un petimetre! —exclamó—. No pienso permitir que me sigáis insultando.

Con la cabeza bien alta, se volvió y caminó con garbo hacia donde se reunía el resto de los cortesanos. Blake corrió tras ella.

—Mañana —susurró— me enfrentaré a *sir* Malud con espada y escudo. Con vuestro favor de mi parte, derrotaré a la mejor espada de Nimmr.

La princesa Guinalda no hizo nada por fingir que no había oído las palabras de Blake, mientras seguía caminando para reunirse al resto de caballeros y damas que se apiñaban alrededor de *sir* Malud.

XII

«¡MAÑANA MORIRÉIS!»

HUBO grandes festejos en el poblado del jefe Batando la noche del regreso de Ulala. Se sacrificó una cabra y muchos pollos, y se sirvieron frutas, pan de tapioca y abundante cerveza del lugar para todos. También hubo música y baile. Por todo ello, era de día cuando se tumbaron en los camastros, y, por tanto, hasta pasada la tarde del día siguiente, Fejjuan no tuvo ocasión de tratar asuntos serios con Batando.

Cuando finalmente fue a buscarlo, descubrió al anciano jefe sentado a la sombra de su tienda. Al parecer la orgía de la pasada noche le había sentado fatal.

—He venido para hablar contigo, Batando —dijo—, acerca de la gente del desierto.

Batando gruñó. Le dolía la cabeza.

—Ayer dijiste que los conducirías a la entrada del valle prohibido —recordó Fejjuan—. ¿Quisiste decir, entonces, que no te enfrentarías a ellos?

—No será necesario enfrentarnos a ellos si los llevamos a la entrada del valle —respondió Batando.

—Tus palabras son un misterio —dijo Fejjuan.

—Escucha, Ulala —dijo el viejo jefe—. Cuando eras niño ellos te separaron de tu pueblo y te llevaron a su patria. Eras joven, y había muchas cosas que ignorabas, además de otras que has podido olvidar. No es difícil acceder al valle prohibido, sobre todo desde el norte. Cualquier galla sabe cómo encontrar el paso del norte a través de las montañas, o el túnel más allá de la cruz, que señala la entrada por el sur. Ésas son las únicas formas de entrar, y cualquier galla las conoce; pero también cualquier galla sabe que es imposible

salir del valle prohibido.

—¿Qué quieres decir, Batando? —preguntó Fejjuan—. Si hay dos accesos, tiene que haber dos salidas.

—No, no hay salida —insistió el jefe—. Por mucho que nos remontemos en la memoria de los hombres, por las fábulas de nuestros padres y de los padres de nuestros padres sabemos que muchos hombres han entrado en el valle prohibido, y también que ninguno ha logrado salir de él.

—¿Y por qué no pueden salir?

—¿Quién sabe? —preguntó Batando mientras negaba con la cabeza—. Ni siquiera sabemos qué les sucede.

—¿Qué tipo de gente habita en el valle? —preguntó Fejjuan.

—No se sabe nada de ellos. Nadie los ha visto y ha vuelto para contarlo. Algunos dicen que son los espíritus de los muertos, otros, que el valle está protegido por leopardos; pero nadie lo sabe. De modo que ve, Ulala, y dile al jefe de la gente del desierto que los conduciremos a la entrada del valle. Si lo hacemos no tendremos que enfrentarnos a ellos ni volverán a molestarnos. —Y Batando se echó a reír ante la sutileza de su bromita.

—¿Enviarás guías conmigo para llevar a los beduinos al valle? —preguntó Fejjuan.

—No —respondió el jefe—. Diles que iremos dentro de tres días. Entre tanto me dedicaré a reunir guerreros de otras aldeas, ya que no puedo fiarme de la gente del desierto. De esa forma podremos dirigirlos a través de nuestro territorio. Explícaselo al jefe, y también que a modo de pago tendrá que liberar a todos los esclavos galla que le acompañen antes de penetrar en el valle.

—Eso Ibn Jad no lo aceptará —dijo Fejjuan.

—Quizá cuando se vea rodeado de guerreros galla sea capaz de hacer mucho más —replicó Batando.

Y de esa forma, Fejjuan, el esclavo de galla, volvió junto a sus amos e informó de todo lo que Batando le había pedido informar. Al principio, Ibn Jad se negó a liberar a los esclavos, pero cuando Fejjuan le convenció de que bajo ninguna otra condición estaría dispuesto Batando a llevarlo hasta la entrada del valle, y que su negativa a liberar a los esclavos espolearía las hostiles intenciones de los galla, cambió de opinión y accedió. Sin embargo, su subconsciente tenía claro que antes de cumplir con su promesa

debía encontrar una forma de evitar cumplirla.

Sólo lamentaba Fejjuan traicionar a los beduinos por un detalle: su aprecio por Ateja. Pero como era un fatalista se consoló pensando que por mucho que él intentara evitarlo, pasaría lo que tuviese que pasar.

Y mientras Ibn Jad aguardaba la llegada de los guías y Batando reunía a sus guerreros negros, venidos de todos los rincones del territorio, Tarzán de los Monos llegó al abrevadero de la tranquilidad que había al rodear las rocas, y desde allí siguió el sendero por el que habían pasado los beduinos.

Desde que supo por los negros de Blake que el joven americano había desaparecido, y también que no sabían nada de Stimbol desde que éste se separó de Blake y emprendió el camino hacia la costa, el hombre mono estaba cada vez más convencido de que Blake era el blanco al que los árabes habían hecho prisionero. Pese a todo, no se sentía muy preocupado por la seguridad del hombre, ya que si los beduinos tenían garantías de sacar tajada, no estarían dispuestos a matarle. Con esa convicción, Tarzán no se apresuró al emprender el camino por el que Ibn Jad y su gente habían pasado.

Había dos hombres sentados en taburetes, en lados opuestos de una tosca mesa. Ante ellos, una lámpara de aceite con una mecha de algodón en su interior ardía débilmente e iluminaba un poco las losas de piedra que cubrían el suelo, y que proyectaban extrañas sombras de sí mismas sobre las paredes de piedra basta.

A través de la amplia ventana, desprovista de cristal, el viento nocturno soplaba haciendo oscilar la llama de un lado a otro. Sobre la mesa, entre ambos, había un tablero cuadrado dividido en pequeños escaques y sobre él, varias figuras de madera.

—Te toca a ti mover, Richard —dijo uno de los hombres—. Esta noche no pareces muy concentrado en el juego. ¿Qué sucede?

—Estoy pensando en mañana, James, y mi corazón siente gran pesar —respondió el otro.

—¿Y por qué? —preguntó Blake.

—Malud no es el mejor espadachín de Ninnnr —respondió *sir* Richard—, pero… —titubeó.

—Yo soy el peor —dijo Blake para completar la frase, antes de echarse a reír.

Sir Richard levantó la mirada y sonrió.

—Vos siempre con vuestras chanzas, incluso en presencia de la muerte —dijo—. Me pregunto si todos los hombres del país de donde venís se parecerán a vos.

—Te toca mover, Richard.

—No perdáis de vista su acero por protegeros con el escudo, James —advirtió Richard—. Mantened siempre vuestros ojos pegados a los suyos, hasta que sepáis por dónde va a atacar; después, con el escudo preparado, podréis bloquear el golpe, porque él es lento y sus ojos siempre delatan dónde caerá la hoja de su espada. Bien lo sé, ya que algunas veces he practicado con él.

—Y no te ha matado —recordó Blake.

—No, pero sólo practicábamos. Mañana será diferente, ya que Malud se enfrenta a vos a muerte, en mortal lid, amigo mío, para lavar con sangre vuestra afrenta.

—¿Y por esa razón quiere matarme? —preguntó Blake—. ¡Pienso proclamar a los cuatro vientos que es un maldito bellaco!

—Si sólo fuera por eso, su honor podría verse satisfecho a primera sangre, pero ese caballero tiene mucho más en vuestra contra.

—¿Más? ¿Qué? Apenas habré cruzado una docena de palabras con él —dijo Blake.

—Está celoso.

—¿Celoso? ¿De quién?

—Le gustaría desposar a la princesa, y ha visto de qué forma la miráis —explicó Richard.

—¡Tonterías! —gritó Blake. Sin embargo, se sonrojó.

—No, él no ha sido el único en percatarse del particular —insistió Richard.

—Estás loco —espetó Blake.

—A menudo algunos han mirado así a la princesa, porque su belleza no tiene parangón, pero…

—¿Malud los ha matado a todos? —preguntó el americano.

—No, porque la princesa no correspondía a sus miradas.

Blake se recostó en la pared y rió a gusto.

—Ahora sí que has perdido la cabeza —gritó—; todos la habéis perdido. Admito que considero a la princesa una perita en dulce, pero seamos sinceros, amigo mío: ella ni siquiera me mira.

—Basta de naderías que ni siquiera entiendo, James. No podéis

confundirme acerca de esto ni convencerme de lo contrario. *Los ojos* de la princesa apenas se despegan de vos cuando practicáis en el patio, mientras los vuestros cuando la miráis son… ¿Alguna vez habéis visto a un perro mirar a su amo?

—¡Anda ya! —exclamó Blake.

—Por algo así, Malud quisiera apartaros de su camino, y por eso mismo es por lo que me lamento, puesto que he llegado a apreciaros mucho, amigo mío.

Blake se levantó y se acercó a *sir* Richard.

—Eres un viejo zorro, Richard —dijo mientras ponía afectuosamente una mano en el hombro del caballero—, pero no te preocupes, que todavía no estoy muerto. Sé que parezco algo torpe con la espada, pero he aprendido mucho acerca de sus posibilidades en todos estos días de prácticas, y creo que a *sir* Malud le esperan algunas sorpresas.

—Vuestro coraje y vuestra confianza os llevarán lejos, James, pero no pueden compararse a toda una vida de experiencia con la espada, y ésa es la ventaja que Malud tiene sobre vos.

—¿Apoya el príncipe Gobred las aspiraciones de Malud? —preguntó Blake.

—¿Por qué no? Malud es un poderoso caballero, posee un gran castillo y muchos caballos y sirvientes. Además, dispone de una docena de caballeros y un centenar de soldados.

—Pero hay más caballeros que tienen sus propios castillos.

—Una veintena, quizá.

—¿Y viven cerca del castillo de Gobred?

—Al pie de la colina, a unas tres leguas de distancia —explicó Richard.

—¿Y nadie más vive en este extenso valle? —preguntó Blake.

—¿Habéis oído hablar de Bohun?

—Sí, a menudo… ¿Por qué?

—Se hace llamar a sí mismo rey, pero nosotros nunca nos dirigimos a él como tal. Él y sus partidarios moran en la parte opuesta del valle. Son, quizá, tantos como nosotros, y siempre hemos estado en guerra con ellos.

—Pero he oído hablar sobre un gran torneo para el que los caballeros se preparan desde hace un tiempo. Creí que Bohun y los suyos tomarían parte.

Y así es. El torneo se organiza una vez al año. Empieza el primer domingo de Cuaresma y se celebra durante tres días, que se han declarado, desde tiempos inmemoriales, de tregua entre los Delanteros y los Posteriores. Es aprovechando dicha tregua que celebramos un gran torneo; un año lo hacemos en la llanura que media ante la ciudad de Nimmr y al año siguiente, en la llanura que hay ante la ciudad del Sepulcro, tal y como ellos la llaman.

—¡Delanteros y Posteriores! ¿Qué diablos significa eso? —preguntó Blake.

—¿Sois caballero de Nimmr y aún no sabéis que significa? —exclamó Richard.

—Lo que yo sé de la caballería cabría en la cáscara de una nuez —admitió Blake.

—Tendríais que saberlo, de modo que os lo voy a explicar. Disponeos, pues, a escucharme —dijo Richard—, ya que debo remontarme al principio de todo —sirvió dos copas de vino de una jarra que había en el suelo, junto a él; tomó un trago largo y siguió adelante con su historia—. Ricardo I se hizo a la mar en Sicilia, en la primavera del año 1191, en compañía de todos sus grandes rumbo a Acre, donde debía reunirse con el rey francés, Felipe Augusto, y arrebatar Tierra Santa de manos de los sarracenos. Pero Ricardo se entretuvo a medio camino para conquistar Chipre y castigar al vil déspota que había insultado a Berengaria, con quien Ricardo debía desposarse. Cuando el gran ejército se hizo a la vela rumbo a Acre, había a bordo muchas doncellas de Chipre, ocultas por caballeros que se habían enamorado de sus adorables rostros, y así sucedió que dos de las naves, al verse azotadas por una tormenta, se desviaron de su rumbo y embarrancaron en la costa de África.

»Una de las compañías de caballeros estaba comandada por un caballero llamado Bohun, y la otra por un Gobred, y aunque hicieron camino juntos, se mantuvieron separados excepto cuando los atacaban. De esa guisa, cuando buscaban Jerusalén, llegaron a este valle, que los partidarios de Bohun afirmaron que se trataba del valle del Santo Sepulcro, y que por tanto su cruzada había concluido. Quitaron sus cruces, que lucían en el pecho como hacen todos los cruzados que no han alcanzado su objetivo, para coserlas a la espalda, para dar á entender que su cruzada había terminado y

que habían llegado a casa.

»Gobred insistió en que éste no era el valle del Santo Sepulcro y que la cruzada no había concluido. Por tanto, él y sus seguidores conservaron las cruces en el pecho y construyeron una ciudad y un gran castillo para defender la entrada al valle, e impedir así que Bohun y sus seguidores volvieran a Inglaterra hasta que llevaran a buen puerto su misión.

»Bohun cruzó el valle y construyó una ciudad y un castillo para impedir que Gobred avanzara en la dirección hacia la que, más tarde, supo que se encontraba el verdadero Sepulcro. Así, durante siete siglos y medio los descendientes de Bohun han impedido a los descendientes de Gobred seguir adelante y conquistar Tierra Santa a los sarracenos, mientras que los descendientes de Gobred impedían a los descendientes de Bohun volver a Inglaterra y deshonrar a la caballería.

»Gobred tomó el título de príncipe y Bohun, el de rey, y dichos títulos han pasado de padres a hijos a lo largo de todos estos siglos. Los seguidores de Gobred siguen llevando la cruz en el pecho y, por tanto, se les conoce como los Delanteros, mientras que los seguidores de Bohun lucen la cruz en la espalda y se les llama Posteriores.

—¿Y aún seguís empeñados en seguir adelante y liberar Tierra Santa? —preguntó Blake.

—Sí —respondió Richard—, y los Posteriores quieren volver a Inglaterra; pero desde hace tiempo nos hemos percatado de la futilidad de nuestros respectivos empeños, ya que estamos rodeados por un vasto ejército de sarracenos. Somos pocos para enfrentarnos a ellos. ¿Creéis que hacemos lo correcto permaneciendo aquí, sometidos a tantos problemas? —inquirió.

—En fín, sería toda una sorpresa veros aparecer en Jerusalén, o en Londres, tanto da —admitió Blake—. Desde mi punto de vista, Richard, lo mejor que podríais hacer sería quedaros aquí. Verás, después de setecientos años muchos se han olvidado de vosotros, e incluso los sarracenos podrían sorprenderse mucho si os vieran cargando hacia Jerusalén.

—Quizás estéis en lo cierto, James —dijo Richard—, y además aquí somos muy felices, ya que no conocemos ningún otro lugar.

Ambos permanecieron en silencio durante un rato, pensando en

sus respectivos asuntos. Blake fue el primero en hablar.

—Este gran torneo me interesa —dijo—. Dices que empieza el primer domingo de Cuaresma. No falta mucho.

—No, no mucho. ¿Por qué?

—Me preguntaba si estaría en forma para tomar parte en él. A medida que pasan los días mejoro con la lanza.

Sir Richard lo miró con tristeza y negó con la cabeza.

—Mañana moriréis —dijo.

—¡Vamos hombre! ¡Eres más alegre que unas castañuelas! —exclamó Blake.

—Me limito a ser sincero, amigo mío —replicó Richard—. Mucho apena mi corazón el que pueda estar en lo cierto, pero la verdad es… que mañana no venceréis a *sir* Malud. Si pudiera ocupar vuestro lugar en el combate… Mas no es posible. Sin embargo, me consuela pensar que os comportaréis con coraje y moriréis como todo buen caballero aspira a morir: sin mácula en el penacho. Grande será el consuelo que sienta la princesa Guinalda al saber que habéis muerto como debíais.

—¿Eso crees? —preguntó Blake.

—Ciertamente.

—¿Y si no muero? ¿Crees que la decepcionaría? —preguntó Blake.

—¡Decepcionarla! ¿Decepcionarla por qué?

—Entonces se alegrará —aventuró Blake.

—Yo no diría tanto —admitió Richard—, puesto que algo es seguro, y es que ninguna dama se alegraría de ver que su prometido resulta vencido y muerto, y si vos no morís mañana, será porque habéis matado a Malud.

—¿Es su prometida? —preguntó Blake.

—Es algo que todos damos por hecho, aunque aún no se hayan formalizado sus votos.

Es tarde. Si mañana tengo que morir, mejor será que duerma un poco esta noche.

Al tumbarse entre las sábanas de algodón, extendidas sobre un camastro que habían colocado sobre el suelo de piedra en una esquina de la estancia comprobó que tenía menos sueño del que creyó tener en un principio. El saber que al día siguiente habría de enfrentarse a un caballero medieval en mortal lid le preocupaba

mucho, pero Blake confiaba demasiado en sí mismo, y era tan joven que apenas contemplaba la posibilidad de morir. Sabía que era posible, pero no estaba dispuesto a permitir que ese pensamiento le quitara el sueño. Sin embargo, sí le quitaba el sueño otra cosa. Algo que le preocupaba mucho y que le hizo sentirse molesto cuando se descubrió pensando en ello: la proposición de matrimonio de *sir* Malud de Castillo Oeste a Guinalda, princesa de Nimmr.

Pensó que quizás había sido un idiota al enamorarse de esa princesita medieval. Quizá Guinalda ni siquiera lo consideraba digno de tales sentimientos. ¿Qué haría con Malud? ¿Y si conseguía vencerlo a la mañana siguiente? En fin, ¿por qué preocuparse? Si lo mataba haría desdichada a la princesa. Si no lo mataba, entonces… ¿qué? *sir* James no supo qué responderse a sí mismo.

XIII

EN EL *BAIT* DE SAID

IBN JAD esperó tres días en su *manzil*, pero no apareció ninguno de los guías galla prometidos por Batando que debían guiarlos al valle. Por ello envió una vez más a Fejjuan para que se entrevistara con el jefe y le pidiera que se apresurara, ya que Ibn Jad no había olvidado la existencia de Tarzán de los Monos, ni el temor de que pudiera acercarse de nuevo al campamento para amenazarle y castigarle.

Sabía que a esas alturas se encontraba fuera del territorio de Tarzán, pero también sabía que, cuando las fronteras eran tan vagas, no podía tener ninguna seguridad que le permitiera sentirse a salvo de represalias. Deseaba que Tarzán esperase que regresara a través de su territorio, cosa que Ibn Jad había decidido evitar. En su lugar planeaba moverse directamente hacia el oeste, y pasar por el norte del territorio del hombre mono hasta dar con el sendero por el que había llegado del desierto.

Junto a Ibn Jad en el *mukad* del jeque estaba sentado su hermano Tollog, así como Fahd y Stimbol, además de otros árabes. Hablaban del retraso de Batando, temerosos de sufrir una traición, ya que era obvio que el anciano jefe estaba reuniendo en esos momentos un numeroso ejército de guerreros, y aunque Fejjuan hizo lo posible por asegurarles que no se emplearían contra los árabes si Ibn Jad no recurría a la traición, no por ello temían menos el peligro que suponía su cercanía.

Ateja, ocupada en las tareas del harén, no cantaba ni sonreía como solía hacer, ya que en su corazón anidaba un gran pesar por su amado. Prestaba atención a lo que se hablaba en el *mukad*,

aunque no le interesaba en absoluto. Sus ojos apenas se asomaban al mundo que había tras la cortina que separaba la tienda de las mujeres del *mukad*, y cuando lo hacían sentía un odio encendido en su interior cuando sus pupilas recalaban en la persona de Fahd. Contemplaba el exterior cuando vio que Fahd miraba alrededor del *manzil* con los ojos abiertos de par en par.

—¡*Billah*, Ibn Jad! —gritó el hombre—. ¡Mirad!

Al igual que el resto, Ateja miró en la dirección que señalaba Fahd, y ahogó un grito de sorpresa que los hombres expresaron con una maldición. En pleno *manzil*, en dirección a la tienda del jeque, caminaba un gigante de piel broncínea armado con una lanza, flechas y un cuchillo. A su espalda llevaba colgado un escudo, y alrededor del hombro hasta caer en su pecho, una cuerda cuyas largas fibras sostenía con una de sus manos.

—¡Tarzán de los Monos! —exclamó Ibn Jad—. ¡Que la maldición de Alá caiga sobre él!

—Seguro que ha traído a sus guerreros negros, y que le esperan ocultos en la espesura —susurró Tollog—. De otra forma no se atrevería a entrar en el *manzil* de los Beduw.

A Ibn Jad le dolía el pecho, y pensaba rápidamente en algo que hacer cuando el hombre mono se detuvo frente a la abertura de la tienda. Tarzán paseó la mirada sin dilación entre los presentes, hasta dar con Stimbol.

—¿Dónde está Blake? —preguntó al americano.

—Tú deberías saberlo —gruñó Stimbol.

—¿Le has visto desde que os separasteis?

—No.

—¿Seguro? —insistió el hombre mono.

—Por supuesto que sí. Tarzán se volvió hacia Ibn Jad.

—Me has mentido. No has venido aquí para comerciar, sino para saquear una ciudad, apoderarte de su tesoro y secuestrar a sus mujeres.

—¡Eso es mentira! —gritó Ibn Jad—. No sé quién te habrá contado eso, pero te ha mentido.

—No creo que mintiera —respondió Tarzán—. Parecía un joven muy honesto.

—¿De quién se trata? —exigió lbn Jad.

—Se llama Said. —Ateja lo oyó y de pronto se descubrió

escuchando con mayor interés—. Eso afirma, aparte de muchas cosas más, y yo le creo.

—¿Qué más te ha contado, nasraní?

—Que otra persona robó su mosquete e intentó matarte, Ibn Jad, para que después toda la culpa recayera sobre él.

—¡Eso es mentira, como todo lo que os ha explicado! —gritó Fahd.

Ibn Jad se sentó dispuesto a meditar, con las cejas encogidas para dar forma al ceño fruncido.

Sin embargo, miró a Tarzán con una sonrisa torcida en los labios.

—No dudo que ese joven desgraciado creyera de veras que decía la verdad —dijo—. Igual que creyó que podría matar a su jeque y salirse con la suya. Siempre estuvo mal de la cabeza, pero jamás creímos que pudiera ser peligroso. Tarzán de los Monos, te ha engañado, y eso puedo probarlo con el respaldo de toda mi gente, al igual que con el del nasraní del que me he hecho amigo, ya que lo único que debo decirte es que pretendo obedecerte y abandonar este país. ¿Por qué otra razón podría haber viajado tan lejos hacia el norte, en dirección a mi propio *beled*?

—Si deseabas obedecerme, ¿por qué me hiciste prisionero y luego enviaste a tu hermano a matarme en plena la noche? —preguntó Tarzán.

—De nuevo confundes a Ibn Jad —dijo el jeque con tristeza—. Mi hermano se acercó para cortar tus ataduras y ponerte en libertad, pero la emprendiste con él y después llegó *al-fil* y te llevó lejos.

—¿Y qué quiso decir tu hermano cuando levantó el cuchillo y gritó: «¡Muere, nasraní!»? —preguntó el hombre mono—. ¿Dirías que alguien así entra en una tienda de noche para liberar a un prisionero?

—Sólo bromeaba —murmuró Tollog.

—Aquí estoy de nuevo —dijo Tarzán—, pero no para bromear. Mis waziri están de camino. Juntos nos encargaremos de asegurarnos de que nada os retrase en vuestro regreso al desierto.

—Es lo único que queremos —se apresuró a decir el jeque—. Pregunta a los demás nasraní si es cierto que nos hemos perdido y si no sería estupendo que nos llevaras por el camino correcto. Aquí

nos acechan guerreros galla. Su jefe lleva días enteros reuniéndolos y tememos que nos ataquen. ¿No es cierto, nasraní? —preguntó volviéndose hacia Stimbol.

—Sí, cierto —dijo Stimbol.

—Es cierto que vais a abandonar este país —dijo Tarzán—, y yo permaneceré con vosotros para asegurarme de ello. Mañana levantaréis el campamento. Entretanto disponed una tienda para mí; espero que no se produzcan más traiciones.

—Nada debes temer —aseguró Ibn Jad. Después se volvió hacia la tienda de las mujeres—. ¡Hirfa! ¡Ateja! —llamó—. Preparad la tienda de Said para el jeque de la jungla.

A un lado, pero no a mucha distancia de la tienda de Ibn Jad, las mujeres levantaron la negra tienda para Tarzán. Cuando acabaron de colocar y enderezar el *am'dan*, y aseguraron el tunb a al-bait con la ayuda de algunas piquetas que Ateja clavó en la tierra, Hirfa regresó a cumplir con sus tareas cotidianas, mientras su hija se dedicaba a extender las cortinas. En cuanto Hirfa no pudo oírla, Ateja corrió hacia Tarzán.

—Oh, nasraní —dijo entre sollozos—, ¿has visto a mi Said? ¿Se encuentra bien?

—Le dejé en un poblado donde el jefe cuidará de él hasta que tu gente haya regresado al desierto. Está bien y a salvo.

—Háblame de él, oh, nasraní, porque mi corazón anhela saber de él —imploró la muchacha—. ¿Cómo le encontrasteis? ¿Dónde estaba?

—Al-adra, que merodeaba para despachar a tu amado, había embestido a su mula. Yo estaba por casualidad en los alrededores y ataqué a al-adra. Entonces llevé a Said al poblado de un jefe amigo mío, puesto que sabía que solo no podría sobrevivir a los peligros de la jungla si lo dejaba marchar.

Pensaba sacarlo del país a salvo, pero me rogó quedarse hasta que pasaras por allí, cosa a la que accedí. Dentro de unas semanas podrás verlo.

De las pestañas largas y negras de Ateja manaban lágrimas de alegría cuando cogió la mano de Tarzán y la besó.

—Mi vida te pertenece, nasraní —dijo entre sollozos—, porque tú me has devuelto a mi amado.

Aquella noche el esclavo de galla, Fejjuan, caminaba por el

manzil de sus amos y vio sentados a Ibn Jad y Tollog susurrando en el *mukad* del jeque. Fejjuan, muy consciente de la vileza inherente a la inefable pareja, se preguntó qué estarían tramando. Tras la cortina del harén, Ateja yacía tumbada y hecha un ovillo sobre el camastro, incapaz de conciliar el sueño. En lugar de ello escuchaba lo que susurraban su padre y su tío.

—Debemos librarnos de él —insistió Ibn Jad.

—Pero sus waziri estarán al llegar —objetó Tollog—. ¿Qué hacemos si no le encuentran aquí? No nos creerán, digamos lo que digamos, y la tomarán con nosotros. He oído que son despiadados guerreros.

—¡Por Alá! —gritó Ibn Jad—. Estamos apañados si sigue con nosotros. Mejor arriesgar algo que volver con las manos vacías a nuestro país, después de todo lo que hemos recorrido.

—Si crees que voy a encargarme otra vez de este asunto, estás muy equivocado, hermano —dijo Tollog—. Tuve suficiente con la primera.

—No, tú no; pero debemos encontrar algún modo. ¿Acaso ninguno de nosotros estará dispuesto a librarnos del nasraní? —preguntó Ibn Jad entre dientes, como si se lo preguntara a sí mismo.

—¡El otro nasraní! —exclamó Tollog—. Él le odia.

—¡Qué buena idea, hermano! —aplaudió Ibn Jad.

—Pero aún así nos responsabilizarán a nosotros —reflexionó Tollog.

—¿Y qué importa si nos libramos de Tarzán? No podemos estar peor de lo que estamos ahora. Supón que Batando llegase mañana con los guías. El jeque de la jungla sabría a ciencia cierta que le habíamos mentido, y eso podría suponer un peligro para nosotros. No, tenemos que librarnos de él esta misma noche.

—Sí, pero ¿cómo? —preguntó Tollog.

—¡Aguarda! Tengo un plan. ¡Escucha con mucha atención, oh hermano! —Ibn Jad se frotó las manos y sonrió, aunque quizá no habría sonreído de saber que Ateja escuchaba la conversación, o de haber visto la figura silenciosa que se agazapaba en la oscuridad, justo al otro lado de la cortina exterior de su *bait*.

—Habla, Ibn Jad —le conminó Tollog—, explícame tu plan.

—*Wallah*, todos saben que el nasraní Stimbol odia al jeque de la jungla, pues muchas veces lo ha proclamado a los cuatro vientos en

presencia de todos los reunidos en mi *mukad*.

—¿Enviarías a Stimbol a matar a Tarzán de los Monos?

—Has acertado —admitió Ibn Jad.

—Pero ¿cómo puede eso librarnos de toda responsabilidad? Habrá muerto por orden nuestra y en nuestro propio *manzil* — objetó Tollog.

—¡Aguarda! No pretendo ordenar a un nasraní que mate al otro; tan sólo lo sugeriré, y cuando lo haya hecho me mostraré furioso y lleno de ira porque el asesinato se haya cometido en mi propio *manzil*. Y como prueba de buena voluntad, ordenaré que el asesino sea ejecutado como castigo por su crimen. De ese modo nos libraremos de dos pájaros de un tiro, y podremos convencer a los waziri de que éramos amigos del jeque, ya que lloraremos su pérdida a grito pelado cuando ellos lleguen.

—¡Alá sea loado por haberme dado a este hermano! —exclamó Tollog entusiasmado.

—Ve ahora mismo y trae al nasraní Stimbol —ordenó Ibn Jad—. Envíamelo solo, y después de que hable con el nasraní y éste vaya a cumplir con su misión, vuelve aquí a mi tienda.

Ateja se puso a temblar tendida en el camastro. Después que Tollog abandonara el *bait*, la silenciosa figura agazapada en el exterior de la tienda se levantó y desapareció fundida en la oscuridad de la noche.

Stimbol, a quien Tollog había ido a buscar con prisas a la tienda de Fahd, y a quien había aconsejado discreción, se dirigió silenciosamente al amparo de la oscuridad, hacia el *mukad* del jeque, donde encontró a Ibn Jad esperándole.

—Siéntate, nasraní —invitó el beduino.

—¿Qué diablos quiere de mí a estas horas de la noche? — preguntó Stimbol.

—He estado hablando con Tarzán de los Monos —dijo Ibn Jad —, y porque tú eres mi amigo y él no, he enviado a buscarte para explicarte qué planea hacer contigo. Ha interferido en todos mis designios y me ordena salir del territorio, pero eso no es nada comparado con lo que tiene reservado para ti.

—¿Qué diablos pretende ahora? —preguntó Stimbol—. Ese tipo siempre anda metido en los asuntos de los demás.

—¿Por qué no simpatizas con él? —preguntó Ibn Jad.

—¿Y por qué tendría que simpatizar con él? —Stimbol añadió un vil epíteto a la pregunta que acababa de hacer.

—Pues aún será peor cuando te lo explique —dijo Ibn Jad.

—Adelante.

—Él asegura que tú mataste a tu compañero, a Blake —explicó el jeque—, y por ello Tarzán te matará por la mañana.

—¿Eh? ¿Qué? ¿Matarme? —preguntó atropelladamente Stimbol —. ¡Vaya, pero eso es ilegal! ¿Pero quién se cree que es, un emperador romano?

—Sin embargo lo hará —insistió Ibn Jad—. Aquí en la jungla es todopoderoso. Nadie cuestiona los actos del gran jeque de la jungla. Mañana te matará.

—¡Pero… usted no se lo permitirá, Ibn Jad! Seguro que no — Stimbol temblaba horrorizado.

Ibn-Jad levantó las palmas de las manos.

—¿Y qué puedo hacer? —preguntó.

—Puede… puede… Debe de haber algo que usted pueda hacer —gimió el hombre, asustado.

—No hay nada que yo pueda hacer… Sálvate tú mismo — susurró el jeque.

—¿Qué quiere decir?

—Yace dormido en su tienda y… tú tienes un afilado *juxa*.

—Nunca he matado a un hombre —susurró Stimbol.

—Y tampoco han estado a punto de matarte —recordó el jeque —, pero esta noche debes matar, o mañana morirás.

—¡Dios! —exclamó Stimbol antes de ahogar un grito.

—Es tarde —dijo Ibn Jad—, y debo retirarme a dormir. Ya te lo he advertido: haz lo que te dicte tu conciencia. —Ibn Jad se levantó como si fuera a dirigirse a la tienda de las mujeres.

Tembloroso, Stimbol trastabilló al volver hacia su tienda. Titubeó por un instante, pero después se agazapó y se puso a caminar a gatas en silencio y en plena oscuridad hacia la tienda que habían levantado para el hombre mono.

Pero Ateja corría por delante de él para advertir al hombre que había salvado a su amado de los colmillos de al-adra. Casi había llegado al *bait* que había levantado con la ayuda de Haifa para el hombre mono, cuando una figura salió de otra tienda, le tapó la boca con la palma de la mano, y la cogió con fuerza del brazo por la

muñeca.

—¿Adónde ibas? —susurró una voz a su oído, que ella reconoció como la de su tío; pero Tollog no esperó a recibir una respuesta: él mismo respondió por ella—: ¡Ibas a avisar al nasraní porque es amigo de tu amante! ¡Vuelve al *bait* de tu padre! ¡Si se entera de esto te ejecutará! ¡Vete! —Y la empujó con fuerza en la dirección por donde había venido.

Tollog tenía una desagradable sonrisa en los labios al pensar lo sencillo que había resultado manejar a la chica, y dio las gracias a Alá por la suerte que había tenido al encontrarse en el lugar y el momento oportunos, antes de que la chica arruinara sus planes; y mientras Tollog, hermano del jeque, seguía sonriendo tras la espesa barba, una mano surgió a su espalda de la oscuridad y lo cogió por la garganta con fuerza, para posteriormente tirar de él hacia atrás.

Tembloroso, cubierto de sudor frío, empuñando con fuerza el cuchillo, Wilbur Stimbol se arrastraba a través de la oscuridad hacia la tienda de su víctima. Stimbol era un hombre irritable, un fanfarrón y un cobarde; pero no era ningún criminal. Cada átomo de su ser se rebelaba contra lo que estaba a punto de acometer. No quería matar, pero en aquel momento no era más que una rata acorralada; la muerte lo miraba de frente y tan sólo le proporcionaba una única vía de escape.

Al entrar en el *bait* del hombre mono, se infundió ánimos para cumplir con el cometido que le había llevado tan lejos. Era muy peligroso, se sentía formidable mientras se arrastraba junto a la figura que yacía tumbada en la oscuridad, envuelta en una vieja tela.

XIV

ESPADA Y ESCUDO

EL SOL acarició las torres del castillo del príncipe de Nimmr mientras un joven se removía bajo las sábanas, se frotaba los ojos y se desperezaba. Después se estiró para despertar a otro joven, más o menos de su misma edad, que dormía a su lado.

—¡Despertad, Edward! ¡Despertad, haragán! —gritó.

Edward se volvió hasta ponerse de espaldas.

—¿Eh? —logró decir al tiempo que bostezaba.

—¡Arriba, muchacho! —urgió Michel—. ¿Habéis olvidado que vuestro amo se ha propuesto morir hoy?

Edward se incorporó, completamente despierto. *Sus ojos* parpadeaban.

—¡Eso es mentira! —gritó henchido de lealtad—. De un solo golpe atravesará a *sir* Malud desde el escudo hasta la coraza. No existe caballero con más arrestos que *sir* James. Sois desleal, Michel, para con el amigo de *sir* Richard, que tan bueno y amable ha sido con nosotros.

Michel dio unas palmadas en el hombro al muchacho.

—No hacía más que bromear. Tengo todas mis esperanzas depositadas en *sir* James, pero aun así… —hizo una pausa—, temo que…

—¿Qué temes? —preguntó Edward.

—Que *sir* James no esté tan versado en el uso del escudo y la espada como para derrotar a *sir* Malud, pues aunque tuviera la fuerza de diez hombres, de nada le serviría sin la habilidad necesaria para sacarle provecho.

—¡Ya verás! —se empecinó Edward.

—Veo que *sir* James tiene fiel escudero —dijo una voz a su espalda. Al volverse vieron a *sir* Richard de pie en el umbral—. ¡Y que todos sus amigos le deseen suerte en el día de hoy!

—Esta noche me dormí mientras rogaba a Jesús que guiara el acero de *sir* James a través del yelmo de *sir* Malud —confesó Edward.

—¡Bien! Levantaos pues y preparad la cota de malla y los arreos de la montura para que vuestro caballero entable combate como corresponde a un noble caballero de Nimmr —ordenó Richard antes de dejarlos de nuevo a solas.

Eran las once en punto de una mañana de febrero. Caía un sol de justicia en el *vallum* norte del castillo de Nimmr. Su luz se reflejaba en las pulidas cotas de malla de los nobles caballeros y en las picas y las hachas de batalla de los soldados, resaltando los alegres colores de los atuendos femeninos que lucían las mujeres reunidas en la tribuna que había al pie de la muralla interior.

Sobre un estrado, justo en mitad de la tribuna, estaba sentado el príncipe Gobred en compañía de los suyos, y a cada lado hasta llegar al final de la tribuna se encontraban presentes los caballeros y damas de Nimmr. A su espalda se sentaban los soldados que no estaban de guardia; después, los hombres libres, y finalmente, los siervos, que, bajo el benefactor reino de la casa de Gobred, disfrutaban de muchos privilegios.

A ambos extremos del *vallum* había sendas tiendas, con alegres pendones y los colores y blasón del caballero al que pertenecía cada una; una verde y oro de *sir* Malud, y la otra con el azul y plata de *sir* James. Ante ambas había dos soldados resplandecientemente ataviados, con sendas hachas de batalla cuyas hojas brillaban bajo la luz del sol. No muy lejos, un sirviente sostenía un inquieto caballo de batalla ricamente ataviado, mientras que el escudero de cada uno de los contendientes se apresuraba a disponer los últimos detalles del enfrentamiento.

Un trompeta, inmóvil como una estatua, con el pabellón de su instrumento apoyado en la cadera, aguardaba la señal para que anunciara la llegada de su señor a la pista. A algunos metros de distancia aguardaba un segundo caballo que mordisqueaba el bocado mientras un muchacho le acariciaba el hocico, en espera del caballero que acompañaría al campo a cada uno de los

contendientes.

En la tienda azul y plata estaban sentados Blake y *sir* Richard, que instruía y daba consejos de última hora a su amigo, y que además era el más nervioso de ambos. Toda la armadura y el bacinete de aquél eran de cota de malla pesada, y este último estaba guarnecido por dentro y cubierto de piel de leopardo hasta la altura del cuello, por lo que ofrecía una estupenda protección a su cabeza en caso de recibir un golpe algo más fuerte de lo normal. En el pecho habían cosido una cruz roja de considerable tamaño, y de un hombro pendían las cintas de una escarapela azul y plata. Colgado de un poste en la tienda, sobre estacas de madera, reposaban la espada y el escudo de Blake.

La tribuna estaba llena a rebosar. El príncipe Gobred miró hacia el sol y se dirigió hacia un caballero sentado a su lado para decirle algo. El caballero dio una breve orden al trompeta que había en aquel mismo palco y acto seguido, alto y claro, las notas de una trompa resonaron en el *vallum*. Un instante después, las tiendas situadas a cada lado del *vallum* se convirtieron en un hervidero de frenética actividad mientras la tribuna parecía florecer de vida y todas las miradas se fijaban en *sir* Malud, para posarse después en la tienda de *sir* James.

Edward, arrebatado de emoción, corrió al interior de la tienda y, cogiendo la espada de Blake, le ajustó el cinturón alrededor de la cadera hasta colocarlo de modo que la espada quedara a la izquierda. Después, con el escudo a cuestas, siguió a su amo al exterior de la tienda. Cuando Blake se dispuso a montar, Edward sostuvo las riendas del caballo mientras otro muchacho tranquilizaba a la nerviosa montura. El escudero aguantó la pierna de Blake después que éste se tambaleara en la silla, pues no era cosa fácil mantenerse recto yendo tan cargado como iba con la pesada cota de malla. Después, Edward levantó la mirada:

—He rezado por vos, *sir* James —dijo—. Sé que prevaleceréis.

Al mirarlo, Blake vio lágrimas en los ojos del muchacho. Al responder, lo hizo con la voz embargada por la emoción.

—Eres un buen muchacho, Eddie dijo—. Te prometo que no te avergonzarás de mí.

—Ah, *sir* James, ¿cómo podría? Incluso si morís seréis la perfecta encarnación del caballero. Yo diría que una de las más

nobles que jamás se hayan visto —aseguró Edward al tenderle el escudo redondo.

A esas alturas *sir* Richard ya había montado. Al dar la señal de que estaban preparados, oyeron el toque de trompeta procedente de la tienda de *sir* Malud, y tan noble caballero cabalgó hacia la pista seguido por otro caballero. El trompeta de Blake anunció en aquel momento la entrada de su señor, y el americano cabalgó cerca de la tribuna, seguido por *sir* Richard. Se dedicó una ovación a cada participante, cuya intensidad aumentó cuando ambos se situaron frente al palco del príncipe Gobred.

Allí los cuatro caballeros tiraron de las riendas y miraron de frente al príncipe, antes de alzar cada uno de ellos la empuñadura de la espada hasta la altura de los labios y besarla a modo de saludo. Mientras Gobred les aconsejaba luchar honorablemente, tal como correspondía a nobles caballeros, y les recordaba las reglas que regían el enfrentamiento, los ojos de Blake se posaron en el rostro de Guinalda.

La princesita estaba sentada con la espalda completamente recta y la vista al frente. Blake pensó que estaba muy pálida, y se preguntó si no estaría enferma. Era tan bella, pensó Blake. Pese a que no le miró ni una sola vez, aunque lo cierto es que tampoco miró a *sir* Malud, James no pudo dejar de admirar la belleza de su rostro.

De nuevo volvió a sonar la trompeta y los cuatro caballeros cabalgaron lentamente de vuelta a sus respectivos extremos de la pista, mientras los asistentes aguardaban la señal final que diera paso al enfrentamiento. Blake se deshizo de la tira de cuero con la que sostenía el escudo y lo arrojó al suelo.

Edward lo miró boquiabierto.

—¡Pero, mi señor! —gritó—. ¿Estáis enfermo? ¿Os desmayáis? ¿Habéis tirado el escudo? —Y se apresuró a recogerlo para tendérselo a Blake, pese a ser consciente de que sus ojos no le habían engañado, y que por tanto su señor se había deshecho conscientemente de su única protección. Para el horrorizado Edward sólo cabía una posible explicación, aunque su lealtad no le permitía contemplarla ni por un segundo, y era que Blake hubiera arrojado el escudo para desmontar y retirarse de la justa, concediendo la victoria a su oponente *sir* Malud, y asegurarse el

escarnio de todo Nimmr. Corrió hacia Richard, que aún no se había percatado de lo que Blake había hecho.

—¡*Sir* Richard! ¡*Sir* Richard! —dijo con un susurro ronco—. ¡Un terrible mal acomete a *sir* James!

—¡Eh! ¿Qué? —exclamó Richard—. ¿A qué os referís, muchacho?

—Se ha despojado del escudo gritó el joven—. Debe de estar muy enfermo, porque es imposible que rechace el combate por otra razón.

Richard picó espuelas hacia Blake.

—¿Os habéis vuelto loco, amigo? —preguntó—. ¡A estas alturas no podéis declinar el combate, a menos que queráis arruinar a todos vuestros amigos!

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Blake—. ¿Quién ha dicho que voy a retirarme?

—¿Y vuestro escudo? —preguntó *sir* Richard. —Esa estúpida cosa me pesaba mucho —gritó Blake al picar espuelas hacia delante para enfrentarse a *sir* Malud, mientras Richard le seguía de cerca, al igual el caballero que secundaba a Malud cabalgaba tras él.

Sir Malud sonrió confiado al mirar repetidas veces hacia la tribuna, a las damas y caballeros que allí se sentaban, mientras Blake cabalgaba con la mirada fija sobre su oponente. Ambos corceles emprendieron inmediatamente el trote, y al acercarse el uno al otro Malud espoleó el caballo para que apretara el paso y Blake vio que, a juzgar por la trayectoria de su enemigo, éste pretendía desmontarlo al primer impacto, o al menos desequilibrarlo para que resultara después más sencillo darle un buen golpe antes de que pudiera recuperarse.

Malud cabalgó con la espada medio alzada por el costado derecho, mientras Blake se mantenía en guardia, posición desconocida por los caballeros de Nimmr, que sólo se defendían con el escudo.

Cada uno de los jinetes se aproximó al otro por la izquierda; cuando estaban a punto de encontrarse, *sir* Malud se levantó de la silla y bajó la espada para ganar impulso, antes de dibujar un círculo con el acero y lanzar un terrible ataque directo a la cabeza del enemigo. En aquel momento algunos espectadores apreciaron, desde la tribuna, que Blake no llevaba escudo.

—¡Su escudo! ¡*Sir* James no tiene escudo! —se escuchó en diversas partes de la tribuna. A la derecha de donde ambos caballeros se enfrentaban, en el palco de Gobred, Blake oyó el grito de una mujer, pero no pudo mirar para averiguar si había sido Guinalda.

Al encontrarse ambos jinetes, Blake tiró de las riendas para que su caballo se dirigiera directo al de Malud, de modo que los lomos de ambos corceles chocaron, y a un tiempo apoyó todo el peso en la misma dirección. Malud, que seguía de pie sobre los estribos para descargar el golpe, estuvo a punto de perder el equilibrio, y al tener su escudo dispuesto para la defensa no pudo tirar de las riendas para maniobrar.

Malud, que aguantaba demasiado peso, perdió toda la fuerza y cambió la dirección del golpe, que cayó, para sorpresa del caballero, sobre la espada de Blake, descargando toda su fuerza en ella y no en su objetivo. Al instante, Blake, que sostenía firmemente las riendas con la mano, puesto que con la izquierda no sostenía ningún escudo, dirigió su caballo para rodear por la izquierda al de su oponente, a quien atravesó en el hombro con la punta de la espada. Ésta se abrió paso a través de la cota de malla de Malud y lo hirió antes de que su caballo se alejara fuera de su alcance.

Un clamor de aprobación surgió de la tribuna al ver el buen hacer de Blake, justo en el momento en que el segundo de Malud picaba espuelas hacia el palco del príncipe para elevar una protesta.

—¡*Sir* James no tenía escudo! —gritó—. ¡No es un combate justo!

—Es más ventajoso para vuestro caballero que para el propio *sir* James —dijo Gobred.

—No aprovecharemos semejante ventaja —respondió el segundo de Malud, *sir* Jarred.

—¿Y vos qué decís? —preguntó Gobred a *sir* Richard, que había cabalgado a toda prisa hasta llegar a la altura de *sir* Jarred—. ¿Está *sir* James privado de escudo por algún accidente acaecido antes de entrar en la liza?

—No, él mismo se deshizo del escudo —respondió Richard— bajo el pretexto de que esa «estúpida cosa» le molestaba; pero si *sir* Jarred considera de veras que a causa de ello *sir* Malud también estará en desventaja, debería considerar la posibilidad de que éste

se deshiciera también del suyo.

Gobred sonrió.

—Eso es justo —dijo.

Los dos hombres, más concentrados en el combate que en las discusiones de sus respectivos segundos, se habían vuelto a enzarzar. La sangre era visible en el hombro de Malud y manaba por su espalda hasta manchar los faldones y la silla del caballo.

Un rugido generalizado se había apoderado de la tribuna. No pocos seguían gritando a voz en cuello que *sir* James no tenía escudo, mientras que otros gritaban de puro deleite, satisfechos con la sencillez del ataque gracias al cual *sir* James había conseguido la primera sangre. Corrían apuestas de un lado a otro sin ningún tapujo. Pese a que *sir* Malud no había perdido su puesto de favorito en la lid, ya no era tanta la desventaja que el público atribuía a Blake, y, aunque los hombres no tenían dinero para apostar, sí tenían joyas, armas y caballos. Un entusiasta partidario de *sir* Malud apostó tres corceles contra uno a que su campeón saldría victorioso, y apenas acababa de proclamarlo en voz alta cuando obtuvo una docena de respuestas de espectadores dispuestos a aceptar la apuesta, mientras que antes de empezar el combate nadie aceptaba apuestas inferiores al diez a uno a favor de Malud.

A esas alturas, la sonrisa de Malud había desaparecido por completo de sus labios, y ya no miraba hacia la tribuna. Tenía fuego en los ojos al picar espuelas de nuevo hacia Blake, quien, a su juicio, había sacado partido de un golpe de suerte. Al no verse cargado con el escudo, Blake aprovechó la destreza de su caballo, al que conocía por haberlo montado a diario desde su llegada a Nimmr, de modo que hombre y bestia se habían acostumbrado el uno al otro. De nuevo *sir* Malud vio cómo su espada era bloqueada por el acero de su antagonista, que, para su sorpresa, manejó la punta rápidamente de modo que penetrara bajo el escudo hasta atravesar la carne del costado. No causó una herida profunda, pero resultaba dolorosa y, además, de nuevo había hecho sangrar a su enemigo.

Malud volvió a golpear lleno de furia, pero Blake se había apresurado a tirar de las riendas de su caballo para dirigirlo en sentido contrario y, antes de que Malud hiciera lo propio, volvió a golpearle. En aquella ocasión dirigió el ataque al yelmo del

enemigo. Algo aturdido y perdido por la rabia, Malud picó espuelas y cargó al trote, decidido de nuevo a desmontar a su adversario. Se encontraron justo frente al palco de Gobred; un rápido entrechocar del acero sorprendió a los espectadores reunidos en la tribuna. Entonces, para sorpresa de todos, sobre todo de Malud, la espada de tan noble caballero salió volando por los aires hasta caer en la pista, dejándole totalmente a merced de su enemigo.

Malud tiró de las riendas y se dispuso a esperar erguido en la silla. Sabía, al igual que su oponente, que bajo las reglas que gobernaban su enfrentamiento Blake podía atravesarlo con la espada, a menos que Malud pidiera compasión, y que nadie, y Blake menos que nadie, esperaba nada parecido de tan orgulloso y noble caballero. *Sir* Malud permaneció sentado en el caballo a la espera de que aquél se acercara para matarlo. Un silencio total se apoderó de la tribuna, de modo que cuando el caballo de Malud mordió el bocado todos pudieron oírlo. Blake se volvió hacia *sir* Jarred.

—Llamad a un escudero, caballero —dijo—, para devolverle la espada a Malud.

De nuevo la tribuna explotó en un tremendo aplauso, pero Blake se volvió de espaldas a ellos y cabalgó junto a Richard, en espera de que su adversario recuperara su arma.

—Bien, viejo zorro —dijo a *sir* Richard—, ¿cuántos escudos crees que necesito ahora?

Richard rompió a reír.

—Habéis tentado a la fortuna, James —respondió—, pero creo que un buen espadachín ya os habría atravesado como a un cordero.

—Sé que Malud ya lo habría hecho si llego a dejarle en ridículo en plena fiesta —le aseguró Blake, pese a dudar de que *sir* Richard comprendiera a qué se refería, tal como solía suceder cuando Blake hablaba de esa forma. Tanto era así que Richard había dejado de especular acerca del significado de muchas de las cosas que decía su amigo. Pero en aquel momento *sir* Malud disponía de nuevo de su espada y picaba espuelas hacia Blake. Frenó su caballo ante el americano y se inclinó.

—Agradezco la gentileza de tan noble y generoso caballero —dijo con educación.

Blake asintió al oír aquellas palabras.

—¿Está preparado, señor? —preguntó. Malud asintió.

—Entonces, ¡en guardia! —gritó el americano.

Durante un momento ambos maniobraron en busca de una posición. Blake frotó y Malud levantó el escudo para evitar recibir el golpe en plena cara; pero al no ser atacado bajó de nuevo el escudo, tal como Blake sabía que haría, y al hacerlo el filo de la espada del americano cayó con fuerza sobre la corona del bacinete.

Malud soltó el arma, se agitó en la silla y después cayó hacia delante y rodó por el suelo. Blake desmontó ágilmente pese a la pesada armadura, y caminó hacia donde su enemigo yacía postrado de espaldas, cerca del palco de Gobred. Puso un pie sobre el pecho de Malud y colocó la punta de la espada en su garganta. Los espectadores se inclinaron hacia delante para ver el golpe de gracia, mas Blake no empujó la empuñadura de la espada. Miró al príncipe Gobred y se dirigió a él de esta guisa:

—He aquí un bravo caballero —dijo—, con quien no tengo ninguna diferencia de peso. Yo lo perdono en favor de vuestro servicio, príncipe, y por el bien de quienes le aman. —Y sus ojos miraron directamente a los ojos de la princesa Guinalda. Entonces se volvió y se alejó caminando frente a la tribuna, hasta llegar a su propia tienda, mientras Richard cabalgaba tras él, y damas y caballeros, soldados, hombres libres y siervos se levantaban del asiento y aplaudían.

Edward estaba fuera de sí de pura alegría, igual que Michel. El primero se arrodilló y abrazó las piernas de Blake, le besó la mano y lloró, tan grande era su alegría y su júbilo.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! gritó—. ¿Acaso no te lo decía yo, Michel? ¿No te dije que mi caballero derrotaría a *sir* Malud?

Los soldados, el trompeta y los sirvientes de la tienda de Blake sonreían de oreja a oreja. Mientras hacía tan sólo unos minutos se habían sentido avergonzados de contarse en el bando perdedor, en ese momento estaban orgullosos y miraban a Blake como al gran héroe de Nimmr. Mucho se regocijarían ante sus compañeros cuando se reunieran alrededor de unas jarras de alcohol en la mesa de madera que había en el comedor.

Edward sacó a Blake de la armadura, y Michel hizo lo propio con Richard, sin dejar de cotorrear, incapaces como eran de contenerse, tan grande era su dicha por lo inesperado del suceso.

Blake se dirigió directamente a sus aposentos, acompañado por Richard, y cuando ambos se encontraron a solas, éste puso una mano en el hombro de aquél.

—Habéis hecho un noble y caballeroso acto, amigo mío —dijo —, aunque temo que no haya sido lo más acertado.

—¿Por qué? —preguntó Blake—. ¿No esperarías que rematara a ese pobre hombre cuando estaba tumbado e indefenso?

Richard negó con la cabeza.

—Es justo lo que él hubiera hecho de estar en vuestro lugar —respondió.

—En fin, yo no podía hacer tal cosa. En mi país nos enseñan a no considerar ético golpear a alguien caído —se justificó Blake.

—De no haber sido vuestra disputa tan grave como parecía, podríais haberos comportado de forma magnánima; pero Malud está celoso de vos, y esos celos no se verán ahogados por lo que habéis hecho hoy. Podríais haberos librado de un enemigo poderoso y peligroso de haber propinado el golpe de gracia, tal como era menester; mas ahora habéis convertido a Malud en un enemigo más poderoso si cabe, ya que a sus celos añadirá el odio y la envidia que siente hacia vos por haberle derrotado. Habéis conseguido que parezca un asno, James, cosa que *sir* Malud jamás podrá olvidar. Creedme, le conozco bien.

Las damas y caballeros adjuntos al castillo de Gobred comieron juntos en una gran mesa en el enorme salón del castillo. En ella cabían trescientas personas, y era necesario un buen número de sirvientes para atenderla. Cerdos enteros asados llegaban en enormes bandejas, además de piernas de cordero y filetes de carnes varias y cuencos de verdura, así como vino y licores, todo coronado por un inmenso budín. Proliferaban las risas y las conversaciones en un elevado tono de voz, lo cual no hacía sino dar la puntilla a la imagen fabulosa de leyenda que *sir* James Blake contempló al sentarse en el extremo inferior de la mesa, lejos de la flor y nata de la velada, en el lugar donde acostumbraban a sentarse los últimos neófitos de la caballería de Nimmr.

Su enfrentamiento con Malud era el tema del momento, y no pocos le felicitaron o le hicieron cumplidos, por no mencionar las diversas preguntas respecto a dónde había aprendido tan extraña técnica de lucha con espada. Pese a haberle visto luchar, parecían

considerar algo imposible el que alguien sin escudo venciera en combate a un oponente protegido por tan esencial elemento de la defensa.

El príncipe Gobred y su familia se sentaban en compañía de la nobleza de Nimmr, en una mesa ligeramente elevada por encima de la gran mesa, que se extendía perpendicular al extremo superior para dar forma a una enorme «T». Cuando deseaba dirigir la palabra a alguien que no se sentara cerca de él en la mesa, echaba mano del simple recurso de elevar el tono de voz, de modo que si otras personas decidían imitarle, la estancia se inundaba de rugidos y confusión.

Como Blake se había sentado en el extremo opuesto de la mesa, cuando uno de los comensales de la de Gobred quería dirigirse a él tenía que gritar. Cuando era el propio príncipe el que hablaba, el resto de comensales solía callar por respeto a él, a menos que hubieran abusado de la bebida.

Poco después de sentarse todos los presentes, Gobred alzó la copa en lo alto, y el silencio se extendió por la estancia al levantarse todas las damas y todos los caballeros para volverse hacia el príncipe.

—¡Salud a nuestro rey! —gritó Gobred—. ¡Salud a nuestro señor Ricardo de Inglaterra!

Y a modo de respuesta se elevó un coro de voces que gritó: «¡Salud!», antes de beber a la salud de Ricardo Corazón de León, ¡setecientos veintiocho años después de su muerte!

Después bebieron a la salud de Gobred, de la princesa Brynilda, su esposa, y de la princesa Guinalda, y en todas esas ocasiones una voz exclamaba, justo bajo el estrado del príncipe: «¡A su salud!», ya que *sir* Richard hacía gala de sus nuevos conocimientos, con una sonrisa orgullosa en los labios. Entonces el príncipe Gobred volvió a levantarse:

—¡Salud! —gritó. —¡Salud a ese valiente caballero, que hoy ha demostrado tanto valor y caballerosidad en la pista! ¡Salud a *sir* James, caballero templario y, ahora, caballero de Nimmr!

Ni siquiera el nombre de Ricardo I de Inglaterra levantó semejante demostración de entusiasmo a la que siguió al brindis por *sir* James, cuyos ojos recorrieron de punta a punta el salón en busca de los ojos de la princesa Guinalda. Vio que bebía a su salud, y

pudo ver también que sus ojos lo miraban, pero mediaba cierta distancia entre ellos y las luces de las antorchas y las lámparas de aceite eran demasiado tenues para que pudiera ver si aquella mirada suya era portadora de amistad o desprecio.

Cuando remitió el estruendo y los bebedores volvieron a sentarse, Blake se levantó.

—Príncipe Gobred —dijo desde la otra punta del salón—, damas y caballeros de Nimmr, quiero hacer otro brindis. ¡Por *sir* Malud!

Por un momento se hizo el silencio, el silencio que sigue a la sorpresa, entonces todos se levantaron y bebieron a la salud del ausente *sir* Malud.

—Sois un extraño caballero, decís extrañas palabras y os comportáis de forma extraña, *sir* James —gritó Gobred—; pero aunque digáis «a su salud», en lugar de, simplemente, «salud», y vuestros amigos sean para vos «colega» o «chico», al parecer os entendemos y querríamos saber más acerca de vuestro país, y de los nobles caballeros que allí habitan. Decidnos, ¿son magnánimos y caballerosos con el enemigo caído?

—Si no lo son reciben una buena bronca —explicó Blake.

—¡«Buena bronca»! —repitió Gobred—. Supongo que os referís a una suerte de castigo.

—¡Usted lo ha dicho, príncipe!

—¡Por supuesto que he sido yo, *sir* James! —exclamó Gobred con cierta aspereza.

—Quiero decir, príncipe, que ha dado en el clavo, que lo ha acertado a la primera. Recibir una bronca es el único castigo que los caballeros del Círculo Cuadrado o los caballeros del Diamante aceptan.

—¡Caballeros del Círculo Cuadrado! ¡Caballeros del Diamante! Son órdenes de caballería cuya existencia ignoraba. ¿Son valientes caballeros?

—Algunos de ellos son unos chiflados, pero la mayoría son estupendos. Pondré el ejemplo de *sir* Dempsey, un caballero del Círculo Cuadrado. Demostró a todos que era un caballero de tomo y lomo con su buen perder, pues es mucho más difícil serlo en la derrota que en la victoria.

—¿Existe alguna otra orden en estos tiempos? —preguntó Gobred.

—¡Vamos sobrados de ellas!

—¿Qué? —gritó Gobred.

—Ahora todos somos caballeros —explicó Blake.

—¡Todos caballeros! ¿No hay siervos ni campesinos? ¡Es increíble!

—En fin, creo que hay algunos asistentes de campo en el ejército, pero quien más quien menos el resto de nosotros somos caballeros. Comprenderá usted que las cosas han cambiado mucho desde los tiempos de Ricardo. La gente ha prescindido de cómo eran antes las cosas. Ridiculizaron a la caballería porque querían librarse de ella, y en cuanto lo consiguieron, quisieron erigirse caballeros otra vez; de modo que tenemos caballeros templarios y caballeros de Pifias y caballeros de Colón y caballeros del Trabajo y un montón más que no recuerdo.

—Creo que vuestro mundo debe de ser noble y bueno —gritó Gobred—. Puesto que hay tantos nobles caballeros, supongo que no dejarán de justar continuamente los unos con los otros, ¿me equivoco?

—Sí lo hacen; de vez en cuando se arma la gorda —admitió Blake.

XV

LA TUMBA SOLITARIA

STIMBOL no veía nada en el oscuro interior de la tienda. Justo enfrente oía la ronca respiración de un hombre, respiración propia de alguien con un sueño difícil. El presunto aspirante a asesino se detuvo para templar los nervios. Entonces, apoyado en manos y rodillas, se arrastró poco a poco al interior de la tienda.

Una vez dentro, comprobó que una de sus manos tocaba a la figura tumbada. Con cuidado y mucho tacto Stimbol palpó hasta determinar con seguridad la posición en que descansaba su víctima. En la mano, tenía preparado el afilado cuchillo. Apenas se atrevía a respirar por temor a que el hombre mono pudiera despertar. Rezó para que Tarzán tuviera el sueño pesado, y rezó también para que bastara con una cuchillada para alcanzar su indómito corazón.

¡Por fin estaba preparado! ¡Había localizado el punto exacto donde debía atacar! Alzó el cuchillo y golpeó. Su víctima se vio agitada por un temblor espasmódico. Una y otra vez, con la fuerza y velocidad de un maníaco, hizo que el cuchillo penetrara la débil carne. Stimbol sintió que la cálida sangre corría por su mano hasta salpicar la muñeca. Al final, satisfecho con la misión cumplida, se escurrió fuera de la tienda. En aquel momento temblaba tanto que apenas era capaz de mantenerse de pie; estaba aterrorizado por la naturaleza del crimen que había cometido.

Con los ojos inyectados en sangre y ojeroso, se tambaleó hacia el *mukad* donde se encontraba la tienda de Ibn Jad, donde cayó de bruces. El jeque salió de la tienda de las mujeres y miró la temblorosa figura, iluminada por la tenue luz de la linterna de papel.

—¿Qué haces aquí, nasraní? —preguntó.

—¡Lo he hecho, Ibn Jad! —masculló Stimbol.

—¿Hecho qué? —preguntó el jeque.

—He matado a Tarzán de los Monos.

—¡Ay! ¡Ay! —gritó Ibn Jad—. ¡Tollog! ¿Dónde estás? ¡Hirfa! ¡Ateja! ¡Venid! ¿Habéis oído lo que ha dicho el nasraní?

Hirfa y Ateja salieron corriendo al *mukad*.

—¿Habéis oído? —repitió Ibn Jad—. Ha matado a mi buen amigo, el gran jeque de la jungla. ¡Motlog! ¡Fahd! ¡Aprisa! —Había ido elevando el tono de voz y en ese momento gritaba a voz en cuello, así que los demás árabes llegaron corriendo procedentes de todo el campamento.

Stimbol, atontado por la naturaleza de sus acciones, atónito ante la sorpresa y el terror que deparaba el cambio de actitud de Ibn Jad, se puso de cuclillas en mitad del *mukad*.

—¡Cógelo! —gritó el jeque al primero que llegó—. Ha matado a Tarzán de los Monos, a nuestro gran amigo, que a punto estaba de cuidar de nosotros y guiarnos fuera de esta tierra de peligros. Ahora todos serán nuestros enemigos. Los amigos de Tarzán caerán sobre nosotros y nos matarán. ¡Alá sirva de testigo de que estoy libre de toda culpa en este asunto, y que su ira y la ira de los amigos de Tarzán caigan sobre el culpable!

A esas alturas todos los presentes en el *manzil* se habían reunido frente a la tienda del jeque, y si se sorprendieron al oír sus protestas por el maltrato a Tarzán o por su repentina amistad hacia él, no dieron muestras de ello.

—¡Lleváoslo! —ordenó Ibn Jad—. Por la mañana nos reuniremos para decidir qué hacer con él.

Arrastraron al aterrorizado Stimbol hasta la tienda de Fahd, donde lo ataron de pies y manos y lo confiaron a los cuidados de éste. Cuando se fueron, el beduino se inclinó sobre Stimbol y susurró a su oído:

—¿De veras mataste al jeque de la jungla?

—Ibn Jad me obligó a hacerlo, y ahora me ha traicionado —susurró Stimbol.

—Y mañana te matará para explicar a los amigos de Tarzán que ha castigado al asesino de Tarzán —dijo Fahd.

—¡Sálvame, Fahd! —suplicó Stimbol—. ¡Sálvame y juro que te

daré veinte millones de francos! En cuanto llegue a salvo a la colonia europea más cercana, conseguiré el dinero y te lo entregaré. Piénsalo, Fahd: ¡veinte millones de francos!

—Lo estoy pensando, nasraní —respondió el beduino—, y creo que me has mentido. ¡No puede haber tanto dinero en el mundo!

—Juro que tengo diez veces esa cantidad. Podrás matarme si te miento. ¡Sálvame! ¡Sálvame!

¡Veinte millones de francos! —murmuró Fahd—. ¡Quizá no mientas! Escucha nasraní. No sé si podré salvarte, pero lo intentaré, y si lo consigo y olvidas los veinte millones de francos, te mataré aunque tenga que buscarte por todo el mundo. ¿Me has entendido?

Ibn Jad llamó a dos esclavos ignorantes y les ordenó ir al *bait* que en un principio había pertenecido a Said, y llevar a Tarzán al borde del *manzil*, donde debían cavar una tumba para enterrarlo. A la luz de las linternas de papel se dirigieron a la funesta tienda y envolvieron al muerto en la vieja manta con la que estaba cubierto. Después lo llevaron por el *manzil* y lo dejaron en el suelo mientras cavaban una tumba profunda; de ese modo, bajo el gigantesco bosque que se alzaba en la tierra que tanto amaba, se dispuso la tumba de Tarzán de los Monos. Los esclavos arrojaron rodando el cadáver al hoyo que habían cavado, y a paletazo limpio lo cubrieron de tierra y así lo dejaron, a solas en su tumba anónima.

A la mañana siguiente, temprano, Ibn Jad convocó a todos los ancianos de la tribu, y cuando se hubieron reunido se dieron cuenta de que faltaba Tollog. Aunque lo buscaron, no pudieron encontrarlo. Fahd sugirió que había ido de caza.

Ibn Jad afirmó que si querían evitar la ira de los amigos de Tarzán, debían inmediatamente tomar medidas para quedar libres de culpa en el asesinato del hombre mono, y que tan sólo podría expresar su buena fe castigando al culpable. La verdad es que no resultó dificil convencerlos para que ajusticiasen a un cristiano, y tan sólo uno de ellos murmuró algo en contra: Fahd.

—Hay dos razones, Ibn Jad, por las que no deberíamos matar a este nasraní —dijo.

—¡Por Alá que jamás hubo una sola razón para que un verdadero creyente no pudiera matar a un nasraní! —gritó uno de los ancianos.

—Escuchad —advirtió Fahd— lo que tengo en mente y entonces

estoy seguro de que admitiréis que estoy en lo cierto.

—Habla, Fahd —dijo Ibn Jad.

—Este nasraní es un hombre rico y poderoso en su propio *beled*. Si fuera posible perdonarle la vida, estaría dispuesto a entregar un gran rescate, pero muerto no vale nada para nosotros. Si por cualquier razón los amigos de Tarzán no saben de su muerte antes de que abandonemos esta tierra maldita, no nos habrá servido de nada haber matado a Stimbol y, *Billah*, si le matamos ahora quizá no nos crean cuando digamos que él asesinó a Tarzán, y que nosotros le ejecutamos en justo castigo. Pero si lo mantenemos con vida hasta que encontremos a los amigos de Tarzán, si es que tal cosa llega a suceder, entonces podremos decir que lo mantuvimos prisionero para que la propia gente de Tarzán pudiera cobrarse venganza por lo sucedido, lo que sería más de su agrado.

—Tus palabras no carecen de sabiduría —admitió Ibn Jad—, pero supón que el nasraní no diga más que mentiras de nosotros, y afirme que fuimos nosotros quienes matamos a Tarzán. ¿Preferirían creerle a él?

—Eso tiene fácil solución —dijo el anciano que había intervenido previamente—. Cortémosle la lengua ahora mismo, para que no pueda prestar falso testimonio en contra nuestra.

—¡No, *Billah*! —gritó Fahd—. Cuanto mejor lo tratemos, mayor será nuestra recompensa.

—Podemos esperar hasta el último momento —dijo Ibn Jad—; si vemos que vamos a perder la recompensa, ya no supondrá ningún problema cortarle la lengua.

De ese modo el destino de Wilbur Stimbol quedó a merced de los dioses, e Ibn Jad, temporalmente libre de la amenaza de Tarzán, dedicó su atención una vez más a los planes que tenía respecto al acceso al valle. Acompañado de una fuerte escolta, acudió en persona al poblado galla con el objetivo de parlamentar con el jefe.

Al acercarse al poblado de Batando, pasó junto a los campamentos de millares de guerreros galla, y cobró conciencia de algo en lo que apenas había reparado, y es que su situación era muy precaria, y que debía acceder con las mayores muestras de amabilidad a cuantas propuestas pudiera plantear el anciano jefe.

Batando lo recibió con mucha cortesía, sin olvidar rodearse de la majestuosidad de un monarca poderoso, y le aseguró que al día

siguiente le escoltaría a la entrada del valle, pero que antes debía entregar a Batando todos los esclavos galla que le servían.

—Pero de hacerlo así nos quedaremos sin porteadores y sirvientes, y nuestra campaña se encontrará seriamente debilitada —exclamó Ibn Jad.

Por toda respuesta, Batando se limitó a encoger sus negros hombros.

—Permitid que sigan a nuestro lado hasta que hayamos regresado del valle —imploró el jeque.

—Ningún galla os acompañará —dijo Batando decidido.

A la mañana siguiente, temprano, desmontaron la tienda de Ibn Jad como señal de que todos debían prepararse para la rahla y, totalmente rodeados de guerreros galla, emprendieron el camino por las montañas, en dirección al lugar donde estaba la entrada del valle, el sueño de Ibn Jad.

Fejjuan y el resto de esclavos galla que los árabes habían llevado consigo del *beled* al-Guad se unieron a los suyos con gran regocijo ante la perspectiva de la libertad recuperada. Stimbol, antipático, temeroso y muy acobardado, caminaba pesadamente junto a dos beduinos que le vigilaban, incapaz de olvidar el horror que había supuesto asesinar al hombre cuya tumba habían dejado atrás.

Marcharon con paso firme, unas veces a lo largo de lo que parecía un antiguo sendero y otras, campo a través. Los árabes y su escolta ascendieron por entre las accidentadas montañas que rodeaban el valle del Sepulcro por el norte. Al anochecer del segundo día, después de montar el campamento junto al arroyo de una montaña, Batando se acercó a Ibn Jad y señaló la entrada de una garganta rocosa que partía del cañón principal justo enfrente del campamento.

—Allí está el sendero que conduce al valle —dijo—. Aquí os abandonamos para regresar a nuestros poblados. Nos iremos por la mañana.

Al salir el sol a la mañana siguiente Ibn Jad descubrió que los galla habían partido aquella misma noche, sin saber del temor que sentían hacia los habitantes del misterioso valle, del que no había regresado con vida ninguno de los suyos.

Aquel día Ibn Jad ordenó preparar un campamento seguro donde dejar a las mujeres y a los niños hasta que los guerreros

regresaran de la aventura en el valle o descubrieran que podían llevarlos consigo. A la mañana siguiente, después de dejar a algunos ancianos y niños encargados de proteger el campamento, emprendió la marcha con todos los hombres a los que tenía por guerreros, y el vigilante de guardia observó desde el campamento al último de ellos desaparecer en la garganta rocosa que había frente al *manzil*.

XVI

EL GRAN TORNEO

HACÍA dos días que el rey Bohun, junto a buena parte de sus caballeros, de sus escuderos y de sus sirvientes, había cabalgado hasta la entrada de su castillo, situado en la ciudad del Sepulcro, para después atravesar el valle y llegar ante la ciudad de Nimmr para participar en el gran torneo anual, que empezaba el primer domingo de Pascua.

Ondeando al viento colgaban alegres pendones de un millar de puntas de lanza, y de colores vivos eran las gualdrapas de los espléndidos corceles que los caballeros del Sepulcro montaban orgullosos; en su espalda tenían bordadas cruces rojas para mostrar que habían completado el peregrinaje a Tierra Santa y que regresaban a casa, a Inglaterra. Sus bacinetes, al contrario que los de los caballeros de Nimmr, estaban cubiertos con pieles de simios macho, y los motivos de sus escudos diferían, así como sus colores. Pero de no ser por esos detalles, y por las cruces que lucían a la espalda, podrían haber sido perfectamente caballeros del príncipe Gobred.

Las robustas bestias de carga, casi tan ricamente ataviadas como los corceles, acarreaban los entoldados y tiendas que albergarían a los caballeros durante el torneo, al igual que las pertenencias personales, las armas de repuesto y provisiones para tres días de torneo, ya que una costumbre de siete siglos de antigüedad prohibía a los caballeros de Nimmr y a los del Sepulcro sentarse a una misma mesa.

El gran torneo era una especie de tregua durante la cual se celebraban los ritos de la guerra medieval bajo el auspicio de ciertas reglas que la transformaban en una especie de exhibición de proeza

marcial, en la que los no combatientes podían presenciar la destreza de diferentes guerreros sin sufrir peligro alguno, con total impunidad. No se permitían relaciones entre participantes de distinto bando, dada su incompatibilidad con la seriedad de un evento en el que, a menudo, tanto unos como otros perdían la vida, y se disputaba cuál de los bandos sería el vencedor del gran trofeo. Tanto como cualquier otra cosa, dicho trofeo había contribuido a agudizar las diferencias de siete siglos y medio que separaban a los Delanteros de los Posteriores. Consistía en cinco doncellas que los vencedores se llevaban consigo a su propia ciudad, y a las que jamás se permitía reunirse de nuevo con amigos o familiares. Aunque el dolor de la separación se veía algo mitigado por el honorable tratamiento que ordenaban las leyes de la caballería hacia las desafortunadas doncellas en cuestión, la pérdida resultaba aún más amarga, puesto que a ella debía añadirse el pesar de la derrota.

Después del torneo las doncellas pasaban a considerarse las protegidas de Gobred o Bohun, dependiendo, por supuesto, de si vencían unos u otros, y al cabo de un tiempo contraían matrimonio, con todas las de la ley, con alguno de los caballeros del bando victorioso.

La génesis de la costumbre, que se remontaba a setecientos años atrás, recaía no en el sabio deseo de alguno de los Gobred o Bohun de antaño por mantener la estirpe de ambas facciones fuerte y viril por una infusión regular de sangre nueva sino, más bien, a un intento de impedir que los habitantes de ambas ciudades se distanciaran mucho entre sí en cuestión de costumbres, tradiciones y lenguaje.

Muchas de las amadas esposas de Nimmr eran originarias de la ciudad del Sepulcro. Las muchachas mismas cuidaban mucho de su aspecto, pues se consideraba un honor ser escogida, y siempre había muchas más voluntarias que lo que establecía el límite de cinco doncellas que componían anualmente esta suerte de sacrificio.

Las cinco que formaban parte del trofeo ofrecido aquel año a la ciudad del Sepulcro cabalgaban a lomos de blancos palafrenes y eran escoltadas por una guardia de honor vestida con cotas de malla de plata. Las muchachas, seleccionadas por su belleza para honrar a su ciudad natal, vestían con gran esmero e iban cargadas de joyas

de oro, plata y piedras preciosas.

Los preparativos que tenían lugar en la llanura que se extendía ante la ciudad de Nimmr se prolongaban durante varios días. Las lizas se alisaban con pesados rodillos de madera, mientras las antiguas tribunas de piedra desde donde los espectadores asistían al espectáculo eran objeto de reparaciones anuales y diversas tareas de limpieza. Alzaba también una estructura que serviría de apoyo a los toldos que proporcionaban sombra a los asientos preferentes, reservados a la nobleza, y se disponían bastones a lo largo y ancho de las lizas para colgar un millar de pendones. Estas y otras muchas cosas más mantenían ocupados a un centenar de trabajadores. Mientras, en la ciudad amurallada y en el castillo que se alzaba majestuoso tras ella, los herreros, los artesanos de armaduras y los que trabajaban en las fraguas laboraban hasta bien entrada la noche, forjando calzado de acero y puntas de lanza.

A Blake le habían asegurado que iba a tomar parte en el gran torneo, y se sentía tan animado por participar como lo había estado para la final de la temporada regular de sus tiempos como futbolista en la universidad. Lo habían apuntado en dos duelos a espada, uno de los cuales enfrentaba a cinco caballeros de Nimmr y cinco caballeros del Sepulcro y otro en que se enfrentaría en solitario a otro caballero. Pero su única lid a lanza sería en la gran final, cuando un centenar de Delanteros se enfrentaran a otro centenar de Posteriores. Aunque antes de su combate con *sir* Malud se le tenía por inútil con espada y escudo, en aquel momento el príncipe Gobred estaba convencido de que puntuaría muy alto en esa categoría, pese a que sus esfuerzos con la lanza no merecían mayor consideración que la de mediocre.

El rey Bohun y sus seguidores permanecían acampados al amparo de los robles situados a un kilómetro y medio de las lizas, ya que las reglas que gobernaban el gran torneo no les permitían acercarse hasta la hora señalada para su entrada en el primer día del espectáculo.

Blake, al prepararse para el torneo, había seguido la costumbre adoptada por muchos caballeros de lucir una armadura particular que combinaría con la gualdrapa del caballo. Su armadura de cota de malla era toda de un negro azabache sólo roto por la piel de leopardo de su bacinete y el azul y plata del pendón que colgaba de

la lanza. La gualdrapa de la montura era negra, aunque las puntas fueran de plata y azul. Por supuesto, no había olvidado incluir la obligatoria cruz roja en el pecho y en la gualdrapa de su caballo.

Al volver a sus aposentos a primera hora de la mañana en que debía empezar el torneo, seguido por Edward, que cargaba con la lanza y el escudo, tenía un aspecto soberbio entre los resplandecientes caballeros y las bellas damas ricamente vestidas que se habían reunido en el patio, mientras esperaban a que se diera orden de montar los caballos, que aguardaban en el *vallum* norte cuidados por los sirvientes.

Que su cota negra era distintiva era algo que se hacía evidente al llamar la atención de todos los presentes; y el que había ganado en popularidad entre las damas y caballeros de Nimmr también se delataba por cómo se reunían a su alrededor, aunque la opinión estaba dividida en lo referente a sus atavíos: algunos opinaban que eran demasiado sombríos y deprimentes.

Guinalda estaba presente, aunque permanecía sentada en un banco, donde conversaba con una de las doncellas que formaban parte del trofeo de Nimmr. Blake no tardó en desembarazarse de algunos deseosos de conversar con él y cruzó el patio hasta donde estaba sentada la princesa. Al acercarse, la princesa levantó imperceptiblemente la mirada e inclinó la cabeza para responder a su saludo, y después reemprendió su conversación con la doncella. Aquel rechazo resultó demasiado obvio como para dar lugar a ningún malentendido, pero a Blake no le bastó con encajarlo y darse la vuelta, sino que deseaba una explicación. No podía creer que la princesa siguiera enfadada por haberle dado a entender que creía que para ella era algo más que cualquier otro caballero, algo que al parecer no estaba dispuesta a admitir. Sin duda había alguna otra razón.

Blake no se volvió para irse por donde había venido pese a que la princesa siguió ignorándole, sino que permaneció inmóvil ante ella, esperando con paciencia a que reparase en él. Al cabo de un rato observó que se estaba poniendo nerviosa, al igual que la doncella con la que conversaba. Se producían pausas en su conversación; Guinalda movía de un lado a otro uno de sus pies mientras un lento rubor se abría camino en sus mejillas. La doncella también estaba nerviosa; tiraba de los extremos del griñón que tenía

encima de los hombros y alisaba el rico tejido de su mantón. Finalmente se levantó y, después de inclinarse ante la princesa, preguntó si podía ir a despedirse de su madre. Guinalda le dio permiso y entonces, a solas con Blake, incapaz de ignorarle por más tiempo y sin que ello le importara lo más mínimo, se volvió enfadada hacia él:

—¡Tenía razón! —exclamó—. Sois un grosero de tomo y lomo. ¿Por qué os habéis plantado ahí de pie, mirándome, cuando os he dejado bien claro que me molestáis? ¡Fuera!

—Porque… —Blake titubeó—, porque te amo.

—¡Señor! —gritó Guinalda poniéndose en pie—. ¡Cómo os atrevéis!

—¡Me atrevería a hacer cualquier cosa por ti, princesa mía, porque te amo! —respondió Blake.

Guinalda lo miró a los ojos durante un momento de silencio; entonces sus labios se curvaron para dibujar una sonrisa burlona.

—¡Mentís! —dijo—. ¡He oído lo que habéis dicho de mí! —Y sin darle oportunidad de replicar pasó por su lado y se alejó.

Blake se apresuró tras ella.

—¿Qué he dicho de ti? —preguntó—. No he dicho nada que no esté dispuesto a repetir delante de todo Nimmr. Ni siquiera me he atrevido a decirle a mi mejor amigo, *sir* Richard, que te amo. Ningún oído excepto el tuyo ha oído estas palabras.

—Pues yo no he oído lo mismo por ahí —dijo Guinalda enfadada—, y no tengo ganas de seguir discutiendo este asunto.

—Pero… —comenzó a decir Blake; sin embargo, en ese instante sonó una trompeta de la puerta norte que conducía al *vallum*. Era la señal acordada para que todos los caballeros montaran sus corceles. El paje de Guinalda llegó corriendo para avisarla de que su padre requería su presencia y *sir* Richard apareció para coger a Blake del brazo.

—¡Vamos, James! gritó—. Ya tendríamos que haber montado, hoy cabalgamos al frente de los caballeros. —Y de esa forma, Blake se vio apartado de la princesa antes de que pudiera obtener una explicación que aclarara lo inexplicable de su actitud.

El *vallum* norte presentaba una escena llena de color y actividad poblada de damas y caballeros, pajes, escuderos, sirvientes, soldados y caballos. Lo cierto es que no podía con todo el mundo,

de modo que el flujo de gente se extendió a los *vallum* este y sur, e incluso a través de la gran puerta del este hasta la carretera que conducía al valle. Por espacio de media hora, en los alrededores del castillo del príncipe de Nimmr reinó algo parecido al caos, pero al cabo de un tiempo diversos senescales y gritones heraldos se encargaron de dar forma al cortejo, de acompasar el paso desde un extremo a otro de la cola que se había formado para llegar a las lizas.

Primero marchaban los senescales y los heraldos, y tras ellos, una veintena de trompetas; después iba el príncipe Gobred, que cabalgaba solo, y seguidamente, un numeroso grupo de caballeros cuyos pendones coloreados ondeaban al viento. Cabalgaban justo delante de las damas, y tras ellas había otro grupo de caballeros, mientras que en la retaguardia marchaba una compañía tras otra de soldados, algunos armados con ballestas, otros con picas y otros con hachas de batalla de gran tamaño.

Alrededor de un centenar de caballeros y soldados permanecían en el castillo, tanto para defenderlo como para guardar la entrada del valle del Sepulcro, aunque a éstos los relevarían para que pudieran presenciar los ejercicios del segundo y tercer día.

Mientras los caballeros de Nimmr se detenían junto a las lizas, los del Sepulcro abandonaron su campamento, situado entre los robles, y los senescales de ambos bandos acompasaron la marcha para acceder a las lizas al mismo tiempo.

Las damas de Nimmr se separaron de la procesión y ocuparon su lugar en la tribuna; las cinco doncellas de Nimmr y las cinco de la ciudad del Sepulcro fueron escoltadas a un estrado situado en el extremo de las lizas, después que los caballeros se alinearon con una perfección milimétrica: los de Nimmr, en la parte sur de las lizas, y los del Sepulcro, en la parte norte. Gobred y Bohun se adelantaron al trote y se reunieron en el centro del campo, donde, con mesurado y majestuoso tono, Bohun lanzó el antiguo reto prescrito por la costumbre y las leyes del gran torneo, y tendió a Gobred el guantelete: al cogerlo aceptaba el reto y marcaba el inicio oficial del torneo.

Mientras Gobred y Bohun tiraban de las riendas para volver grupas y se encaraban hacia sus propios caballeros, éstos se apartaron de las lizas. Los que no participaban en los torneos del

día buscaron sitio en las tribunas tras entregar los corceles a los sirvientes. Mientras, aquellos que debían participar volvían a formar para volver grupas de nuevo hacia las lizas, con el doble propósito de mostrar a oponentes y espectadores quiénes participarían a lo largo de la jornada, y de ver los trofeos ofrecidos por los contrincantes. Además de las doncellas, había toda una serie de premios de menor importancia consistentes en joyas, armaduras de cota de malla, lanzas, espadas, escudos, espléndidos caballos y muchos otros artículos que eran valiosos para los caballeros, o de los que podían encapricharse sus damas.

Los caballeros del Sepulcro formaron primero, con Bohun a la cabeza, y resultó obvio que los ojos del rey se fijaron a menudo en las mujeres de la tribuna mientras cabalgaba. Bohun era un hombre joven; acababa de subir al trono tras el reciente fallecimiento de su padre. Era arrogante y tirano, y se sabía en todo Nimmr que durante años había encabezado la facción de quienes apoyaban la guerra contra Nimmr, para que la ciudad fuera conquistada y todo el valle del Sepulcro quedara sometido al reinado de los Bohun. Su caballo estaba encabritado, su pendón ondeaba al viento, su enorme compañía de caballeros cabalgaba tras él y el rey Bohun picaba espuelas a lo largo de las tribunas reservadas a las gentes de Nimmr. Cuando llegó a la tribuna central, donde se sentaba el príncipe Gobred en compañía de las princesas Brynilda y Guinalda, sus ojos se fijaron en la hija de Gobred.

Bohun tiró de las riendas del caballo y contempló fijamente a los ojos a Guinalda. Gobred se puso rojo de ira, ya que el acto de Bohun era una falta de cortesía, e hizo ademán de levantarse del asiento. En ese momento, Bohun se inclinó un poco sobre la crin de su caballo y siguió adelante junto a sus caballeros.

Aquel día los honores recayeron sobre los caballeros del Sepulcro, ya que obtuvieron doscientos veintisiete puntos, contra los ciento seis que lograron los caballeros de Nimmr.

Al día siguiente, el torneo empezó con idéntica ceremonia por parte de los visitantes, que, generalmente, obedecían las directrices de un heraldo, pero que en esa ocasión, para sorpresa de todos, fueron conducidos por Bohun a lo largo de la tribuna, donde éste se detuvo de nuevo ante la princesa Guinalda.

Aquel día los caballeros de Nimmr se esforzaron más y, según la

puntuación de la jornada, se quedaron a tan sólo siete puntos de sus oponentes, pese a que la puntuación general del torneo seguía siendo de doscientos sesenta y nueve a trescientos noventa y siete a favor de los caballeros del Sepulcro.

Así empezó el tercer día. Los caballeros del norte celebraban lo que parecía una ventaja insuperable de ciento veintiocho puntos, mientras que los de Nimmr se sentían animados para emprender una gloriosa jornada, ya que, para ganar el torneo, debían obtener doscientos treinta y dos puntos y alcanzar así los trescientos treinta y cuatro del total. De nuevo, contrario a la costumbre, Bohun condujo a sus caballeros hacia las lizas mientras se colocaban para observar el primer encuentro, y de nuevo tiró de las riendas ante el palco de Gobred y posó la mirada en el maravilloso rostro de Guinalda durante un instante, antes de dirigirse a su señor de esta guisa:

—Príncipe Gobred de Nimmr —dijo con su potente y arrogante voz—, tal y como bien sabéis, mis valientes caballeros han superado a los vuestros por más de un centenar de puntos, y por tanto el gran torneo será para nosotros. Por ello queremos haceros una proposición.

—¡Hablad, Bohun! Aún es pronto para decir que el torneo será vuestro, pero si tenéis alguna proposición que un honorable príncipe pueda considerar, la tendré en consideración. Tenéis mi palabra.

—Vuestras cinco doncellas son tan buenas como las nuestras —dijo Bohun—, pero dadme a vuestra hija para que pueda convertirla en reina del valle del Sepulcro y os concederé el torneo.

Gobred se puso lívido de la ira, aunque al responder habló con tono mesurado y tranquilo, como corresponde a quien es dueño de sus emociones, algo propio de todo buen príncipe.

—*Sir* Bohun —dijo, negándose a tratar a su enemigo con el título de rey—, vuestras palabras suponen una ofensa para los oídos de cualquier hombre de honor, pues sugieren que la hija de Gobred está en venta, y que el honor de la caballería de Nimmr es moneda de cambio. Por tanto, situaos en vuestro margen de las lizas antes de que ordene a los siervos que os conduzcan a bastonazo limpio.

—¿Ésa es, pues, vuestra respuesta? —gritó Bohun—. ¡Entonces, sabed que me llevaré a las cinco doncellas por las reglas del gran

torneo y a vuestra hija, por la fuerza de las armas! —Después de semejante amenaza, picó espuelas y se alejó al trote.

Las noticias de la propuesta de Bohun y su rabieta se extendieron como un incendio por entre los caballeros de Nimmr, de modo que quienes debían luchar aquel último día de torneo se sintieron animados a realizar grandes hechos de armas en defensa del honor de Nimmr y la protección de la princesa Guinalda. La considerable ventaja conseguida por los caballeros del Sepulcro durante los dos primeros días no sirvió sino de incentivo para esforzarse aún más, lo que provocó en ellos un estímulo para alcanzar altas cotas de atrevimiento y esfuerzo. No hubo ninguna necesidad de que el senescal los animara a ello. La juventud y caballería de Nimmr había cogido el guante, dispuesta a responder en las lizas.

El enfrentamiento a espada y escudo de Blake contra un caballero del Sepulcro era el primer evento programado del día. Cuando se despejaron las lizas, aquél entró al galope acompañado por el sonido de las trompetas, para después hacer un recorrido paralelo a la tribuna sur. Su adversario cabalgó frente a la tribuna norte y se detuvo ante el palco de Bohun, mientras Blake tiraba de las riendas ante Gobred. Allí levantó la empuñadura de su espada a la altura de los labios, con la mirada puesta en Guinalda.

—Conducíos hoy como un verdadero caballero, para gloria y honor de Nimmr —dijo Gobred—, ¡y que las bendiciones de nuestro Señor Jesús sean con vos y vuestra espada, querido *sir* James!

«¡Por la gloria y el honor de Nimmr, yo empeño mi espada y mi vida!», debía decir Blake a modo de respuesta, de acuerdo a las tradiciones y usos del gran torneo.

—¡Por la gloria y el honor de Nimmr, y por la protección de mi princesa, yo empeño mi espada y mi vida! dijo en realidad. Era evidente que aquella respuesta, a juzgar por la expresión del rostro de Gobred, le había complacido sobremanera, mientras que la princesa suavizó su arrogante mirada desdeñosa. Se levantó lentamente y después de arrancar un pedazo de tela de su vestido se inclinó en el palco y dijo:

—Recibid este favor de una dama, caballero, para que os reporte honor y victoria en vuestra lid.

Blake picó espuelas para acercarse al pasamanos del palco,

donde permaneció inclinado mientras Guinalda ataba el jirón de tela alrededor de su hombro. Sus rostros estaban cerca, tanto que Blake percibió el arrebatador perfume de su cabello, tan cerca que sintió la calidez de su aliento en la mejilla.

—Te amo —susurró en voz tan baja que ningún oído ajeno pudo oírle.

—Sois un zoquete —contestó ella en un tono de voz tan imperceptible como el suyo—. Es por el bien de esas cinco doncellas por lo que os animo con este favor.

Blake la miró fijamente a los ojos.

—Te amo, Guinalda —dijo—. ¡Y tú… también me amas!

Antes de que la princesa pudiera responder, tiró de las riendas para volver grupas, ya que las trompetas habían sonado, y se dirigió sin prisas hacia el extremo del campo donde estaban situadas las tiendas de los de Nimmr. Edward se encontraba allí bastante nervioso, así como *sir* Richard y Michel, además de un senescal, heraldos, trompetas, soldados… Marcial compañía para animarlo con consejos y sugerencias.

Blake se deshizo del escudo, pero nadie pareció dispuesto a reprenderle por ello. En su lugar sonrieron henchidos de orgullo; después de todo, ¿no habían visto cómo superaba a *sir* Malud sin otra defensa que su habilidad con el caballo y su espada?

Las trompetas sonaron de nuevo. Blake se volvió y picó espuelas sobre su corcel. Se dirigió al galope hacia el centro de la liza. Del extremo opuesto se acercó un caballero del Sepulcro, espada en alto.

—¡*Sir* James! ¡*Sir* James! —gritaron los espectadores en las tribunas del lado sur, mientras las del norte respondían coreando el nombre de su campeón.

—¿Quién es el caballero negro? —preguntó más de un espectador del lado norte a su vecino en la tribuna.

—¡No tiene escudo! —gritaron otros—. ¡Debe de estar loco! ¡*Sir* Guy lo empalará a la primera vuelta! ¡*Sir* Guy! ¡*Sir* Guy!

XVII

«¡LOS SARRACENOS!»

EN EL valle del Sepulcro, sobre las llanuras que había bajo la ciudad de Nimmr, justo al inicio del segundo día del gran torneo, una banda de hombres implacables vestidos con túnicas y armados con mosquetes coronó la cima del paso que había en la parte norte del valle, y miró abajo, a la ciudad del Sepulcro y al castillo del rey Bohun. Habían ascendido a través de lo que en tiempos remotos pudo considerarse un sendero; llevaba tanto tiempo sin utilizarse, o se había aprovechado de forma tan infrecuente, que apenas se distinguía de la vegetación que lo rodeaba. Sin embargo, a sus pies, Ibn Jad vio a poca distancia una carretera mejor acondicionada y, más allá, lo que le pareció una fortaleza. Aún más allá distinguió las almenas del castillo de Bohun.

Lo que vio al fondo era la barbacana que custodiaba el acceso al castillo y la ciudad, ya que ambos tenían más o menos la misma disposición que la fortaleza que el príncipe Gobred tenía en la parte sur del valle, custodiando la ciudad de Nimmr y el valle que se extendía más allá contra el presunto e inminente asalto de los sarracenos.

En busca de cobertura, Ibn Jad y sus beduinos descendieron a gatas hacia la barbacana, donde un anciano caballero y unos cuantos soldados hacían una guardia rutinaria. Ocultos en los arbustos de las montañas, los árabes tuvieron oportunidad de ver a dos negros vestidos con extrañas ropas que cazaban en el exterior de la gran puerta. Iban armados con ballestas y flechas, y su objetivo eran los conejos. Durante años no habían visto acercarse a ningún extraño por ese camino tan antiguo, y durante años habían cazado entre la puerta y la falda de la montaña, ya que no se les

permitía ir más allá. Tampoco tenían ninguna intención de alejarse; aunque eran descendientes de los galla que vivían al otro lado de la cima de las montañas, creían ser ingleses y también creían que una horda de sarracenos aniquilaría a quien se aventurara más allá de aquéllas.

Aquel día estaban cazando como tantas otras veces cuando coincidían de guardia en la barbacana exterior. Avanzaron silenciosamente con la esperanza de que apareciera el conejo, pero no vieron a los hombres de rostro moreno que se ocultaban tras los arbustos.

Ibn Jad vio abierta la gran puerta, y también observó que se cerraba y abría verticalmente. En aquel momento la habían levantado. Mucha parecía la tranquilidad del anciano caballero y de los soldados que le acompañaban, pues el rey Bohun estaba ausente y no había nadie dispuesto a reprobarles. Ibn Jad ordenó a quienes tenía más cerca avanzar a gatas hacia la puerta.

¿Dónde estaban el anciano caballero y el resto de vigilantes? El primero daba buena cuenta de un tardío desayuno en el interior de una de las altas torres de la barbacana, y los demás se aprovechaban del relajo de la disciplina para arañar algunos minutos más de sueño, tumbados bajo la sombra de algunos árboles que había en el interior del *vallum*.

Ibn Jad se acercó hasta llegar a unos metros de la entrada, y aguardó a que los demás se reunieran con él. Cuando así lo hicieron, susurró algunas palabras y echaron a correr calzados con sandalias hacia la puerta, mosquete en mano. Tras ellos fueron los compañeros. Ya estaban reunidos en el *vallum* cuando los soldados fueron conscientes de la existencia de un enemigo a ese lado de Palestina. Se levantaron legañosos y se armaron con ballestas y hachas de batalla para defender la puerta. Sus gritos de «¡Sarracenos! ¡Sarracenos!» llevaron al anciano caballero y a los cazadores a correr hacia el *vallum*.

Abajo, en el castillo del rey Bohun, los hombres de las puertas y otros hombres apostados que habían quedado atrás mientras Bohun partía hacia el gran torneo, oyeron extraños ruidos procedentes de la barbacana exterior. Los gritos de los hombres llegaban a sus oídos como extraños y agudos sonidos que eran como el trueno, aunque sin ser un trueno. Jamás habían oído nada parecido, ni

ninguno de sus antepasados. Corrieron hacia la puerta exterior del castillo, y los caballeros que había allí discutieron qué era lo mejor que podían hacer. Al tratarse de valientes caballeros sólo cabía una opción para ellos: si quienes hacían guardia en la barbacana exterior habían sido atacados, debían acudir en su defensa. Reunidos todos a excepción de cuatro caballeros y soldados, el senescal del castillo montó y cabalgó hacia la puerta exterior.

A medio camino de distancia, Ibn Jad y sus hombres los vieron pasar después de superar a los guardias de la puerta, pobremente armados. En aquel momento se dirigían por la carretera en dirección al castillo. Al ver a estos refuerzos, Ibn Jad se apresuró a esconderse junto a sus seguidores entre los arbustos que corrían paralelos a la carretera. Por esa razón, el senescal pasó de largo sin verlos y, cuando éste hubo pasado, siguieron adelante por la carretera en dirección al castillo del rey Bohun.

Los hombres de la puerta del castillo, conscientes de la situación, estaban preparados y tenían la puerta elevada mientras un oficial les daba instrucciones, de manera que si los que habían partido a caballo volvían con el enemigo pisándoles los talones, pudieran encontrar cobijo en el interior del *vallum*. El plan, en ese caso, consistía en bajar la puerta al entrar los del Sepulcro, para que los sarracenos que vinieran detrás se dieran con ella en las narices. La identidad del enemigo era algo que se daba por descontado. Después de todo, ¿acaso no habían esperado cerca de siete siglos y medio para emprender el asalto? Los hombres se preguntaban si estaban ante el esperado asalto sarraceno.

—Ibn Jad los observaba mientras debatían la cuestión, oculto en un grupo de arbustos a algunos metros de distancia. El ingenioso beduino conocía el propósito de la puerta e intentaba dar con un plan que le permitiera superar el obstáculo, antes que la puerta le cayera en las narices. Al final lo encontró y sonrió. Ordenó acercarse a tres de sus hombres, y a sus oídos susurró el plan que tenía en mente.

Había cuatro soldados dispuestos a dejar caer la puerta en cualquier momento, y los cuatro estaban en el ángulo de visión de lbn Jad y de los tres hombres que aguardaban a su espalda. Con mucho cuidado y no menor cautela, sin hacer un solo ruido, los cuatro árabes alzaron el cañón de sus antiguos mosquetes y

apuntaron.

—¡Ahora! —susurró Ibn Jad. De los cañones de los cuatro mosquetes surgieron llamaradas, partículas de pólvora y la temible bala de la muerte.

Los cuatro soldados cayeron sobre el empedrado; Ibn Jad y sus seguidores se arrojaron a la carga hasta llegar al interior del *vallum* del castillo. Ante su mirada, al otro lado del *vallum*, había otra puerta y un ancho foso, pero el puente levadizo estaba bajado, la puerta levantada y al parecer en la entrada no había guardias.

El senescal y sus hombres habían llegado sin encontrar oposición al *vallum* de la barbacana exterior, donde encontraron a todos los defensores ensangrentados, incluso al pequeño escudero del anciano caballero que debió vigilar la puerta y no lo hizo. Sin embargo, uno de los soldados seguía vivo, y con su último aliento comunicó la terrible verdad de lo sucedido. ¡Al final los sarracenos habían atacado!

—¿Dónde? —preguntó el senescal.

—¿No los habéis visto, señor? —preguntó el moribundo—. Echaron a correr por la carretera que conduce al castillo.

—¡Imposible! —gritó el senescal—. Hemos venido por esa carretera sin que nos hayamos cruzado con nadie.

—Han ido hacia el castillo musitó el hombre. El senescal enarcó ambas cejas.

—¿Eran muchos? —preguntó.

—Unos pocos —contestó el soldado—. No era más que una avanzadilla del sultán.

Justo en ese momento un nuevo disparo del mosquete situado frente a la puerta del castillo sobresaltó al senescal y a sus hombres.

—¡Pardiez! —gritó.

—Debieron de ocultarse en los arbustos cuando cabalgábamos por la carretera —sugirió un caballero que había junto al senescal —, porque de otra forma los hubiéramos visto. Henos aquí, tan sólo hay un camino que conduzca al castillo.

—Sólo cuatro hombres guardan la entrada del castillo —dijo el senescal—, a los que ordené custodiar el puente hasta nuestro regreso. ¡Que Dios se apiade de mi alma! ¡He entregado el castillo del Sepulcro a los sarracenos! ¡Matadme, *sir* Morley!

—¡No, señor! Necesitamos cada espada, cada lanza y cada

ballesta que podamos empuñar contra esos bellacos. ¡No es momento de penitencias cuando podéis dar vuestra vida a Jesús nuestro Señor en defensa del Sepulcro, luchando contra los infieles!

—Razón no os falta, Morley —gritó el senescal—. Quedaos donde estáis acompañado de seis hombres, y mantened la posición en esta puerta. ¡Volveré con los demás y batallaré por el castillo!

Pero cuando llegó al castillo encontró la puerta bajada y a un sarraceno barbudo de piel morena observándole detrás de ella. El senescal ordenó a los ballesteros matar al felón, pero cuando se disponían a atacar se produjo una tremenda explosión ensordecedora y una llamarada surgió de una cosa extraña que el sarraceno apoyaba en el hombro y que apuntaba hacia los caballeros. Uno de los ballesteros cayó de bruces con las manos en la cara, y el resto echó a correr.

Eran valientes enfrentados a peligros conocidos, naturales, pero en presencia de lo sobrenatural, lo anormal, lo inexplicable, reaccionaban como la mayoría de personas. ¿Qué podía resultar más anormal, que la muerte acompañada de una llamarada y un trueno que salían de un palo para atrapar a su víctima y arrebatarle la vida?

Pero *sir* Bulland, el senescal, era caballero del Sepulcro. Quería como el que más echar a correr, pero había algo que lo obligaba a permanecer en posición, algo más potente que el miedo a la muerte. Algo llamado honor. *Sir* Bulland no podía salir corriendo, de modo que permaneció sentado en la silla de su imponente caballo, y retó a los sarracenos a mortal combate; los retó a que enviaran al más valiente de sus caballeros para enfrentarse a él y decidir quién se quedaría con la puerta.

Sin embargo, los árabes ya tenían la puerta. Además, no entendían una palabra de lo que decía. Y por encima de todo, no tenían honor, cosa que no ignoraba *sir* Bulland, y quizá, como sabe cualquier beduino, se habrían reído ante su sola mención. Una cosa sí sabían; dos, en realidad. Aquel caballero era un nasraní y no iba armado. No contaban la lanza y la espada como armas, ya que con ninguna de ellas podría alcanzarlos. De modo que uno de ellos apuntó con mucho cuidado, y abrió fuego sobre *sir* Bulland y atravesó la cota de malla por donde cubría su noble y caballeroso corazón.

Ibn Jad tenía en sus manos el castillo del rey Bohun, y estaba seguro de haber descubierto la fabulosa ciudad de Nimmr, de la que le había hablado el *sahar*. Reunió a mujeres, niños y a los pocos hombres que quedaban custodiados por guardias armados. Por un instante pensó en matarlos, ya que eran nasraní, pero estaba tan contento de haber encontrado y conquistado la ciudad del tesoro que les perdonó, por el momento, la vida.

Bajo sus órdenes, sus seguidores saquearon el castillo en busca del tesoro. El resultado del saqueo no los decepcionó, ya que muchas eran las riquezas de Bohun. Había oro y piedras preciosas en las colinas del valle del Sepulcro. Durante siete siglos y medio los esclavos del Sepulcro y de Nimmr habían buscado oro en el lecho de los ríos, así como piedras preciosas. El valor de ambos tesoros no era el mismo para los del Sepulcro y los de Nimmr que para cualquier persona del mundo exterior. Tenían en alta estima dicho tesoro como alhajas; sin embargo, les gustaran, las guardaran o, incluso a veces, se pelearan por ellas, no las guardaban bajo siete llaves ni las escondían en sótanos. ¿Qué razón había para tal cosa en un lugar donde nadie robaba nunca? Cierto es que guardaban a sus mujeres y a sus caballos, pero no el oro o las joyas.

Ibn Jad reunió así un gran saco repleto de tesoros, suficiente como para satisfacer su sedienta imaginación y su ansia de éxito. Reunió todo lo que pudo encontrar en el castillo del rey Bohun, más de lo que había esperado encontrar en la fabulosa ciudad; y entonces sucedió algo extraño. En posesión de más riqueza de la que posiblemente podía aprovechar, quiso aún más. No, no era, después de todo, algo tan extraño; después de todo, Ibn Jad era un ser humano.

Pasó la noche en compañía de sus seguidores en el castillo del rey Bohun y se dedicó a trazar un nuevo plan. Había visto un amplio valle que se extendía más allá, hasta llegar a la falda de las montañas, y en dicha falda había creído ver lo que parecía una ciudad.

«Quizá —pensó Ibn Jad— sea una ciudad más rica que ésta. Quizá no tarde en descubrirlo»

XVIII

EL CABALLERO NEGRO

AMBOS caballos cargaban a través de la pista. El silencio se había adueñado de las tribunas. Casi estaban a punto de entrar en contacto cuando *sir* Guy observó que su adversario no tenía escudo. ¿Bueno, y qué? Su propia gente le había permitido acceder a la liza, por tanto suya era la responsabilidad, y para *sir* Guy suponía una ventaja. Si le hubieran permitido picar espuelas sin llevar espada, igualmente *sir* Guy, sin menoscabo a su honor de caballero, lo habría matado; tales eran las leyes del gran torneo.

Sin embargo, dicho descubrimiento tuvo sus consecuencias para el caballero del Sepulcro, puesto que por un instante se distrajo de lo que tenía en mente en aquel momento: conseguir la ventaja necesaria para sacar provecho de su habilidad en el ataque inicial. Vio que el caballo de su rival se apartaba justo antes del encuentro. Se irguió en los estribos, como había hecho *sir* Malud, para dar un terrible golpe; entonces Blake arrojó a su caballo directamente hacia el lomo del de *sir* Guy, quien descargó un golpe que, con un estruendo metálico, encontró la oposición del acero del caballero de Nimmr. Guy levantó su escudo para proteger su propia cabeza y cuello, por lo que no pudo ver a *sir* James. El caballo de Guy trastabilló y estuvo a punto de caer. Cuando recuperó el equilibrio, la espada de Blake se introdujo bajo el escudo del caballero del Sepulcro y su punta penetró por el cuello de la malla hasta atravesarle la garganta. *Sir* Guy profirió un grito que terminó en un gemido teñido de sangre, y cayó hacia atrás sobre la grupa del caballo hasta desplomarse en el suelo, mientras la tribuna sur enloquecía de alegría.

Las leyes del gran torneo dictaban que a todo caballero derribado se le considerase muerto, para que jamás se administrara el golpe de gracia ni falleciera ningún caballero de forma innecesaria. El vencedor debía cabalgar hacia la tienda del derrotado, debía volver grupas y galopar hacia su propia tienda a lo largo de toda la liza, donde aguardaría a que un heraldo del bando opuesto le hiciera entrega del correspondiente botín.

Sucedió que cuando Blake saltó de la silla espada en mano y se acercó al caído *sir* Guy, la gente sentada en la tribuna sur ahogó un grito mientras que en la tribuna norte se alzó un rugido a modo de protesta. Los senescales y heraldos se acercaron al galope desde la tienda del caballero caído y, al verlo, *sir* Richard, temeroso de que Blake pudiera resultar acorralado y muerto, encabezó un grupo similar que partió de su extremo de la liza.

Blake se acercó al caballero, que yacía de espaldas y que luchaba inútilmente por levantarse, y cuando los espectadores esperaban a que descargara el golpe de gracia, vieron en su lugar que arrojaba la espada al suelo y se arrodillaba junto al herido.

Pasó un brazo por detrás de los hombros de *sir* Guy y lo levantó para apoyar su espalda en la rodilla mientras le quitaba el yelmo y el cuello de la armadura. Al llegar senescales, heraldos y el resto de personas que se acercaban al galope, Blake hacía lo posible por detener la hemorragia.

—¡Rápido! —gritó—. ¡Un cirujano! No he alcanzado su yugular, pero es necesario detener la hemorragia.

Varios caballeros desmontaron y se reunieron alrededor de Blake, entre ellos *sir* Richard. Un heraldo de la facción de *sir* Guy se arrodilló y tomó en brazos al caído.

—¡Vamos! —urgió *sir* Richard—. Dejad a este caballero en compañía de sus amigos.

Blake se levantó. Vio la peculiar forma que tenían de mirarle los caballeros que había a su alrededor, pero al alejarse uno de ellos, un veterano, uno de los senescales de Bohun, le dijo:

—Sois un caballero muy generoso. Y también muy valiente, pues habéis desobedecido las reglas del gran torneo, costumbres escritas hace siglos.

Antes de responder, Blake le miró a los ojos.

—Me importan un rábano vuestras leyes y costumbres —dijo—.

De donde yo vengo ninguna persona decente permitiría que un perro muriera desangrado sin intentar salvarlo, y mucho menos un valiente muchacho como éste, y puesto que cayó por mi culpa, por las costumbres de mi patria me veo obligado a ayudarlo.

—Sí —apuntó *sir* Richard—, de otro modo le castigarían con una bronca.

La victoria en el primer evento del día no fue sino el preludio de una serie de éxitos por parte de los caballeros de Nimmr hasta que, al acercarse el último evento, la puntuación mostraba cuatrocientos cincuenta y dos puntos para ellos, contra los cuatrocientos cuarenta y ocho de sus oponentes. Un margen de cuatro puntos, sin embargo, no era nada a esas alturas del torneo, ya que el último evento valía cien puntos, que podían ir a parar íntegros al bando ganador.

Aquél era el evento más espectacular de todo el torneo, y los espectadores siempre lo esperaban con la mayor de las ansiedades. Participaban doscientos caballeros, cien caballeros de Nimmr contra cien caballeros del Sepulcro. Formaban en fila en lados opuestos de las lizas. Al sonar de las trompetas cargaban lanza en ristre, y de esa guisa luchaban hasta que un bando había desmontado o se había retirado del campo a causa de las heridas. Las lanzas rotas podían reemplazarse, al igual que un jugador de polo cabalga hacia la banda para obtener otro stick después de romperlo. Por otra parte, había pocas reglas que gobernaran este último evento del gran torneo, más similar a una batalla que cualquier otro de los programados en los tres días que duraba.

Blake había obtenido un total de quince puntos para los caballeros de Nimmr en el primer evento del día, y de nuevo, enfrentado en compañía de cuatro camaradas a cinco espadachines del norte a caballo, había colaborado en la obtención de algunos puntos más que añadir al bando de los Delanteros.

Apuntaron su nombre para el último evento porque los senescales apreciaban su habilidad para montar a caballo y creían que compensaría con creces su inexperiencia con la lanza.

Los doscientos caballeros vestidos con cotas de malla habían desfilado para tomar parte en el último evento, y formaban en línea en los extremos opuestos de las lizas, cien caballeros del Sepulcro en un extremo y cien caballeros de Nimmr en el otro. Sus corceles, especialmente seleccionados para el encuentro, eran potentes a la

par que ligeros. Habrían sido escogidos por su probado coraje, al igual que los jóvenes que los montaban, y es que los caballeros, con algunas excepciones, eran todos jóvenes veinteañeros, ya que a la juventud iban a parar los laureles de este gran deporte de la Edad Media, al igual que sucede con los deportes en la actualidad. De vez en cuando había un hombre de mediana edad, un endurecido veterano cuyo corazón y mano habían aguantado el paso de los años, y cuya presencia imponía la calma en los jóvenes caballeros, a quienes animaba para acometer grandes esfuerzos, puesto que dichos veteranos eran campeones cuyas gestas cantaban los bardos en los salones de todos los castillos de Nimmr.

Formaban una línea compuesta de hombres orgullosos, con la lanza en alto y los pendones flameando al viento, mientras los rayos del sol se reflejaban en las bruñidas cotas de malla, en los bocados, en los escudos, y refulgían cegadoramente en las bellas gualdrapas de sus monturas. Los doscientos eran un noble y orgulloso espectáculo mientras aguardaban el último toque de trompeta.

Retrocediendo y avanzando, ansioso por salir, más de un caballo rompió la línea como haría cualquier pura sangre en la parrilla de salida, mientras sendos heraldos, colocados a un lado y al otro del centro de las lizas, aguardaban el momento de que formaran correctamente ambas líneas para dar la señal que enviaría a esos hombres de hierro a la carga.

Blake se encontraba situado cerca del centro de la línea de caballeros de Nimmr, y montaba un enorme caballo negro al que debía impedir avanzar tirando de las riendas, mientras en la distancia se recortaba la flor y nata de la caballería del Sepulcro. Sostenía con fuerza una pesada lanza de metal en la mano derecha, cuya empuñadura apoyaba en la bota, aunque el peso total recayera sobre el estribo. Llevaba un gran escudo en el brazo izquierdo, del que no tenía ninguna intención de desembarazarse ante la presencia de todas aquellas robustas lanzas con punta metálica.

Al pasear la mirada a lo largo de la liza donde la sólida línea de los cien caballeros no tardaría en cargar hacia ellos, y con la lanza, cuya punta se extendía más allá de la cabeza del caballo, en ristre, Blake tuvo la sensación de que su escudo era algo totalmente inadecuado, y experimentó un cierto nerviosismo que le recordó situaciones similares de tensa espera, pendiente de oír el silbato del

árbitro en sus tiempos de jugador de fútbol, tiempos que parecían lejanos y pertenecientes a otra vida, como si se hubiera reencarnado.

Al final llegó la señal y vio a un heraldo levantar la espada. Junto a otros doscientos caballeros cogió con fuerza las riendas del caballo y bajó la punta de la lanza. Cayó la espada. Las trompetas sonaron desde las cuatro esquinas de las lizas; de doscientas gargantas surgió un grito de guerra; cuatrocientas espuelas transmitieron la esperada señal del hombre al caballo.

Las estruendosas líneas arremetieron por el campo mientras una veintena de heraldos corría a lo largo de los flancos para controlar que no se produjeran infracciones, aunque sólo había una posible: cada caballero debía enfrentarse al caballero que tenía delante. Atacar con la lanza al de la derecha era acto poco caballeroso, pues pondría a un tiempo dos lanzas en contra de un solo caballero, ante lo cual no cabía defensa posible.

Blake vio el sólido frente de lanzas por encima del escudo, los corceles con herraduras de hierro y los imponentes escudos que se le echaban encima. La velocidad, el peso, la inercia se le antojaban irresistibles y, metafóricamente, con un profundo respeto, Blake se quitó el sombrero ante los caballeros de antaño.

Las líneas estaban a punto de chocar. Los espectadores permanecían sentados en un silencio sepulcral; los jinetes, con la mandíbula y los labios apretados, parecían mudos. Blake, con la lanza atravesada por encima de la crin de su montura, apuntó al caballero que corría hacia él por la izquierda; durante un instante creyó mirarlo a los ojos, antes de que cada uno de ellos se agazapara por debajo del escudo cuando ambas líneas chocaron con un estruendo ensordecedor.

El escudo de Blake se dobló sobre su rostro y su cuerpo con tanta fuerza que casi cayó de la silla. Sintió que su propia lanza encontraba su blanco antes de astillarse, y entonces, medio atontado, atravesó la línea de acero mientras su caballo, frenético y descontrolado, cabalgaba enloquecido hacia las tiendas de los de Bohun.

Blake hizo un esfuerzo por hacerse cargo de la situación; tiró de las riendas con fuerza y, finalmente, logró recuperar el control sobre el corcel. No pudo ver el resultado del choque inicial hasta

que volvió grupas. Media docena de caballos se incorporaban del suelo, y cerca de otra veintena cabalgaban sin jinete por las lizas. Unos veinte caballeros yacían tendidos en el suelo, y el doble de escuderos y sirvientes corrían a socorrer a sus amos.

A esas alturas varios caballeros habían vuelto sus lanzas contra su enemigo, y Blake vio que uno de los del Sepulcro se dirigía hacia él. Entonces alzó su lanza rota por encima de la cabeza para indicar que estaba momentáneamente fuera de combate, y después galopó raudo hacia su bando de las lizas, donde le aguardaba Edward con una lanza entera.

—Lo habéis hecho notablemente bien, querido amo —dijo Edward.

—¿Conseguí tumbar al mío? —preguntó Blake.

—Así fue, señor —aseguró Edward, sonrojado de orgullo y placer—: rompisteis vuestra lanza contra su escudo con tanta fuerza que lograsteis desmontarlo.

Armado de nuevo, Blake volvió grupas hacia el centro de las lizas, donde se desarrollaba una serie de enfrentamientos individuales. A esas alturas habían caído más caballeros, y los vencedores buscaban nuevos oponentes ayudados por los gritos y advertencias procedentes de las tribunas. Mientras Blake volvía a las lizas, muchos de la tribuna norte, ocupada por los caballeros y seguidores del Sepulcro, no le quitaban ojo de encima.

—¡El caballero negro! —gritaron—. ¡Allí! ¡*Sir* Wildred! Ahí está el caballero que derribó a *sir* Guy. ¡A por él, *sir* Wildred!

Éste, a un centenar de metros de distancia, bajó la lanza.

—¡Allá voy, caballero negro! —gritó.

—¡Estás acabado! —respondió a gritos Blake, mientras picaba espuelas hacia el caballo enemigo.

Sir Wildred era un hombretón que cabalgaba un robusto caballo ruano con la velocidad de un ciervo y el corazón de un león. Aquella pareja habría supuesto un duro lance para cualquier representante de la flor y nata de la caballería de Nimmr.

Quizá fue una suerte para Blake que Wildred no pareciera sino un caballero del Sepulcro como cualquier otro, y también que no le supiera protagonista de muchas canciones trovadorescas que alababan las gestas de los del Sepulcro. De hecho, cualquier caballero parecía un adversario formidable para Blake, que seguía

siendo incapaz de comprender cómo había logrado desmontar a su oponente en el primer enfrentamiento del evento. «El pajarito debió de perder ambos estribos», pensó cuando Edward le había anunciado su victoria. Sin embargo, empuñó con fuerza la lanza como el mejor y el más noble de los caballeros, y cabalgó en pos del formidable *sir* Wildred. Éste cargaba en diagonal a través del campo, desde la tribuna sur. Más allá Blake creyó ver la estilizada y femenina figura que observaba el desarrollo de la contienda desde el palco central. No pudo ver sus ojos, pero supo que le miraban a él.

—¡Por mi princesa! —susurró mientras la silueta de *sir* Wildred se le acercaba.

La lanza dio contra el escudo y ambos caballeros chocaron con una fuerza terrible; Blake se vio levantado de la silla y arrojado con violencia al suelo. Al sentarse en el suelo comprobó que no estaba atontado ni malherido; de pronto su rostro dibujó una mueca al ver que su oponente, a pocos metros de él, también había caído. Pero *sir* Wildred, en cambio, no sonreía.

¡Señor! —gritó—. ¿Acaso os burláis de mí?

—Si yo tengo el mismo aspecto que usted —aseguró Blake—, entonces no tardará mucho en verle la gracia.

Sir Wildred frunció el ceño.

—¡Pardiez! —exclamó—. ¡Si vos sois un caballero de Nimmr, entonces yo soy sarraceno! ¿Quién sois vos? Vuestra forma de hablar no es propia de alguien del valle.

—¿Está malherido? —preguntó Blake al incorporarse y acercarse al caballero—. Le echaré una mano.

—Vive Dios que sois extraño caballero dijo *sir* Wildred—. Ahora recuerdo que ayudasteis a *sir* Guy después de asestarle un buen tajo.

—En fin, ¿hay algo malo en ello? —preguntó Blake—. No tengo nada contra usted. Nos hemos metido una paliza de mil demonios y ya está. ¿Por qué tendríamos que quedarnos aquí sentados y ponernos mala cara?

Sir Wildred negó con la cabeza.

—Estáis más allá de mi comprensión —admitió.

Sus escuderos y un puñado de sirvientes habían llegado a esas alturas, aunque ninguno de los caballeros desmontados estaba tan

malherido como para no poder caminar sin ayuda. Al dirigirse hacia sus respectivas tiendas, Blake se volvió y sonrió a Wildred.

—¡Ha sido un placer, viejo! —gritó alegremente—. Espero que volvamos a vernos algún día.

Sir Wildred caminó hacia su tienda sin dejar de agitar la cabeza, seguido por el escudero y el sirviente que habían llegado corriendo.

En su tienda, Blake se enteró de que el final del gran torneo aún estaba por decidirse; pasó media hora hasta que el último de los caballeros de Nimmr cayó derrotado, dejando a dos caballeros del Sepulcro victoriosos en el campo. No obstante, no bastó con esa última victoria para recuperar la ventaja de cuatro puntos que los Delanteros tenían antes de que empezara el evento, y poco después los heraldos anunciaron que los caballeros de Nimmr habían ganado el gran torneo por la escasa ventaja de dos puntos.

Entre el griterío de júbilo de los ocupantes de la tribuna sur, los caballeros de Nimmr que habían tomado parte en el torneo y habían conseguido los puntos para los Delanteros formaron para cabalgar por la liza y reclamar el gran trofeo. No todos estaban presentes, ya que algunos habían muerto o estaban malheridos a causa de los enfrentamientos que siguieron a sus victorias; aunque las bajas en ambos bandos eran muy inferiores a lo que Blake había imaginado en un principio. Habían muerto cinco hombres y quizás una veintena más estaban demasiado malheridos para cabalgar. Las bajas se repartían equitativamente en ambos bandos.

Mientras los de Nimmr recorrían el campo para reclamar a las cinco doncellas de la ciudad del Sepulcro, Bohun reunió a su lado a todos sus caballeros en el extremo de la liza correspondiente, como si se dispusieran a partir hacia su campamento. Al mismo tiempo, un caballero del Sepulcro que llevaba la piel de leopardo de un bacinete de Nimmr, accedió a la tribuna por la parte sur del campo y se dirigió hacia el palco del príncipe Gobred.

Bohun aguardó. Los caballeros de Nimmr se encontraban al otro extremo del campo, entretenidos en los rituales dictados por las leyes del gran torneo, que prescribían el recibimiento que se debía a las cinco doncellas.

Dos jóvenes caballeros permanecían sentados en sendos corceles cerca de Bohun, con los ojos puestos en el rey. Uno de ellos sostenía las riendas de un caballo sin jinete. De pronto, Bohun levantó la

mano y picó espuelas a través del campo seguido por sus caballeros. Se desplazaron un poco hacia el extremo del campo, donde se habían congregado los caballeros de Nimmr, para que la mayor parte se encontrara entre esa zona del campo y el palco de Gobred.

El joven caballero que se había sentado junto a Bohun y el compañero que tenía las riendas del caballo entre las manos picaron espuelas a una para dirigirse directamente hacia la tribuna de Nimmr, hacia el palco del príncipe. Al llegar, uno de ellos saltó de la silla para acceder al palco desde la parte posterior, cogió a Guinalda en brazos, la arrojó rápidamente al joven caballero que aguardaba para recibirla, saltó por encima del pasamanos y cayó sobre la silla del caballo que sostenían para él. Acto seguido picaron espuelas, volvieron grupas y se alejaron ante la sorpresa del príncipe Gobred y de quienes apenas tuvieron tiempo de levantar la mano para detenerlos. Tras ellos cabalgaron Bohun y los caballeros del Sepulcro. Abandonaron el campo y se perdieron entre los robles.

De pronto se produjo un ruido de mil demonios. Un trompeta situado en el palco de Gobred dio la alarma. El príncipe se alejó corriendo de la tribuna hasta el lugar donde un sirviente sostenía su caballo; los caballeros de Nimmr, ignorantes de lo que había ocurrido, sin saber hacia dónde dirigirse, miraron alrededor de las lizas durante unos segundos. Entonces llegó Gobred, cabalgando con agilidad.

—¡Bohun ha raptado a la princesa Guinalda! —gritó—. Buenos caballeros de Nimmr… —pero antes de que pudiera decir algo más, o dar órdenes a sus hombres, un caballero negro que montaba un corcel negro picó espuelas y pasó a través de los caballos, en pos de los caballeros del Sepulcro que habían emprendido la retirada.

XIX

LORD TARZÁN

LOS LABIOS de Tollog dibujaban una desagradable sonrisa mientras pensaba lo bien que había engañado a Ateja, que había estado a punto de alertar al nasraní del plan que habían trazado para matarlo. Daba gracias a Alá por haber tenido la suerte de encontrarse en el lugar adecuado para detenerla antes de que lo arruinara todo. Mientras el hermano del jeque sonreía, una mano surgió de la oscuridad a su espalda y, tras cogerlo por la garganta, lo arrastró a esa misma oscuridad.

Tollog fue arrastrado al interior de la tienda que había pertenecido a Said y que después habían preparado para el nasraní. Forcejeó e intentó pedir ayuda a gritos, pero estaba inmovilizado por los brazos de acero que lo sostenían y lo asfixiaban.

Una voz susurró a su oído en el interior de la tienda:

—Grita, Tollog —dijo—, y tendré que matarte. —El beduino sintió que las manos se aflojaban alrededor de su cuello, pero no gritó pidiendo ayuda; había reconocido aquella voz y sabía que nunca amenazaba en vano. Permaneció inmóvil mientras le ataban con fuerza las muñecas y los tobillos, y después le amordazaban. Sintió los pliegues de la tela alrededor del rostro, y después… el silencio.

Oyó a Stimbol entrar sigilosamente en la tienda, pero pensó que se trataba del mismo hombre que le había reducido. Así murió Tollog, hermano de Ibn Jad; murió tal y como había planeado que debía morir Tarzán de los Monos. Y, consciente de cómo moriría, el hombre mono sonrió al alejarse a través de la selva en dirección sudeste.

Pero Tarzán no había ido a buscar a los beduinos, sino a Blake.

Después de descubrir que el hombre blanco del *manzil* de Ibn Jad era Stimbol, y asegurarse de que nadie conocía el paradero del otro americano, se apresuró a regresar al lugar donde los muchachos de Blake le habían explicado que su *bwana* había desaparecido. Tenía la esperanza de seguir su rastro y, si aun así era incapaz de encontrarlo, averiguar al menos qué había podido sucederle. Por tanto, se desplazó raudo gracias a que su increíble sentido de la vista y del olfato le ayudaban a indagar en los secretos de la jungla, aunque pasaron tres días hasta que encontró el lugar donde Ara el rayo cayó sobre el guía de Blake.

Allí descubrió que el imperceptible rastro dejado por Blake se dirigía hacia el norte. Tarzán agitó la cabeza; sabía que existían una infinidad de bosques deshabitados entre el lugar en que se encontraba y los poblados galla más cercanos. Asimismo, sabía que, aunque Blake hubiese sobrevivido al hambre y a la amenaza de las bestias salvajes que poblaban la jungla, quizás habría caído víctima de una lanza galla.

Tarzán siguió durante dos días un rastro que ningún otro ojo humano podría seguir. La tarde del segundo día llegó ante la enorme cruz de piedra que se erigía justo en mitad del antiguo sendero. Tarzán vio la cruz oculto desde unos arbustos, ya que se movía igual que las bestias de presa, cubriéndose con cualquier cosa que pudiera encontrar, sospechoso de cualquier objeto extraño, siempre dispuesto a huir o a luchar si lo exigía la ocasión. Por esa razón no se encontró de frente con los dos soldados que custodiaban la entrada a la ciudad de Nimmr. El sonido de sus voces llegó a su atento oído mucho antes de que pudiera verlos.

Como cuando Sheeta o Numa se acercan a una presa, así gateó Tarzán de los Monos a través de los arbustos hasta situarse a algunos metros de los soldados. Se sorprendió mucho al oírlos conversar en un inglés que, aun siendo comprensible para él, parecía más bien una lengua extranjera. También lo sorprendieron sus anticuadas costumbres y armas, y en ellos creyó intuir una posible explicación para la desaparición de Blake, y una idea de cuál podía ser su paradero.

Durante un tiempo, Tarzán siguió observando con mucha atención a la pareja. Podría haberse tratado del mismo Numa sopesando la posibilidad de arremeter contra una presa. Vio que

iban armados con una tosca pica y una espada. Si hablaban inglés, pensó, podrían darle información acerca de Blake. Pero ¿le recibirían amablemente, o intentarían atacarlo? Estaba claro que nunca lo descubriría si seguía oculto entre los arbustos; por eso se situó de la misma forma que Numa cuando está a punto de saltar.

Los dos negros conversaban distraídos y no sospechaban ningún peligro, cuando de pronto Tarzán se abalanzó sobre la espalda del hombre que tenía más cerca y lo tumbó en el suelo. Antes de que el otro pudiera reaccionar, el hombre mono había arrastrado a su víctima al amparo de los arbustos de los que había salido, mientras el compañero se volvía y echaba a correr en dirección al túnel.

El hombre al que había cogido Tarzán forcejeó para liberarse del abrazo del hombre mono, que podía con él igual que si fuera un niño.

—Quieto —dijo—. No voy a hacerte daño.

—¡Pardiez! —gritó el negro—. ¿Qué suerte de criatura sois vos?

—Una que no te hará daño si le cuentas la verdad —replicó Tarzán.

—¿Qué queréis saber? —preguntó el negro.

—Un hombre blanco pasó por aquí hará unas semanas. ¿Dónde está?

—¿Os referís a *sir* James? —preguntó el soldado.

—¡*Sir* James! —exclamó Tarzán antes de recordar que el nombre de pila de Blake era, precisamente, James—. Se llamaba James —dijo—. James Blake.

—Ciertamente, es el mismo —dijo el soldado.

—¿Le has visto? ¿Dónde está?

—Defiende el honor de nuestro Señor Jesús y el de los caballeros de Nimmr en el gran torneo, en las lizas que hay en la llanura que se extiende ante la ciudad. Y si habéis venido a retar al buen *sir* James, encontraréis valientes caballeros y soldados que os impedirán hacerlo en su favor.

—Soy amigo suyo —dijo Tarzán.

—Entonces, ¿por qué habéis saltado así sobre mí, si sois amigo de *sir* James? —preguntó el hombre.

—No sabía cómo ibais a recibirme, ni cómo le habíais recibido a él.

—Un amigo de *sir* James siempre será bien recibido en Nimmr.

Tarzán cogió la espada del hombre y le permitió levantarse. Había perdido la pica antes de que lo arrastrara a los arbustos.

—Ve delante y llévame ante tu señor —ordenó el hombre mono —, y recuerda que tu vida será el precio que pagarás por traicionarme.

—No me obliguéis a dejar el camino libre para que lo aprovechen los sarracenos —rogó el hombre—. Mi compañero no tardará en volver con los demás, y entonces les rogaré que os lleven a cualquier lugar donde queráis ir.

—De acuerdo —dijo el hombre mono.

No llevaban esperando mucho cuando oyeron ruido de pasos que se acercaban a la carrera, y un extraño tintineo metálico que podía indicar que llevaban cadenas u otros objetos metálicos. Poco después, Tarzán se sorprendió al ver a un blanco vestido con una cota de malla, armado con una espada y un escudo, que descendía corriendo por el sendero seguido por una docena de piqueros.

—¡Diles que se detengan! —ordenó Tarzán mientras apoyaba la punta de la espada en la cintura del hombre—. Diles que quiero hablar con ellos antes de que se acerquen demasiado.

—¡Alto, os lo ruego! —gritó el muchacho—. Es amigo de *sir* James, pero me atravesará con mi propia espada si os acercáis demasiado. Hablad con él, noble caballero, para que al menos pueda vivir para conocer el resultado del gran torneo.

El caballero se detuvo a algunos pasos de Tarzán, al que miró de arriba abajo.

—¿De veras sois amigo de *sir* James? —preguntó.

—Llevo días buscándole —asintió Tarzán.

—Debió de sucederos algo terrible para perder vuestros atavíos.

—Suelo caminar de esta guisa por la jungla —respondió Tarzán con una sonrisa.

—¿Sois un caballero del mismo país que *sir* James?

—Soy inglés —respondió Tarzán de los Monos.

—¡Un inglés! ¡Entonces, bienvenido seáis a Nimmr! Mi nombre es *sir* Bertram, soy un buen amigo de *sir* James.

—Yo soy Tarzán —dijo el hombre mono.

—¿Y vuestro título? —preguntó *sir* Bertram.

Tarzán estaba intrigado con el extraño comportamiento y garbo de tan amistosa inquisición, pero se dio cuenta de que, fuera quien

fuera ese hombre, parecía tomarse a sí mismo en serio, y se sentiría más impresionado si sabía que Tarzán era un hombre de posición, de modo que optó por decir la verdad sin grandes aspavientos.

—Vizconde —dijo.

—¡Un par del reino! —exclamó *sir* Bertram—. El príncipe Gobred estará encantado de recibiros, milord Tarzán. Acompañadme y os proporcionaré armas y atavíos que os sienten bien.

En la barbacana exterior, Bertram condujo a Tarzán a la estancia reservada para el caballero de guardia, y lo retuvo allí mientras enviaba a su escudero al castillo para traer vestimenta y un caballo. Mientras esperaban, Bertram explicó a Tarzán todo lo sucedido a Blake desde su llegada a Nimmr y, también, la mayor parte de la extraña historia de aquella desconocida colonia británica.

Cuando el escudero volvió con la ropa, descubrieron que a Tarzán le sentaba como un guante, ya que *sir* Bertram era un hombretón. De ese modo, Tarzán de los Monos quedó vestido como un caballero de Nimmr, y poco después cabalgaba hacia el castillo con *sir* Bertram. Allí, el caballero anunció al hombre mono como milord vizconde Tarzán. Nada más entrar le presentaron a otro caballero, a quien persuadió para relevarlo en la entrada mientras acompañaba a Tarzán a las lizas, con objeto de presentarlo al príncipe Gobred y presenciar las últimas evoluciones del torneo, si es que éste aún no había concluido.

Tarzán de los Monos, embutido en una cota de malla y armado de lanza y espada, cabalgó hacia el interior del Valle del Sepulcro, justo cuando Bohun ejecutaba su malvado plan y raptaba a la princesa Guinalda.

Mucho antes de llegar a las lizas, Bertram se dio cuenta de que algo iba mal. Veían las nubes de polvo que se dirigían rápidamente hacia el norte alejándose de las lizas; nubes que correspondían a un grupo de caballeros persiguiendo a otro. Picó espuelas y al verlo Tarzán hizo lo propio, de modo que no tardaron en llegar a las lizas, donde descubrieron el caos que se había desatado.

Las mujeres se disponían a cabalgar de regreso a Nimmr, escoltadas por algunos caballeros que Gobred había enviado para custodiarlas. Los soldados formaban en silencio por compañías, pero había cierta confusión en todo lo que hacían, ya que de vez en

cuando buena parte de los soldados echaban a correr hacia las tribunas para otear hacia el norte, hacia las nubes de polvo que no significaban nada para ellos.

Sir Bertram se acercó a uno de sus compañeros.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

—¡Bohun ha raptado a la princesa Guinalda! —Fue la sorprendente respuesta.

—¡Voto a bríos! —gritó Bertram volviendo grupas—. ¿Cabalgaréis conmigo para prestar servicio a nuestra princesa, milord Tarzán?

Por toda respuesta, Tarzán se limitó a picar espuelas junto a Bertram, de modo que ambos cabalgaron estribo con estribo por la llanura mientras en la distancia Blake se acercaba cada vez más a los caballeros del Sepulcro que habían emprendido la huida. Tan densa era la cortina de polvo que levantaban, que permanecían tan ocultos de su perseguidor como éste lo estaba de ellos, de manera que ignoraban que Blake iba tras sus pasos.

El americano no llevaba escudo ni lanza, pero la espada golpeaba contra su costado y de su cadera derecha colgaba el cuarenta y cinco. No se había librado de la pistola desde su llegada a Nimmr; era un arma perteneciente a otro mundo, a otra época. Cuando le preguntaban respondía que se trataba de un amuleto de la suerte, aunque pensaba de veras que algún día podía serle de más utilidad de lo que los sencillos caballeros y sus damas podrían soñar. Había decidido no utilizarla jamás excepto en una batalla, o como último recurso en caso de verse en una situación comprometida o caer en una trampa, y por tanto se alegró de llevarla consigo en ese momento, ya que podía marcar la diferencia entre la libertad o el cautiverio de la mujer a la que amaba.

Se acercó lentamente a los caballeros del Sepulcro que iban en la retaguardia. Sus monturas, adiestradas y acostumbradas a cargar con el considerable peso de un hombre y los pertrechos de un caballero, aguantaban el ritmo incluso un buen rato después de partir a la carrera de las lizas de Nimmr.

El polvo se convertía en nubes, fruto del galope de los caballos. A través de dichas nubes, Blake forzaba la vista para atisbar la silueta de algunas monturas a poca distancia de él. Su caballo negro, fuerte y valiente, no mostraba signos de fatiga. Su jinete

empuñaba la espada en la mano, preparado para lo que pudiera acontecer. Ya no era un caballero negro, sino gris. El bacinete, la bella gualdrapa de su montura, hasta el mismo caballo, todo estaba gris a causa del polvo.

Blake vio a un caballero al que se acercaba lentamente. El caballero también estaba gris y Blake comprendió el valor del camuflaje que la suerte le había concedido. Podría cabalgar entre ellos sin levantar sospechas.

Instantáneamente envainó la espada y picó espuelas para ganar más velocidad. Logró pasar de largo al caballero y, después de forzar la montura hasta el límite de sus posibilidades, pasó uno tras otro por entre los caballeros de Bohun. En algún lugar encontraría a un caballero que no montara solo, y ese caballero estaba acabado.

Cuanto más se acercaba a la cabeza de la fila, más peligrosa se hacía su situación y más posibilidades había de que lo descubrieran, ya que el polvo era menos denso y por tanto los hombres podían ver más allá. Sin embargo, su propia armadura, su rostro y el bacinete de piel de leopardo estaban cubiertos de polvo, y aunque los caballeros le miraban con atención al ser adelantado, nadie lo reconoció.

Uno de ellos le saludó.

—¿Sois vos, Percival? —preguntó.

—No —contestó Blake antes de picar espuelas.

En aquel momento, ante él, vio a varios caballeros apiñados, y en un determinado momento creyó ver la falda de una mujer agitada por el viento en mitad del grupo. Se acercó hasta verse rodeado por dichos caballeros, y vio a una mujer montada en un caballo delante del caballero.

Desenvainó la espada y picó espuelas hasta situarse entre dos caballeros que cabalgaban cerca del que llevaba a Guinalda, y mientras pasaba por su lado repartió sendos tajos a diestra y siniestra, de modo que dichos caballeros cayeron de las monturas.

Volvió a picar espuelas y el caballo negro voló hasta colocarse junto al joven caballero que llevaba a la princesa. Blake atacó con tanta rapidez que ni se dio cuenta de que los caballeros apenas cabalgaban a un metro de distancia; éstos no tuvieron tiempo de darse cuenta de lo que sucedía e intentar impedirlo.

Blake pasó el brazo izquierdo por debajo de la chica, al tiempo

que tiraba un mandoble a la izquierda, por encima del hombro, hasta hundir la espada en el cuerpo del joven caballero. Después arrancó a la chica de brazos del caballero, antes de que éste cayera malherido sobre la crin del caballo. La espada de Blake quedó atrapada en el cuerpo de su rival, pues la había hundido con mucha fuerza en el enemigo que se había atrevido a acometer semejante felonía con la mujer que amaba.

Se produjeron gritos de rabia a su alrededor mientras los caballeros picaban espuelas para perseguirlo, y el caballo negro cabalgaba a su aire sin manos que guiaran sus riendas. Un tipo enorme se acercaba por la espalda de Blake, y otro se aproximaba por el lado opuesto. El primero, erguido sobre los estribos, lanzó un tajo cuando el otro tiraba de la punta del acero con intención de hundir la espada en el cuerpo del americano. Sus labios profirieron extraños juramentos, y los rostros parecían deformes de rabia mientras se esforzaban en cobrarse la vida del valiente hombre que casi había frustrado sus intenciones. Sin embargo, estaban seguros de que fracasaría, pues sólo era uno contra un millar.

Entonces sucedió algo que ninguno de ellos, al igual que ninguno de sus progenitores, pudo haber previsto. Blake empuñaba el cuarenta y cinco, y acto seguido se produjo un estallido tremendo. El caballero de la derecha cayó inmediatamente al suelo. Blake se volvió en la silla y abrió fuego contra el que le seguía de cerca por la espalda, a quien alcanzó entre ceja y ceja.

Las monturas aterrorizadas de los demás caballeros cercanos se desbocaron, al igual que el caballo negro del propio Blake; pero mientras el americano intentaba enfundar la pistola para aferrar las riendas con la mano derecha, se inclinó a la izquierda y de esa forma forzó al caballo a volver grupas lentamente hacia la dirección que pretendía tomar. El plan de Blake consistía en pasar de largo por en medio de los caballeros del Sepulcro, y después cabalgar al sur, hacia Nimmr.

Estaba seguro de que Gobred y sus seguidores no debían de estar muy lejos, y que sería cuestión de unos minutos antes poner a salvo a Guinalda tras las líneas de un millar, o más, de caballeros, dispuestos a dar sus vidas por la de la princesa. Pero los caballeros del Sepulcro se habían esparcido en un frente más amplio de lo que esperaba, y en aquel momento vio que se acercaban rápidamente

por su izquierda, de modo que se vio obligado a huir en otra dirección.

Tanto se acercaron al americano que éste se vio obligado de nuevo a desenfundar el cuarenta y cinco. Un solo disparo bastó para obligar a los caballos enemigos a alejarse desbocados del terrible estampido, aunque al mismo tiempo sumió a su caballo negro en un nuevo estado de terror que casi provocó que Blake y la chica dieran contra el suelo.

Cuando por fin logró controlar al animal, la nube de polvo que señalaba la posición de los caballeros del Sepulcro se encontraba a cierta distancia, y a la izquierda de Blake había un denso bosque, cuya oscuridad ofrecía un buen lugar para ocultarse, al menos de momento. Picó espuelas hasta adentrarse rápidamente en el bosque, donde ayudó gentilmente a la princesa a bajar del caballo. Después de desmontar aseguró el caballo a un árbol, ya que James estaba destrozado después de todo lo que había hecho durante aquel día, al igual que el caballo.

Desató la gualdrapa y la pesada silla de la montura, y sacó el bocado del morro del caballo. Después plegó parte de la gualdrapa para que el caballo ventilara mejor. En ningún momento miró a la princesa hasta que acabó de atender al caballo. Finalmente se volvió para mirarla. Estaba apoyada contra un árbol, observándole.

—Sois un valiente caballero —dijo suavemente antes de añadir —. Y también sois un patán.

Blake sonrió sin ganas. Estaba muy cansado y no tenía intención de discutir.

—Lamento tener que pedirte esto —dijo ignorando lo que acababa de oír—, pero *sir* Galahad no puede quedarse parado mientras descansa, y yo estoy muy cansado para tirar de las riendas.

La princesa Guinalda lo miró con los ojos abiertos como platos.

—Vos… vos… —tartamudeó—. ¿Vos pretendéis que tire de la bestia? ¡Soy una princesa!

—Yo no puedo hacerlo, Guinalda —respondió Blake—. Acabo de decirte que estoy hecho polvo, y que cargo con esta cota de malla desde el amanecer. Supongo que tendrás que hacerlo tú misma.

—¡Tendré! ¿Os atrevéis a darme órdenes, bellaco?

—¡Cierra la boquita, niña! —advirtió Blake secamente—. Soy responsable de tu seguridad, y ésta depende del caballo. ¡Venga, no

te entretengas y haz lo que te pido! Tira lentamente de las riendas hacia atrás y hacia delante.

La princesa Guinalda tenía lágrimas de rabia en los ojos, dispuesta como estaba a responder a tamaña insolencia, pero vio algo en la mirada de Blake que la calló. Le observó durante unos segundos y después se volvió y se dirigió hacia el caballo negro. Desenrolló la rienda que lo sujetaba al árbol y lo movió como le había ordenado Blake, mientras éste descansaba con la espalda apoyada en el tronco de un enorme árbol sin perder detalle de la llanura, atento ante el menor signo de persecución.

Pero no vio nada, ya que los caballeros de Nimmr habían alcanzado a los caballeros del Sepulcro, y ambas fuerzas estaban enzarzadas en un combate desordenado que los acercaba cada vez más a la ciudad del Sepulcro, situada en la parte norte del valle.

Guinalda estuvo ocupada con el caballo durante una media hora, cosa que hizo en silencio, igual que Blake mientras observaba atentamente el valle. Pasada esa media hora se volvió hacia la chica y se puso en pie.

—Ya es suficiente —dijo acercándose hacia ella—. Gracias. Yo me encargo a partir de ahora. Estaba demasiado cansado para hacerlo antes.

La princesa le entregó las riendas del caballo negro sin decir una sola palabra, y Blake se encargó de frotar al caballo desde el hocico hasta las grupas con unas hojas secas que había recogido. Al terminar volvió a colocar la gualdrapa y se sentó junto a la chica. Su mirada repasó el contorno de su perfil. Su nariz recta, la fugacidad del labio superior, su barbilla orgullosa.

«Es maravillosa —pensó Blake—. Pero es egoísta, arrogante y cruel» Sin embargo, cuando ella volvió la mirada hacia él, aunque sus ojos fingieron no verle, pareció negar todo lo dicho en su contra.

Blake se dio cuenta de que sus ojos nunca dejaban de moverse. Su mirada pasaba de un lado a otro, aunque la mayor parte del tiempo observaba el bosque y las copas de los árboles con atención. Una vez pareció sobresaltada y se volvió de pronto para mirar con atención hacia el interior del bosque.

—¿Qué sucede? —preguntó Blake.

—Me ha parecido ver algo en el bosque —dijo—. Vámonos.

—Es casi de noche. Cuando esté oscuro podremos cabalgar de regreso a Nimmr. Quizás algunos de los caballeros de Bohun aún anden por ahí buscándote.

—¿Qué? —exclamó—. ¿Quedarnos aquí hasta que se haga de noche? ¿Acaso no sabéis dónde estamos?

—¿Por qué? ¿Qué tiene de malo este lugar? —preguntó el hombre.

Ella, antes de responder, se inclinó hacia él con la mirada aterrorizada.

—¡Es el bosque de los leopardos! —susurró.

—¿Sí? —preguntó despreocupadamente.

—Aquí moran los grandes leopardos de Nimmr —continuó la chica—, y cuando cae la noche sólo un campamento con muchos guardias y un buen fuego puede considerarse a salvo de ellos. A veces, ni así, ya que de muchos es sabido que pueden saltar sobre alguien y arrastrarlo al interior del bosque para devorarlo mientras los gritos se oyen desde el campamento. Pero —de pronto la expresión de sus ojos obedeció a un nuevo pensamiento— no he olvidado la extraña y estruendosa arma con la que habéis matado a los caballeros de Bohun. ¡Seguro que también podríais matar a los leopardos del bosque!

Blake titubeó antes de responder; no quería engañarla, pero tampoco alarmarla aún más.

—Quizá sea mejor partir inmediatamente —respondió mientras se acercaba a *sir* Galahad—; tenemos un largo camino por delante y no tardará en anochecer.

Casi había alcanzado al caballo cuando, de pronto, el animal levantó la cabeza y con las orejas en punta y las fosas nasales dilatadas dirigió la mirada hacia la espesura del bosque. Durante un instante, *sir* Galahad tembló como una hoja y, después, con un salvaje bufido, tiró hacia atrás de la cuerda que lo ataba al árbol y, tras romperla, volvió grupas y salió al galope a la llanura. Blake desenfundó la pistola y echó un vistazo al bosque, pero no vio nada, y su atrofiado sentido del olfato tampoco fue capaz de descubrir el olor que, con tanta claridad, había olfateado el hocico de *sir* Galahad.

Unos ojos que no pudo ver le estaban observando, pero no eran los ojos de Sheeta el leopardo.

XX

«¡TE QUIERO!»

LORD TARZÁN cabalgaba en compañía de *sir* Bertram siguiendo la estela de los caballeros de Nimmr, a quienes no alcanzaron hasta después de que Blake hubiera salvado a la princesa Guinalda. Después llegaron los hombres de Gobred para enfrentarse en combate con los del Sepulcro, y al acercarse, Tarzán vio a dos caballeros enzarzados en singular combate. El caballero de Nimmr cayó ante la lanza de su adversario, que inmediatamente después se fijó en Tarzán.

—¡Voy por vos, caballero! —gritó el del Sepulcro. Acto seguido agarró la lanza con fuerza y picó espuelas hacia su adversario.

Aquella era una experiencia totalmente nueva para el hombre mono, una nueva aventura, una nueva emoción. Sabía tanto de justas con lanza como de jugar al ping-pong, pero desde niño había manejado dicha arma, y por ello sonrió al ver al caballero que cargaba hacia él.

Lord Tarzán aguantó la carga, y al caballero del Sepulcro le desconcertó comprobar que su adversario esperaba su llegada inmóvil, sin picar espuelas. Lord Bertram había vuelto grupas para observar el curso del combate y ver cómo se las apañaba el par de Inglaterra en una justa, pero también estaba perplejo. ¿Sería un loco? ¿Tendría miedo?

A medida que se acercaba su rival, Tarzán se incorporó apoyado en los estribos y tiró hacia atrás el brazo que sostenía la lanza por encima de la cabeza; cuando la lanza del oponente se encontraba a unos metros de distancia, el hombre mono arrojó el arma como tantas otras veces había arrojado la lanza de caza, o la de combate, según se encontrara cazando o luchando. No era el vizconde de

Greystoke el que se enfrentaba en ese momento al caballero del Sepulcro; tampoco era el rey de los grandes monos. Era el jefe de los waziri, y ningún otro brazo del mundo habría sido capaz de esgrimir una lanza pesada como el suyo.

La lanza salió disparada con fuerza, con tanta rapidez como una flecha. Dio contra la armadura del caballero del Sepulcro justo por encima del ombligo y, pese a las astillas que saltaron por la fuerza del impacto, la punta horadó la malla hasta llegar al corazón. Al mismo tiempo, Tarzán tiró de las riendas del caballo para hacerse a un lado, de modo que su caído rival pasó de largo al trote.

Sir Bertram sacudió la cabeza y picó espuelas para enfrentarse a un caballero enemigo que le había retado. No estaba seguro de que la forma de actuar de Tarzán fuera demasiado ética, pero debía admitir que había resultado un magnífico espectáculo.

Los caprichos de la batalla llevaron a Tarzán hacia el oeste. Perdida la lanza, luchó a espada. La suerte, su gran fuerza y su maravillosa agilidad le hicieron salir victorioso en los dos encuentros en los que participó. A esas alturas, la batalla se había desplazado hacia el nordeste.

Tarzán dio buena cuenta de su segundo oponente pese a haber perdido la lanza, y un caballero del Sepulcro había acabado con uno de Nimmr. Eran los únicos que quedaban en el campo, y el del Sepulcro no perdió un instante en retar a gritos al hombre mono. Jamás en toda su vida había encontrado Tarzán hombres tan fieros y valientes, tan sedientos de sangre. El hecho de que glorificaran su existencia mediante el conflicto y la muerte, con una furiosa lujuria que superaba el más enloquecedor de los fanatismos que había conocido, llenaba a Tarzán de admiración. ¡Qué hombres! ¡Qué guerreros!

En ese momento, el último caballero se acercaba a él. Sus espadas entrechocaron mientras se resguardaban al amparo del escudo. Volvieron grupas para golpearse de nuevo en combate cuerpo a cuerpo. Ambos se erguían en los estribos para descargar el tajo más terrible; ambos parecían dispuestos a hendir el arma en el cráneo enemigo. La hoja del caballero del Sepulcro rebotó en el escudo de Tarzán y se hendió en el cráneo del caballo del hombre mono, pero la hoja de Tarzán no falló. Éste saltó al caer su caballo, y su adversario cayó de bruces muerto a sus pies mientras la

montura, sin jinete, se alejaba al galope hacia la ciudad del Sepulcro.

Tarzán miró a su alrededor. Estaba solo en el campo. Lejos, al norte, y también al este, vio el polvo que levantaba la batalla. La ciudad de Nimmr se encontraba al final de la llanura, al sur. Blake se dirigiría hacia allí cuando terminara la batalla, y era a Blake a quien Tarzán había ido a buscar. El sol se hundía bajo las colinas occidentales cuando se volvió dispuesto a caminar a Nimmr. La cota de malla que vestía era muy pesada, cálida e incómoda, y no pasó mucho tiempo antes de que decidiese deshacerse de ella. Tenía el cuchillo y la cuerda, cosas que siempre llevaba consigo. De modo que dejó en el suelo la espada y la armadura y emprendió el camino de vuelta con un suspiro de alivio.

Mientras Ibn Jad atravesaba el valle procedente de la ciudad del Sepulcro en dirección a la ciudad que había visto al otro lado, se sintió perturbado por las enormes nubes de polvo levantadas por los caballeros del Sepulcro y los de Nimmr que los perseguían.

Cerca, a su derecha, había un bosque, y consideró que sería prudente ocultarse en sus sombras hasta averiguar más detalles que explicaran la naturaleza de aquella enorme nube que se acercaba con tanta rapidez. En el interior del bosque hacía fresco, e Ibn Jad y sus seguidores tuvieron oportunidad de descansar.

—Quedémonos aquí —sugirió Abd al-Aziz— hasta la tarde. Entonces podremos acercarnos a la ciudad al amparo de la oscuridad.

Ibn Jad se mostró de acuerdo con el plan, de modo que acamparon en el interior del bosque y esperaron. Observaron que la nube de polvo pasaba de largo a su altura, y que se dirigía hacia la ciudad del Sepulcro.

—*Billah*, menos mal que escapamos de ese pueblo antes de que volviera su dueño —dijo Ibn Jad.

Vieron entrar a un jinete en el bosque, o pasar al sur del mismo, cosa que no pudieron saber a ciencia cierta, pero como no les interesaba ningún jinete en particular no investigaron más. Parecía llevar a otra persona en el caballo, o algún bulto de tamaño considerable. A esa distancia no podían distinguir de qué se trataba.

—Quizá —dijo Abd al-Aziz— encontremos mayores tesoros en la ciudad del sur.

—Y quizá también a la mujer maravillosa de la que nos habló el *sahar* —añadió Ibn Jad—, ya que no la encontramos en la ciudad que hemos saqueado esta mañana.

—Allí había algunas que eran maravillosas —dijo Fahd.

—La que busco es más bella que una hurí —dijo Ibn Jad.

Cuando reemprendieron la marcha justo antes de anochecer, se movieron con cautela por el lindero del bosque. Habían recorrido quizás un kilómetro y medio cuando los de la vanguardia oyeron un rumor de voces. Ibn Jad envió a uno de sus hombres a investigar. El hombre no tardó en volver. Tenía la mirada febril de la emoción.

—¡Ibn Jad —susurró—, no es necesario que busquéis más: la hurí está justo ahí!

Siguiendo la sugerencia del explorador, Ibn Jad se adentró junto a sus acompañantes en el bosque y se acercó a Blake y Guinalda por el oeste. Cuando *sir* Galahad rompió las riendas y Blake desenfundó el cuarenta y cinco, Ibn Jad supo que no podían seguir mucho más tiempo escondidos y por ello llamó a Fahd.

—Muchos de los nasraní hablan la lengua que aprendiste entre los soldados del norte —dijo—. Habla a este hombre en esa lengua; dile que nos hemos extraviado y que somos amigos.

Cuando Fahd vio a la princesa Guinalda, sus ojos se abrieron como platos y se puso a temblar como alguien aquejado de fiebres. Jamás en su vida había visto a mujer más hermosa, y jamás habría creído que una blanca pudiera ser tan adorable.

—No disparéis sobre nosotros —dijo a Blake, desde detrás de unos arbustos—. Somos amigos y nos hemos perdido.

—¿Quiénes sois? —preguntó Blake, sorprendido de oír hablar francés en el valle del Sepulcro.

—Somos gente pobre del desierto —contestó Fahd—. Nos hemos perdido. Ayúdanos a encontrar el camino de regreso y que todas las bendiciones de Alá recaigan sobre ti.

—Salid y dejad que os vea —dijo Blake—. Si vuestras intenciones son amistosas no tenéis por qué temer nada de mí. Por hoy he agotado el cupo de problemas que estoy dispuesto a resolver.

Fahd e Ibn Jad salieron de entre los arbustos para darse a conocer. Al verlos, Guinalda soltó un grito y cogió a Blake del brazo.

—¡Los sarracenos! —exclamó ahogando otro grito.

—Supongo que son sarracenos, pero no te preocupes —dijo Blake—. No van a hacerte daño.

—¿No atacarán a un cruzado? —preguntó con incredulidad.

—Estos tipos no han oído hablar en su vida de las Cruzadas.

—No me gusta el modo en que me miran —susurró Guinalda.

—En fin, a mí tampoco, pero quizá no alberguen malas intenciones.

Los árabes se acercaron sonriendo de oreja a oreja, y a través de Fahd Ibn Jad repitió sus expresiones de amistad, y su alegría de haber encontrado a alguien capaz de indicarle cómo salir del valle. Hizo muchas preguntas sobre la ciudad de Nimmr; y entre tanto, sus seguidores estrecharon el cerco sobre Blake. De pronto las sonrisas desaparecieron de sus rostros cuando, a una señal del jeque, cuatro robustos beduinos se abalanzaron sobre el americano y lo tumbaron en el suelo para arrebatarle el arma, mientras otros dos se hacían con la princesa Guinalda.

No tardaron nada en atar y amordazar a Blake. Después, los árabes debatieron qué hacer con él. Varios querían cortarle la garganta, pero Ibn Jad se opuso, ya que se encontraban en un valle repleto de amigos de aquel blanco, y si los caprichos de la fortuna decidían entregar a algunos beduinos a manos del enemigo, siempre se portarían mejor con ellos si no mataban a Blake.

Blake amenazó, juró, rogó que pusieran en libertad a Guinalda, pero Fahd se limitó a reírse de él, y a escupirle. Durante un tiempo pareció seguro que iban a matar a Blake, cuando uno de los beduinos se situó ante él con el afilado *juxa* en la mano, a la espera de recibir órdenes de Ibn Jad. Entonces Guinalda se libró de quienes la retenían y se arrojó sobre él para proteger su cuerpo de aquel cuchillo, interponiendo el suyo propio.

—¡No lo mataréis! —gritó—. Matadme a mí y derramaréis sangre cristiana, pero a él perdonadlo.

—No entienden lo que dices, Guinalda —dijo Blake—. Quizá no me maten, pero eso no importa. Debes huir.

—¡Oh, no os matarán, no os matarán! ¿Podréis perdonar las crueles cosas que os he dicho? No las decía en serio. Heristeis mi orgullo cuando Malud me contó lo que le habíais dicho, y por ello hablé para heriros, pero no lo decía en serio. ¿Podréis perdonarme?

—¿Perdonarte? ¡Por el amor de Dios, podría perdonarte un asesinato! Pero ¿qué te dijo Malud?

—Oh, no importa. ¿Qué importa lo que pudierais decir? ¡Os he dicho que lo olvidéis! Volved a decir las palabras que dijisteis cuando colgué mi prenda de vuestro hombro y os lo perdonaré todo.

—¿Qué os dijo Malud? —insistió Blake.

—Que habíais fanfarroneado respecto a que me conquistaríais y después rechazaríais mi amor —susurró.

—¡Gusano! Es necesario que sepas que mentía, Guinalda.

—Decid lo que os he pedido y sabré que mentía —insistió ella.

—¡Te quiero! ¡Te quiero, Guinalda! —gritó Blake.

Los árabes cogieron a la chica con sus manazas de hierro y la pusieron en pie. Ibn Jad y el resto seguían discutiendo acerca de lo que debía hacerse con Blake.

—¡Por Alá! —exclamó finalmente el jeque—. Dejaremos al nasraní donde está, y si muere nadie podrá decir que fueron los Beduw quienes lo mataron. Abd al-Aziz, coge a algunos hombres y cruza el valle hacia la otra ciudad. Vamos, te acompañaré un trecho para que hablemos sin que el nasraní esté presente; quizás entienda mejor nuestra lengua de lo que nosotros pensamos.

Al emprender el camino hacia el sur, Guinalda intentó liberarse de nuevo de sus secuestradores, pero éstos se la llevaron a rastras. Blake la vio debatirse hasta el final, y también vio su adorable rostro vuelto hacia él, y al desaparecer de su vista entre los árboles para adentrarse en la oscuridad de la noche, ella gritó dos palabras que significaban más para él que todas las palabras de todas las lenguas del mundo juntas.

—¡Os amo!

A cierta distancia de Blake, los árabes se detuvieron.

—Aquí me separo de vosotros, Abd al-Aziz —dijo Ibn Jad—. Adelante, a ver si descubrís que la ciudad es lugar de riquezas. Si está bien vigilada no intentéis nada; al contrario: volved al *manzil* que encontraréis más allá de la cima norte, donde está ahora. Si lo desplazamos, dejaremos un rastro tan claro que podréis seguirlo sin dificultad. Yo me apresuro a dejar el valle cargado con este rico tesoro, por no mencionar a la mujer. ¡*Billah*! En el norte pagarán por ella el rescate de una docena de jeques. ¡Partid, Abd al-Aziz, y

que Alá os acompañe!

Ibn Jad se volvió directamente al norte. Creía que el gran ejército de jinetes cuyo rastro había visto en la distancia gracias a la nube de polvo volvía a la ciudad que acababa de saquear, por lo cual no podía salir del valle por la misma ruta por la que había entrado, y por ello estaba decidido a intentar escalar las escarpadas montañas por la falda oeste de la ciudad del Sepulcro, evitando el castillo y a sus ocupantes.

Blake escuchó los pasos de los beduinos a medida que se perdían en la distancia. Forcejeó con las ataduras, pero la piel de camello no cedió un solo milímetro. Después permaneció inmóvil. Qué silencioso, qué solitario parecía el negro y ominoso bosque de los leopardos. Blake escuchó con atención. Por un momento creyó oír el rumor de pasos, el sonido de grandes cuerpos peludos acercándose a través de la hojarasca. Los minutos se arrastraron lentamente. Había pasado una hora.

La luna surgió en el firmamento. Era una luna grande, creciente, roja. Surgió en silencio por encima de las lejanas montañas. Aquella luna le observaba a él, pero también observaba a Guinalda. Susurró un mensaje para ella, un mensaje para su princesa. Era la primera vez que Blake estaba enamorado, y a punto estuvo de olvidar sus ataduras y la amenaza de los leopardos al repetir aquellas dos palabras que Guinalda había gritado en la distancia de su separación.

¿Qué había sido eso? Blake forzó la vista en la oscuridad que reinaba en el bosque sombrío. ¡Algo se movía! Sí, era el sonido de sutiles pasos, el roce de un cuerpo peludo contra las hojas y las ramas. El leopardo del bosque se acercaba. ¡Pero atención! Debía de haber otro en un árbol cercano, porque estaba seguro de ver una sombra casi encima de él.

La luz de la luna que se recortaba al este, en el horizonte, se filtró entre los árboles e iluminó el terreno donde estaba Blake, hasta llegar más allá, a unos doce metros más o menos. En ese momento, en el terreno iluminado apareció un enorme leopardo. Blake pudo ver la mirada fiera de sus ojos, sintió cómo se fijaban en él como el fuego. No podía apartar los suyos de la imponente figura del felino, impelido por una morbosa fascinación.

El carnívoro se acercó a él centímetro a centímetro, como si

disfrutara de la situación. Blake vio la sinuosa cola golpear de lado a lado; vio los enormes colmillos al desnudo; vio a la bestia estirarse en el suelo, con los músculos tensos. ¡Estaba a punto de saltar! Indefenso, horrorizado, Blake era incapaz de apartar la mirada de aquel rostro, que se le antojó tan sonriente como horripilante. Vio que de pronto saltaba con la agilidad y la ligereza de un gato domesticado, y en el mismo instante vio algo relucir en el aire. El leopardo se detuvo a medio salto, antes de que lo izaran al árbol que había sobre la cabeza de Blake.

Vio la forma oscura que había visto antes, aunque en ese momento correspondía a un hombre, el mismo que había levantado al leopardo mediante una cuerda que había arrojado al cuello del felino, en cuanto hizo el ademán de saltar sobre la presa. Entre gritos, sin dejar de forcejear con uñas y dientes, Sheeta el leopardo se vio arrastrado al árbol. Una poderosa mano lo cogió del cuello, mientras la otra le hundía la hoja de un cuchillo en pleno corazón.

Cuando Sheeta dejó de luchar y quedó colgando completamente inmóvil, la mano soltó su presa y el cadáver del animal cayó al suelo junto a Blake. Entonces, la divina criatura de un hombre blanco casi desnudo cayó suavemente sobre un lecho de hojas.

—¡Tarzán de los Monos! —gritó Blake, alegre y sorprendido.

—¿Blake? —preguntó el hombre mono antes de añadir—: ¡Por fin! Por lo visto te he encontrado en el momento más oportuno.

—¡Sabias palabras! —exclamó Blake.

Tarzán cortó las ataduras que mantenían inmóvil al americano.

—¿Me estabas buscando? —preguntó Blake—. Desde que me enteré de que te habías separado del safari.

—¡Por san Jorge! ¡Eso ha sido muy noble por tu parte!

—¿Quién te ha dejado aquí atado?

—Un puñado de árabes.

Algo similar a un gruñido escapó de los labios del hombre mono.

—¿Ese villano de Ibn Jad anda por aquí? —preguntó con incredulidad.

—Se llevaron a una chica que estaba conmigo —dijo Blake—. No creo que sea necesario pedirte que me ayudes a rescatarla.

—¿Por dónde se fueron? —preguntó Tarzán.

—Por allí —dijo Blake señalando hacia el sur.

—¿Cuándo?

—Hará una hora.

—Será mejor que te libres de esa armadura —recomendó Tarzán —. Es muy engorroso andar con ella, te lo digo por experiencia.

Blake se libró de la cota de malla con la ayuda del hombre mono, y después ambos se dispusieron a seguir el rastro dejado por los árabes. Allí donde Ibn Jad se había separado para volver al norte no supieron cuál de los dos rastros seguir, ya que las huellas de Guinalda, que el hombre mono había descubierto de vez en cuando desde que abandonaron el lugar donde raptaron a la chica, desaparecían por completo.

Se preguntaron qué habría sido de ellos. No tenían forma de saber que en ese lugar, cuando ella descubrió que Ibn Jad iba a alejarse de Nimmr, se había negado a seguir caminando. No pasó nada mientras se acercaban a Nimmr, pero después se negó en redondo a tomar parte en su propio secuestro cuando supo que se alejaría aún más de su hogar.

La brisa que soplaba procedente del este impidió a Tarzán recurrir a su poderoso olfato, de modo que ni siquiera el hombre mono tenía forma de saber en qué dirección, o en que compañía, se había ido Guinalda.

—Lo más razonable —dijo Tarzán— es que tu princesa acompañe al grupo que se dirigió al norte; por lo que sé, el *manzil* de Ibn Jad se encuentra en esa dirección. No accedió al valle por el sur. Eso lo sé porque yo mismo entré por ese camino, y *sir* Bertram me aseguró que sólo había dos vías de entrada: la mía y la que discurre al norte de la ciudad del Sepulcro. Ibn Jad querrá sacar a la muchacha del valle y llevarla al campamento tan pronto como sea posible, tanto si tiene intención de retenerla como si quiere llevarla al norte para venderla. El grupo que siguió hacia el sur, hacia Nimmr, puede que tenga intención de dirigirse allí para negociar el rescate; pero lo más probable es que no los acompañe. Sin embargo, todo esto no son más que conjeturas. Debemos asegurarnos, y por tanto sugiero que sigas su rastro hacia el norte, que es, estoy seguro, el que conducirá a la chica, mientras yo mismo me dirijo hacia el sur.

»Yo puedo viajar más rápidamente que tú y, si estoy en lo cierto y la chica está con los que se dirigieron al norte, daré la vuelta y te alcanzaré sin perder mucho tiempo. Si alcanzas a los del norte y

descubres que no tienen a la chica, lo mejor será que des media vuelta y te reúnas conmigo; pero si la ves, espera a que yo vuelva y no te arriesgues, ya que no vas armado, y esos beduinos no dudarán a la hora de cortarte la garganta, como no dudan a la hora de tomar una taza de café. En fin, ¡adiós y buena suerte! —Y Tarzán de los Monos se alejó corriendo en la misma dirección del rastro del grupo que se había dirigido en dirección a Nimmr, mientras Blake se volvía al norte para emprender el tenebroso camino que atravesaba las oscuras profundidades del bosque de los leopardos.

XXI

«¡POR CADA JOYA, UNA GOTA DE SANGRE!»

IBN JAD y su gente caminaron hacia el norte durante toda la noche. Aunque la negativa de Guinalda a seguir caminando supuso un retraso, lograron avanzar rápidamente al verse impelidos por las ansias que tenían de salir del valle con el botín antes de que pudieran descubrirlos o antes de que los caballeros que en aquel momento estaban acuartelados en el castillo y en la ciudad que, por fortuna, habían encontrado casi desierta se dispusieran a buscarlos.

La avaricia les dio más fuerza y resistencia de la que era normal en ellos y, gracias a eso, al caer la noche habían llegado a la falda de la escarpada montaña que Ibn Jad estaba decidido a escalar en lugar de intentar asaltar el castillo que custodiaba el acceso al valle. Agotados, alcanzaron finalmente el paso situado justo por encima de la barbacana exterior que custodiaba el camino hacia la ciudad del Sepulcro. No los descubrió ninguno de los vigilantes que había en la zona, y por fin el último de ellos estuvo a salvo en el sendero que conducía al bajo collado que había en la falda de la montaña, detrás del cual se encontraba el *manzil* de los beduinos.

Los defensores de la barbacana realizaron una salida ofensiva y se acercaron tanto por retaguardia que el caballero que dirigía la operación llegó a reconocer a Guinalda. Sin embargo, los disparos de mosquete efectuados por los hombres del desierto obligaron a los soldados mal pertrechados de Bohun a emprender la retirada, aunque el valiente caballero aferró la lanza y volvió a cargar hasta que tumbaron de un disparo al caballo, él quedó aplastado bajo su peso.

Caía la noche cuando Ibn Jad y compañía llegaron caminando

pesadamente a la entrada del *manzil*. Pese a caer exhaustos, el jeque sólo permitió una hora de sueño antes de dar orden de partida. Estaba claro que el jeque del *fandí* de al-Guad tenía cada vez más miedo de verse privado del tesoro y la muchacha antes de alcanzar las llanuras arenosas de su propio y árido *beled*. Dividió la pesada carga del tesoro en varios fardos, que se distribuyeron entre los seguidores en quienes más confiaba, mientras la custodia de la muchacha cautiva se confió a Fahd, cuya mirada maligna llenaba a la princesa de temor y aversión.

Stimbol, que en secreto había oído hablar del tesoro y estaba al tanto de todas las locuras relacionadas con las mujeres bellas que los árabes pretendían encontrar en alguna ciudad fabulosa y oculta, se sorprendió al ver el éxito de los beduinos, que al principio atribuyó a las alucinaciones de sus febriles mentes.

Debilitado, Stimbol caminaba inseguro por el sendero, tan arrimado a Fahd como era posible, ya que de todos los miembros del campamento sabía que aquella sabandija era la única persona dispuesta a ayudarle. Para Fahd, Stimbol significaba una gran riqueza. Aunque en la calenturienta mente del beduino anidaba otro propósito, ya que se había prendado locamente de la muchacha blanca. Había concebido un plan para conseguirla que estaba a punto de volverlo completamente loco. Fahd cayó en la cuenta de que con las riquezas prometidas por Stimbol podría permitirse poseer a esa adorable blanca, a la que, de otra forma, cualquier beduino vendería por el más alto precio que alcanzara. Por ello, Fahd tramaba planes y más planes con el solo objeto de disponer a sus anchas tanto de Guinalda como de Stimbol. Sin embargo, en sus planes siempre se interponía la obstinada figura del avaricioso jeque.

Ibn Jad se volvió al este, al pie de las montañas del Sepulcro, para evitar pasar de nuevo por el territorio de Batando. Más allá del extremo este se volvería de nuevo hacia el sur, y más tarde emprendería el camino del oeste, justo por encima del territorio norte que, de forma nominal, pertenecía a Tarzán, ya que, aunque lo daban por muerto, temían una posible venganza por parte de los suyos.

Era tarde cuando acamparon. Los preparativos para la cena se hicieron sin mayor dilación. Temblaban y parpadeaban las luces

que despedían las fogatas para cocinar y las linternas de papel en el *bait* del jeque, pero no tanto como para impedir que Ateja se percatara de que Fahd dejaba caer algo en el tazón de comida que ella había preparado para Ibn Jad, situado entre él y el hombre que quería asesinarlo.

Cuando el jeque estiró el brazo para hacerse con el tazón, Ateja salió de la tienda de las mujeres y se lo quitó de un manotazo. Antes de que pudiera justificarse o acusar a Fahd por su villanía, el muy gusano, al darse cuenta de que habían descubierto su perfidia, se puso en pie de un salto, cogió el mosquete y penetró en la tienda de las mujeres, donde habían dejado a Guinalda bajo la atenta mirada de Hirfa y Ateja.

Cogió a la muchacha de la muñeca y la arrastró hasta atravesar la tienda por la lona posterior, y desde allí se dirigieron a la tienda de Fahd. Para entonces, el *mukad* de Ibn Jad estaba de lo más alborotado. El jeque pedía explicaciones a Ateja por lo que había hecho, y seguía sin darse cuenta de que Fahd había escapado por la parte posterior de su tienda, ya que nadie le había seguido al interior de la tienda de las mujeres.

—¡Puso *simm* en vuestra comida! —gritó Ateja—. Vi cómo lo hacía, y la prueba de ello es que ha huido en cuanto ha descubierto que yo lo sabía.

—*Billah* —exclamó Ibn Jad—. ¿Ese hijo de un chacal quería envenenarme? ¡Cogedlo y traedlo a mi presencia!

—¡Ha huido por la parte posterior de la tienda! —gritó Hirfa—. Se ha llevado a la Nasrawia.

Los beduinos se pusieron en pie y después efectuaron un registro para buscar a Fahd, pero al llegar a su tienda se vieron obligados a retroceder cuando éste les disparó. En la tienda cogió a Stimbol, que dormía sobre un inmundo jergón, y lo obligó a ponerse en pie.

—¡Aprisa! —susurró al oído del americano—. ¡Ibn Jad ha ordenado que te maten! ¡Rápido! ¡Sígueme, que yo te salvaré!

Corrió de nuevo a la parte posterior de la tienda, de modo que cuando quienes querían apresarlo se acercaron por delante rabiosos aunque precavidos, Fahd, arrastrando a Guinalda y seguido por Stimbol, se escabulló del *manzil* al amparo de la oscuridad, en dirección oeste.

Era de noche cuando James Blake, que había seguido el claro

rastro dejado por Ibn Jad, superó finalmente el último obstáculo y dio de lleno con el sendero que conducía al mundo exterior que había más allá del valle del Sepulcro. A un centenar de metros a su derecha se alzaban las grises torres de la barbacana, y a su izquierda se hallaba el sendero que conducía al lugar donde se encontraba el objeto de su amor. A su alrededor, ocultos entre los arbustos, había soldados del rey Bohun del Sepulcro, aunque él ignoraba ese detalle, y no podía saber que los vigías habían observado atentamente su lento progreso.

Agotado por tan penoso ascenso, después de horas de esfuerzos sin comer ni descansar y desarmado, Blake se sintió incapaz de resistirse o de intentar escapar cuando una docena de hombres armados surgió de entre los matojos cercanos para amenazarle con el acero. De ese modo, *sir* James de Nimmr fue apresado y conducido en presencia del rey Bohun. Cuando éste lo interrogó y descubrió que era el mismo caballero negro que había frustrado su intento de secuestro de la princesa Guinalda, apenas pudo contenerse.

Después de asegurar a Blake que lo mataría tan pronto como Bohun fuera capaz de dar con una muerte proporcional al daño que había causado, el rey ordenó cargarlo de cadenas y, custodiado por guardias, el americano fue conducido a un foso oscuro que había bajo el castillo. Allí un herrero, junto al fuego de las forjas, forjó gruesos grilletes de duro acero que ataron los tobillos del preso a un húmedo muro de piedra.

Blake vio a dos criaturas desnudas y demacradas a la luz de las forjas, encadenadas de manera similar, y en un lejano rincón atisbó un esqueleto entre cuyos huesos distinguió cadenas y argollas para los tobillos. Entonces, en silencio, los guardias y el herrero abandonaron la estancia sin olvidar llevarse las antorchas, y James Blake quedó a merced de la oscuridad y la desesperación.

En la llanura, bajo la ciudad de Nimmr, Tarzán había alcanzado al grupo de beduinos liderados por Abd al-Aziz y, después de asegurarse de que la chica no iba entre ellos, se había vuelto sin revelar su presencia y se apresuraba hacia el norte para retomar el rastro del otro grupo. Necesitado de comida y descanso, se tumbó en el bosque de los leopardos durante lo más caluroso del día después de dar caza a Horta el jabalí, al que mató rápidamente. Con

la tripa llena, el hombre mono descubrió un árbol con una sólida y elevada rama a la que los pesados leopardos no podían acceder, y allí durmió hasta que el sol se hundió a espaldas del *manzil* occidental, donde había acampado la gente de Ibn Jad durante su incursión en el valle del Sepulcro.

Hacía un tiempo que había perdido el rastro de Blake, pero el de la chica aparecía de forma intermitente y, como rescatarla a ella tenía preferencia sobre cualquier otra consideración, siguió las huellas de Ibn Jad. Durante un tiempo se sintió intrigado por el hecho de que el rastro de Guinalda, bien señalado por las improntas de las diminutas sandalias de diseño medieval, no apareciera entre las huellas de quienes procedían del *manzil* beduino. Perdió algún tiempo buscando alrededor con la esperanza de descubrir la solución a aquel enigma, y al final dio con la verdad. Las sandalias ligeras de Guinalda acabaron destrozadas por el uso, por no mencionar que no debían de ser muy aconsejables para una larga caminata, y al parecer fueron sustituidas por unas de Ateja. Por ello fue más dificultoso diferenciar entre el rastro de las dos muchachas, que tenían en común el mismo peso y pie, lo cual hacía las huellas prácticamente idénticas. Por tanto, Tarzán se contentó con seguir el rastro del grupo, y de ese modo pasó por el lugar donde habían acampado la primera noche, donde Fahd secuestró a Guinalda de nuevo, sin descubrir que tres de sus miembros se habían alejado hacia el oeste, mientras el grupo principal de los árabes emprendía la marcha hacia el este.

Y mientras Tarzán seguía el rastro de Ibn Jad, un centenar de robustos waziri se dirigieron al norte procedentes del abrevadero de la llanura, y rodearon las rocas hasta dar con el rastro de los beduinos. Los acompañaba Said, que les había suplicado con tanta vehemencia que le dejaron acompañarlos cuando pasaron por el poblado donde esperaba, que al final el subjefe se avino a razones.

Cuando Tarzán dio con los árabes, éstos ya se dirigían hacia el sur después de rodear el extremo este de las montañas del Sepulcro. Vio las bolsas que cargaban y la evidente preocupación con que Ibn Jad las custodiaba y vigilaba, por lo que no tardó mucho en suponer que el astuto ladrón había encontrado el tesoro que tanto ansiaba. Sin embargo, no vio nada que indicara la presencia de la princesa. Al parecer, Stimbol también había desaparecido.

Tarzán estaba furioso. Estaba furioso por haber permitido que los beduinos se hubieran atrevido a invadir su territorio, y también estaba molesto consigo mismo porque se sentía engañado. Tarzán tenía sus propios métodos de castigar a sus enemigos y tenía, también, su propio sentido del humor; un humor más bien negro. Cuando la gente hacía maldades se dedicaba a aprovecharse de aquello que les causaba mayores preocupaciones, y en eso era implacable con sus enemigos.

Estaba seguro de que los árabes lo daban por muerto y en ese momento no le pareció buena idea sacarlos de su error. Le complacía la idea de que empezaran a acusar el peso de su rabia, y que probasen los primeros frutos de su maldad. Moviéndose en silencio a través de los árboles, pudo seguir sin problemas a los árabes, a quienes nunca perdía de vista. Ninguno de ellos vio a Tarzán; ni siquiera soñaban con que aquel salvaje par de ojos siguiera sus movimientos con quirúrgica precisión.

Cinco hombres llevaban el tesoro, aunque su peso no era tan grande como para que un hombre muy fuerte no pudiera transportarlo un trecho. Tarzán no quitaba ojo a esos hombres, ni tampoco al jeque Ibn Jad. El sendero era espacioso y el jeque caminaba junto a uno de los hombres que cargaban con el tesoro. Todo estaba muy silencioso en la jungla. Incluso los árabes, tan gárrulos en condiciones normales, caminaban callados, ya que estaban muy cansados, el día era caluroso y no estaban acostumbrados al peso que estaban obligados a llevar, al haberles privado Batando de sus esclavos.

De pronto, sin previo aviso y con el siseo de su vuelo al surcar el aire a modo de única advertencia, una flecha atravesó el cuello a uno de los beduinos que caminaban junto a Ibn Jad. El hombre profirió un grito y cayó de bruces con las manos en el cuello mientras los árabes, advertidos por su jeque, amartillaron los mosquetes y se dispusieron a rechazar el ataque, aunque no había rastro del enemigo por ninguna parte. Aguardaron atentos, aguzaron el oído, pero no oyeron otro sonido aparte del cuchicheo de los insectos y el ocasional griterío de los pájaros. Al reemprender el camino, después de dejar tirado el cadáver de su compañero en el suelo, una voz profunda se dirigió a ellos desde la distancia.

—¡Por cada joya, una gota de sangre! —gritó en tono dramático.

El responsable del grito sabía lo intensamente supersticiosa que es la gente del desierto, y qué debía hacer para atemorizarlos.

Una temblorosa columna de hombres reemprendió el camino, aunque no se hizo mención alguna de acampar hasta la puesta de sol, tan ansiosos estaban de poner tierra por medio, entre ellos y el tenebroso bosque que atravesaban. Pero el bosque persistió, y al final fue necesario acampar.

Una vez instalados, los fuegos del campamento y la comida aliviaron la tensión de sus agotados nervios, y se animaron de tal modo que de nuevo volvieron a oírse risas y canciones en el *manzil* de Ibn Jad. El veterano jeque permanecía sentado en su *mukad*, rodeado por los cinco fardos del tesoro, uno de los cuales tenía abierto. Aprovechaba la luz de las linternas para inspeccionar su contenido. Sus compinches, más ocupados en sorber café, se apiñaban alrededor. De pronto algo cayó con fuerza en el suelo, ante el *bait*, y rodó hasta entrar en el *mukad*, donde se encontraban ellos. ¡Era la cabeza de un hombre! La misma persona cuyo cadáver habían abandonado en el camino los observaba con la mirada vacía.

Se sentaron presa del terror contemplando la horripilante cabeza, cuando una voz procedente del exterior del tenebroso bosque volvió a gritar:

—¡Por cada joya, una gota de sangre!

Ibn Jad temblaba como una hoja. Los hombres del campamento se agruparon frente a la tienda del jeque. Todos tenían un mosquete en una mano, mientras con la otra tanteaban en busca de su hiyab. Todos ellos llevaban varios de esos amuletos, de los que estaban muy necesitados aquella noche; sobre todo del prescrito para ahuyentar genios, y es que estaban convencidos de que el responsable de su situación no podía ser de otra cosa que un genio.

Hirfa estaba en el interior del *mukad* contemplando la cara muerta del hombre, mientras Ateja seguía tumbada en su estera en la tienda de las mujeres. No vio cómo se apartaba la cortina trasera, ni a la figura que penetraba silenciosamente en el interior de la tienda. El harén estaba a oscuras, ya que se filtraba poca luz de las linternas del *mukad*. Ateja sintió que una mano se cerraba en torno a su boca, al mismo tiempo que otra la cogía del hombro. Entonces, una voz susurró a su oído.

—¡No hagas ruido! No voy a hacerte daño. Soy amigo de Said.

Dime la verdad y no os haré daño a ninguno de los dos. ¿Dónde está la mujer que Ibn Jad trajo del valle?

El que así hablaba acercó el oído a los labios de la muchacha, y quitó la mano que le impedía hablar. Ateja temblaba como una hoja. Jamás había visto a ningún genio, y, aunque no veía al ser que tenía tan cerca, sabía que era una de esas temibles criaturas de la noche.

—¡Responde! —susurró la voz a su oído—. ¡Habla y dime la verdad si quieres salvar a Said!

—Fahd sacó a la mujer de nuestro *manzil* anoche —dijo ahogando un grito—. No sé adónde fueron.

Tal y como había llegado, en silencio, el ser desapareció y la aterrorizada muchacha quedó a solas. Cuando Hirfa fue poco después a buscarla, la encontró desmayada.

XXII

LA NOVIA DEL SIMIO

BLAKE estaba sentado en cuclillas en el suelo empedrado, engullido por la completa oscuridad que reinaba en la mazmorra. En cuanto salieron los carceleros se dirigió a sus compañeros de suplicio, pero tan sólo uno de ellos respondió algo ininteligible, lo que hizo pensar al americano que aquel pobre diablo había perdido la razón debido a los horrores derivados de estar encerrado en aquel asqueroso agujero.

El joven, acostumbrado a la libertad, la luz, la actividad, ya se resentía de la situación en que se encontraba y se preguntó cuánto tiempo pasaría hasta farfullar incoherencias como su compañero, o cuánto tiempo transcurriría hasta que él, también, no fuera sino un saco de huesos esparcidos por el pegajoso suelo.

En la completa oscuridad y en el completo silencio no existe el tiempo, ya que no hay forma de calcular su paso. No sabía cuánto tiempo había pasado acuclillado respirando el aire pútrido de la mazmorra. Una vez se quedó dormido, pero no sabía si habría dormido durante horas o se habría quedado momentáneamente traspuesto. ¿Qué hora sería? En aquel lugar un segundo, un día, un año no significaban nada para él. En aquel momento sólo había dos cosas que significaran algo para Blake: la libertad y la muerte. Sabía que no transcurriría mucho tiempo hasta encontrarse con una de las dos.

Un sonido perturbó el silencio de aquella cripta olvidada. Era el rumor de unos pasos que se acercaban. Blake prestó atención a medida que se aproximaban. Creyó discernir una luz parpadeante cuya intensidad creció hasta convertirse en una antorcha que iluminó el interior de su prisión. Al principio le cegó la intensa luz,

de modo que no pudo ver de quién se trataba; sin embargo, fuera quien fuera, se acercaba hacia él.

Blake levantó la mirada. Sus ojos se acostumbraron al inesperado fulgor, y vio a dos caballeros de pie ante él.

—Debe de ser él —dijo uno.

—¿No nos reconocéis, caballero negro? —preguntó el otro.

Blake los observó con atención. Una lenta sonrisa iluminó la expresión de su rostro al reconocer el considerable vendaje que cubría el cuello del más joven de los dos.

—¡Vaya! —dijo— sí que la hemos hecho buena.

—¡Buena! ¿Qué queréis decir? —preguntó el de mayor edad.

—En fin, estoy seguro de que no habéis venido aquí a colgarme un par de medallas, *sir* Wildred —dijo Blake con una sonrisa torcida.

—Habláis de forma misteriosa —dijo Wildred—. Hemos venido a liberaros, para que el joven rey no traiga la desgracia sobre los caballeros del Sepulcro al ejecutar el sombrío plan que tiene para vos. *Sir* Guy y yo hemos oído que pretende quemaros en la hoguera, y nos prometimos el uno al otro que mientras corriera sangre por nuestras venas no permitiríamos que tan valeroso caballero como vos se eche a perder por ningún tirano.

Wildred se inclinó mientras hablaba y, con una enorme lima, empezó a rascar los grilletes de acero que mantenían a Blake atado a la pared.

—¡Me ayudaréis a escapar! —exclamó Blake—. Pero ¿y si os descubren? ¡El rey os castigará!

—No nos descubrirán —aseguró Wildred—, aunque estoy dispuesto a arriesgarme por un noble caballero como vos. *Sir* Guy estará en la barbacana exterior esta noche, y no será difícil llevaros hasta allí. Os puede ayudar a pasar por ella, y desde allí descenderéis por la ladera de la montaña hasta llegar a Nimmr. No podréis atravesar las puertas de la ciudad, ya que éstas están custodiadas por dos de los más fieles caballeros de Bohun, pero quizá por la mañana *sir* Guy o yo podamos apañárnoslas para cabalgar hasta la llanura con un caballo fresco, de modo que podáis llegar lo antes posible.

—Decidnos una cosa que nos ha tenido a ambos en ascuas —dijo *sir* Guy.

—No sé de qué me habláis —dijo Blake.

—Vos fuisteis quien, de un modo excelente, recuperasteis a la princesa Guinalda ante las mismas narices de Bohun —continuó Guy—, y pese a todo la vieron en compañía de los sarracenos. ¿Cómo ha sucedido tal cosa?

—¿La habéis visto? —preguntó Blake—. ¿Dónde?

—Estaba más allá de la barbacana exterior, y los sarracenos se la llevaban a través del paso que conduce a un lugar que nadie conoce —explicó *sir* Wildred.

Blake explicó todo lo sucedido desde que recuperó a Guinalda de brazos de Bohun, y para cuando hubo terminado ya no tenía los grilletes y volvía a ser un hombre libre. Wildred lo condujo por pasadizos secretos hasta su propia habitación, donde le proporcionó comida y una muda de ropa, aparte de una cota de malla, ya que por lo visto pretendía llegar por el paso al extraño país que se encontraba más allá, y no estaban dispuestos a permitir que lo hiciera sin ir propiamente armado, con armadura y a caballo.

A medianoche, Wildred acompañó a Blake a través de las puertas del castillo, y cabalgó con él hacia la barbacana exterior. Allí los recibió *sir* Guy, y algunos minutos después Blake se despidió de tan caballerosos enemigos y, montado en un poderoso corcel, con sus propios colores ondeando en la punta de la lanza, cabalgó bajo la puerta enrejada y salió al exterior, donde tomó la carretera iluminada por las estrellas que conducía a la falda de las montañas del Sepulcro.

Toyat, el rey de los simios, cogió un suculento escarabajo de la deteriorada corteza de un árbol caído. A su alrededor se reunían los enormes y salvajes integrantes de su tribu. Era por la tarde y los monos haraganeaban bajo la sombra de los árboles, junto a un pequeño claro natural que había en la jungla. Estaban satisfechos y en paz con el mundo.

Tres personas se acercaban a ellos, pero el viento soplaba desde donde estaban los monos hacia la gente, de modo que ni Toyat ni ninguno de sus compadres olisquearon el rastro de los tarmangani.

Había llovido la noche anterior, y el sendero de la jungla estaba blando y fangoso, así que sus pies no hicieron ningún ruido que los simios pudieran oír, por no mencionar que los tres se movían con mucha cautela. No habían comido nada en los últimos dos días, e

iban en busca de alimento.

Uno de ellos era un anciano de pelo gris, demacrado por la fiebre, que caminaba como podía con la ayuda de la rama rota de un árbol que usaba como bastón. Otro era un beduino de maligna mirada que caminaba con un mosquete de cañón largo al hombro. La tercera persona era una muchacha cuya extraña ropa, repleta de adornos, estaba hecha jirones; se había ensuciado el rostro, tenía ojeras y estaba flacucha, pero aun así tenía un rostro de una belleza angelical. Caminaba con gran esfuerzo y, aunque a veces el cansancio la hacía tropezar, nunca perdió la compostura ni redujo el orgulloso ángulo que formaba su bien formada barbilla con respecto al suelo.

El beduino abría camino, y fue él quien vio primero al joven mono jugueteando al borde del claro, lejos de los grandes machos de la tribu de Toyat. ¡Comida por fin! El beduino levantó el cañón de su antigua arma y apuntó con cuidado. Acto seguido apretó el gatillo, y el estruendoso estampido se entremezcló con el grito de dolor y terror que profirió el herido Balu.

Los grandes machos se dispusieron a entrar en acción. ¿Huirían ante el temido y odiado bastón de fuego de los Tarmangani? ¿O vengarían el dolor que sentía Balu? Era imposible saberlo: un día harían una cosa; otro día, bajo idénticas circunstancias, otra muy distinta. No obstante, en aquella ocasión escogieron la venganza.

Animados por Toyat, que profería horribles gruñidos, los machos se apresuraron a investigar. Eso es lo que vieron las tres personas horrorizadas que siguieron la pista al disparo de Fahd, con intención de descubrir si por fin comerían, o si debían vagar sumirlas en la desesperanza, debilitadas por el hambre que estrujaba sus entrañas.

Fahd y Stimbol se volvieron y echaron a correr por el sendero. El árabe, con las alas que da la cobardía, empujó a Guinalda a un lado y la tiró al suelo. El macho que iba en cabeza, al ver a la chica, saltó sobre ella, y estaba a punto de hundir los colmillos en su cuello cuando Toyat lo cogió y lo alejó a rastras. El rey de los simios había visto en una ocasión a otro Tarmangani hembra y decidió que le gustaría tener una como esposa. El otro simio, un enorme macho, al ver que aquél quería la presa y molesto por los modales autoritarios del rey, decidió inmediatamente disputarle el derecho.

Descubrió los colmillos y avanzó con aspecto amenazador hacia Toyat, que había arrastrado a la chica hasta el claro.

—Apártate —gruñó Toyat—. Ésta es hembra de Toyat.

—Es de Go-yad —replicó el otro, sin dejar de avanzar.

—¡Matar! —gritó Toyat volviéndose.

Go-yad> se abalanzó sobre el rey, que levantó de pronto a Guinalda en sus brazos peludos y huyó hacia la jungla. Go-yad no tardó nada en salir tras él profiriendo todo tipo de gritos y gruñidos.

La princesa Guinalda, con los ojos abiertos como platos de puro horror, se esforzó por liberarse de la horrible y peluda criatura con la que se adentraba en la jungla. Jamás en la vida había oído hablar de semejantes simios, y los tenía por alguna especie de horrible habitante de ese mundo exterior al que siempre había concebido plagado de ejércitos de sarracenos, aunque más allá, lejos muy lejos, se encontrara un maravilloso país llamado Inglaterra. No había imaginado nunca qué otras cosas podía haber en ese más allá, pero era evidente que se trataba de un lugar horripilante donde tremendas criaturas, dragones incluidos, campaban a sus anchas.

Toyat no había corrido mucho cuando se dio cuenta de que no escaparía cargado con ella. Como ni siquiera consideraba la posibilidad de dejarla en el camino, se volvió de pronto con intención de enfrentarse al rugiente Go-yad, aunque éste no se detuvo. Llegó babeante, furioso y gruñón; era la imagen misma de lo salvaje, de la fuerza y de una rabia incontenible. Toyat, después de soltar a la chica, avanzó con intención de cargar contra su rebelde súbdito, mientras Guinalda, debilitada por un esfuerzo al que no estaba acostumbrada y atemorizada por tan terribles circunstancias, cayó jadeando al suelo. Toyat y Go-yad, inmersos en los preliminares de la batalla, se olvidaron de todo lo demás. Guinalda podría haber aprovechado la oportunidad, el hecho de que se hubiesen olvidado temporalmente de ella, para huir; pero estaba demasiado aturdida, demasiado cansada como para hacerlo. Hechizada, incluso fascinada por el horror que afloraba de aquella situación, observó cómo se preparaban aquellas bestias salvajes, dispuestas a luchar por ella.

Pero Guinalda no era el único testigo de los salvajes preliminares. Otros ojos observaban la escena con mucha atención desde el cobijo proporcionado por unos arbustos. Absorbidos por

sus respectivas pasiones, ni Toyat ni Go-yad percibieron el movimiento de las hojas del arbusto tras el que se ocultaba el otro observador, un movimiento ocasionado por el cuerpo de éste después de cada expiración y después, también, de los leves cambios de posición. Quizá dicho observador no albergaba ningún interés deportivo por el inminente duelo, ya que justo cuando ambos monos estaban a punto de enfrentarse se incorporó y salió a campo abierto. Se trataba de un enorme león de negra melena, cuyo pelaje amarillo brillaba bajo la luz del sol.

Toyat lo vio primero. Se volvió y huyó tras proferir un gruñido de rabia, dejando a su adversario y a su presa a merced de la providencia. Go-yad, convencido de que su rival había abandonado el terreno por temor a él, se golpeó el pecho con fuerza y profirió el rugido de victoria del simio macho antes de volverse y reclamar su presa como corresponde al vencedor.

Vio a un león inmóvil que le impedía alcanzar a la chica y que observaba la situación con expresión adusta. Go-yad se detuvo como lo habría hecho cualquiera en su lugar. El león estaba a distancia de salto pero no había tensado los músculos. Go-yad retrocedió con un gruñido, y cuando vio que el león no hacía el menor esfuerzo por seguirlo, se volvió y echó a correr por la jungla, mirando de vez en cuando hacia atrás hasta que lo imposibilitó el follaje que se interponía entre ambos.

Entonces el león se volvió hacia la chica. ¡Pobre princesita! Indefensa, resignada, seguía en el suelo con la mirada fija en aquel nuevo ingenio de tortura y destrucción. El rey de las bestias la observó con atención durante un momento, y después se dirigió a paso lento hacia ella. Guinalda juntó ambas manos para elevar una plegaria, no por su vida, pues hacía tiempo que se había resignado a perderla, sino por una muerte rápida e indolora. La bestia parda se acercó. Guinalda cerró los ojos para no verla. Sintió el roce de un cálido aliento en sus mejillas, antes de que su hedor le asaltara las fosas nasales. El león la olisqueaba. ¡Dios! ¿Por qué no terminaba de una vez? Sus nervios torturados no pudieron más y Guinalda se desmayó, lo cual supuso una piadosa tregua para su sufrimiento.

XXIII

JAD-BAL-JA

PROCEDENTE del norte, un caballero con cota de malla cabalgaba por territorio galla. Un pendón azul y plata ondeaba al viento colgado de la lanza. Las gualdrapas de su enorme caballo estaban guarnecidas con oro y plata del tesoro particular de Wildred, caballero del Sepulcro. Los atentos guerreros galla observaron al solitario anacronismo andante desde lejos antes de huir. Tarzán de los Monos, al oeste, encontró el rastro de Fahd, Stimbol y Guinalda, y lo siguió hacia el sur.

Al norte marchaban un centenar de gigantes de ébano, los afamados waziri, veteranos de un centenar de batallas, y en compañía de ellos llegó Said, amado de Ateja. Un buen día encontraron un rastro fresco que cruzaba su camino en diagonal, en dirección sudoeste. Eran huellas de sandalias árabes, dos de hombre y una de mujer, y cuando los waziri se las señalaron a Said, el joven beduino juró que reconocía las de mujer como pertenecientes a Ateja. ¿Quién mejor que él conocía el tamaño y forma de su piececito? ¿O el estilo de las sandalias que ella misma hacía a mano? Rogó a los waziri que se desviaran un poco y le ayudaran a encontrar a su amada, y mientras el subjefe debatía aquella petición consigo mismo, el sonido de pasos que se acercaban a la carrera atrajo la atención de todos los presentes. Así estaba la situación cuando Fahd irrumpió en escena. Said lo reconoció al instante e inmediatamente tuvo la completa seguridad de que las pisadas correspondían a Ateja. Said se acercó a Fahd con gesto amenazador.

XXIV

DONDE LOS RASTROS SE ENCUENTRAN

EL ENORME felino gruñó y se acercó al hombre. Blake lanzó un grito y picó espuelas hacia ellos, pero Sheeta no le prestó ninguna atención, ya que no tenía intención de abandonar su presa; pero cuando Blake se acercó al felino, éste se volvió para enfrentarse a él con un gruñido que hacía patente su enfado.

El americano se preguntó si su caballo se arriesgaría a acercarse más a la bestia. Pero no habría dudado si se hubiese familiarizado más con las costumbres del valle del Sepulcro, ya que uno de los grandes deportes de los caballeros, tanto de Posteriores como de Delanteros, consistía en dar caza armados de lanzas a los gigantescos felinos siempre que abandonaban el amparo del bosque de los leopardos. El corcel que montaba Blake se había enfrentado a muchos felinos salvajes y más grandes que aquél, mucho más grandes, de modo que asumió el trote de carga sin dar muestras de temor alguno, ni nerviosismo, y ambos cargaron estruendosamente contra Sheeta, mientras la criatura que debía de ser su presa observaba la situación con una mirada de completo asombro.

Dispuesta a defender lo que era suyo, Sheeta dio un grácil salto para enfrentarse al caballo y al hombre que lo montaba. Saltó en el aire y al hacerlo topó de lleno con la punta metálica de la lanza, y el poste de madera lo atravesó de tal manera, que el jinete tuvo después dificultad en arrancar la lanza del cuerpo. Una vez hecho eso, volvió grupas y se dirigió a la criatura que yacía indefensa en el suelo.

—¡Dios mío! —gritó al mirar el rostro que a su vez le observaba desde el suelo—. ¡Stimbol! —¡Blake!

El joven desmontó.

—Me muero, Blake —susurró Stimbol—. Antes de irme quiero decirte que lo siento. Me he comportado como un imbécil. Creo que tengo justo lo que merezco.

—No te preocupes por nada, Stimbol —dijo Blake—. Aún no estás muerto. Ante todo debo llevarte a algún lugar donde haya comida y agua. —Dejó de hablar para levantar al hombre demacrado y después colocarlo en la silla del caballo—. He pasado por una pequeña aldea de nativos; debe de estar a unos kilómetros de distancia. Huyeron al verme. Lo intentaremos allí.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Stimbol—. Y, por el rey Arturo, ¿de dónde has sacado esa ropa?

—Te lo contaré todo cuando lleguemos a la aldea —aseguró Blake—. Es una larga historia, y es que ando en busca de una chica que secuestraron los árabes hace algunos días.

—¡Dios! —exclamó Stimbol.

—¿Sabes algo de ella? —exigió saber Blake.

—Yo estaba con el tipo que la secuestró —confesó Stimbol—, o al menos que se la arrebató a los demás árabes.

—¿Dónde está?

—Ha muerto, Blake.

—¿Muerto?

—La mató una manada de esos antropoides gigantes. La pobre muchacha debió de morir inmediatamente.

Blake permaneció en silencio durante un buen rato, caminando con la cabeza gacha mientras, agotado por el peso de la armadura, conducía el caballo por el sendero.

—¿Le hicieron daño los árabes? —preguntó.

—No —respondió Stimbol—. El jeque la secuestró para exigir un rescate o venderla en los mercados de esclavos del norte, pero Fahd tenía sus propios planes. Me obligó a acompañarlo porque le había prometido un montón de dinero si me salvaba. Conseguí impedir que hiciera daño a la chica al asegurarle que nunca vería un solo dólar si lo hacía. Lamentaba lo que le estaba sucediendo a la muchacha, y decidí protegerla siempre que estuviera en mi mano.

Cuando Blake y Stimbol se acercaron a la aldea, los negros huyeron dejando al hombre blanco la absoluta libertad para disfrutar de sus posesiones. Blake no tardó mucho en conseguir comida para ambos. Hizo que Stimbol se sintiera lo más cómodo

posible y, después de encontrar forraje para el caballo, volvió junto al viejo. Estaba enfrascado en el relato de sus aventuras cuando observó que se acercaban varias personas. Pudo oír voces y el caminar de pies desnudos. Obviamente, los aldeanos volvían a sus casas.

Blake se dispuso a recibirlos de buen humor, pero al echar un primer vistazo a quienes se acercaban se sintió algo perturbado, ya que no se trataba de los asustados aldeanos que habían desaparecido en la jungla poco antes. Una compañía de robustos guerreros con blancas plumas ondeando sobre sus cabezas llegó a paso ligero por el sendero. En la espalda llevaban enormes escudos ovales, y en las manos, largas lanzas de guerra.

—En fin —dijo Blake—. Ahora sí que la hemos armado: los aldeanos han llamado al hermano mayor.

Los guerreros entraron en el pueblo y al ver a Blake se detuvieron visiblemente sorprendidos. Uno de ellos se acercó hacia él y para sorpresa de Blake dijo en un pasable inglés:

—Somos los waziri de Tarzán. Vamos en busca de nuestro jefe y amo. ¿Le has visto, *bwana*?

¡Los waziri! Blake sintió ganas de abrazarlos a todos. No tenía ni idea de qué podría hacer con Stimbol. Al estar solo jamás podría haber llevado al hombre hasta un lugar civilizado, pero ahora que los waziri estaban allí, ya no debía temer nada.

De no ser por la pena de Blake y Said, la fiesta que celebraron los aldeanos con viandas y cerveza hubiera sido de lo más alegre, ya que los waziri no se preocupaban por su amo.

—Tarzán no puede morir —dijo el subjefe a Blake, cuando este último preguntó si sentían algún tipo de temor por la seguridad de su amo. La sencilla robustez de su convicción, transmitida a través de aquellas palabras pronunciadas en voz baja, casi lograron convencer a Blake.

Los agotados árabes del fandí de Beni Salara, alGuad, caminaban despacio por el sendero. Eran hombres cansados y aplastados bajo el peso de la carga. Las mujeres incluso cargaban con más. Ibn Jad observaba el tesoro con mirada codiciosa cuando una flecha surgió de la nada y atravesó el corazón de uno de los hombres que cargaban con el tesoro, el que estaba más cerca de Ibn Jad. De pronto, una voz cavernosa reverberó en plena jungla:

—¡Por cada joya, una gota de sangre!

Los aterrorizados beduinos apretaron el paso. ¿Quién sería el próximo en caer? Estaban dispuestos a deshacerse del tesoro, pero el avaricioso Ibn Jad no se lo permitiría. Estaban aterrorizados porque quien acechaba no se acercaba ni se alejaba, sino que más bien era una presencia constante que se mantenía en silencio a sus espaldas. Nadie se rezagó.

Transcurrió una hora. El león paseaba a la vista de quienes cerraban la columna. Jamás habían anhelado tanto ocupar un puesto al frente de la columna de Ibn Jad; en aquel momento todos querían ir en cabeza. Otro de los porteadores del tesoro profirió un grito. Al parecer una flecha le había atravesado el pulmón.

—¡Por cada joya, una gota de sangre!

Los hombres arrojaron el tesoro.

—¡No cargaremos con esta maldición ni un paso más! —gritaron antes de que la misteriosa voz se pronunciara de nuevo.

—¡Recoge el tesoro, Ibn Jad! —dijo, ¡Recoge el tesoro! Tú fuiste quien asesinó para conseguirlo. ¡Cógelo, ladrón asesino, y llévalo tú mismo!

Todos los árabes se dedicaron a reunir el tesoro en un gran fardo, que cargaron a espaldas de Ibn Jad. El anciano jeque trastabilló bajo semejante peso.

—¡No puedo cargarlo! —gritó en voz alta—. Soy viejo y ya no tengo fuerzas.

—Tendrás que hacerlo, ¡o morirás! —rugió la voz cavernosa mientras el león permanecía en el sendero, a sus espaldas, sin que sus ojos dejaran de mirarlos fijamente.

Ibn Jad volvió a vacilar bajo el enorme fardo. No podía viajar tan rápidamente como los demás, de modo que se rezagó con el león como única compañía; pero por poco tiempo. Ateja vio el estado en que se encontraba su padre, y volvió para reunirse con él mosquete en mano.

—No temas —dijo—. No soy el hijo que deseabas, pero te protegeré como si lo fuera.

Era casi de noche cuando los líderes del grupo de beduinos llegaron a una aldea. De pronto se encontraron rodeados por un centenar de guerreros; estaban en mitad de la tribu a la que tanto temían y odiaban: los waziri de Tarzán.

El subjefe ordenó desarmarlos de inmediato.

—¿Dónde está Ibn Jad? —preguntó Said.

—¡Por ahí viene! —respondió uno de ellos.

Volvieron la mirada hacia el sendero y Said vio dos siluetas acercándose. Una correspondía a un hombre doblado bajo el peso de un enorme fardo, y la otra era la de una chica joven. Lo que él no alcanzó a ver fue la silueta de un león de considerable tamaño, oculto en las sombras a espaldas de la pareja. Said contuvo el aliento, porque durante un instante su corazón había dejado de latir.

—¡Ateja! —gritó echando a correr para reunirse con la muchacha y fundirse con ella en un abrazo.

Ibn Jad entró a rastras en el pueblo. Echó un vistazo a los rostros graves de los temidos waziri y cayó al suelo, casi enterrado bajo el peso que sostenía con espalda y hombros.

Hirfa profirió un grito repentino mientras señalaba hacia el sendero por donde, ante todas las miradas que se habían vuelto para ver la causa de aquella reacción, un enorme león dorado caminó hasta adentrarse en el círculo iluminado por la fogata de la aldea, acompañado de Tarzán, señor de la jungla.

Al verle entrar en el pueblo, Blake se dirigió a estrechar la mano de Tarzán.

—¡Llegamos tarde! —dijo con tristeza el americano.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el hombre mono.

—¡La princesa Guinalda ha muerto!

—¡Tonterías! —exclamó Tarzán—. La dejé esta misma mañana en la entrada de la ciudad de Nimmr.

Tarzán tuvo que asegurar a Blake una docena de veces que no le estaba gastando ninguna broma macabra, igual que una docena de veces tuvo que repetir el mensaje de Guinalda: «Id a buscarlo, decidle que las puertas de Nimmr siempre estarán abiertas para él y que la princesa Guinalda aguarda su regreso».

Aquella misma noche, más tarde, Stimbol rogó a Tarzán por mediación de Blake que fuera a visitarlo a la choza donde descansaba.

—¡Gracias a Dios! —exclamó con vehemencia el veterano—. Creí que te había matado. Me estaba martirizando y ahora que sé que no eras tú el que estaba tumbado en el bait, creo que podré

recuperarme.

—Se te proporcionarán todos los cuidados, Stimbol —dijo el hombre mono—, y tan pronto como te hayas recuperado te acompañarán a la costa. —Después abandonó la choza. Cumpliría con su deber hacia el hombre que no sólo le había desobedecido, sino que además había intentado matarle, pero no estaba dispuesto a fingir una amistad que no sentía.

A la mañana siguiente se dispusieron a abandonar la aldea. Ibn Jad y sus árabes, con la excepción de Said y Ateja, que pidieron quedarse para servir a Tarzán en su hogar, fueron enviados al poblado galla más cercano escoltados por una docena de waziri. Allí serían entregados a los galla que, sin duda, los venderían en el mercado de esclavos de Abisinia.

A Stimbol lo subieron a una litera cuatro robustos waziri, mientras el grupo se disponía a reemprender la marcha hacia el sur, hacia el territorio de Tarzán. Otros cuatro llevaron el tesoro a la ciudad del Sepulcro.

Blake, de nuevo vestido con la cota de malla, montó en su impresionante corcel cuando la columna comenzó a salir de la aldea para tomar el sendero que conducía al sur. Tarzán y el león dorado caminaban a su lado. Blake se agachó apoyado en el estribo y tendió la mano al hombre mono.

—¡Adiós, señor! —dijo.

—¿Adiós? —preguntó Tarzán—. ¿No vas a volver a casa con nosotros?

Blake negó con la cabeza.

—No —dijo—. ¡Vuelvo a la Edad Media junto a la mujer a la que amo!

Tarzán y Jad-bal-ja permanecieron inmóviles en el sendero, observando a sir James cabalgar en dirección a la ciudad de Nimmr, mientras su pendón azul y plata ondeaba valientemente acariciado por el viento, colgado de la punta acerada de su enorme lanza.

EDGAR RICE BURROUGHS (Chicago, 1 de septiembre de 1875 — Encino, California, 19 de marzo de 1950)

Cuando Edgar Rice Burroughs murió en 1950 dejó tras de sí una colección de algunas de las aventuras de ficción más notables de todos los tiempos. Su obra incluye novelas históricas junto a algunas de las experiencias más imaginativas jamás concebidas por la mente del hombre; desde la prehistoria hasta el futuro lejano; del núcleo de la Tierra a las estrellas más distantes en el universo.

El primero de los libros de Burroughs, *Tarzán de los Monos*, sorprendió como uno de los más vendidos del año. Desde entonces publicó un enorme cúmulo de historias de aventuras que su público esperaba con impaciencia. En el momento de su muerte en 1950, se habían publicado un total de cincuenta y nueve libros, la última,

Llana de Gathol, en marzo de 1948. La lista podría haber sido más amplia si no hubiera sido por la escasez de papel durante la Segunda Guerra Mundial. Al morir tenía quince relatos inéditos sin finalizar.

La biografía de Edgar Rice Burroughs es la típica historia americana de éxito desde la pobreza a la riqueza. Hijo de una familia adinerada venida a menos, dejó la universidad y finalmente estuvo cinco años en la Academia Militar de Michigan donde se quedó como asistente instructor. Este iba a ser el primero de una larga lista de puestos de trabajo en el oeste (incluidos soldado en el 7.º de Caballería, arriero de ganado en Idaho, agente de policía del ferrocarril, etc.) que probó sin éxito hasta que finalmente descubrió su talento para la escritura.

Su suerte empezó a cambiar en 1911. Estaba trabajando revisando los anuncios que aparecían en las revistas *pulp* (muy populares en su época, dedicadas a la publicación de relatos por entregas) y pensó que por qué no probar y enviar sus propias historias. Su primer cuento se tituló *Dejah Thoris, Princesa de Marte*, lo publicó la revista *All-Story* y recibió $ 400 por ella. Como no quería que sus amigos supieran de su autoría, se publicó con el pseudónimo Norman Bean. Apareció en febrero con el título *Bajo las lunas de Marte*. El éxito que obtuvo le hizo ver que él era lo suficientemente bueno para usar su propio nombre y abandonó el pseudónimo.

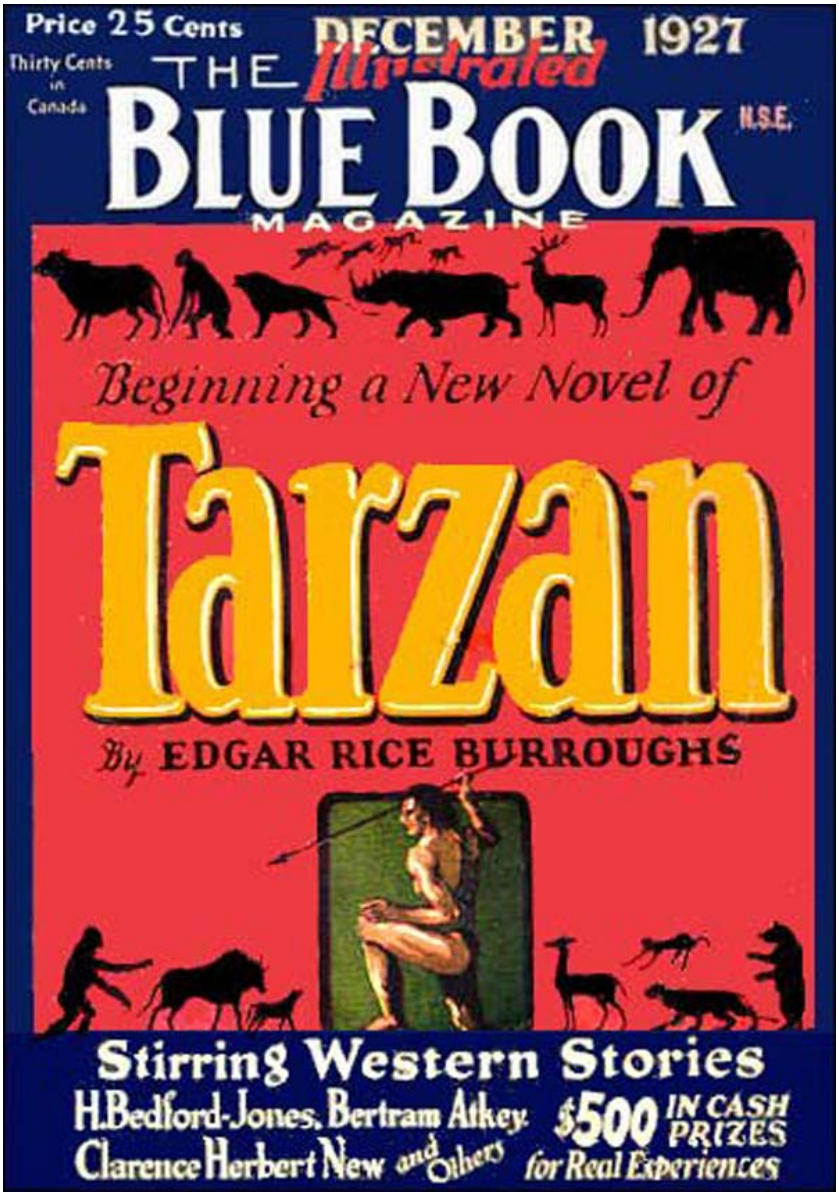
Para su siguiente relato pasó mucho tiempo investigando sobre la historia de Inglaterra, a la que se acercó con una historia sobre la época de la Guerra de las Rosas, (*The Outlaw of Torne*), que fue rechazada de inmediato por su editor. Burroughs volvió a las historias de acción y se dedicó a una historia sobre la lucha entre la herencia y el medio ambiente a la que llamó *Tarzán de los Monos*. La historia inició su publicación en el número de octubre del *pulp All-Story*. Edgar recibió $700 por ella y entonces supo que estaba en el camino correcto. Renunció a su puesto de trabajo y dedicó todo su tiempo en la escritura. Comenzó a hacer tanto dinero que podía darse el lujo de llevar a su esposa y sus tres hijos a pasar el invierno en California.

Tarzán se convertiría en un gran éxito en los Estados Unidos y en

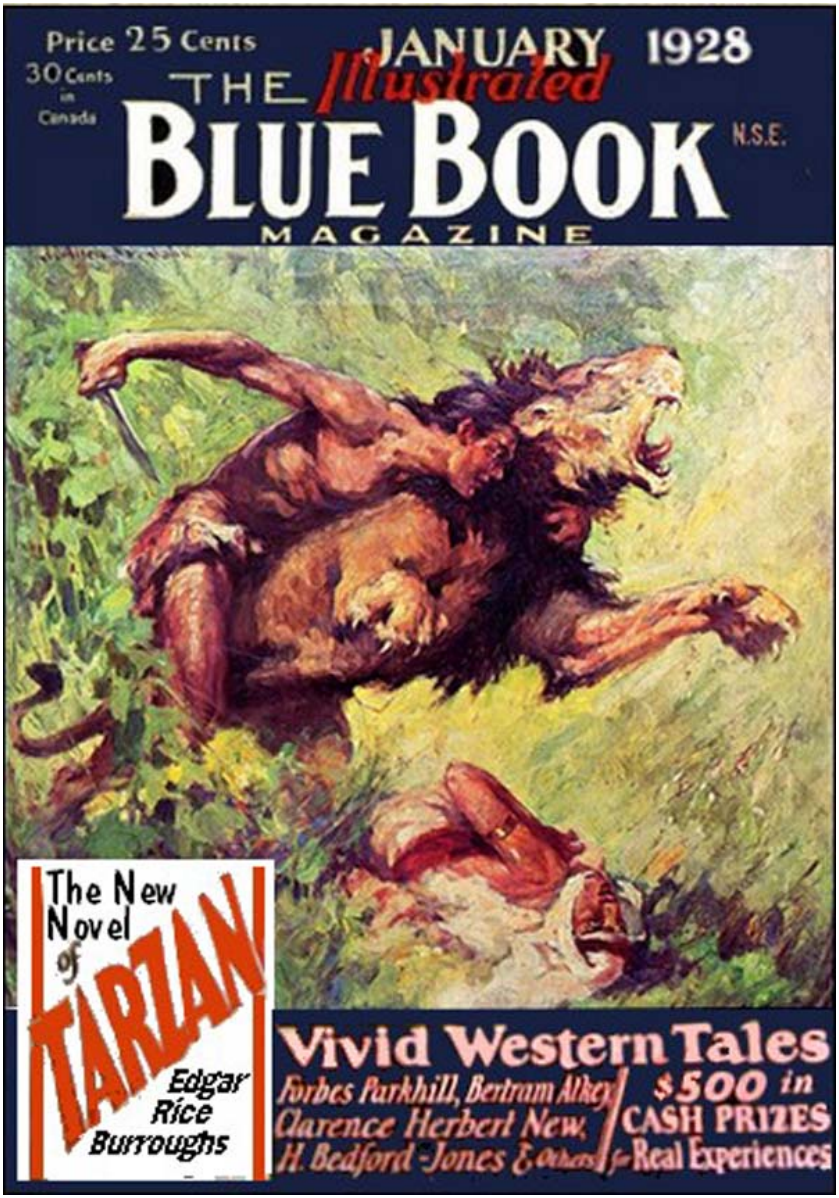
todo el mundo, pero en esa época no resultó fácil de aceptar. El cuento era popular entre el público de las revistas *pulp*, pero ninguna de editorial estaba dispuesta a publicar el libro completo, ya que no lo encontraban de buen gusto y pensaban que a su público no le gustaría. Después de tratar de vender la idea a barios editores sin éxito, su éxito como folletín creó una demanda para su edición en forma de libro. En 1914 apostó por su publicación la editorial AC McClurg & Company, que la había rechazado previamente, y resultó ser uno de los libros más exitosos del año. A partir de ese momento fue seguido por varios libros más en rápida sucesión: *El regreso de Tarzán* en 1915, *Las fieras de Tarzán* en 1916; *Una princesa de Marte*, (la primera historia que había escrito) en 1917, *El hijo de Tarzán* en 1918, etc. Edgar Rice Borroughs se convirtió en el escritor más rico de su época. En el año 1931, decide crear su propia editorial e incrementar así sus ganancias, comenzando con *Tarzán el Invencible*.

En 1941, Burroughs estaba de vacaciones en Hawai y fue testigo del bombardeo japonés de Pearl Harbor el 7 de diciembre. Durante los siguientes cuatro años realizaría una gira por las zonas de guerra del Pacífico con las Fuerzas Armadas como corresponsal de prensa para la Associated Press. En el último año de la guerra sufrió un par de ataques al corazón y tuvo que abandonar el frente, lo que le dejó el suficiente tiempo libre para volver a escribir durante este período volvió a su personaje favorito y escribió *Tarzán y la Legión extranjera*.

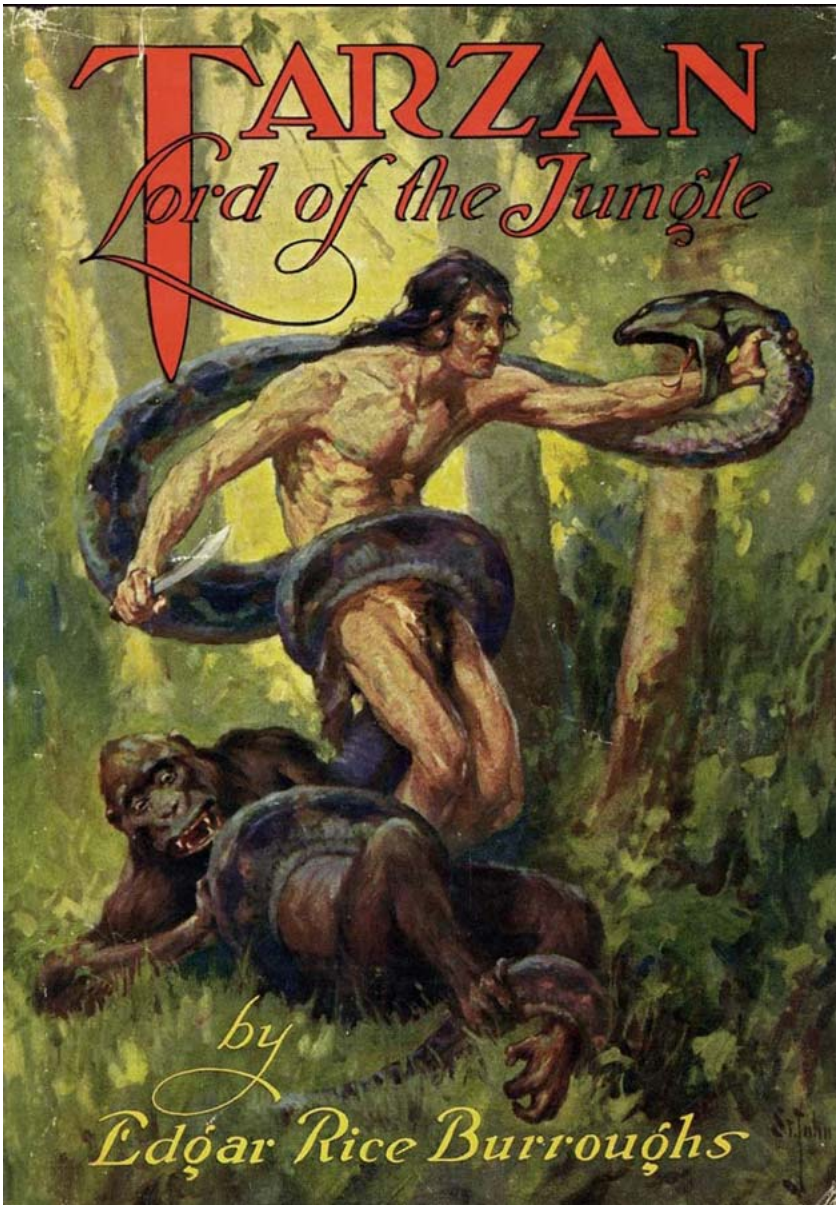
Después de la guerra, regresó a su país. Cuando murió, como consecuencia de sus problemas con el corazón, el 19 de marzo de 1950, todos los fans sabían que el maestro les había dejado su huella en el recuerdo, pero también sabían que sus héroes, Tarzán, John Carter, Napier Carson, David Innes y muchos otros seguirían entreteniendo a las generaciones futuras de lectores.



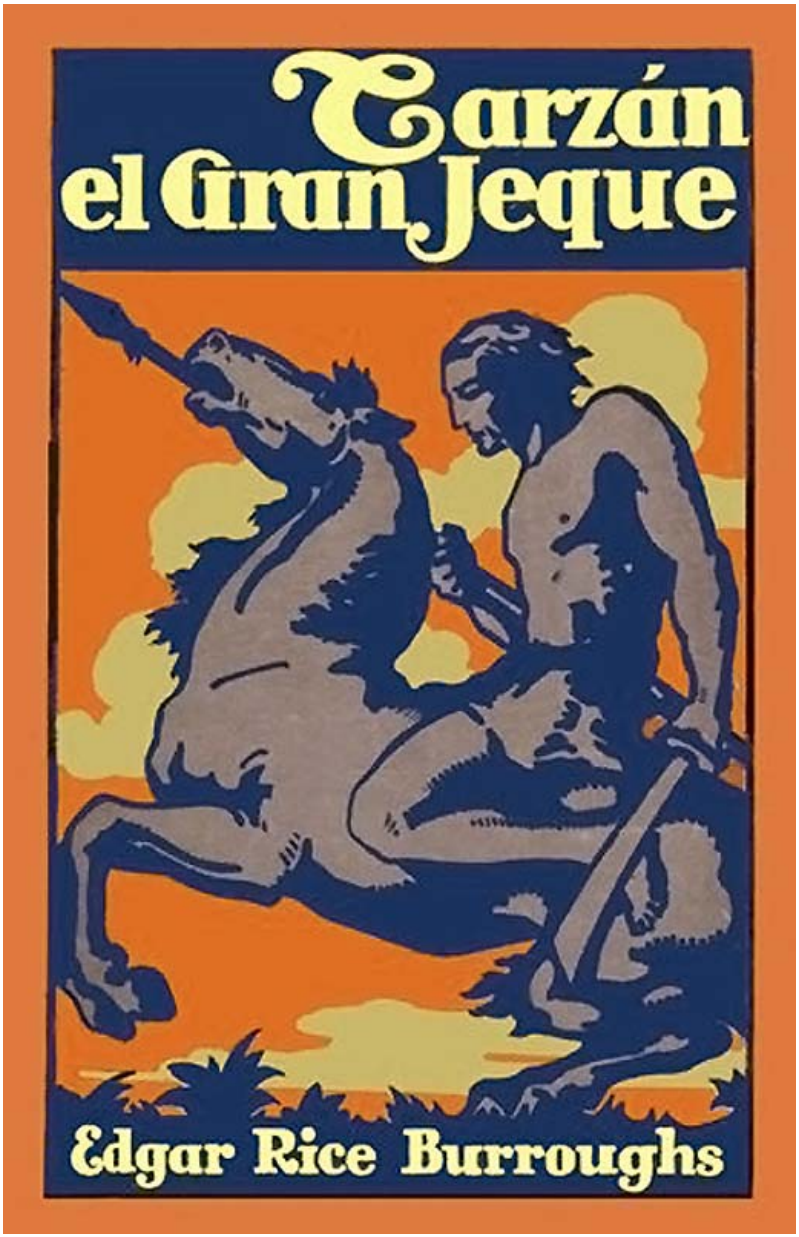
Cubierta original edición en revista *pulp*, dic/1927.



Cubierta original edición en revista *pulp*, ene/1928, J. Allen St. John.



Cubierta original 1.ª edición EE.UU., 1928, J. Allen St. John.



Cubierta 1.ª edición en España, 1928, de autor desconocido.

Ilustración original portada *pulp* de J. Allen St. John.

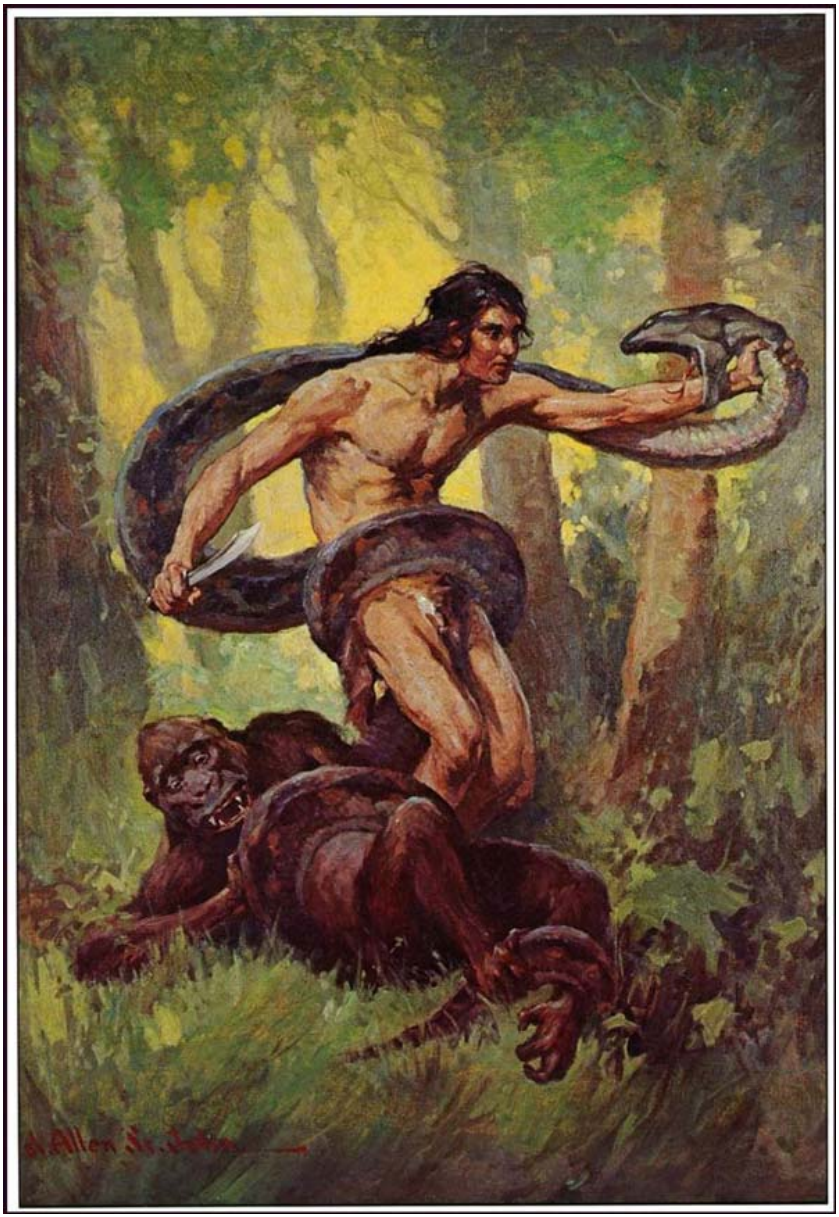


Ilustración original portada de J. Allen St. John.